



FELIPE BOTAYA

ANTÁRTIDA 1947

La guerra que nunca existió

ePUB

Entre junio y agosto de 1945 varios submarinos alemanes aparecen sorprendentemente en aguas argentinas. ¿Qué hacían allí varios meses después de acabada la II Guerra Mundial? ¿De dónde venían? ¿Cuál había sido su ruta?

Los Estados Unidos confirmaron sus peores temores: la Alemania nazi tenía un último reducto militar y científico en la Antártida, la Base 211. Se pone en marcha, entonces, la Operación Highjump, destinada a destruir el enclave germano bajo la excusa oficial de probar el material militar en condiciones extremas de frío. Al mando estará el famoso almirante antártico Richard E. Byrd quien, con el beneplácito del Secretario de la Marina James Forrestal, del almirante Chester Nimitz y el propio presidente Truman, organiza la mayor operación militar de la historia en el Polo Sur.

Al mismo tiempo, y de manera secreta, el capitán de submarinos Patrick Malone recibe la orden de atacar con el submarino alemán capturado U-2193 la Base 211, como apoyo al ataque en superficie y como «Caballo de Troya».

Esta trepidante novela describe de manera apasionada y a la vez rigurosa la gesta de estos hombres. Todos ellos se enfrentaron a algo que les superaba ampliamente sin prever el inquietante final de la operación que llevaron a cabo. ¿Qué ocurrió en la Antártida en 1947? ¿Qué ocultan los gobiernos tras sus versiones oficiales? ¿Por qué todavía hoy es materia clasificada?



eBooks con estilo

Felipe Botaya

Antártida 1947

La guerra que nunca existió

ePUB v1.3

Ozzeman 20.08.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Antártida 1947. La guerra que nunca existió*

Felipe Botaya, 2006

Diseño/retoque portada: Carlos Peydró/Ozzeman

Editor original: Ozzeman (v1.0 a 1.3)

ePub base v2.0

AGRADECIMIENTOS

ALFONSO MONTERO, de nuevo me ha mostrado su increíble amistad, su impagable ayuda, sus recomendaciones siempre acertadas y su capacidad de análisis de todo aquello que yo le mostraba y que él, de forma crítica, enjuiciaba.

ANTONIO FIGUERAS, excelente amigo, por sus conocimientos náuticos y de términos militares navales, que me han ayudado en la redacción general del libro y su mejor comprensión. Sus conocimientos sobre mecánica y los motores marinos van más allá de una simple afición. Hubiese sido imposible realizar el libro sin su asesoramiento.

JOSÉ RAMÓN BELLAUBÍ, experto en temas militares y buen conocedor del armamento y códigos necesarios en toda operación encubierta. Siempre tuvo tiempo para mis consultas y siempre tendrá mi gratitud.

A las personas y veteranos que desde los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, han colaborado conmigo y suministrado fuentes de información nuevas sobre lo que pudo suceder en la Antártida en 1947. Estoy en deuda con todos ellos.

Pero, sobre todo, a mi familia que ha sabido darme su tiempo, apoyo y paciencia en mis viajes y búsqueda de información. Siempre estoy en deuda con ellos.

PRÓLOGO

Cuando mi amigo Felipe Botaya me pidió que escribiera el prólogo de su tercer libro, cometí al instante la grosería de rechazar su ofrecimiento. Ni siquiera le agradecí que pensara en mi persona para compartir su libro en las primeras páginas. Al contrario, incluso le propuse que buscara alguien de mayor calado y prescripción sobre sus posibles futuros lectores, lo que supuse, a la postre, le ayudaría a vender más ejemplares.

No obstante y prueba de que usted, lector, está leyendo estas líneas, más tarde accedí ante su insistencia. Pero esto me supuso un problema: ¿qué podría decir? Aún cuando conozco el libro desde sus inicios, desde los esbozos de la historia, desde mucho antes de que se escribiese una sola página, ¿cómo podría opinar objetivamente y dejar de lado la admiración que me causa la entrega de Felipe Botaya cuando se sumerge en la investigación y desarrollo de estos temas históricos que tan bien domina?

Su anterior libro, *Operación Hagen*, gustó a lectores apasionados por la intriga y a los eruditos de la historia, independientemente del bando en que el se situasen para leerla. Debo confesar que incluso yo mismo soy reacio a encontrar bondad alguna en la épica militar en general, y alemana en particular. Sin embargo, he de admitir que hago una excepción con las obras de Felipe Botaya, quien además, con rigor, busca y provee datos históricos para los coleccionistas más exigentes.

Antártida 1947. La batalla que nunca existió es un claro ejemplo de esta mezcla de erudición histórica y entretenimiento. Confieso que además de divertirme leyéndola, he vuelto a consultar los Atlas para reconocer en los mapas aquellos puntos y coordenadas donde se desarrolla la historia que nos cuenta.

La Antártida siempre se me ha antojado como un continente misterioso, alejado, de intachable novedad y más allá de todo convencionalismo. Pero es que, además, ¿hay mayor convencionalismo que una guerra?

Y es justamente de esto último de lo que habla la novela: la guerra. Mejor dicho, nos narra las incidencias misteriosas de una operación militar una vez acabada la II Guerra Mundial. Una operación militar que por cierto, como tantas, nunca existieron «oficialmente» y sobre las cuales nada saben los libros de historia.

De todo aquello que los militares y los gobiernos ocultan a la opinión pública y a sus propios aliados —máxime si el resultado de sus aventuras ocultas no es el esperado— nos habla la novela.

Para lograrlo, Felipe Botaya ha entrevistado durante dos años a muchas personas, ha «buceado» en libros fuera de circulación, también en librerías de tomos de ocasión que sus colaboraciones docentes con escuelas de negocios y universidades le han permitido al visitar Berlín, Londres, Roma, París... En todos estos y más lugares es donde ha encontrado bibliografía casi oculta entre los miles de libros «políticamente correctos» que descansan a la vista del público interesado en la historia oficial de vencedores y vencidos, de esas guerras, todas las guerras, en las que nunca gana nadie y acaso perdemos todos.

Antártida 1947. La batalla que nunca existió, es un ejercicio de investigación y descubrimiento. Es una novela que desvela aquello que quienes mueven los hilos de los desastres y las guerras, creen tener a cubierto de las miradas curiosas de la propia historia. Y es que a veces, para destapar todas estas tramas es necesario un escritor valiente, perseverante, riguroso, con la voluntad lo suficientemente firme de

demostrar que nada, ni tan siquiera el secreto mejor guardado, puede permanecer bajo los hielos durante mucho tiempo.

Desde los blancos y gélidos territorios de la Antártida, desde los despachos de las capitales vencedoras del penúltimo desastre habido entre los pueblos civilizados va emergiendo hacia nosotros una historia que, poco a poco, sumerge al lector en una lectura amena y esclarecedora de uno de los desastres mejor guardados hasta ahora por el ejército más abrumadoramente potente de todos los tiempos.

¡Ah! y no debe olvidarse que la guerra ha continuado desde entonces en más de doscientos conflictos armados en los cinco continentes, con más víctimas entre muertos y desplazados que en las dos guerras mundiales juntas. ¿Conoceremos libros y escritores que descubran los entresijos de estas guerras y que ayuden a entender la locura de nuestros tiempos?

Alfonso Viñuela
Director General de FORMACTIVA
Profesor en Escuelas de Negocio y Universidades

Capítulo 1

UNA EXTRAÑA PRESA

Uno de los marineros se destacó del grupo que se hallaba en cubierta, subió al puente de mando y abrió la puerta con decisión. El capitán del pequeño barco de pesca giró hacia el recién llegado como si estuviese esperando noticias.

—Ya estamos sobre el banco, Javier —el marinero se dirigió familiarmente al capitán, señalando un punto en el mar a poca distancia.

—Bien, las coordenadas indican que estamos precisamente en el punto exacto.

El capitán se agachó sobre una vieja carta marina, giró un pequeño compás, marcó la zona con un lápiz y escribió unos números con las coordenadas «Avisa a los demás y empezad a soltar las redes. Ahora bajo».

El mar se movía de forma suave. La enorme bocana del Mar del Plata era de una dimensión sobrecogedora. Llevaban ya doce horas de navegación y había amanecido hacía poco. Rompiendo el horizonte se podía ver la costa de Uruguay. No era la primera vez que se mantenían en el límite o que entraban en aguas jurisdiccionales de ese país. Las relaciones entre Argentina y Uruguay pasaban del amor al odio de forma rápida. Sin embargo, la búsqueda de pesca les había llevado a este punto y preferían el riesgo que suponía estar donde estaban.

Desde hacía tiempo se había convertido en una zona de pesca muy buena y eso representaba un buen jornal para toda la tripulación. Javier Céspedes, el capitán, salió del puente y se dirigió a la popa del barco donde sus hombres ya estaban en plena operación de soltar las redes a medida que avanzaba el barco. Primero desde babor y luego desde estribor, fue observando como la operación se desarrollaba sin complicaciones. El mar estaba extraordinariamente transparente y se podía ver sin dificultad como los peces, atunes para ser más exactos, pasaban en grupos por debajo del barco. Eran sombras negras de perfil aerodinámico, cuya piel lanzaba destellos casi metálicos cuando giraban de forma rápida y coordinada.

La profundidad era de unos cien metros y el fondo era un banco de arena muy blanca, con lo que no era difícil poder ver cualquier tipo de presa.

Miró a Antonio, su amigo y marinero más experimentado. Éste le sonrió.

—Tendremos buena pesca, Javier. Me lo dijo Ana, la echadora de cartas del puerto...

Los cinco hombres restantes se pusieron a reír al unísono, mientras Javier volvía al puente para ir maniobrando el barco en círculo e ir atrapando el mayor número de atunes posible. Manuel, otro de sus hombres comenzaba a preparar la bodega para ir acumulando la futura captura. Cuando la red tuvo una longitud suficiente, fueron preparando los arpones con los que rematarían a los atunes a medida que se viesan atrapados y llevados hasta la borda del barco. Era una situación cómoda de pesca ya que normalmente los atunes se solían pescar en alta mar y a mucha distancia de la costa. El que estuviesen cerca permitía una pesca más fácil y barata, pues no había que hacer un periplo lejano y fatigoso para todos.

Se podía ver como los atunes saltaban fuera del agua en grupos. Eran movimientos rápidos y decididos. La actividad subacuática era muy grande. Espuma y enormes burbujas indicaban la situación exacta de los peces. Debía ser un gran banco. Quizás tendría razón la echadora de cartas.

Desde el puente, Javier tenía una vista excelente de cómo los atunes iban siendo llevados hacia el barco lenta, pero implacablemente. Sus hombres estaban animados ante las perspectivas económicas que se abrían para todos. La verdad es que el verano pasado fue bastante malo y el dinero había sido escaso. Javier le había prometido a su mujer que este año de 1945 sería el último en el oficio. Se sentía cansado, pero eso se lo decía cada año. Luego cuando se encontraba con su tripulación y otros pescadores, le resultaba muy difícil sustraerse al mar y a toda su magia. La verdad es que la pesca había sido y era su vida. Recordaba que junto a Antonio habían empezado muy jóvenes como tripulantes de barcos de altura que faenaban en la zona del Cabo de Hornos y la Antártida. Fue una vida aventurera y dura. Allí aprendieron los secretos de este oficio y a tener el olfato para saber rastrear a sus presas y encontrar sus refugios.

Tras trabajar en barcos de pesca más pequeños, pero cerca de su hogar en Buenos Aires, había podido comprar el «Matilde Rosa I». Consiguió también que Antonio aceptase trabajar con él y la verdad es que pudieron reclutar a una tripulación muy buena, con la cual ya llevaban varios años trabajando. En el mar es esencial la máxima confianza entre los compañeros.

Al margen de la ayuda entre marineros en dificultades en el mar y naufragos, el silencio también era otra de las leyes en el mundo de los pescadores profesionales. Jamás había que decir a otros donde podía encontrarse un buen banco. La carrera por llegar hasta él podía ser despiadada y la consecuencia era perder una buena cantidad de dinero. Ya le había pasado en alguna ocasión y él también lo había hecho. Nadie estaba libre de culpa en este negocio. Sabía que otros barcos de faena también se dirigían hacia este punto. Había que actuar rápido.

Miró al cielo y comprobó que seguía siendo espléndido. Eso ayudaba. Teniendo en cuenta que se hallaban en el invierno austral, este veintidós de agosto era algo más cálido de lo habitual. El termómetro marcaba 15° centígrados. Mientras iba pensando en todo ello, algo llamó su atención. Era el silencio que había alrededor suyo. Algo pasaba. El mar estaba en calma absoluta, ni rastro del banco de atunes. Paró el motor que giraba lentamente.

Miró hacia popa. Sus hombres observaban incrédulos por ambos lados de la borda. Todo había cambiado en un instante.

—¿Qué sucede Antonio? —gritó Javier desde una de las mirillas del puente.

—Todo el banco de atunes ha pasado por debajo del barco y han ido en dirección norte —los demás asentían las palabras de Antonio—. Ha sido como un chispazo eléctrico. Nunca había visto algo así. No sé qué ha pasado.

Señaló un atún que se retorció en la red y agregó:

—Sólo este ha quedado retenido vivo. Mira esos otros.

Varios atunes estaban muertos atrapados en la maraña en que había quedado convertida la red.

—Los atunes no mueren en la red. Es muy raro. Ha tenido que suceder algo que les ha espantado enormemente hasta la muerte por asfixia.

Javier veía los cuerpos inertes de varios atunes que se balanceaban al compás de las olas. No había sangre como era habitual en una pesca de este tipo. Movié la vista desde su atalaya y algo, por debajo del agua, le llamó la atención. Se podía ver una forma inmensa, contrastada con el blanco fondo, que iba subiendo hacia la superficie. Era de color negro sin brillo alguno. De repente, unos «palos» emergieron a pocos metros del «Matilde Rosa I». Tras los palos apareció una torre alargada y por fin el casco de un

submarino. La identificación U-2193 aparecía claramente en el lateral de la enorme torre. El mar se movía alrededor de la nave y unas olas formadas por el sumergible recién llegado agitaban el pequeño pesquero.

La tripulación de Javier se había quedado muda ante la sorprendente aparición. Era claro por qué los atunes habían desaparecido ante la súbita presencia del submarino aproximándose. Javier lo miró con detenimiento y no tuvo ninguna duda de que se trataba de un submarino alemán. Sin embargo, era un modelo que jamás había visto previamente en los documentales de la guerra que se proyectaban en los cines de barrio. Era muy limpio de formas. Se ajustó su gorra de lana azul oscuro y bajó junto a sus hombres.

No se veía actividad en el submarino. De repente, una portezuela en uno de los costados de la torre se abrió y de ella surgieron varios hombres armados. Sus uniformes dejaban claro su origen alemán. Entre ellos destacaba el que parecía ser el capitán del navío, con la gorra blanca ladeada. La barba era el denominador común. Hicieron señales para que el «Matilde Rosa I» se acercase hasta ellos. Parecía que querían decirles algo.

Javier volvió al puente seguido de Antonio, con la intención de iniciar la maniobra de aproximación.

—¿Qué es todo esto, Javier. Qué está pasando? —preguntó con nerviosismo Antonio.

—No lo sé. Y por ahora no tenemos otra opción que hacer lo que nos dicen.

Javier tomó los mandos del barco, puso el motor en marcha y fue aproximando lentamente el pesquero al submarino. El tamaño de éste era descomunal junto al barco de Javier.

—La guerra terminó a principios de mayo y ahora estamos a finales de Agosto. ¡Ése es un submarino alemán! ¡¿Qué hace aquí?!

Javier lo miró.

—Sí, es un submarino alemán y la guerra terminó hace ya tres meses. Ahora sabremos de qué se trata.

Antonio cogió unos prismáticos del puente y miró hacia el horizonte. Se podían distinguir claramente tres pesqueros más que se iban aproximando a la zona.

—Tenemos compañía —indicó Antonio.

—Seguro que son los barcos de Raúl —dijo con seguridad Javier—. Eso no importa ahora. Baja y echad un cabo hacia el submarino.

No hizo falta pues de forma rápida los submarinistas ya habían conectado su nave al pesquero. La distancia entre ambas naves era de escasos metros. Ágilmente, el que parecía ser el capitán y dos hombres más, se deslizaron por el cabo y subieron a bordo del «Matilde Rosa I». Tras llegar hasta la cubierta, los submarinistas se llevaron la mano a sus gorras militares y saludaron a la tripulación del pesquero. Javier bajó en aquel momento. Uno de los marineros que acompañaban al capitán hizo las veces de traductor al español de lo que iba diciendo el oficial.

—Le presentamos nuestros saludos, capitán, y perdonen si les hemos causado molestias en su trabajo —comenzó el traductor tras una pequeña pausa a las palabras de su superior y continuó—: El capitán Lippsmacher y toda la tripulación del submarino alemán U-2193 solicitamos que nos escolte hasta el puerto de Buenos Aires. Deseamos rendirnos en Argentina, en la Base Naval de Mar del Plata. Nuestra tripulación consta de 52 hombres.

Javier no daba crédito a lo que oía.

—Dígale a su capitán que nosotros somos pescadores, no somos militares. ¿Prefiere que llamemos a un guardacostas?

—No será necesario —respondió con rotundidad el capitán a través del interprete—. Nosotros les seguiremos hasta la base y allí saldrán a nuestro encuentro.

Estaba claro que esa era la decisión y poco tenían que discutir Javier y sus hombres.

—Gracias por su ayuda, capitán —se despidieron los submarinistas, tras estrechar la mano de los tripulantes del «Matilde Rosa I».

Ágilmente volvieron a su nave y Javier retornó al puente para iniciar el nuevo rumbo. Antonio le siguió.

—Otra vez no tenemos ninguna opción. Hagamos lo que dicen —comenzó por decir Javier adivinando lo que podía comentar Antonio. El resto recogió todo el aparejo de pesca y subieron al puente donde Javier les dejó claro cual era su situación. De mala gana, todos estuvieron de acuerdo. Una buena parte de su salario se había perdido.

—¿Podemos cobrar algo por encontrar el submarino y llevarlo a puerto, Javier? —preguntó Damián, el más joven, aunque todos se hacían esta pregunta.

—No es un pecio, ni un barco a la deriva, ni abandonado por su tripulación. Por lo que veo es un submarino en orden de combate, que se rinde y que nos solicita «escolta» —recalcó esta palabra—. Nada más. Y por ello, no tenemos derecho a nada. A mí tampoco me gusta perder dinero, pero así es como están las cosas —concluyó Javier.

Las caras de los presentes reflejaban una cierta consternación, pero no tuvieron más remedio que aceptarlo.

Durante todo ese tiempo, los otros pesqueros que se habían divisado a lo lejos ya estaban en la zona. Por medio de luces uno de ellos preguntó cual era la situación. Antonio tomó el potente foco y respondió, indicando que se dirigían a la base militar argentina. Ante lo extraordinario de la situación, los otros barcos también se unieron a la comitiva.

En la cubierta del submarino se podían ver a bastantes tripulantes que descansaban, tomaban el aire, el sol y hablaban entre ellos. No parecían preocupados por la unión de otros pesqueros al grupo. En la torre de submarino se veía al capitán Lippsmacher y otros hombres que miraban con prismáticos en todas direcciones. Junto a ellos se podían apreciar las dos torretas con armamento anti-aéreo, enfocadas una a proa y otra a popa. Era un submarino muy moderno y totalmente diferente a lo que Javier conocía. Le llamaba mucho la atención el elevado número de antenas o «palos» que surgían de la torreta. Llegó a contar hasta seis. Aparte del periscopio y la antena de la radio, a Javier no se le ocurría que podían ser los demás y su posible uso.



El U-2193 fotografiado entrando a la Base Naval de Mar del Plata, Argentina

De forma muy elegante, el submarino avanzaba a la velocidad de los pesqueros. Emitía un débil zumbido, como el de una turbina y apenas dejaba rastro tras él. Tampoco emitía gases de escape, ni humo. Llevaban ya dos horas navegando todos juntos y la costa argentina se distinguía claramente. La base quedaba a las afueras de la capital, hacia el este. Javier calculó que en unas cuatro horas podían llegar hasta allí. De repente, la silueta de un avión acercándose desde el oeste, se apreciaba nítidamente en el horizonte. Claramente venía de la costa argentina. La tripulación del submarino señaló en esa dirección.

Ya más cerca, se podía apreciar que se trataba de un hidroavión militar. Dio dos vueltas sobre todo el grupo, mientras la tripulación del submarino saludaba agitando los brazos. La nave alemana fue perdiendo velocidad, hasta que se detuvo. El avión amerizó muy cerca del submarino. Del avión se lanzó un bote neumático que fue abordado por tres hombres. La operación era observada por Javier a través de sus prismáticos. Uno de los hombres llevaba el uniforme de la marina argentina y los otros dos de la aviación. Remando con decisión llegaron al poco rato al submarino, desde donde se les lanzó un cabo de sujeción. Dos de los hombres subieron a bordo, mientras el tercero aguardaba en el bote. Entraron en la nave alemana. Poco después uno de los hombres salió y embarcó en el pequeño bote, que rápidamente regresó al avión. A bordo del submarino se había quedado el representante argentino de la marina.

—Parece que ya habían informado a los militares desde el submarino... —indicó Manuel que también observaba la escena desde el puente—. Ése que ha subido seguramente es un práctico, que guiará al submarino hasta la base ¿qué opinas, Javier?

Javier permanecía en silencio mientras seguía observando atentamente toda la operación.

—Sí, creo que tienes razón. En estos momentos el submarino ya está en manos argentinas. Veamos cual es el siguiente paso, aunque lo puedo imaginar.

El hidroavión puso sus motores en marcha y lentamente se aproximó al «Matilde Rosa I» navegando sobre el mar. El submarino ya había iniciado su marcha hacia la costa argentina, tras despedirse de los pescadores. Desde la cabina del avión y por medio de luces se les indicó que abandonasen la zona y que

continuasen con su trabajo. El asunto ya era de jurisdicción militar. Tras el mensaje, el piloto aceleró sus motores y el avión recorrió una cierta distancia hasta que despegó del mar sin dificultad.

Lentamente todos volvieron a su rutina diaria en el mar. Nada más podían hacer. Tenían mal sabor de boca, como de algo injusto. Pero sobre todo ello, flotaba la pregunta: ¿qué hacía un submarino alemán de aquellas características tres meses después de acabada la contienda?

Capítulo 2

UNA MISIÓN DIFERENTE

Patrick Malone fue recibido por la secretaria del vice-almirante Clark.

—Por favor, capitán Malone, puede dejar sus cosas aquí. Estará más cómodo. Ahora mismo aviso al vice-almirante.

Patrick dejó su abrigo y su gorra de oficial junto a él en el confortable banco de espera y observó como la secretaria hablaba por teléfono con Clark, indicándole su presencia allí. No entendía por qué le había llamado con tanta urgencia el vice-almirante, cuando se encontraba de maniobras en el Golfo de México, cerca de la pequeña base de Corpus Christi en Texas. Su barco, el submarino «USS Monitor», participaba junto a otros quince barcos en unas maniobras ya previstas de antemano para principios de septiembre en el Golfo de México.

Clark abrió la puerta y sonriente se dirigió a Malone.

—Patrick, ¿cómo estás? Gracias por venir.

Le invitó a entrar en su despacho y le indicó una de las butacas. No se sentaría en su escritorio pues quería la máxima confianza y proximidad. Malone lo advirtió enseguida.

—¿Qué sucede, Vincent? ¿Qué es tan importante que me has hecho venir hasta Norfolk? —preguntó Malone con la máxima confianza, pues el vice-almirante Clark era el padre de su ex mujer.

El vice-almirante siempre había considerado a su hija una estúpida porque, tras ingresar en una secta, había perdido a Patrick. Pero, a pesar del divorcio, Clark seguía manteniendo una excelente relación con quien fue su yerno tanto en lo personal como en lo profesional.

—Voy a ir directo al grano, Patrick, ya me conoces. A finales de agosto se rindió otro submarino alemán en Argentina.

Patrick puso cara de cierta sorpresa.

—Bueno, no es el primero que lo hace. Recuerdo que el U-530 y el U-977 en julio y agosto de este año también se rindieron a los argentinos. Desde luego es curioso y sorprendente. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Bueno, ahora es diferente, Patrick. El pez que los argentinos tienen en Mar del Plata nos interesa. Es un submarino alemán muy moderno, del tipo XXI.

—Creí que ya habíamos capturado un submarino alemán XXI, que también se rindió en medio del Atlántico.

—Cierto, pero sus aparatos más modernos habían sido previamente desmantelados por la propia tripulación antes de entregarse. Las turbinas Walther de propulsión estaban saboteadas sin arreglo y se habían deshecho de los torpedos ultramodernos que llevaban. ¡Imagínate! Nos llegaron «capados». Éste, en cambio, está completo. Tiene, incluso, el cuaderno de bitácora y los códigos secretos de su máquina ENIGMA. Mira estas fotos de nuestros agentes en Argentina —Clark le pasó varias fotos del sumergible en la base militar. Su aspecto era imponente—. Lo comandaba el capitán Lippsmacher, un «niño» de 26 años con una tripulación formada por marinos muy jóvenes también y sin compromisos familiares.

Clark se recostó en la butaca.

—Piensa que ese submarino supera a cualquier submarino nuestro. No lo sabes porque es materia reservada y por ahora no está en la historia oficial de la guerra, pero para que comprendas la capacidad

militar de esas naves alemanas, el pasado 2 de mayo de este año, poco antes de la rendición alemana, una flotilla del modelo XXI partió desde el fiordo noruego de Kristiansend en una última misión de combate en dirección a Islandia. Ya puedes imaginarte, Patrick, la típica «manada de lobos» —Patrick asintió ante la clásica formación de ataque de los submarinos alemanes a los convoyes aliados en el Atlántico—. Los alemanes localizaron una flota de combate británica de 8 barcos y se adentraron en medio de la misma sin que los ingleses los captasen. Usaron nuevos tipos de torpedos que acabaron con los ingleses en muy poco tiempo. Y lo que es peor, los británicos no entendían quién les atacaba, mientras los barcos explotaban uno tras otro y se iban a pique sin remedio. Esa flotilla submarina desapareció sin dejar rastro alguno...

—Todo esto es muy interesante y novedoso, Vincent. Además sabes de mi afición y trabajo por los submarinos, pero ¿qué pinto yo en todo esto? Ese submarino está en manos argentinas y ahora no podemos hacer más —Patrick dejó las fotografías sobre la mesita.

—Al igual que con los submarinos anteriores, Argentina está colaborando con nosotros. Los alemanes creen que rindiéndose allí no se les deportará, como pasó con el acorazado Graf Spee. Pero todo esto ha cambiado desde entonces. Los argentinos nos permiten traer a la tripulación para interrogarles y lo más importante: traer el submarino U-2193 a Norfolk —Clark se quedó mirando a Patrick esperando su reacción, pero solo parecía pensativo—. Ahí es donde entras tú. Quiero que traigas ese submarino lo antes posible. Y te lo pido porque confío en ti plenamente. Tengo que tener la seguridad de que llega bien y sin filtraciones a la prensa como en los casos anteriores. Es una misión de alto secreto. La información sobre este asunto está clasificada. Escoge a los hombres que necesites y que sean de tu absoluta confianza.

Patrick miró a Clark fijamente.

—¿Sólo eso, Vincent? —insinuó—. Nos conocemos hace tiempo y creo que aquí hay algo más ¿verdad?

El vice-almirante se recostó de nuevo en su cómoda butaca y tras mirar al techo con resignación y acariciarse la barbilla, dirigió la mirada a su ex yerno.

—Mira, Patrick, algo está sucediendo que no tenemos claro. Estos submarinos y el U-2193 también, han hecho recorridos inmensos por el mar. La nave de Lippsmacher ha estado más de 70 días en navegación sumergida, lo cual es toda una proeza mundial...

Patrick asintió con sorpresa ante ese dato espectacular. No podía ni imaginar lo que sería para la tripulación el permanecer tanto tiempo bajo el agua y la presión psicológica que ello representaba.

—¿No sabemos nada de su misión? —inquirió.

—Según hemos sabido por los interrogatorios a los que hemos sometido a las tripulaciones de los dos submarinos anteriores y a sus capitanes Wermouth del U-530 y Schaeffer del U-977, todos salieron de Alemania excepto el U-2193 que lo hizo desde Noruega, pocos días antes de la rendición incondicional. Todos llevaban tripulaciones jóvenes, más jóvenes de lo normal. Y lo más extraño es que todos ellos y también el U-2193 habían recalado en la Antártida. No hemos logrado saber por qué y qué buscaban o hacían allí.

—Los alemanes siempre han demostrado tener interés por la Antártida —intervino Patrick—. Han habido diversas expediciones desde finales del siglo pasado.

—También nosotros, Patrick —aclaró Clark—. La Antártida también es un asunto del cual sé que eres aficionado y que tendrá que ver con lo que se está hablando actualmente en los círculos más altos de

Washington y tu implicación en todo ello.

A sus 29 años, los conocimientos de Patrick acerca del continente antártico eran bastante mayores que los de un simple aficionado. Al margen de su carrera militar, Patrick había sido un entusiasta seguidor de las expediciones de Richard Evelyn Byrd en 1929, 1934 y 1939, que actualmente ostentaba el grado de almirante, y conocía bastante bien todo lo descubierto hasta ese momento del continente helado. También conocía los resultados de las expediciones inglesas, alemanas y las agrias disputas entre Chile y Argentina.

—Te diré otra cosa que también es información clasificada —continuó Clark—. Desde que acabó la guerra a principios de mayo de este año han desaparecido 124 U-Boots alemanes que nadie sabe donde están. Además son, en su mayoría, del modelo más moderno, el XXI como el U-2193. Esos submarinos XXI, que te he comentado antes, son una gran parte de esas naves desaparecidas.

—¡Eso es toda una flota! —exclamó Patrick—. No pueden esconder todos esos submarinos. ¿Estás seguro de esa información? Eso puede ser muy peligroso para nosotros.

—Esta información es totalmente cierta, Patrick, y, como tú dices, peligrosa para nosotros —el vicealmirante Clark se puso de pie y se dirigió a la ventana—. Inteligencia Naval ha trabajado en este asunto y ha calculado que quizás un 10% de esa cifra puedan haberse hundido tras chocar con una mina a la deriva o por un problema técnico. Es decir, una desaparición solitaria y sin registro. Pero el resto, más de 100, deben de estar en algún sitio. Un lugar inmenso, lejos de cualquier observación...

—¿La Antártida? —sugirió Patrick, que suponía la respuesta.

Clark sonrió levemente:

—Eso creemos.

—Es decir, sí. ¿Y cual es el siguiente paso, Vincent? —preguntó sin tapujos Patrick.

—No puedo decírtelo con seguridad ya que hay varias ideas sobre la mesa —Clark regresó a su butaca y se acomodó mientras parecía buscar una explicación coherente y satisfactoria para Patrick, sin romper el secreto que rodeaba a esa información—. Lo que sí te puedo decir es que el mes que viene el Secretario de la Marina James Forrestal, ha convocado a una reunión en Washington a los almirantes Nimitz, Byrd y el capitán Creuze. Algo gordo se está cociendo y después de esa reunión quedará aclarado que es lo que se va a hacer y el objetivo. No te puedo decir nada más en este momento. Yo soy del equipo consultivo de Byrd, como ya sabes, y estaré involucrado desde el primer momento.

—Bueno, esperaré aunque antes me has dicho que yo también tengo implicación en todo esto.

—De momento trae ese maldito submarino a Norfolk —Clark parecía querer acabar la reunión y que Patrick se pusiera en marcha—. Esa es tu misión. Y no sólo por la absoluta confianza que tengo en ti, sino porque eres uno de nuestros mejores oficiales de submarinos. Seguiremos en contacto y te informaré de los nuevos pasos que deberás seguir.

—¿Y mi submarino, Vincent?

—No te preocupes ahora por el «Monitor». Yo ya me he adelantado y seguirá las maniobras sin ti. Está en buenas manos. No te preocupes.

Clark lo tenía claro y había dado ya los pasos para liberar a Patrick de su trabajo y que pudiese dedicarse a la nueva misión.

—Seleccionaré a varios de mis hombres y quizás necesitaré a algún alemán que conozca bien el modelo XXI. ¿Es posible? —sugirió Patrick, mientras se ponía en pie.

—No hay problema pues parecen colaborar bien por ahora en su reclusión argentina. De todas maneras, no te fíes. Los alemanes que puedas necesitar deberán estar controlados en todo momento a bordo del submarino para que no tengan «ideas extrañas» —Clark recalcó esta última frase y Patrick comprendió que debía evitar posibles sabotajes mientras se dirigiesen a Norfolk.

—Muy bien, Vincent —los dos hombres fueron hasta la puerta del despacho—, tengo dos tripulantes en mi submarino de origen alemán y que hablan perfectamente el idioma. Uno es mi segundo Kenneth Miele. Serán mis contactos con los marineros alemanes que escojamos.

En aquel momento entró Betty, la secretaria de Clark.

—Perdonen que les interrumpa, pero he creído importante avisarle, señor —dijo dirigiéndose a Clark—. Tengo al almirante Byrd al teléfono que desea hablar con usted.

—No se preocupe, Betty, ha hecho muy bien. El capitán Malone ya se marchaba. Por favor, acompañele —Clark se dirigió a Patrick—. Seguro que es sobre todo este asunto. Creo que empieza el baile. Puede pasarme al almirante, Betty. Adiós, capitán Malone y buena suerte. Manténgame informado.

—Sí, señor —respondió Patrick, llevándose dos dedos a su gorra de oficial de la Marina y saliendo del despacho. Estaba impresionado por el alto nivel de los contactos de Clark.

Una vez fuera, Betty le indicó el camino.

—No hace falta que se moleste, Betty, conozco muy bien la salida —le sonrió Patrick—. Durante la guerra estuve aquí casi un año. Gracias.

—No hay de qué, capitán —Betty regresó a su mesa junto a la puerta del despacho de Clark y tras dirigir una sonrisa a Patrick, pasó la llamada del almirante Byrd.

A él le gustó la sonrisa de Betty, pero pronto su mente empezó a recordar detalles sobre la Antártida que él había estudiado de forma autodidacta. Desde luego, lo que sabía del lejano continente era increíble. El continente antártico en el Polo Sur terrestre, tiene una forma casi circular de 4.500 kilómetros de diámetro, siendo el tercer continente más grande del planeta con cerca de 14 millones de Km². Es cuatro veces más grande que los Estados Unidos. Su nombre, Antártida es de origen griego «antarktikos» y quiere decir «opuesto al Ártico». Es el continente más elevado del mundo, con una altura promedio de 2.000 metros sobre el nivel del mar. El monte Érebus, de 3.794 metros, es un volcán activo situado en la costa oriental de la isla de Ross. El Macizo Vinson, con 4.897 metros, es la mayor altura de todo el continente.

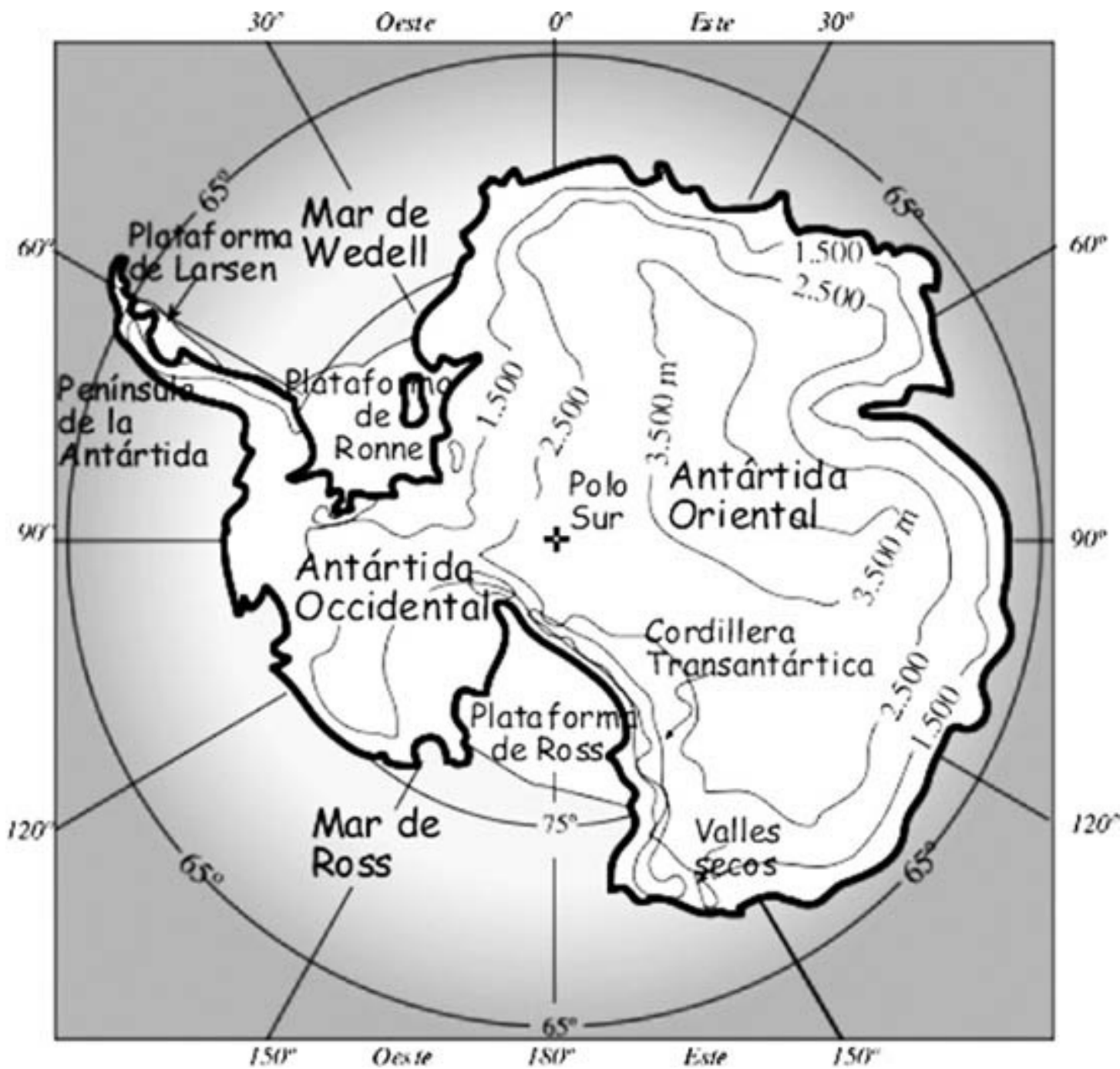
Más del 85% del área terrestre ocupada por el hielo permanente se halla en la Antártida. El espesor medio es de 2,4 kilómetros, aunque se han detectado lugares donde el espesor alcanza casi a los 5 kilómetros, en la Terre Adélie (69° 54' Sur, 135° 12' Este). El volumen de agua que representa el hielo permanente de la Antártida es tal que su descongelación completa elevaría el nivel del mar alrededor de los 75 metros en todo el planeta.

Es también el continente con el promedio de humedad más bajo de la Tierra, así como el de temperatura promedio más baja. En julio de 1993 se alcanzó en la estación Neozelandesa de Vanda 89,5° centígrados bajo cero, la cifra registrada más baja. Este fenómeno se debe a dos razones: su gran altura media y la poca radiación solar que recibe. También la Antártida ha registrado los vientos más intensos: 327 kilómetros por hora en julio de 1972, información obtenida por la estación francesa Dumont d'Urville.

Aunque el descubrimiento del continente antártico fue hecho por el español Gabriel de Castilla en el

siglo XVII, las expediciones a la Antártida empezaron oficialmente a inicios del siglo XIX. Es sorprendente que ya en el siglo V a.C., Herodoto hablaba de una posible «tierra incógnita», es decir «tierra no conocida» en los confines del hemisferio austral. Incluso algunos geógrafos griegos llegaron a calcular una masa terrestre al sur del Océano Indico. Se desconoce como lo calcularon o en qué se basaron, pero ya tenían nociones avanzadas de que había territorio en aquellas latitudes.

Una explicación a tan increíbles conocimientos podrían ser los mapas de Piri Reis, almirante de la flota en el Mar Rojo y Golfo Pérsico y cartógrafo turco, que en 1513 realizó los mapas que llevan su nombre y que en 1517 se los regaló al Sultán Selim I, conquistador de Egipto. Se sabe que Piri Reis utilizó mapas más antiguos, concretamente 20 viejos planos y 8 mapamundis confeccionados en la época de Alejandro Magno y que en ellos aparecía la totalidad del mundo habitado entonces. Al margen de otros continentes que aparecían con gran precisión, los mapas muestran la Antártida ¡sin hielos! Es decir, una imagen de hacía casi 10.000 años y que tras el estudio de cartógrafos del Instituto Hidrográfico de la US Navy, determinaron la alta precisión de esa información y lo más sorprendente es que la visión de la Antártida que ofrecían estas antiguas cartas sólo podía haber sido realizadas desde el aire y a mucha altura... Es un asunto sorprendente y no explicado hasta hoy.



Mapa de la Antártida con los puntos geográficos actuales

Al iniciarse el siglo XIX y concretamente en 1820, se declaró oficialmente el descubrimiento formal u oficial del continente antártico. Los descubridores fueron los miembros de la expedición rusa al mando de Fabian Gottlieb von Bellingshausen. Ese mismo año, el geógrafo británico Edward Bransfield y el cazador de ballenas Nathaniel Palmer, confirmaron el descubrimiento de la expedición rusa.

Sin embargo, ya por el año 1815 el almirante Brown, con una flotilla compuesta por la fragata «Hércules» y el bergantín «Trinidad», surcaron las aguas australes llegando hasta los 65° de latitud Sur, en el actual Mar de Bellingshausen. El objetivo de esa misión era militar y concretamente para oponerse a los barcos españoles que merodeaban la zona por el lado del Océano Pacífico.

En esa época, los cazadores de focas de origen argentino se aventuraban en busca de pieles y aceite, que luego comercializaban en los mercados de Oriente. A pesar del secreto que rodea a cualquier banco de pesca o zona rica en materias primas, se sabe que la nave «San Juan Nepomuceno» entre los años 1817 y 1820 y el barco caza-focas «Espíritu Santo» habían llegado hasta las islas llamadas Shetland del Sur, que fueron descubiertas oficialmente en 1818 por el marino inglés Palmer, tras seguir el rastro de esos barcos.

En 1848 el Teniente Coronel de la Marina Argentina Luis Piedrabuena, como primer oficial del barco «E. Davison», alcanzó más allá del los 68° de latitud Sur y en 1852, cerca de la Bahía Margarita y su barco estuvo atrapado en el hielo durante treinta días quedando totalmente aislado. En 1867, al mando de los barcos caza-focas «Espora» y «Julia» se logran alcanzar los 67°20' Sur y 68°40'.

La aparición oficial del nuevo continente y su posesión por parte argentina también generó normativas para regular las riquezas naturales a partir de las Islas Malvinas hacia el sur, básicamente la pesca. Por ello, ya el 22 de octubre de 1821 se creó la ley «Disposiciones Inherentes a la Caza de Anfibios». Y, según Decreto del 10 de junio de 1829, se creó la Comandancia Político Militar de las Islas Malvinas.

En 1891, se ayudó al Teniente belga Adrien de Guerlache, cuyo barco «Bélgica» se reparó y aprovisionó de carbón en Ushuaia. También en 1891, se ayudó al Doctor Otto Nordenskjöld de Suecia, en su investigación en la zona.

A principios del siglo XX se creó la primera instalación antártica permanente: El explorador científico escocés Doctor Williams Bruce, en diciembre de 1903, tuvo que reparar su nave y abastecerse para continuar. El Dr. Bruce ofreció en venta las instalaciones e instrumental utilizado, con la condición de que la operación fuera reservada y apareciera públicamente la cesión como una donación en agradecimiento de la ayuda recibida, con el compromiso argentino, además de continuar las observaciones. El gobierno argentino aceptó la propuesta por Decreto Letra "D" N° 27 del 2 de enero de 1904, refrendado por el Presidente Roca, que autorizó la instalación del Observatorio y se designó al personal.

Pocos días después, el 20 de enero de 1904 se aprobó la creación de una «estafeta postal» y se envió al ciudadano argentino de 19 años de edad Hugo Acuña, a quien el 21 de enero de ese año se le concedió el nombramiento de «habitante» para la instalación de la primera oficina postal en la Antártida. El 22 de febrero de 1904 llegó el bergantin «Scotia» a las islas Orcadas del Sur, se arrió la bandera de Escocia y se enarboló la bandera de la República Argentina.

En 1901/1903 se integró en la expedición del Doctor Nordenskjöld, el Alférez de Navío argentino José María Sobral, como meteorólogo, magnetólogo y geodesta. Fueron rescatados por la corbeta Uruguay, al mando del Teniente de Navío Julián Irizar, el 10 de noviembre de 1903, al ser destrozado por los hielos el navío «Antartic», comandado por el capitán noruego Larsen.

En 1903 el buque del francés Doctor Juan Bautista Charcot es reparado de importantes averías y reabastecido de víveres y carbón.

En 1911, se ayudó al alemán Doctor Wilhelm Filchner. Se les alojó y mantuvo en el zoológico de Buenos Aires 8 caballos ponies siberianos y 75 perros groenlandeses. Además se le proveyó de víveres y carbón y se estableció con el Ministerio de Marina argentino, un enlace por radio y envío de partes meteorológicos periódicos.

En 1914, el inglés Ernest Shackleton, obtuvo del gobierno argentino la seguridad de que la estación

de radio más austral del mundo situada en la Isla de los Estados transmitiera especialmente para ese barco señales horarias de precisión. Se sucedieron una serie de disposiciones legales, se instalaron refugios en islas y se crearon los destacamentos militares antárticos.

Ahora Patrick tenía la oportunidad de conocer esos detalles y muchos más de forma directa, aunque no estaba del todo tranquilo. Cuando el vice-almirante Clark le embarcaba en algún asunto con tratamiento secreto, podía esperar de todo menos tranquilidad.

Capítulo 3

A BORDO DE UN SUBMARINO ALEMÁN XXI

Patrick Malone llegó a la Base Naval del Mar del Plata el 23 de octubre de 1945. Le acompañaban los mecánicos Stan White y Roger Blaufen. Éste último hablaba alemán perfectamente, lo que sería de gran ayuda en la comprensión del funcionamiento del submarino. Por otro lado, también llegaban con Patrick, John «bullet» Creighton como oficial de telecomunicaciones, Kenneth Miele como segundo de Patrick y que también hablaba alemán. Bert Eklund, amigo de Patrick desde la escuela naval, les acompañaba en calidad de controller. Cinco miembros de la Policía Militar americana o MP ya estaban en la base y se unirían a todo el grupo para vigilar a los alemanes mientras se llevase a cabo la travesía.

—Y bien, ¿donde está nuestro «pescadito», capitán? —preguntó John al bajar del pequeño autocar que les dejó en la base, mientras cogía su macuto.

—No lo sé, John, pero no te pongas nervioso. No puede estar muy lejos, seguro —contestó Patrick mirando a los demás.

—¿Es tan moderno como dicen? —Bert se sentía muy satisfecho de su participación en la misión. Parecía un niño con zapatos nuevos.

En aquel momento llegaron dos oficiales de la marina argentina, acompañados de tres oficiales americanos.

—Bienvenidos, señores —dijo uno de los oficiales argentinos—, soy el teniente de navío Carlos Cifuentes y este es el oficial de primera Ariel Benítez.

Intercambiaron un protocolario saludo militar y Patrick pasó a presentar a sus hombres. Los militares americanos también se presentaron. Se trataba del agregado militar en Argentina y dos de sus oficiales. Tras los saludos, ayudaron solícitamente a Patrick y a sus hombres con las bolsas y macutos. Mientras iban caminando hacia la rada donde estaba el submarino alemán, el agregado Edward Darlington habló con Patrick de forma discreta:

—Capitán Malone, he sido informado de su misión aquí y por nuestra parte estamos a su disposición para todo lo que necesite y también para entregarle estos documentos recibidos por valija diplomática esta mañana, a su atención personal.

—Gracias, agregado —contestó Patrick, mientras abría el sobre que contenía diversos documentos—. Por cierto ¿donde está la tripulación alemana y su capitán en este momento?

—Están en esos pabellones y salen dentro de tres días a Estados Unidos para someterlos a interrogatorios. Ellos no lo saben todavía —contestó el agregado Darlington, señalando unos barracones de gran tamaño usados normalmente para guardar lanchas y botes de tamaño pequeño—. Han permanecido más días de los previstos a la espera de su llegada para que seleccione a los que necesita para la travesía.

—Magnífico —Patrick se detuvo mirando uno de los documentos que mostraba la ruta de regreso hasta la base de Norfolk. Mostraba las etapas que ya había planificado Patrick en dicha base. Todo estaba en orden—. ¿Dispone usted de un listado de todos ellos y su puesto en el submarino?

—Sí, capitán, aquí lo tiene —Darlington abrió una carpeta de mano—. Supuse que lo necesitaría. Patrick sonrió y cogió el documento. Darlington siguió, señalando las hojas.

—Contiene el nombre completo de cada tripulante, edad, lugar de origen y puesto a bordo.

—Excelente trabajo, Agregado. Le estoy muy agradecido —dijo Patrick mientras ponía los papeles en su maleta de mano— después seleccionaré los que deberán acompañarnos hasta Norfolk. Primero hemos de ver el submarino y donde podemos tener dudas de su funcionamiento. Mis hombres me ayudarán a decidir qué necesitamos para el viaje.

El grupo seguía su camino, con los oficiales argentinos a la cabeza. El día era frío. Todos llevaban sus Duffle Coats abrochados hasta el cuello. Dos camiones con guardamarinas argentinos pasaron junto a ellos en dirección opuesta. Saludaron al grupo, que respondió al saludo. El pantalán del puerto y el mar se veían claramente. Giraron por la esquina de uno de los edificios que daba directamente al mar. El submarino U-2193 estaba frente a ellos.

El grupo de Patrick se detuvo atónito ante la nave que tenían ante sí. Bert Eklund se llevó las manos a la cabeza, mientras emitía un silbido de admiración.

—Es sensacional. No tenemos nada así en nuestra flota —exclamó Stan White, uno de los mecánicos—. Quiero ver el motor de ese submarino. ¿Cómo lo ves, Roger?

El otro mecánico movía la cabeza, como si hubiese visto una visión de otro mundo.

—Me parece espectacular. Además es enorme.

Los hombres siguieron con sus comentarios de admiración.

—¿Qué le parece capitán Malone? —preguntó sonriendo el Agregado Darlington.

—Sólo puedo decir que menos mal que terminó la guerra y todas estas armas apenas tenían presencia —agarró con fuerza su maleta y encabezó el grupo hacia el submarino—. No hubiésemos tenido muchas oportunidades contra naves como ésa.

Los MP americanos estaban ya sobre la cubierta del submarino esperando al grupo de Patrick y vigilantes ante cualquier eventualidad. Al ver que llegaban, dieron orden a los policías militares argentinos de guardia en el pantalán del puerto de bajar la pasarela de acceso para que los recién llegados pudiesen subir a bordo. Tenían orden de que el submarino no tuviese puesta la rampa y evitar curiosos o personal no autorizado.

La inmensa torre de la nave era totalmente diferente a las que llevaban los submarinos hasta entonces. Patrick observaba con detenimiento todos los detalles que sobresalían de la misma. Era muy moderna y muy bien diseñada. Pensó que el coeficiente de penetración hidrodinámica tenía que ser excelente. Sobresalían las dos torretas antiaéreas a proa y popa. También el casco que asomaba sobre la superficie parecía muy bien diseñado, acorde con la torre. La pasarela se balanceaba por el peso y el paso del grupo, dando la sensación de que iba a romperse, pero aguantó. Ya estaban todos a bordo. Los macutos quedaron sobre la cubierta vigilada.



Un astillero al finalizar la guerra, con varios submarinos del modelo XXI

Tras las presentaciones de rigor a los MP americanos, entraron en el submarino a través de la puerta situada en un costado de la torre. La iluminación interior era muy buena y permitía observar todos los detalles. No estaba en marcha la luz roja que se usaba en la sala de periscopio, cuando se anunciaba zafarrancho de combate. Patrick se paró junto al periscopio y revisó los datos técnicos del submarino que constaban en unos de los informes que había recibido Patrick del Agregado.

Del modelo XXI se habían construido 118 unidades en diferentes astilleros desde 1943. Éstos eran: Blohm & Voß de Hamburgo de 1943 a 1945, Deschimag AG Weser durante 1943 y Bremen, F. Shichau, Danzig de 1943 a 1945. El primer submarino XXI construido y puesto en servicio recibió la codificación U-2501. El peso era de 1.819 toneladas, eslora de 76,70 metros y una manga de 6,62 metros. Los motores de superficie eran dos diesel de 2.000 caballos de potencia MAN4-Takt M6V 40/46 de 12 cilindros en V cada uno. En inmersión disponía de dos turbinas eléctricas silenciosas Walther de peróxido de hidrógeno de una potencia de 2.500 caballos 2-GU 365/30 cada una y dos motores eléctricos secundarios de 113 caballos GV 323/28, cada uno. La velocidad en superficie era de 15,6 nudos y 18,1 nudos en inmersión, con una autonomía de 16.000 kilómetros.

La sala de torpedos, con 6 tubos, podía cargar 23 torpedos de dos tipos, guiados por cable o de guía acústica. Eran del nuevo modelo LUT (Lageunabhängiger Torpedo), que contra blancos de más de 60 metros de eslora tenían una efectividad del 95%, y ¡sin apuntar directamente! Había otra configuración que era de 17 torpedos de ambos tipos y 12 minas. Las torretas antiaéreas blindadas podían presentar dos calibres: cuatro cañones de 20mm o bien de 30 mm. El submarino XXI portaba dos sistemas de sonar: el pasivo llamado Gruppenhorchgerät y el activo llamado Unterwasser-Ortungsggerät NIBELUNG, que permitían atacar objetivos de superficie sin contacto óptico. Disponía de un sistema para engañar a los barcos de superficie, llamado Pillenwerfer que eyectaba una substancia que provocaba burbujas en la superficie y confundía los sistemas de detección enemigos.

La profundidad máxima era de 250 metros. Podía permanecer en inmersión hasta tres días. La tripulación era de 58 hombres. Disponía de aire acondicionado, neveras para las provisiones, tres cuartos de baño y una potabilizadora de agua que aumentaban, sin lugar a dudas, la higiene y el confort de la tripulación.



Todos estos datos, según pensó Patrick, superaban con mucho a sus submarinos. De hecho, pensó que se trata de un auténtico submarino y no de un sumergible como eran hasta entonces los llamados submarinos que habían actuado en la guerra. Eran naves con capacidad para sumergirse, pero no para permanecer mucho tiempo debajo del agua. El modelo XXI, sí. Guardó la hoja de especificaciones técnicas y siguió la visita con sus hombres.

Como todos los submarinos, las paredes del mismo aparecían repletas de tubos, mandos, relojes, palancas, llaves de palomilla, válvulas y elementos incomprensibles para un profano. El aspecto era complejo. Todo ello pintado con fondo claro, para poder ver fácilmente cualquier aparato o elemento interno. La sensación no era de agobio y era fácil desplazarse por el interior. Eso era una gran ventaja en la vida normal a bordo y sobre todo en situaciones de combate.

La zona del periscopio presentaba los controles que dirigían el propio periscopio en el izado y bajada, el snorkel y las antenas externas. Era un lugar donde, en combate, podían estar hasta 6 personas. Tras bajar de la torreta al interior del submarino propiamente dicho, los hombres de Patrick miraban con curiosidad la disposición de los elementos internos del enorme submarino y seguían expresando su admiración por algunas de las soluciones a bordo. El número de cuartos de baño, neveras y el sistema de aire acondicionado llamó poderosamente la atención de los visitantes.

—Con todas estas comodidades que hay aquí, sí que se puede luchar... —exclamó Kenneth, el segundo de Patrick.

Todos asintieron ante esta afirmación. Mientras hablaban, llegaron a la mesa de navegación donde las cartas marinas aparecían perfectamente enrolladas, numeradas y clasificadas.

En el puesto de navegación aparecían varios controles y entre ellos un reloj con una esfera de 24 horas que llamó la atención de Bert Eklund que lo señaló a sus compañeros:

—Con este reloj sabes si es de día o noche en el fondo del mar. Muy interesante.

Las válvulas de los timones de profundidad se hallaban muy cerca y para un profano era realmente complicado el observar el aparente laberinto que todo ese mecanismo representaba. Stan y su compañero Roger Blaufen, los mecánicos, iban clasificando cada aparato que aparecía ante ellos. El conocimiento de Blaufen del idioma alemán era una ayuda indispensable en todo ello. Debajo de los asientos de los marineros que manejaban los timones de profundidad, se hallaba una trampilla con un motor auxiliar para los profundímetros. Las válvulas que controlaban todo el sistema de inmersión parecían un árbol de navidad pues estaban pintadas en verde y rojo en un sistema vertical. Era como un estallido de color dentro de la nave. De hecho, era práctica habitual un colorido así para evitar confusiones visuales en momentos de tensión en que había que manejar las válvulas de apertura y cierre muy rápidamente.



El modelo XXI se fabricaba modularmente en diferentes lugares de Alemania

El control de los alerones de inmersión parecía muy cómodo. El indicador de grados de inclinación estaba situado justo delante del marinero que los controlaba, con lo que de forma fácil podía sumergir la nave inclinándola los grados necesarios. Justo a la izquierda de todo este sistema se hallaban los controles de los motores eléctricos y un tubo para emitir y recibir las órdenes del puente. El pasillo continuaba sin verse el final del mismo. Las dimensiones internas de la nave seguían llamando poderosamente la atención de todos.

El pasillo, forrado en madera y de aspecto cálido les llevó hasta la cocina de a bordo. Era la primera vez que veían algo así en un submarino. No sólo era más ancha que las americanas, sino que tenía placas vitrocerámicas muy modernas, a diferencia de las sencillas resistencias eléctricas de sus submarinos, y campana extractora de humos. Era algo que ni ellos habían podido soñar. Más válvulas y tubos aparecían sobre la campana de extracción. También un generador de oxígeno se hallaba en un extremo de la cocina, con el objetivo de renovar el aire rápidamente. En una de las paredes estaban situados dos filtros de agua que podían suministrar agua potable continuamente.



La poderosa y moderna torreta del modelo XXI. Se pueden ver los dos cañones de 30 mm de proa. Era de un diseño excepcional.

Siguiendo por el pasillo, Patrick y sus hombres se encontraron con una gran válvula en el techo con un letrero que decía «Dieselluft Kopfventil» o «Válvula de suministro de aire para los motores diesel».

No había duda de que se hallaban cerca de la zona de motores. Debajo de esta válvula había una escotilla que llevaba a los camarotes de los oficiales y a la sala de motores. Tras la escotilla aparecían dos controles en la pared que indicaban el estado de las baterías eléctricas. 124 luces azules y rojas aparecían en cada uno de estos cuadros de control. Cada luz era un vaso de batería, con lo que se podía ver si en alguna de ellas había algún problema.

Los camarotes eran cómodos e iban 3 oficiales en cada uno de ellos, evidentemente en turnos. Sus paredes estaban totalmente forradas en madera. Se hallaban situados unos frente a otros, es decir en babor y estribor de la nave. La pared inclinada denotaba la forma del casco del submarino. Siguieron avanzando y llegaron hasta los potentes motores diesel. Nuevamente admiraban la anchura y la facilidad de paso.



Varios submarinos del modelo XXI en un puerto en Noruega en 1945

Los dos motores diesel situados en paralelo permitían el acceso a través de un pasillo más ancho que el de un submarino convencional. Al fondo y situados en el techo se hallaban dos poderosos compresores que se usaban para bombear aire comprimido y vaciar el agua de los tanques de inmersión.

—¿Has visto eso, Roger? —indicó Roger Blaufen el otro mecánico americano y compañero de Stan—. Lleva un sistema de absorción del dióxido de carbono para el aire. Muy ingenioso.

Roger iba contando los recipientes de cal de todo el sistema, hasta un total de dieciocho.

Bajo ellos se hallaba la enorme escotilla redonda que daba paso a las turbinas eléctricas de la nave. Era una de las curiosidades de este submarino y que no conocían los marineros americanos. Fueron pasando a la sala de turbinas con indisimulada curiosidad. Justo en la entrada se situaban los controles de los depósitos de gasoil, con los indicadores de cantidad de litros que había en los dos depósitos del

submarino.

—Necesitaremos a los especialistas alemanes en turbinas, Patrick —sugirió Stan White, el mecánico, frente a las enormes turbinas eléctricas que se hallaban situadas tras los motores diesel—. Roger y yo no conocemos bien su funcionamiento.

Las turbinas parecían ser dirigidas por dos grandes compartimentos metálicos de los cuales sobresalía un volante de cada uno de ellos. Una silla remataba el conjunto también de cada uno de ellos, donde se sentaba el operador. Varios controles e indicadores aparecían distribuidos por todo el frontal. Su complejidad no sólo era aparente.

—No hay problema Stan. Los llevaremos con nosotros a Norfolk —Patrick marcó en el listado de la tripulación alemana el nombre de dos mecánicos que, según dicha lista, se encargaban de las turbinas.

Como era de suponer, en la sala de las turbinas eléctricas buena parte de los tubos y válvulas habían sido sustituidos por un abundante cableado eléctrico. Una escalerilla de emergencia en medio del pasillo permitía subir hasta la cubierta exterior del submarino. Los silenciosos motores eléctricos aparecían en todo su esplendor justo al lado de dicha escalerilla de escape. Los robustos ejes de las hélices se veían claramente en la parte inferior de los motores. Entre los dos motores, una escalerilla llevaba hasta la parte inferior y a una nueva escotilla, que conducía a la sala del motor del timón en la popa del submarino.

La forma del casco de la nave indicaba que habían llegado hasta el final, hasta la sala del timón. Un gran volante presidía la sala. Si el motor fallaba, el timón se accionaba manualmente a través de ese volante. El eje del timón tenía una sección considerable, y moverlo manualmente hubiese representado un gran esfuerzo a pesar de la palanca que podía hacer el volante con su generoso diámetro.



La limpia silueta del modelo XXI contrasta con los anticuados diseños de los submarinos del momento. De hecho, era un verdadero submarino y no solamente una nave con capacidad de navegar por debajo del agua durante cortos periodos.

Ya de regreso y con la intención de atravesar el submarino hasta la sala de torpedos en la proa, subieron hasta una zona sobre el compartimento del timón y que llevaba directamente otra vez a la sala de las turbinas eléctricas. En esa zona había un cuarto de baño completo, y una cámara aislada que podía lanzar al exterior los llamados «Kampfschwimmer» u hombres-rana de la marina. También desde esta cámara se llevaban a cabo las contramedidas para simular que el submarino había sido hundido y que se

llamaban «Pillenwerfer». El modelo XXI fue el primero en instalarlo pues hasta entonces se había efectuado a través de los tubos lanzatorpedos.

Salieron de la zona de motores y de nuevo pasaron por el pasillo de la zona de oficiales donde la madera predominaba. Varias linternas en carga continua se hallaban colocadas de forma estratégica por toda esta zona. La mesa de los oficiales aparecía desplegada y limpia. No lejos la sala de radio estaba en perfecto orden y los modernos aparatos llamaron la atención del grupo. Una máquina «ENIGMA» de 4 ruedas, para mensajes codificados estaba sobre la mesa.

—Ahora ya no tiene demasiado sentido esa codificadora. La Kriegsmarine ya no existe —Patrick pasó su mano sobre el teclado—. Esa máquina ha costado muchas vidas en el mar, hasta que los ingleses capturaron una y su sistema de funcionamiento. Sigamos.

La máquina ENIGMA que estaba ante ellos había sido uno de los grandes problemas para poder descifrar sus mensajes. Había sido introducida en la marina alemana en los años 20 y constaba de 3 ruedas de codificación. Pero fue fácilmente descubierto su sistema ya que los polacos habían adquirido una similar que se vendía comercialmente en Alemania en aquella época. En 1931 la marina alemana cambió a la ENIGMA fabricada por «Heimsoeth und Rinke» y que fue utilizada hasta el final de la guerra, con evidentes mejoras durante todo ese tiempo. Los polacos seguían con su interés en descifrar la nueva máquina y por ello pusieron a trabajar a tres matemáticos llamados Zygalisky, Rozeki y Rejewski.

Marian Rejewski desarrolló teorías matemáticas sobre la máquina y que con la ayuda de material obtenido bajo espionaje, llegaron a fabricar una réplica siendo capaces durante varios años de leer los mensajes codificados de la Kriegsmarine. Todo ello se enmarcaba en las profundas diferencias de los polacos con alemanes antes de la guerra y permitía conocer cualquier ligero movimiento militar. En 1937, y tras un nuevo sistema de codificación ideado por los alemanes, los polacos pasaron todo su material a los ingleses que continuaron con su trabajo de descifrado. Dos matemáticos ingleses de Bletchley Park, Turing y Peter Twinn se pusieron a trabajar rápidamente y hacia finales de 1939 habían descubierto el método nuevo de codificación alemán y su aplicación naval.

En febrero de 1942 la nueva máquina ENIGMA de 4 ruedas apareció, con más combinaciones posibles y diferentes a las anteriores, lo que dificultó enormemente el trabajo. La captura por parte de los ingleses de los libros de códigos a bordo del submarino U-559 en octubre de 1942, facilitó el trabajo de descodificación. Cada arma del ejército utilizaba su máquina ENIGMA con sus sistemas de codificación específicos. La más extraña de todas ellas fue la utilizada por el servicio secreto alemán Abwehr con el código G312. Las máquinas de codificación TYPEX (inglesa) y la M-135-C (americana), siempre fueron inferiores al modelo alemán.

La visita seguía y junto a la zona de transmisiones, también la sala del sonar aparecía en buen orden. John «bullet» lo observaba con detenimiento, ya que tanto la radio como el sonar eran su especialidad a bordo. Los auriculares del operador estaban sobre la mesa de trabajo y varias libretas con apuntes estaban colocadas en su sitio. Patrick las hojeó. Los dormitorios de la tripulación eran numerosas literas de tres pisos donde se turnaban los marinos en sus ratos libres de servicio. John «bullet» se recostó en una de las literas.

—¡Son tan incómodas como las nuestras! —exclamó con seguridad.

De nuevo pasaron junto a una escalerilla de escape que se hallaba en el pasillo que llevaba a la proa. El submarino XXI, al igual que los demás, disponía de escotillas sobre su cubierta y las situadas en la torreta.

Ya en la proa, los seis tubos principales de torpedos estaban colocados enfrentados de tres a tres en vertical. Las escotillas de los tubos estaban abiertas y éstos se veían vacíos de torpedos. Dos de ellos estaban equipados para ser usados como lanzadores de minas. Entre los tubos también se podían ver literas en las que dormían los torpederos durante la travesía. No era extraño, ellos también lo hacían en sus submarinos.

—¿Qué te parece este submarino, Kenneth? —Patrick se dirigió a su segundo—. ¿Podemos llevarlo sin problemas a Norfolk? Personalmente creo que sí.

—Yo también lo creo, Patrick —Kenneth miraba a su alrededor—. Excepto algunos aspectos técnicos y sobre todo de las turbinas, no veo más problemas. Afortunadamente no hemos de entrar en combate. ¡Casi será una travesía de placer! —sonrió.



Una máquina ENIGMA utilizada por la Kriegsmarine

Patrick también sonrió.

—¡Cierto! Sigamos.

Sólo tres torpedos quedaban en el submarino, pero eran de los modelos más modernos. Todos ellos

portaban la guía acústica que les permitía seguir a su presa aunque se disparasen desde otra dirección, sin apuntar directamente al barco enemigo. Brillaban intensamente ya que tenían una capa aceitosa para su fácil deslizamiento en el tubo lanzador. El grupo los tocaba con un respeto casi religioso. Nunca habían visto algo así.

Los torpedos se hallaban colgados de unos soportes que permitían una carga rapidísima de los mismos, a diferencia de los submarinos convencionales. De hecho, en menos de diez minutos se podían cargar los seis tubos, una operación que en cualquier otro submarino hubiese sido el doble de tiempo. Y eso representaba una gran diferencia en combate.

—Ya veis de qué nave se trata —Patrick les hablaba en el puente de mando a donde habían regresado tras visitar la zona de proa—. De los alemanes, necesitaremos a sus dos técnicos en turbinas eléctricas y alguien más para la zona del puente. El resto del submarino es bastante parecido a los nuestros y no tiene que representar un problema hacerlo navegar hasta Norfolk. Creo que con tres o cuatro de ellos será suficiente. Salgamos de aquí.

Patrick subió a través de la escalerilla y llegó hasta la torreta. Esperó al resto del grupo.

La portezuela de acceso estaba abierta y fuera estaban los MP americanos esperando. Al salir, una bocanada de aire fresco les recibió que fue del agrado de todos ellos. Aunque el submarino que habían visitado estaba vacío, no dejaba de ser una nave cerrada y por lo tanto sin corriente de aire en el interior. La ventilación interna y el aire acondicionado no estaban en funcionamiento mientras estaba amarrado al puerto, aunque era algo que se podía hacer.

—El aire acondicionado es la mejor aportación de este submarino. No tengo ninguna duda.

John «Bullet» Creighton lo tenía claro. El calor a bordo de un submarino en funcionamiento era la peor pesadilla de un tripulante. El sudor deshidratava a los hombres con mucha facilidad y el ambiente húmedo siempre presente a bordo hacían muy incómodo el trabajo del submarinista. El aire acondicionado solucionaba esos graves problemas. Los demás estuvieron de acuerdo.

—No quiero ni imaginarme esos torpedos acústicos de último modelo, dos o tres años antes —Kenneth Miele parecía preocupado—. Hubiesen acabado con nuestros convoyes en muy poco tiempo. Menos mal que todo acabó.

Capítulo 4

TRAVESÍA

—Vamos a conocer a los alemanes —dijo Patrick a Kenneth—. Os necesito sobre todo a ti y a Blaufen para traducir mis palabras y que no haya ninguna interpretaciones errónea de lo que diga.

Blaufen, junto a ellos, movía afirmativamente la cabeza.

Todo el grupo bajó la escalerilla de acceso al pantalán, frente al inmenso submarino.

—Agregado Darlington —Patrick se dirigió al funcionario de su embajada—. Quiero ver al capitán del submarino y a sus hombres. Necesito conocer y seleccionar a la tripulación alemana que nos acompañará.

—No hay problema, capitán Malone —respondió solícito Darlington—. Síganme.

Habló un instante con los oficiales argentinos y estos asintieron inmediatamente. Todo el grupo se puso a caminar hacia los grandes barracones por los que habían pasado previamente para dirigirse al submarino.

En la puerta dos, MP americanos y dos guardiamarinas argentinos hacían guardia. Al llegar el grupo a la puerta abrieron la misma sin solicitar la documentación de los recién llegados. Patrick se sorprendió por la laxitud de la guardia. Dentro del barracón la temperatura era agradable. Los hombres en su interior estaban dedicados a diversas tareas, pero, sobre todo, a descansar. Hubo sorpresa general cuando entraron. Todos los alemanes se pusieron en pie como por un chispazo eléctrico y firmes esperaron a que todo el grupo llegase ante ellos. Muchos llevaban en sus gorras el pez espada símbolo de la 9.^a Flotilla del Atlántico. A pesar de su juventud, se notaba su veteranía.

Tras pasar entre dos filas de mesas, donde los prisioneros comían o se dedicaban a pasar el rato leyendo, llegaron hasta la zona de las literas. El ambiente no se notaba hostil a pesar de que los alemanes les superaban en número. Llevaban sus uniformes, emblemas y medallas que los americanos observaban con curiosidad. Hacia ellos avanzó un oficial que se abrió paso entre sus hombres y se detuvo ante Patrick.

—Soy el capitán Lippsmacher, al mando del submarino U-2193 —se llevó dos dedos a su gorra blanca de oficial—. ¿En qué puedo ayudarle capitán?

Le tendió la mano y Patrick se la estrechó sin vacilar. El inglés del capitán alemán era más que aceptable. La cruz de hierro en su cuello brillaba y destacaba la esvástica en su centro.

Por un momento Patrick se quedó mirando fijamente la codiciada medalla alemana, luego se presentó:

—Soy el capitán de submarinos Patrick Malone y tengo orden de llevar su nave a la base de Norfolk, en Virginia. Necesitaré a algunos de sus hombres.

Lippsmacher se quedó un tanto sorprendido.

—Tengo entendido que todos nosotros seguiremos en Argentina hasta que nos dejen en libertad y podamos regresar a Alemania con nuestras familias. Puede ser cuestión de algunos meses más. Estamos en un país neutral.

Patrick miró al agregado Darlington. Miró nuevamente al alemán.

—La situación es otra, capitán Lippsmacher. Ustedes han aparecido meses después del final de la guerra sin una explicación clara y con un submarino muy moderno, de nueva generación. Comprenderá que nuestro gobierno tiene algunas dudas, usted y sus hombres deben darnos una explicación satisfactoria.

Los que no vengan ahora con nosotros, irán en avión en un par de días a los Estados Unidos.

—No podemos considerarnos prisioneros de los americanos. Estamos en Argentina.

Lippsmacher miró a sus hombres, que asintieron las palabras de su superior.

—No están usted y sus hombres en posición de considerar nada. Han perdido la guerra y deben de dar cuenta de sus movimientos hasta ahora —Patrick miraba fijamente al alemán que le sostenía la mirada con desafío—. Argentina ha entregado a nuestro gobierno otras tripulaciones alemanas que han aparecido después de acabada la guerra. Supongo que conocerá al capitán Wermouth del U-530 y al capitán Schaeffer del U-977...

—Claro que los conozco, capitán Malone. Los submarinistas de la Kriegsmarine somos una familia —interrumpió Lippsmacher.

—Pues le gustará saber que ellos, sus tripulaciones y sus submarinos están en los Estados Unidos tras entregarse a Argentina, igual que lo estarán ustedes —Patrick miró al grupo de marineros alemanes que seguían con interés y ansiedad el diálogo. El capitán alemán parecía desconocer la suerte de sus compañeros—. Creo que lo mejor y como hombres de mar que somos todos, me permita cumplir con mi misión con las máximas facilidades. Es posible que nos veamos en Norfolk.

Tras unos segundos de silencio, el alemán intervino de nuevo:

—Apelando a que como usted dice somos hombres de mar, permítame que hable con mis hombres, capitán Malone —solicitó Lippsmacher—. Será cuestión de unos minutos.

—De acuerdo —Patrick miró a su grupo, que puso cara de estar de también de acuerdo. Se apartaron hacia la puerta, mientras los alemanes se iban reuniendo alrededor de su capitán.

—No me gusta, Patrick —dijo disimuladamente Kenneth— estemos atentos.

Patrick sacó su pistola reglamentaria con disimulo, sus hombres le imitaron. Se notaba la tensión que se había provocado al separarse los dos grupos. De repente, sonó un disparo seco. Todos corrieron hacia el grupo alemán. El capitán Lippsmacher estaba tendido en el suelo. Un charco de sangre en el suelo rodeaba su cabeza. Estaba muerto. Un hilo de sangre le salía por la comisura de los labios. Sus manos aún agarraban con fuerza una pistola Luger. La guardia de la puerta entró al momento y se detuvo junto a Patrick, mirando el cuerpo sin vida del oficial germano. Con sus armas apuntaban al grupo alemán.

—¿Cómo es posible? —exclamó Patrick señalando el cadáver y mirando a todos y, sobre todo, al Agregado y a los oficiales argentinos que les acompañaban—. ¡Este hombre estaba armado! ¿Quién le ha facilitado su arma?

Patrick estaba fuera de sí. Necesitaba el testimonio de aquel hombre. Ahora era imposible.

—¿Hay más armas aquí? —preguntó furioso a los alemanes. Kenneth traducía aquellas palabras para que no hubiese dudas. El grupo alemán negó con la cabeza. Kenneth cogió la pistola Luger de la mano de Lippsmacher. Un águila de plata y la cruz gamada en las cachas de la pistola brillaban con fuerza. Extrajo las balas del cargador y la guardó con cuidado, envolviéndola en un pañuelo.

Un oficial alemán se dirigió a Patrick en un inglés impecable.

—Capitán Malone, soy el U-Bootoffizier Wolfgang Reith, segundo de a bordo del U-2193. El capitán Lippsmacher se ha suicidado pues su idea era que nos liberasen en Argentina. Él consideró que había fracasado en su misión y ha puesto nuestras vidas en manos del enemigo. Su honor de oficial no le permitía seguir con vida. Debe entenderlo.

—Es absurdo lo que dice, Reith. Ya no hay enemigos. La guerra terminó —contestó Patrick—, nadie debe suicidarse por algo así. Es un proceder estúpido, sin sentido.

—No para nosotros, capitán. No para nosotros—repitió Reith—. Nuestro sentido militar es muy diferente al de ustedes.

Patrick fue consciente que no podía seguir discutiendo con alguien que pensaba así. Giró y se dirigió al agregado Darlington que lo miraba con impotencia.

—Quiero hablar con usted, Darlington. Ahora.

Patrick lo llevó a cierta distancia de todos los demás.

—Darlington, quiero explicaciones de lo que acaba de suceder aquí. Comprenderá que voy a preparar un informe al vicealmirante Clark. A ese hombre alguien le ha facilitado su arma reglamentaria. Le necesitábamos vivo. Aquí hay connivencia con los prisioneros. Aunque técnicamente no estamos en guerra, ellos aún pueden ser nuestros enemigos.

—No puedo decirle nada —Darlington balbuceaba—. El hecho es muy grave, pero aquí se guardan todas las formalidades militares con los prisioneros. No puedo entender qué ha pasado. Lo siento capitán Malone.

—No me diga que lo siente. Usted es un militar —Patrick miró fijamente a Darlington—. ¿Acaso no ha sido consciente que hemos entrado en este barracón sin que la guardia nos solicitase la documentación? Podíamos ser cualquiera. Podíamos haber sido alemanes disfrazados. Hubiésemos podido cometer una carnicería en esta base. ¿Se lo imagina?

Darlington no sabía a donde mirar. Era muy difícil contestar tales preguntas. Se veía en Washington tratando de hacer frente a esta situación. Lo tenía difícil. Su buena vida en Buenos Aires parecía tocar a su fin.

—Por otro lado, Darlington —Patrick continuó—, Lippsmacher y sus hombres desconocían que eran prisioneros americanos y que estaban aquí de paso. ¿Por qué no se les informó? Posiblemente esto se hubiese evitado si desde el primer momento hubiesen sido informados de cual era su destino final.

Regresó con sus hombres.

—Kenneth —miró a su segundo—, según la lista necesitamos a bordo a los oficiales maquinistas Gerd Kastler y Peter Krüger que ayudará a Stan y Roger en las máquinas. También necesitaremos a dos oficiales en el puente. Uno será Wolfgang Reith y el otro Georg Böse.

Kenneth fue solicitando la presencia de los mencionados, que fueron saliendo del grupo y poniéndose en fila frente a los americanos.

—Y por último el oficial de transmisiones para el equipo de sonar y radio Georg Krämer, que ayudará a «Bullet». Nadie más —Patrick guardó la lista en la carpeta que le había entregado Darlington al inicio de la visita a la base argentina.

—Agregado Darlington —volvió a mirar al asustado agregado militar—, el submarino debe de estar preparado para zarpar mañana por la mañana a las 6.00 horas AM. Encárguese de que esté todo listo a bordo, combustible, comida, etc. Póngase en contacto con Bert Eklund que es mi controller. El tiene preparado todo lo que necesitamos y verificará la entrega del material. Hoy dormiremos a bordo. Mañana a las 4.00 horas AM, los marineros alemanes seleccionados deberán ser llevados al submarino

—Muy bien, capitán Malone. Nos ponemos en marcha inmediatamente.

Darlington llamó a los oficiales argentinos para iniciar todos los trámites de entrega de la nave y de todo lo necesario para el viaje.

—Vámonos, chicos —Patrick salió del almacén-barracón.

Se dirigieron sin preámbulos nuevamente al submarino. Una vez a bordo, dejaron todos sus macutos y bolsas de viaje en las zonas que escogieron en el área de oficiales. Las camas eran algo más confortables y el espacio, mayor.

Patrick redactó un informe que fue enviado por teletipo a Norfolk, a la atención del vice-almirante Clark.

—Me parece increíble que haya sucedido algo así, Kenneth. ¿Qué tipo de gente tenemos aquí? —lamentó Patrick—. La información que ese capitán nos podía haber dado era fundamental para intentar saber qué sucede en el hemisferio sur y la actividad de los submarinos alemanes por la zona.

Kenneth, más práctico, trató de calmar a Patrick.

—Era una pieza importante, sin duda, pero nos queda su segundo, Wolfgang Reith. Seguro que él puede contestar a nuestras preguntas como su capitán. En la Kriegsmarine los segundos tenían acceso a información clasificada. Era la norma.

Patrick sonrió:

—Tienes razón. Durante el viaje podemos tratar de sacarle algo.

Tal como estaba previsto y tras recibir los suministros y a los marineros alemanes seleccionados, el submarino partió de la base militar argentina, según el horario estipulado. Dos destructores de la marina argentina escoltaron al submarino hasta su salida de las aguas territoriales. Los alemanes, curiosamente, se mostraban satisfechos de su ida a los Estados Unidos y participaban en los trabajos a bordo y explicaciones técnicas acerca del submarino.

El modelo XXI era una nave sensacional en navegación, muy cómoda y rápida. El día era frío, pero esplendido y el horizonte despejado. Desde el puente de la torreta Patrick, Kenneth y Bert miraban la proa como iba rompiendo el mar, avanzando con gran seguridad. Les acompañaba Wolfgang Reith.

—¿Qué le parece, capitán Malone? —Reith preguntó sonriente.

—Es una nave magnífica, la verdad —contestó Patrick—. Es totalmente diferente a nuestros submarinos. Ha sido una suerte para nosotros que no dispusiesen ustedes de este modelo hasta el final de la guerra.

—En Alemania sabemos fabricar submarinos —dijo Reith con seguridad—. Este modelo es el primero de una serie totalmente diferente, casi indestructibles a las armas submarinas convencionales..., pero como usted dice: ¡todo terminó!

La travesía seguía sin problemas. Ya habían dejado atrás el cono sur y comenzaban a adentrarse en aguas caribeñas. La temperatura exterior era muy calurosa. Dentro de la nave el aire acondicionado era una maravilla, por lo que incluso el ambiente era relajado y sin tensión por el calor.

La proximidad de Patrick con Reith era mayor cada día. Esta situación comenzó a dar sus frutos. El alemán se sentía cómodo con él y sus compañeros americanos. El resto de los alemanes también tenían buena sintonía con los demás y eso a pesar de la vigilancia a la que les sometían los MP que les acompañaban a bordo.

La información que les habían facilitado del submarino y su funcionamiento sobrepasaba sus expectativas. Los alemanes parecían sentirse mejor al explicar todo aquello. Quizás les servía de terapia de grupo, como decía Bert Eklund. O podría ser que todos eran submarinistas y eso creaba una cierta afinidad, como decía John «bullet». De todas maneras y en según qué cuestiones, las diferencias entre los alemanes y americanos eran notables. Patrick tuvo un auténtico enfado con Reith, debido a la forma de

pensar tan radicalmente opuesta que tenían.

—Lamento la muerte del capitán Lippsmacher, Reith —comentó Patrick, apurando su taza de café en uno de los descansos en la sala de oficiales—. Creo que cometió un error al suicidarse. No tenía ninguna necesidad.

Reith miraba el interior de la taza, como pensando en algo.

—Yo también lo lamenté profundamente. Habíamos sido compañeros desde la escuela naval de Kiel y sé que era un excelente oficial y amigo de todos. Fue su decisión y yo debo respetarla.

Patrick no estaba de acuerdo.

—Ya dije en la base que lo considero una estupidez y hablar a estas alturas de códigos de honor me parece una tontería. Él se debía a sus hombres y de alguna forma les abandonó.

—Que lo vea así lo entiendo por su mentalidad práctica americana y el tipo de educación que ha recibido —Reith parecía conocer la forma de ser yanqui—. Nosotros somos diferentes a ustedes en casi todo. Se nos educa de una forma disciplinada y de servicio a la comunidad. Para nosotros la muerte en combate o por honor no es un problema, es algo que asumimos sin discusión. Forma parte de nuestra vida. No conozco las estadísticas, pero no tengo ninguna duda que el número de bajas entre los oficiales alemanes supera con mucho a la de los aliados. Nosotros estamos con nuestros hombres en primera línea y luchamos codo con codo con todos ellos. La historia recordará muchos nombres militares alemanes y muy pocos de los aliados. Es el precio que queremos pagar.

—No quiero seguir con esta discusión —Patrick odiaba esa forma de pensar—. He pretendido ser amable por la muerte de su capitán, pero no pienso escuchar cosas como las que dice. Es una forma de pensar que ha traído muchas desgracias al mundo. Nuestro mundo ha de ser un lugar agradable para vivir y desarrollarnos como seres humanos en un mundo sin fronteras y, si es posible, sin guerras.

—Celebro que piense así, capitán Malone —Reith volvía a la carga—. Pero eso sí es una fantasía. Los imperios se han creado siempre con la guerra, no con el diálogo. La violencia es parte intrínseca del ser humano como lo es la bondad y otras virtudes. Y eso no podemos cambiarlo. El imperio americano está basado en la violencia y la provocación, eso lo sabemos bien en Alemania.

Miró fijamente a Patrick, que lo escuchaba con mucha atención, y continuó:

—¿Acaso no recuerda usted que su implicación en las guerras siempre ha buscado un motivo? Contra España y el hundimiento del Maine en Cuba con una bomba colocada por ustedes mismos. Contra nosotros en la I Guerra Mundial y el hundimiento del Lusitania cuando todos sabíamos que ese transatlántico además de transportar civiles, llevaba armas y soldados. ¡Ustedes lo pusieron allí para que lo hundiésemos! —Patrick se recostó en su banco enderezando su espalda, moviendo negativamente la cabeza—. ¡Y qué me dice de Pearl Harbour, capitán Malone! Nadie puede creer que ustedes no lo supiesen. Ahogaron al Japón con medidas económicas antes de la guerra, que provocaron su ataque y tuvieron la excusa... Estados Unidos es un país pensado y estructurado para la guerra. Ese es su verdadero negocio.

—No me gusta ni le permito que hable así de mi país. De esas guerras que cita, Reith —Patrick se incorporó—, no sólo las hemos ganado todas, sino que nuestro sistema de vida es el que todo el mundo desea. Nosotros nos vimos abocados a esos conflictos y siempre tuvimos claro que íbamos a ganar. Creo que su posición y lo que Alemania ha hecho al resto del mundo, no le permiten hablar así, con tanta frivolidad. Son ustedes culpables de un sinfín de atropellos a la dignidad y a la persona —Patrick llegó hasta la puerta de la cabina—. Ahora voy al puente. Quiero tomar aire.

Reith puso cara de haber tocado una fibra sensible de Patrick, pero no siguió la conversación.

Mientras subía a la torre del submarino, su mente recordaba las palabras de su abuelo con respecto al barco Lusitania que había mencionado Reith. Su abuelo, John Philip Malone fue uno de los asesores del presidente americano Woodrow Wilson desde 1913 hasta 1921, trabajando en el equipo de Edward Mandell House, llamado «Coronel House». Cuando su nieto Patrick se alistó en la marina le dijo: «No puedo impedir que te hagas militar, pero recuerda que las guerras las hemos de provocar si queremos tener presencia y fuerza en todo el mundo. Hemos de crear un nuevo orden mundial, donde los demás países sigan nuestro mandato y nuestro sistema es el de las armas. Puede ser que luches en una guerra que no entiendas desde tu puesto de combate, pero puedes estar seguro de que Estados Unidos sí necesita esa guerra. Durante la Primera Guerra Mundial el Lusitania fue nuestra excusa. Cuídate». Nunca olvidó esas palabras.

El transatlántico inglés Lusitania durante su travesía de Nueva York a Inglaterra fue hundido por un submarino alemán el 7 de mayo de 1915, en aguas irlandesas. Entre las 1.198 personas que murieron, hubo 128 americanos, incluyendo al multimillonario Vanderbilt. Esto provocó un sentimiento anti-alemán que forzó la entrada de los Estados Unidos en la contienda europea. Además de su carga civil, el Lusitania transportaba 600 toneladas de algodón pólvora, seis millones de balas, 1.248 cajas de granadas de metralla, miles de proyectiles de artillería y otros materiales de guerra. Era un auténtico polvorín flotante. Por ello, se hundió en sólo 18 minutos tras recibir un solo impacto de torpedo. Su carga explotó y aceleró el rápido hundimiento del barco. El presidente Wilson ordenó esconder el inventario original del Lusitania, en el que aparecía todo ese armamento, en los archivos del Tesoro.

Los británicos habían descodificado los códigos navales secretos alemanes y sabían las zonas de presencia de los submarinos enemigos cerca de las islas Británicas. De acuerdo con el Comandante Joseph Kenworthy, en aquel entonces perteneciente a la British Naval Intelligence, el Lusitania fue enviado deliberadamente a la zona de los submarinos alemanes, a velocidad reducida y sin ningún tipo de escolta. Alemania había puesto anuncios en la prensa americana con la intención de disuadir a los posibles pasajeros de cualquier barco civil que se adentrase en aguas en guerra y su misión era impedir que llegasen suministros a Inglaterra. Los avisos publicados decían «¡Atención! A LOS VIAJEROS que intenten embarcar en viajes transatlánticos se les recuerda que existe un estado de guerra entre Alemania y sus aliados y Gran Bretaña y sus aliados; que la zona de guerra incluye las aguas adyacentes a las islas Británicas; que según una advertencia oficial del gobierno de la Alemania Imperial, los buques bajo la bandera de Gran Bretaña o de cualquiera de sus aliados, son objetivo militar en esas aguas y que los viajeros que viajen en la zona de guerra en barcos británicos o de sus aliados deben hacerlo por su cuenta y riesgo».

Woodrow Wilson fue reelegido presidente de los Estados Unidos en 1916 bajo el slogan «Él nos mantuvo fuera de la guerra». Fue un slogan de corta vida ya que el Lusitania provocó la entrada en una guerra previamente impopular para los americanos, pero necesaria para la clase dominante en América.

Patrick fue alejando estos pensamientos y con paso firme se dirigió hasta la escalerilla que conducía al interior de la torreta y de allí subió hasta el puente exterior. La brisa era muy suave. Bert y Kenneth estaban apostados con sus prismáticos ojeando el horizonte. Georg Böse los acompañaba. Se cuadró al ver aparecer a Patrick.

—Hola, jefe —sonrió Bert, aunque rápidamente se dio cuenta que algo le pasaba a Patrick—. ¿Qué te

sucede?

—Hablar con Reith es como hablar con un muro. Realmente es difícil acercarse a él y tener una conversación normal. No creo que sea de gran ayuda para saber algo más de este submarino y su última misión ¿Cómo está todo por aquí? ¿Hay novedades?

Böse ponía cara de no entender ni una palabra de inglés.

Kenneth apagó su cigarrillo.

—De momento, no. Estamos a 160 millas al este de Cuba y seguimos sin problemas. Pasaremos entre las Bahamas y Florida —miró a Böse—. Tranquilo por el alemán. Ya sabes que no entiende casi nada de lo que decimos.

Patrick asintió a esta última indicación de Kenneth.

—Nos han radiado desde Norfolk que se aproxima un frente tormentoso a la altura de Key West. Y viene fuerte, con vientos de más 130 kilómetros por hora —intervino Bert.

—¿Cuándo estaremos en la zona? —preguntó Patrick, aunque ya había hecho su cálculo.

—Esta madrugada, sobre las 4.00 AM —contestó Bert—. Creo que será mejor que crucemos la tormenta sumergidos.

—OK —Patrick cogió unos prismáticos y observó el horizonte con gesto grave.

La cena transcurrió tranquilamente. La cocina de a bordo permitía una serie de posibilidades culinarias inéditas en las naves aliadas y apenas provocaba humo. También era cierto, como recordaba John «bullet», que casi era una travesía de placer, donde podían trabajar de forma tranquila, no había la tensión del combate. Ya de madrugada y en plena inmersión pasaron por debajo de la tormenta anunciada desde Norfolk. No se notaba absolutamente nada a casi doscientos metros de profundidad. La tranquilidad de navegación era total. Poco a poco fueron emergiendo, hasta unos diez metros de profundidad.

Saliendo de la sala de comunicaciones, John «bullet» se dirigió a Patrick, que estaba mirando las cartas del lecho marino, junto a Kenneth Miele. Eran alemanas, pero de una precisión que les asombraba. ¿Cómo era posible que los alemanes hubiesen podido hacer un mapa del lecho marino de las Bahamas y de la costa de Florida tan preciso? ¿Cuándo lo habían hecho? El mapa indicaba el año de 1938, pero no recordaban ningún tipo de visita científica o geológica alemana en aquellos años. La voz de John les sacó de sus dudas momentáneamente.

—Nos informan desde Norfolk que la marina está de maniobras cerca de la costa de Florida, frente a East Central en Brevard.

—¿Y bien? —Patrick dejó de mirar las cartas y observó a John.

—Nos piden que nos alejemos, para no interferir en su simulacro. Participan veinticinco barcos, tres submarinos y cincuenta aviones. Aquí tienes las coordenadas del ejercicio. Estamos a menos de dieciocho horas de ellos.

John le adelantó un papel con el sello de la Marina. Patrick leyó el documento. Se acarició la barbilla lentamente, pensando algo. Sonrió.

—¡Vamos a meternos en medio de esos barcos! —Kenneth también sonreía.

—Pero Patrick, eso es grave. Podemos acabar en el fondo del mar o en un consejo de guerra... —John «bullet» era un hombre de riesgo, pero tenía claro que aquello era un juego muy peligroso para sus carreras militares. Estaban jugando con una nave enemiga capturada. A pesar de que la guerra había terminado hacía poco, aquello era un submarino alemán y los sentimientos aún estaban a flor de piel.

—O que salgamos incólumes. No te preocupes. Jamás sabrán que hemos estado en medio de ellos —le dió dos palmadas—. Vamos a ver la capacidad de este submarino.

John movió la cabeza negativamente:

—Tú mandas.

—De momento contestas a este cablegrama y diles que nos alejamos de la zona que indican y que llegaremos a Norfolk en tres días. Ahora, vamos a reunirnos todos, alemanes incluidos —John se dirigió a la sala de comunicaciones y procedió a contestar siguiendo las instrucciones de Patrick.

Patrick volvió a las cartas marinas y cambiándolas por las que mostraban la costa de Florida, comenzó a marcar las coordenadas que aparecían en el documento. Kenneth sonreía, aunque le parecía bien la idea y les hacía trabajar con una cierta presión. Había sido un viaje demasiado placentero y hacia falta algo de acción. Pronto habían señalado la zona gráficamente. A través de la megafonía interna se convocó a toda la variopinta tripulación para informarles de la nueva noticia. Pronto estaban todos en la sala de mando. Miele traduciría al alemán lo que iba a decir Patrick.

—Hemos sido informados de que se están llevando a cabo unas maniobras aeronavales en la costa de Florida y se nos ha solicitado que nos alejemos de dicha zona para no interferir en ese ejercicio —el grupo miraba atentamente a Patrick—. Podemos hacer dos cosas: seguir las instrucciones o no. He decidido una tercera opción: no vamos a interferir, pero sí que vamos a pasar entre ellos sin que nos detecten. Quiero conocer las capacidades de este submarino y de su sistema de propulsión silencioso. Espero que estéis todos de acuerdo ya que a todos os necesito. Yo asumo esta responsabilidad totalmente en el supuesto de que nos detecten. No debéis temer nada.

La tripulación contestó afirmativamente. Al grupo alemán le parecía una excelente noticia. Estaban exultantes.

—Os recuerdo que esta no es una misión de guerra y no hemos de atacar a nadie —indicó Patrick a la vista de la excelente reacción alemana.

—Tengo plena confianza en ti, Patrick. Ya me conoces, pero, ¿y si nos atacan? ¿Qué hacemos? ¿Podremos defendernos? —las preguntas de John «bullet» resonaron en la amplia sala de mando—. ¿Deberemos defendernos?

—No sucederá, John —Patrick contestó rotundo—. No habrá que defenderse, ni seremos localizados. Necesitamos un poco de acción, nos estamos oxidando aquí dentro.

John «bullet» sabía que cuando al jefe se le metía una idea entre ceja y ceja, era prácticamente imposible hacerle cambiar.

El grupo pareció aceptar estas palabras sin más discusión. En el fondo todos lo pensaban también. Patrick tenía razón ya que les faltaba acción.

—Reith, Miele, variad el rumbo a 3-5-7. Vamos a por ellos, aquí están las coordenadas. En dieciséis horas hemos de entrar en contacto con los barcos-objetivo.

El submarino siguió en inmersión con el sonar y sistemas de detección en su máxima sensibilidad. La propulsión era por sus motores diesel convencionales con ventilación a través del snorkel y las turbinas Walther estaban a punto para su uso cuando estuviesen cerca del objetivo. Los mecánicos americanos estaban preparados con sus colegas alemanes, para hacer navegar la nave con las turbinas. Tanto Stan White como Roger Blaufen habían aprendido los secretos de funcionamiento de aquel novedoso sistema de propulsión y aunque habían hecho alguna pequeña prueba durante la travesía, ahora tenían la

oportunidad de probar su eficacia en una situación real.

Patrick ordenó izar el periscopio. No se divisaba nada especial. La tormenta había quedado atrás, en Key West, y solo se veían los nubarrones en el sur. Los vientos ya eran muy flojos a esa altura. A babor podía verse la costa de Florida, concretamente el norte de Miami y atardeciendo. Se podían adivinar los faros de los coches y las luces de las casas. Por estribor, se veía la estela de un mercante a varias millas. El zoom del periscopio permitía ver con cierta nitidez el contorno del barco.

—Nada especial —giró hacia Kenneth que iba anotando las incidencias en el libro de bitácora.

—¿Quieres un café, Patrick? —le sugirió Kenneth.

—No me irá mal y tenemos tiempo todavía. Vamos.

Se dirigieron a la cocina, donde siempre había una cafetera con el café a punto y a cualquier hora. Con los cafés fueron a la pequeña sala de oficiales y se sentaron. Kenneth estiró sus largos brazos, en una mueca de cansancio. Patrick también estaba cansado, pero no lo demostró. Comenzó a sorber su café. Sólo se oía el leve ronquido de los motores diesel.

—Tengo esto para ti —Kenneth dejó sobre la mesa algo muy bien envuelto en un trapo blanco. Patrick miró sorprendido a Kenneth y agradeciendo con la mirada, comenzó a abrirlo. La pistola Luger del capitán Lippsmacher apareció frente a él. Estaba bien engrasada.

—Guárdala tú, Patrick.

Sin decir nada, Patrick desmontó el cargador y observó que tenía todas sus balas del calibre 9 mm parabellum. El águila de plata y la cruz gamada en las cachas de la pistola brillaban con fuerza. Era una pistola acabada a medida para su propietario. Colocó de nuevo el cargador en su sitio.

—No puedo aceptarla, Kenneth —Patrick dejó la pistola sobre la mesa.

Kenneth parecía tenerlo claro.

—Entonces la arrojaremos al mar, cuando subamos a superficie...

Kenneth movió la cabeza y mirando la Luger insistió:

—Creo que tienes que guardarla tú. Puede salvarte de un apuro. ¿Quién sabe...?

—Esta pistola ha matado a un hombre delante de mí. No me hace ninguna gracia.

—La pistola por sí misma no ha matado a nadie —Kenneth tomó el arma en sus manos—. Lippsmacher apretó el gatillo porque quiso. No es culpa de esta pistola en concreto. Todos a bordo sabemos para qué está diseñada un arma y ese es su trabajo. Sigo creyendo que has de tenerla tú.

Los razonamientos de Kenneth eran muy cartesianos y basados en una lógica fría.

Patrick cogió la pistola y apuntó ficticiamente hacia un punto fuera de la sala de oficiales. Estaba perfectamente equilibrada y el ajuste a su mano excelente. Después volvió a dejarla sobre la mesa y comenzó a envolverla nuevamente.

—Muy bien, Kenneth, tú ganas. Me la quedo y ya veremos de qué líos me saca en el futuro. Con estas esvásticas lo tengo difícil.

Dicho esto, la desenvolvió otra vez, le pasó un trapo y dejó su pistola reglamentaria Colt en su bolsa de mano poniendo la Luger en la funda de cuero de su cinturón. Encajaba perfectamente. Con una sonrisa, terminaron sus cafés y siguieron con la rutina de a bordo.

Ya pasaba de la medianoche.

—Patrick, capto señales de radiotransmisión en frecuencia militar. Son ellos —indicó John «bullet» desde su puesto.

—Ahora voy —Patrick, aunque estaba descansando, parecía estar esperando esa noticia y se presentó

rápidamente en la sala de comunicaciones de John.

—¿A qué distancia los tenemos, John? —éste miró a la pantalla de radar y mostró un bloc sobre el cual trabajaba diversos datos—. Por trigonometría he calculado que están a unas treinta y cinco millas de aquí y vienen en nuestra dirección. La velocidad estimada es de veinte nudos. Con nuestra velocidad y la de ellos, en poco más de hora y media podemos tenerlos a la vista.

—Excelente. Mantente a la escucha y me informas de cualquier novedad.

—Sin problemas, jefe —John volvió a su pantalla y a sus auriculares.

Ya en el puente de mando y a través de la megafonía de a bordo, Patrick dió las primeras instrucciones a la tripulación.

—Muy bien, todos a sus puestos. Recordad que se trata de pasar inadvertido entre ellos. No hemos de combatir, ni buscarnos líos.

Le pidió a Kenneth que le acompañase, salió del puente y se dirigió a la zona de motores.

—Ya nos has buscado tú el lío —le dijo sonriendo Kenneth a Patrick mientras caminaban.

—Ya me conoces, Kenneth. No sé de qué te sorprendes.

Saludaron al MP de guardia en la puerta de máquinas y entraron. Adentro, y con sus mecánicos Stan y Roger y los alemanes, Gerd Kastler y Peter Krüger les dió las últimas instrucciones. Después revisaron los mandos y la instalación. Todo tenía buen aspecto. Las baterías estaban a su máxima carga, con lo que tenían garantizado el suministro de energía por tiempo suficiente. Todo estaba listo para su conexión. Los americanos habían aprendido el funcionamiento y manejo de las turbinas silenciosas que podrían probar y ver su efectividad en situación real.

—No tenemos problemas y todo funciona bien, Patrick. Estamos a la espera de tus órdenes —dijo Stan White.

—OK, Stan. Seguimos en inmersión hasta que nos encontremos con los barcos. Cuando nos hallemos a unas diez millas, navegaremos con las turbinas. Os avisaré. Vamos, Kenneth.

El snorkel que asomaba en superficie iba suministrando el aire y el escape que los potentes motores diesel necesitaban. La capa anti-radar que le cubría, llamada Schornsteinfeger, impedía su detección por los radares enemigos. El submarino estaba protegido por esta pintura en todo su casco, lo que le concedía una ventaja muy importante.

—Muy bien, jefe —contestaron los mecánicos.

Volvieron a la sala de John «bullet».

—¿Novedades John? —inquirió Patrick.

—Nos aproximamos, pero todo sigue igual por ahora —contestó sin separar la mirada de la pantalla y ajustando sus auriculares—. Veintiocho millas de distancia en este momento.

—Avísame cuando los tengamos a once millas. Vamos al puente, Kenneth.

Una vez allí volvieron a las cartas marinas de la costa de Florida, que también abarcaban una buena sección de mar y la zona de las maniobras.

—El radar indicaba que formaban un círculo y en el centro debían de estar los barcos más importantes. No sé cual es el objetivo del ejercicio, pero tú y yo tenemos suficiente experiencia en simulacros como este. Por la colocación de los barcos, debe ser un clásico ejercicio contra ataques de submarinos.

Aunque escuchaba a Patrick, Kenneth manejaba el compás y la regla de cálculo con soltura.

—Aquí estamos ahora nosotros, con lo que la zona de contacto con ellos será a esta altura —marcó un punto equidistante entre el submarino y la flota.

El tiempo iba pasando y la proximidad era cada vez menor.

—Once millas, Patrick —la voz de John «bullet» sonó mecánicamente en el altavoz del puente.

Patrick miró a Kenneth, quien sobre la carta marina había ido aproximando el submarino a la flota objetivo. Un punto en la carta indicaba las diez millas de separación.

—Máquinas —Patrick solicitó con el micrófono.

—Aquí máquinas, Patrick ¿conectamos?

—Pasad a turbinas.

Giró hacia Bert Eklund que junto a Georg Böse, manejaba los timones de profundidad.

—Bert, conecta luz roja interna de combate.

Todo el interior del puente se volvió rojizo lo que indicaba que la operación comenzaba y también facilitaba la observación a través del periscopio.

El sonido de funcionamiento del submarino cambió radicalmente y un extraño silencio llenó la estancia. Era una sensación rara.

—¡Arriba periscopio! —ordenó Patrick.

Tras un ligero zumbido el periscopio se elevó hasta que quedó a la altura de sus ojos. Patrick abrió los brazos del periscopio, se puso su gorra al revés y comenzó a observar el horizonte nocturno. Exploraba con atención de cazador la mortecina claridad que precede al crepúsculo. Ajustó el zoom a su máxima potencia y pudo detectar levemente las columnas de humo de los barcos, todavía a mucha distancia. El lector numérico del periscopio le indicaba la distancia: 9.8 millas. La calidad óptica de aquel ingenio y su facilidad de uso estaba a años luz de los que llevaban sus submarinos.

—Tengo a los tres submarinos localizados, Patrick —sonó la voz de John «bullet»—. Están a babor de todo el grupo y a más de quince millas de nuestra posición. Por sus movimientos, parecen operar como las manadas de lobos alemanas.

Patrick tomó el micrófono:

—Eso es bueno para nosotros. Se hallan lejos de nuestro punto de encuentro. Sigue controlándolos e infórmame.

La visión a través del periscopio había variado notablemente y los barcos ya se apreciaban nítidamente con visión óptica normal. Patrick invitó a Kenneth a observar también a la flota. Un destructor tenía la proa justo frente al submarino alemán e iba a toda máquina en su dirección. Parecía que los había detectado.

—Profundidad, veinte metros —ordenó Patrick.

Al destructor le seguían muy de cerca dos corbetas que iban lanzando una gran cantidad de humo por sus chimeneas. Formaban una cortina densa de ocultación para el resto de la flota, que les seguía. A babor y estribor, aunque a más distancia, iban perfilándose otros barcos de diversos tipos, que avanzaban a buena marcha también.

—Sonar, dame la posición —la voz de John sonó metálica—. Están a tres millas y media de nosotros. En doce minutos los tendremos a distancia de torpedo.

Patrick se dirigió a la sala de comunicaciones, donde John manejaba los instrumentos de detección con agilidad. Georg Krämer ayudaba en el ajuste del instrumental.

—Se oyen perfectamente las hélices. Parece que los tengamos encima.

La sensibilidad de los equipos alemanes era muy superior a los que portaban sus submarinos. Patrick volvió al puente.

La proximidad era cada vez mayor y el grupo no parecía advertir la presencia del submarino.

—¡Arriba periscopio!

—Pero, Patrick... —intentó advertir Kenneth.

—¡Arriba periscopio! —repitió éste esperando que apareciese ante él.

Un zumbido indicó que el aparato óptico ya estaba a punto frente a él. Desplegó los brazos del periscopio e inició un barrido visual en círculo.

—¡John, marcación!

—Doscientos noventa y seis —respondió rápidamente John «bullet» con cierto nerviosismo.

—¿Distancia? —ordenó de nuevo Patrick.

—¡Dos mil setecientas yardas!

Los barcos ya estaban casi encima del submarino. El ruido era ensordecedor en los aparatos de John.

—Patrick, uno de los submarinos se ha separado del grupo de caza... —alertó John.

—Abajo periscopio —Patrick giró hacia Bert Eklund.

—Profundidad, treinta metros. Bert. Ángulo de inclinación, cinco grados estribor. ¡Rápido!

El periscopio desapareció y el submarino inició una maniobra de escape, escorando levemente hacia su derecha.

—Hélices a 1-7-0 —bramó Bert mientras manipulaba los mandos del profundímetro.

El ruido de los barcos ya se oía encima de ellos a través del propio casco. En lo que pareció una eternidad, pasaron por encima del U-2193, sin más novedad que un ruido estremecedor, similar al redoble de cientos de tambores. No los detectaban.

—¿Cual es la distancia de derrota del grupo central? —Patrick estaba encorvado sobre la carta marina.

Kenneth lo resolvió trigonométricamente, multiplicando la distancia por el seno del ángulo de inclinación. Utilizaba una regla de cálculo.

—¡Quinientas cincuenta yardas, Patrick!

—Demasiado cerca, pero mantened la proa hacia la derrota del grupo central. Seguimos a treinta metros, Bert —Patrick pensó rápidamente qué quería decir esa información en tiempo.

El grupo central, llegará hasta ellos en seis minutos. Dos acorazados y un portaaviones, seguido de dos petroleros de abastecimiento, tres destructores más y cinco corbetas conforman el grupo, que avanza muy rápido hacia allí. Wolfgang Reith observaba la situación, ayudando a Kenneth con los cálculos y las cartas de navegación.

Los pensamientos cruzaron por la mente de Patrick, que en una fracción de segundo y mirando a Kenneth, ordenó:

—Toda la caña a babor. Gobierna al noventa, Bert. Salgamos de su derrota. ¡John, marcación!

—Ciento sesenta y uno, Patrick.

—¿Distancia?

—Mil cien. ¡Atención Patrick, dos destructores se dirigen hacia nosotros! Han salido de la formación y ¡vienen a toda máquina!

Las hélices de los destructores se percibían como un tamborileo apagado, cada vez más próximo. El sonido de las hélices comenzaba a asemejarse a un tren y realmente impresionaba.

—Un momento...

John miraba a Patrick que acababa de aparecer en la sala de comunicación.

—Detecto un submarino en nuestra derrota y que se dirige al punto de encuentro de los destructores. Es el que he visto antes. Ha descrito un círculo y ha entrado en el centro del grupo como nosotros y en nuestra derrota.

El submarino americano estaba a escasas dos millas de ellos. Parecía moverse rápido. Patrick miraba la pantalla.

—¿Es posible que los destructores hayan localizado a ese submarino y no a nosotros?

—Es posible. Yo también lo he pensado —contestó John sin apartar la mirada de la pantalla. Ésta indicaba un súbito movimiento de escape del submarino americano hacia estribor, como huyendo de sus perseguidores. Había dejado la derrota del U-2193.

—Lo tienen localizado —aseguró John.

Los destructores, a menos de una milla del U-2193, lanzaron cargas de detección sónica para captar al submarino americano que teóricamente les atacaba.

—Ángulo de inclinación cuarenta y cinco babor —ordenó Patrick—. Bajemos más Bert. Llévanos a 150 metros.

Suavemente y sin el menor ruido, la nave se fue perdiendo en las profundidades sin ninguna dificultad, desapareciendo de los barcos de superficie. El indicador de profundidad o Tieffenmesser, marcaba claramente los metros que iban ganando hacia el fondo marino. Las cargas de detección no parecieron surtir efecto ante el submarino alemán y tampoco el submarino americano fue capaz de detectarles. El tratamiento anti-radar y las turbinas silenciosas eran revolucionarios. A partir de este modelo, los submarinos ya no serían como habían sido. Era una nueva forma de lucha bajo el mar.

De nuevo en el puente, Patrick dio nuevas órdenes.

—Seguimos a esta profundidad y salgamos de aquí. Dirección Norfolk. Ya hemos jugado un poco.

Kenneth, con la luz normal en el puente, respiró tranquilo. John también se mostraba más calmado.

—¿Ya estás contento, Patrick? —pareció recriminarle Kenneth, aunque Patrick le conocía bien y sabía que no era así.

—Creo que un buen submarinista no podía perder una ocasión así. Es una nave excepcional —Patrick se apoyó en la mesa de navegación—. No tengo ninguna duda que en situación real de combate, con toda la tripulación a bordo y los torpedos de última generación que llevaba este submarino, hubiésemos acabado con buena parte de ese convoy. Lo tengo muy claro, Kenneth.

Reith, junto a Kenneth, afirmaba con la cabeza las palabras de Patrick. Él tampoco tenía dudas de la capacidad de ataque del modelo XXI.

—Quiero felicitaros a todos —las palabras de Patrick se oían perfectamente a través de la megafonía de a bordo—. Hemos realizado un pequeño simulacro de aproximación y entrada en un convoy, aprovechando nuestro camino a Norfolk, y ha salido perfectamente, como yo esperaba. No he querido arriesgar más, ni se trataba de hundir ningún barco. Os agradezco vuestra colaboración. Gracias.

Capítulo 5

LLEGADA A NORFOLK-VIRGINIA

Desde el último encontronazo dialéctico, Reith parecía sentirse incómodo ante Patrick. Éste tampoco quería una relación cercana con el alemán. Se limitaba a la rutina normal de a bordo. Por ello, ya cerca de Norfolk y tras las vicisitudes pasadas, Reith trató de mejorar la relación personal con él. En uno de los descansos en la sala de oficiales, Reith aprovechó que estaban a solas para tratar de acercarse a Patrick.

—Capitán Malone, aunque han pasado ya varios días de nuestra discusión, por mi parte está olvidada y quiero pedirle disculpas por lo que dije. Me dejé llevar por un mal momento. Tiene que entender usted la situación de mis hombres y la mía en particular, después de todo lo que ha pasado.

Patrick miraba fijamente al alemán, y creyó ver la oportunidad para hablar de los temas que militarmente le interesaban.

—No se preocupe, Reith. Agradezco sus palabras. Por mi parte también está olvidado. Todos podemos tener un mal momento y decir cosas improcedentes o fuera de lugar. De verdad, está olvidado —le tendió la mano que Reith estrechó inmediatamente. El alemán parecía sentirse mejor, después de esta conversación.

—Capitán Malone, quiero decirle que me gustó mucho el simulacro que hemos pasado tras colocarnos en medio de unas maniobras aeronavales americanas. Ha sido muy excitante. Hacía tiempo que no pasábamos mis hombres y yo una situación de tensión como esa. Seguramente será mi última misión militar.

Patrick asintió a las palabras del alemán.

—Estoy seguro, Reith, aunque ha sido divertido y el submarino ha respondido bien.

Desde luego el submarino era sorprendente, pero el juego había sido peligroso.

—Reith, me gustaría saber algo ¿Qué hacían ustedes en la Antártida? —preguntó Patrick de forma directa a Reith.

—Nuestros enemigos estaban en todos los mares, capitán —contestó con una sonrisa el alemán—. Y teníamos orden de patrullar donde fuese necesario hasta encontrarlos y hundirlos —remató con convicción.

—Usted sabe igual que yo que las aguas antárticas no son ni fueron zonas de paso habitual para nadie. Sólo los balleneros circulan por aguas polares —Patrick miró fijamente a Reith—. Dieciséis de sus submarinos fueron hundidos allí durante la guerra. No sabemos cuantos más se han movido por esas aguas, pero no tengo dudas de que habrán sido muchísimos —Patrick se recostó en el banco—. Sólo quiero saber qué podía buscar o hacer por allí Alemania...

—Era un campo de batalla más, capitán Malone. No le dé más vueltas —el alemán quería ser sincero.

Patrick remató:

—En 1938 hubo una expedición alemana a la Antártida y se utilizó un barco, creo recordar, llamado Schwabenland. ¿Es así?

—Algo recuerdo, pero yo entonces era más joven y no presté mucha atención a todo eso. Ustedes también enviaron alguna misión a la Antártida al mando del almirante Byrd.

Reith también se recostó en el banco, frente a Patrick. Sin contestar al alemán, Patrick insistió de nuevo.

—Sí que recuerdo, Reith, que ustedes se apropiaron de un área inmensa y que la marcaron con pivotes lanzados desde el aire. Le llamaron Neuschwabenland. ¿Qué buscaban ya entonces allí? ¿Qué pretendían?

—Veo que conoce algo de la historia alemana en la Antártida. Mire, capitán Malone —Reith se incorporó y se aproximó a Patrick. Parecía que quería hacerle una confidencia—, yo sé que la guerra en el sentido clásico de la palabra ha terminado y ustedes, los llamados aliados, han ganado. Pero también le puedo decir que el Reich continúa y de una manera impensable para todos ustedes. Se lo garantizo.

—Lo que usted me dice Reith es muy serio. ¿De qué se trata exactamente? —la cara de Patrick demostraba consternación ante la noticia, aunque no sorpresa. Aquello empezaba a tener algo que ver con lo que le había dicho el vice-almirante Clark.

—Lo que le estoy diciendo me puede costar la vida si llega a oídos de según quién. Créame. Le considero a usted un submarinista como nosotros. Lo he visto trabajar a bordo y sé que es un buen militar y honesto con sus hombres.

—¿Qué más puede decirme? Comprenderá que me interesa este tema —Patrick también se aproximó al alemán.

—Para nosotros la Antártida ha sido una zona del máximo interés antes y durante la guerra ¿Por qué?, se preguntará usted —Patrick afirmó con la cabeza siguiendo con el máximo interés la explicación que comenzaba—. Nuestros científicos ya habían investigado y sabían con certeza de la enorme cantidad de recursos naturales que esa zona tenía. El Führer siguiendo con su política de Lebensraum o búsqueda del espacio vital que Alemania necesitaba, había contemplado varias zonas del mundo con posibilidades para un crecimiento alemán.

—Pero la Antártida está es el Polo Sur. Es inhabitable ¿quién puede querer vivir allí? —Patrick no entendía la razón por el lugar seleccionado.

—Déjeme seguir, capitán Malone —Reith sonreía, entendiendo las dudas de Patrick—. Aunque Alemania ya había conseguido reivindicaciones territoriales históricas como los Sudetes, Bohemia y Moravia, zonas de Prusia y el corredor de Dantzig, lo cierto era que no sabíamos si Rusia sería de fácil conquista. De hecho, Rusia era la zona de crecimiento natural de Alemania. Polonia era un país ficticio, creado por los plutócratas y la finanza internacional tras el fin de la Primera Guerra Mundial aprovechando, mayoritariamente, territorio alemán y austriaco.

Reith continuó:

—También se contemplaron algunas zonas de África, que fueron desestimadas por la alta presencia inglesa y su poder allí. Oriente Medio también fue contemplado e incluso hubo algunas acciones en Siria e Irak con nuestro escuadrón KG-200 y con el Gran Mufti de Jerusalén. Pero los árabes a pesar de su buena disposición aparente, no eran un socio de mucha fiabilidad para nosotros. Además, Italia ya tenía una cierta presencia allí. Sólo quedaba Sudamérica y el Polo Sur.

—¿Y el Polo Norte? —inquirió Patrick.

—Inviabile. No sólo porque prácticamente es hielo sin tierra debajo, sino que además la proximidad con el mundo anglosajón no nos permitía operar tranquilamente. Hubo alguna operación de investigación, pero los resultados no fueron alentadores —Reith apuró su taza de café—. Nos quedaba, por lo tanto,

Sudamérica y la Antártida. En Argentina y Chile nuestra presencia social es muy fuerte y en Brasil incluso hubo presencia de un contingente militar alemán altamente secreto que operó en esa zona.

Patrick no daba crédito a las palabras del alemán.

Reith prosiguió:

—La Antártida ofrecía la tranquilidad que queríamos. Sólo Noruega, Argentina y Chile, reivindicaban territorio antártico, pero sin presión real. Nuestra excelente relación con los dos países sudamericanos nos permitía realizar cualquier proyecto en la zona sin problemas. También la relativa proximidad de África del Sur era otra ventaja ya que también era un país proclive a nuestro régimen político. Inglaterra y sus islas Malvinas no representaban un problema a pesar de que en dichas islas tenían un sofisticado sistema de control, ya que quedaban mucho más al norte. Nuestros científicos a bordo del Schwabenland, no sólo descubrieron muchos recursos naturales de todo tipo, sino algo que ya sospechaban: uranio. También zonas cálidas, como oasis, donde la vida era posible. También realizaron mapas muy precisos de la tierra por debajo de los hielos y las enormes cavernas subterráneas cálidas por la actividad geotérmica, que unían el continente antártico con Chile y Argentina —Reith se quedó mirando a Patrick—. ¿Qué le parece?

—Me parece increíble —contestó Patrick—, aunque sigo sin saber el por qué de la continua actividad submarina en la zona.

—Pues eso no es lo mejor —sonrió Reith—. Alemania tiene operativa una base militar en la Antártida: La Base 211. Esa es la explicación de nuestros continuos movimientos no sólo de los submarinos, sino también de barcos de superficie y aviones. Nuestros submarinos tenían guaridas naturales, que nos permitían reparar y poner a punto nuestras naves sin problemas. La Base 211 ha sido de gran ayuda para nosotros.

—¿Y qué se ha hecho de la Base 211? —a Patrick le parecía un relato de ciencia-ficción, pero seguía escuchando con interés.

—Sigue operativa —contestó sin dudar el alemán.

—Pero, ¿cual es su actividad concreta en la actualidad? —Patrick seguía su diálogo ya que podía dar buenos frutos—. La guerra ha terminado, qué sentido tiene una supuesta base militar alemana en activo.

—Desconozco qué proyectos tienen ahora entre manos, pero sí puedo decirle que la Base 211 trabajaba proyectos ultrasecretos que se continuaron tras el fin de la guerra. Nuestros barcos, aviones y, sobre todo, los submarinos llevamos gran cantidad de material científico de todo tipo, personal técnico y militar y miles de alemanes que deseaban una nueva vida dentro del nuevo Reich antártico. Allí fabrican su propia comida y tienen suministros de todo tipo. De hecho son autosuficientes.

—Quién dirige todo eso ¿Hitler? —preguntó Patrick.

—Las SS, capitán Malone. El Führer cayó en Berlín. Han circulado muchos rumores, pero él murió en Berlín. No tengo ninguna duda. Jamás hubiese abandonado su puesto de combate. Además...

—Conexión de radio con Norfolk, Patrick —interrumpió John «bullet»—. El vice-almirante Clark al aparato y pide por ti.

—Seguiremos en otro momento Reith. Esto es más urgente ahora —Patrick se levantó y se dirigió a la sala de comunicaciones. Se colocó los auriculares.

—Capitán Malone a la escucha, vice-almirante.

—Hola, Patrick —la voz de Clark era jovial—. ¿Cuándo tienes previsto llegar a Norfolk?

—Según nuestros cálculos llegaremos mañana sobre las 11:00 AM. No ha habido contratiempos y

todo va bien —Kenneth apareció en aquel momento por si Patrick necesitaba alguna información adicional.

—¿Tienes alguna información relevante sobre lo que tú y yo hablamos en mi despacho? Estoy muy interesado en ello —a Patrick le sorprendió el interés de Clark.

—Algo he sabido que te comunicaré personalmente. Te puedo adelantar que me suena a historia increíble. No creo que sea verdad.

—Patrick, prepárame un informe escrito de lo que has sabido, me lo comentas a mí previamente y mañana por la tarde tenemos una reunión con otras personas, ante las cuales quiero que hables. No puedo adelantarte más por ahora. Nos vemos en la base. Hasta mañana, soldado.

Patrick sonrió.

—Muy bien. Hasta mañana, vice-almirante Clark.

Cortó la comunicación y se recostó en el asiento de John «bullet». La historia de Reith empezaba a sonarle como posible. Cuando los «peces gordos» necesitaban algo con tanta urgencia, es que algo había detrás de todo ello. No hacían las cosas gratuitamente.

En ese momento necesitaba a Reith en el puente junto a Kenneth, para dirigir el submarino a Norfolk y él necesitaba tiempo para preparar su informe de forma confidencial. Por ello, se encerró en su cabina privada con su máquina de escribir portátil y comenzó el redactado del informe.

Norfolk ya aparecía en el horizonte. El submarino en superficie apenas dejaba estela tras de sí. Dos destructores salían en aquel momento de la base y se cruzaron con la nave alemana. Evidentemente estaban avisados de la presencia del mismo y con sus potentes focos de señales emitieron un saludo, que el submarino respondió. La bandera americana ondeaba en el pabellón superior para evitar cualquier incidente. Desde la torreta y junto a sus compañeros, le resultaba extraña a Patrick aquella situación, aunque por otro lado le satisfacía y le creaba una cierta excitación. Sabía que entraba en la dársena de Norfolk en un submarino espectacular. De hecho ya se veía un numeroso grupo de personas esperando en la zona de ataque.

Los submarinos americanos allí estacionados no sólo se veían anticuados al lado de U-2193, sino que muy pequeños. La nave pasó majestuosamente frente a la infinidad de barcos militares de todo tipo que allí había. Las tripulaciones estaban en cubierta mirando con curiosidad la nave enemiga y saludando a la tripulación, que contestaba a todos esos saludos. El submarino se situó de babor frente a la zona de ataque y en una limpia y rápida operación, ya estaba amarrado al pantalán.

Allí habían congregadas unas cincuenta personas, casi todas ellas oficiales de diferentes rangos de la marina y marineros de asistencia en tierra para la operación de ataque. El vice-almirante Clark, situado en primera fila, sonreía mirando a Patrick y al submarino alternativamente. Todos bajaron a la cubierta y en posición de firmes esperaron a que Patrick subiese a bordo con el vice-almirante y otros oficiales para el saludo de rigor. Patrick acompañó por la escalerilla a la pequeña comitiva que una vez en cubierta, fueron agradeciendo a cada uno de los tripulantes su presencia allí. La tripulación alemana, situada en el extremo permanecía en posición de firmes, con sus uniformes y medallas. Patrick no había considerado en ningún momento que no fuese así. Habían sido hombres que habían luchado por su patria y hubiese sido denigrante para ellos darles otro tipo de ropa a bordo.

En un primer momento, la comitiva americana pareció quedar cortada por el efecto visual que aquellos hombres y sus condecoraciones provocaban, pero el vice-almirante Clark se adelantó a todos

ellos y estrechó la mano de Reith en primer lugar y continuó con los demás. No hubo más problemas. No era momento para hacer diferencias, ya que aquellos hombres habían colaborado bien en todo momento para que el submarino estuviese ahora en Norfolk sin problemas. Allí terminaba el viaje para el grupo alemán. Ahora pasarían a jurisdicción militar en la base para el interrogatorio, y en un tiempo posiblemente regresarían a Alemania.

Todos fueron bajando por la pasarela. Clark se dirigió a Patrick.

—Nos hemos de ver ahora. Quiero que cada uno de tus hombres me haga un informe de su área de incumbencia en el submarino y explique las novedades que han encontrado a bordo desde su punto de vista y experiencia. Me imagino que hemos de mejorar muchas cosas en los nuestros... Lo necesito para mañana.

Patrick reunió a sus hombres y les comunicó la decisión de Clark. Una vez terminado el proceso burocrático, disfrutarían de un merecido descanso con sus familias.

—Vincent ¿qué está pasando? ¿Qué buscan el almirantazgo y los «peces gordos»?

—Hoy lo sabrás todo. Un poco de paciencia Patrick —le contestó Clark—. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste y se han tomado decisiones muy importantes al máximo nivel. Ya puedes imaginarte. Vamos ahora a comer con tu gente y luego nos reuniremos en mi despacho antes de la reunión con otros militares.

—De acuerdo —Patrick avisó a sus hombres, que acogieron la noticia de buen grado—. Espérame cinco minutos. Quiero despedirme de los alemanes. Han colaborado muy bien y nos han ayudado en todo momento.

El grupo alemán era observado por los MP y permanecían todos juntos esperando novedades. Patrick llegó hasta ellos.

—Señores, quiero agradecerles todo su esfuerzo a bordo. Pronto se encontrarán con sus compañeros que fueron trasladados en avión previamente.

Fue estrechando las manos de todos ellos y en especial las de Reith. Los otros compañeros de Patrick también se unieron a la despedida.

—Somos submarinistas y siempre lo seremos, capitán Malone —comentó Reith mientras se ponía firme y saludaba militarmente al grupo americano. Sus compañeros le imitaron. Los americanos también les saludaron militarmente. La pequeña, pero improvisada ceremonia, terminó ahí. Fue emocionante para todos.

—Porque te conozco, Patrick, pero eso se podría considerar connivencia con el enemigo... —sonrió Clark, mientras comenzaba a caminar hacia la cantina de la base. También Patrick y sus hombres rieron ante el comentario del vice-almirante. La comida en una zona privada de la cantina fue distendida, pero rápida. Había muchas cosas que hacer todavía antes de pensar en un merecido descanso. Fueron informados de que se abriría un expediente al agregado militar americano en Buenos Aires Darlington, por el suicidio del capitán Lippsmacher.

—Bien señores —comenzó a decir el vice-almirante Clark al terminar la comida—, tal como hemos comentado y les he solicitado, ahora espero sus informes para mañana por la mañana. Capitán Malone vamos a mi despacho. Necesito preparar con usted varias cosas.

—Nos vemos mañana, capitán —se despidieron los compañeros de Patrick.

Betty, la secretaria de Clark, les saludó cuando entraron en la oficina del vice-almirante.

—Capitán Malone, me alegro de volver a verle —luego dirigiéndose a Clark—. Vice-almirante,

tengo los documentos que me solicitó para su reunión con el capitán. Están encima de su mesa.

—Buenas tardes, Betty. La veo muy bien. Creo que el vicealmirante Clark la cuida estupendamente...

—bromeó Patrick, mientras pensaba que el uniforme femenino de Betty le quedaba muy bien.

—Gracias capitán. No puedo quejarme de mi trabajo, ni del vice-almirante Clark —sonrió algo sonrojada Betty, pareciendo adivinar los pensamientos de Patrick y mirando a Clark.

—Muchas gracias por la documentación, Betty. Usted siempre tan eficaz. Vamos Patrick —los dos hombres entraron en el amplio despacho.

Patrick se dirigió a una mesa de reuniones a la izquierda de la mesa principal de Clark. Éste cogió la documentación que le había preparado su secretaria.

—Aquí está todo —se sentó frente a Patrick y encendió un cigarro. Le ofreció uno que Patrick amablemente rechazó, mientras sacaba la documentación del portadocumentos que llevaba con él.

—¿De qué se trata, Vincent? —inició la conversación Patrick.

—Ante todo, me gustaría que me comentases tu informe y qué has sabido a través del alemán Reith, creo que se llamaba, de la presencia de submarinos alemanes en aguas argentinas —Clark respondió mientras ordenaba la información frente a él.

—La historia que me contó Reith me ha parecido increíble. También debo decirte que tras el interés que me demostraste por esa conversación y sobre todo por parte de los «peces gordos», algo de cierto debe haber en ello —Patrick explicó la historia que sabía a través del alemán, que había resumido en su informe. Clark no le hizo ninguna pregunta durante su exposición. Parecía no hacerle falta.

Patrick terminó de explicar lo que sabía e incluso lo que pensaba de todo aquello y quedó a la espera de los comentarios de Clark.

—Muy interesante... —inició éste.

—Vamos, Vincent, ¿no puedo creer que sólo digas eso! —dijo Patrick con sorna.

Clark sonrió. Sabía muy bien como era Patrick y entendía su reacción.

—De lo que has dicho, nada me sorprende pues todo lo sabíamos con bastante precisión —Clark se puso unas gafas y mientras hablaba, parecía observar unas hojas—. Tus palabras han confirmado nuestros temores de que hay actividad alemana en la Antártida. Los interrogatorios a los que sometimos a las tripulaciones de los dos submarinos anteriores y el cruce de la información que hicimos de los diferentes testimonios, nos llevaron también a la misma conclusión que evidencias en tu informe.

Clark le acercó unos documentos confidenciales, donde se mostraban las conclusiones de los interrogatorios efectuados a las tripulaciones alemanas.

—Míralos. Lo que explica, te sonará. O se han puesto todos de acuerdo en decir la misma mentira o están diciendo la verdad. Nosotros creemos que es la verdad.

Patrick ojeaba los documentos y veía claramente palabras destacadas que sí le sonaban: Base 211, Schwabenland, Neuberlin, KG-200, SS.

—Tenemos fundadas sospechas de que allí abajo hay algo serio y muy peligroso para nuestros intereses y los del mundo libre. No sabemos qué es, qué traman ni cuales son sus próximos movimientos, pero indudablemente es una amenaza.

—De acuerdo, y ¿cuál es el plan, Vincent? —inquirió Patrick, dejando los documentos sobre la mesa.

—Dentro de media hora estarán aquí, en la sala principal de reuniones, el almirante Richard E. Byrd, el capitán Richard H. Creuzen, el almirante Chester W. Nimitz y el Secretario de la Marina James

Forrestal. Washington está apostando fuerte. Esto no es una broma, Patrick.

Patrick se quedó sin habla ante el nivel de los personajes que acababa de citar Clark y que en muy poco tiempo estarían allí. El almirante Byrd en concreto, había sido el héroe de Patrick por sus exploraciones al Polo Sur y toda Norteamérica lo consideraba un fuera de serie. Era un personaje idolatrado. Se habían escrito multitud de libros sobre su persona. Sin duda, era un hombre muy ocupado pues era explorador, oficial de la marina, aviador y escritor. No lo conocía personalmente, pero era una ocasión única. Su mente recordaba los grandes hitos en la vida de este explorador antártico. Nació en Winchester, Virginia en 1888. Se graduó en la Academia Naval de los Estados Unidos en 1912. En pocos meses se le destinó a la Escuela Naval de Aviación, de muy reciente creación. Durante la Primera Guerra Mundial mandó una Estación Aérea en Nueva Escocia. Después de la guerra, fue promocionado a comandante. En 1925 dirigió su unidad aérea naval en una expedición a Groenlandia.

La primera expedición polar de Byrd fue al Ártico. En esa expedición reclamó para los Estados Unidos una vasta extensión de dicho territorio. La llamó Tierra de Mary Byrd en honor a su esposa. El 9 de mayo de 1926, con el piloto Floyd Bennett voló por primera vez sobre el Polo Norte. Se le concedió la Medalla de Honor por su hazaña. En 1927, Byrd cruzó el Océano Atlántico con otros dos pilotos un mes después de que Charles Lindbergh hiciese el mismo trayecto en solitario. Tras 42 horas en vuelo, el avión de Byrd se estrelló en la costa de Francia, pero él y su tripulación se salvaron.

Después de esta proeza, Byrd se mostró interesado en investigar la Antártida y desde 1928 hasta 1941 llevó a cabo 3 grandes expediciones a ese continente. De 1928 a 1930 comandó su primera expedición con el objetivo de cartografiar una gran parte del continente helado. Estableció una base fija allí llamada Little America. Durante esa expedición y con una tripulación de tres pilotos más, Byrd hizo el primer vuelo sobre el Polo Sur. Era el año de 1929. En 1930 y al final de la expedición, se le nombró vice-almirante de la Marina americana.

Desde 1933 hasta 1935, Byrd regresó a la Antártida. Pasó cinco meses absolutamente solo en un refugio a ciento veinte millas al sur de Little America, para estudiar las temperaturas en el interior del continente antártico. Soportó temperaturas de casi 50° bajo cero. Debido a una chimenea atascada en el refugio, Byrd estuvo muy enfermo y al borde de la muerte. Renunció a pedir ayuda. Finalmente, un tractor polar de la expedición le rescató al no tener noticias suyas. En su tercera expedición a la Antártida de 1939 a 1941, Byrd realizó más vuelos y descubrió el límite sur del Océano Pacífico.

Todo apuntaba a que ésta sería su cuarta expedición a la Antártida. Desde luego su prestigio y conocimiento de la zona le capacitaban perfectamente para participar en esa posible expedición. Pero, ¿de qué se trataba esta vez? Patrick pronto lo sabría.

Capítulo 6

ÚLTIMA EXPEDICIÓN AMERICANA ANTES DE LA II GUERRA MUNDIAL

Es interesante hacer una reseña del último viaje del almirante Byrd a la Antártida entre 1939 y 1941. La Segunda Guerra Mundial acababa de iniciarse y los Estados Unidos no estaban todavía involucrados en la misma. Hasta ese momento, las expediciones previas del almirante habían sido de carácter civil. El interés militar americano por el continente antártico empezó a finales de los años 30. La jefatura militar americana se dió cuenta de que el interés popular por la Antártida crecía debido al éxito de las expediciones civiles de Byrd. El presidente Franklin D. Roosevelt se implicó activamente creando el «U.S. Antarctic Service» e impulsó dos expediciones diferentes: una al mando de Richard B. Black y Finn Ronne y la otra por el almirante Byrd coordinándolos y creando la «U.S. Antarctic Service Expedition».

Pero esto había empezado algo antes cuando, en noviembre de 1937, el Dr. Ernest Gruening, Director de la «División of Territories and Island Possessions of the Dpt. of the Interior», solicitó a Richard Black sobre los escasos requerimientos del gobierno para llevar a cabo una expedición americana a la Antártida. La «U.S. Exploring Expedition» de 1838 a 1842, comandada por el teniente de navío Charles Wilkes, fue la última gran aventura de los americanos con alguna implicación del gobierno. Desde entonces las expediciones efectuadas fueron, sobre todo, de carácter civil.

Black envió sus comentarios en respuesta al Dr. Gruening, donde exponía los posibles intereses gubernamentales americanos en la Antártida, además de los planes para una posible expedición. Estos comentarios llamaron poderosamente la atención del Dr. Gruening, quien inmediatamente informó al Departamento de Estado y al presidente Roosevelt.

Mientras esto sucedía, Byrd y sus socios civiles en Boston hacían sus planes para una tercera expedición a la Antártida. Como las dos anteriores, ésta contaba con fondos privados para su consecución. A finales de 1938, Byrd tuvo conocimiento de los planes gubernamentales cuando un oficial del Departamento de Estado le consultó sobre el tema antártico. El 7 de enero de 1939, Roosevelt envió un memorando al Secretario de Estado, Sumner Welles, aprobando los planes desarrollados por el departamento de Estado. Roosevelt también sugería la implicación del Departamento de Interior en los planes con Byrd y Lincoln Ellsworth y el presupuesto que representaba la expedición, considerando también que se pensase en la posibilidad de mantener de forma fija un grupo en la base «Little America».



El Almirante Byrd durante una de sus expediciones antárticas antes de la II Guerra Mundial

El memorando del presidente provocó dos situaciones importantes. La primera es que el almirante Byrd canceló los planes de la expedición civil. Con su amplio conocimiento de la Antártida se le aceptó como líder y se involucró activamente en la planificación y la organización de la expedición. Como segunda consecuencia se formó un comité interdepartamental, que fue convertido en el llamado eventualmente «Executive Committee of the U.S. Antarctic Service». El 13 de enero de 1939, el Secretario de Estado solicitó a los secretarios de Guerra, Marina, Tesoro e Interior que delegasen representantes para ayudar en un Comité Antártico.

El 30 de junio del mismo año, el Congreso admitió a trámite un acta autorizando las investigaciones antárticas y el 7 de julio, el mismo Presidente Roosevelt mandó sendas cartas a los Secretarios urgiéndoles a que designasen a los representantes. Como resultado se formó definitivamente el llamado «Executive Committee of the U.S. Antarctic Service». Los cuatro departamentos arriba citados fueron representados por el capitán C.C. Hartigan y Mr. Hugh S. Cumming Jr., por la Marina y el Departamento de Estado respectivamente. El comandante E.G. Rose en nombre de los Guardacostas (Tesoro) y Ernst Gruening por Interior. El comandante Robert A. English fue nombrado Secretario Ejecutivo. Éste último fue sustituido en 1942 por J.E. MacDonald.

A pesar de que el gobierno americano patrocinó la expedición, también hubo donaciones adicionales y regalos por parte de ciudadanos anónimos, corporaciones e instituciones. De todas maneras, el presupuesto asignado no era del todo suficiente y por ello el esfuerzo coordinado de los diferentes departamentos involucrados llenaron el vacío económico para el equipo, servicio y suministros generales. El almirante Byrd donó una gran parte de los muchos suministros que había almacenado para su propia expedición.

Algunos de los donantes privados se sintieron molestos por la falta de publicidad por parte del gobierno por las ayudas que habían entregado. Más de cien empresas y donantes privados habían contribuido con dinero, suministros y equipo para la expedición, incluyendo tractores, comida, ropa, instrumentos, tabaco y libros. Por ejemplo la familia Kholer de Wisconsin, George F. Getz y Justin W. Dart de Chicago habían donado el hidroavión Barkley-Grow que iba a bordo del barco «Bear».

En esta expedición se utilizaron dos barcos. Uno era el viejo barco del almirante Byrd el «Bear» de Oakland, que fue usado en su segunda expedición antártica. Este barco había sido reacondicionado por la Marina y denominado «U.S.S. Bear» para la nueva expedición. El segundo barco, el «North Star» era un barco de madera preparado para la navegación ártica y que había sido construido en 1932 por el Bureau of Indians Affairs del Dpto. del Interior americano. Cada verano se utilizaba para llevar provisiones a Alaska. Debido al hecho de que mientras en la Antártida era verano, en Alaska era invierno y por ello el Dpto. del Interior pudo enviar el barco al servicio antártico sin interrumpir el servicio en Alaska.

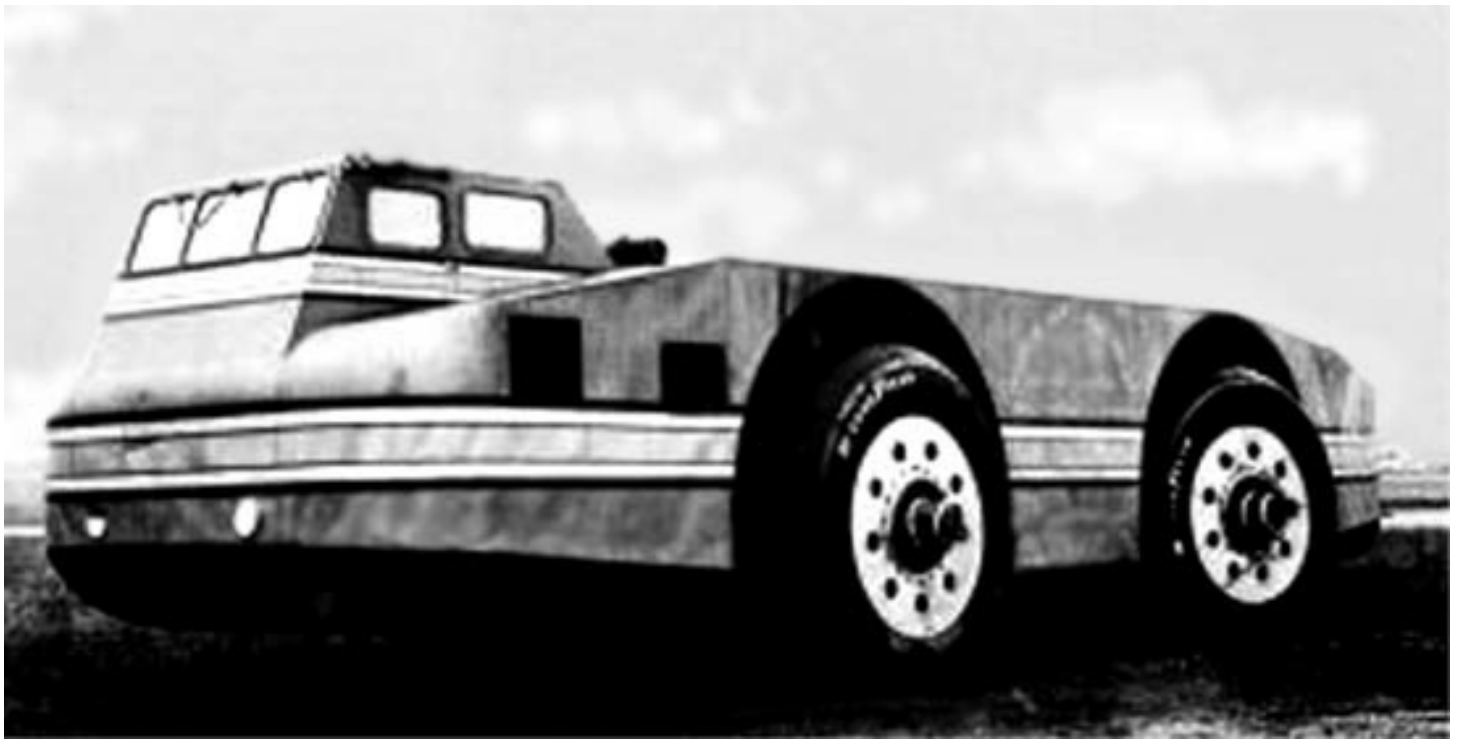
La nueva expedición llevaba cuatro hidroaviones. El barco «Bear» portaba un bimotor Barkley-Grow. También se llevaban dos hidroaviones biplanos Condor Curtis-Wright, que habían sido profusamente utilizados por el U.S. Marine Corps durante los últimos cinco años. Y el cuarto era un modelo totalmente nuevo, monomotor de la marca Beechcraft y que debía volar en conjunción con el llamado «Snow Cruiser» o «Crucero de las Nieves».

El «Snow Cruiser» era un vehículo enorme que contenía dormitorios, laboratorio científico, laboratorio fotográfico, radio y sala de mapas. Dos motores diesel de 150 caballos estaban conectados a

unos generadores que suministraban energía a los motores eléctricos de 75 caballos de que disponía cada una de las ruedas. Por lo tanto la tracción era autónoma para cada rueda. Disponía de un sistema por el cual cuando el vehículo tenía que salvar una pendiente, podía esconder las ruedas mediante un sistema retráctil, permitiendo que el «Snow Cruiser» se deslizase sobre su parte inferior. El avión, que iba dotado de esquís, iba montado sobre este vehículo, para realizar reconocimientos aéreos en un radio de unos quinientos kilómetros.

Como colofón a las especificaciones de este «monstruo» decir que también podía llevar comida para un año, 10.000 litros de gas-oil, suficiente para 8.000 kilómetros y 3.000 litros de carburante para el avión. La velocidad máxima en terreno llano era de 50 kilómetros por hora y podía sortear desniveles de casi 40%. El peso era de 30 toneladas.

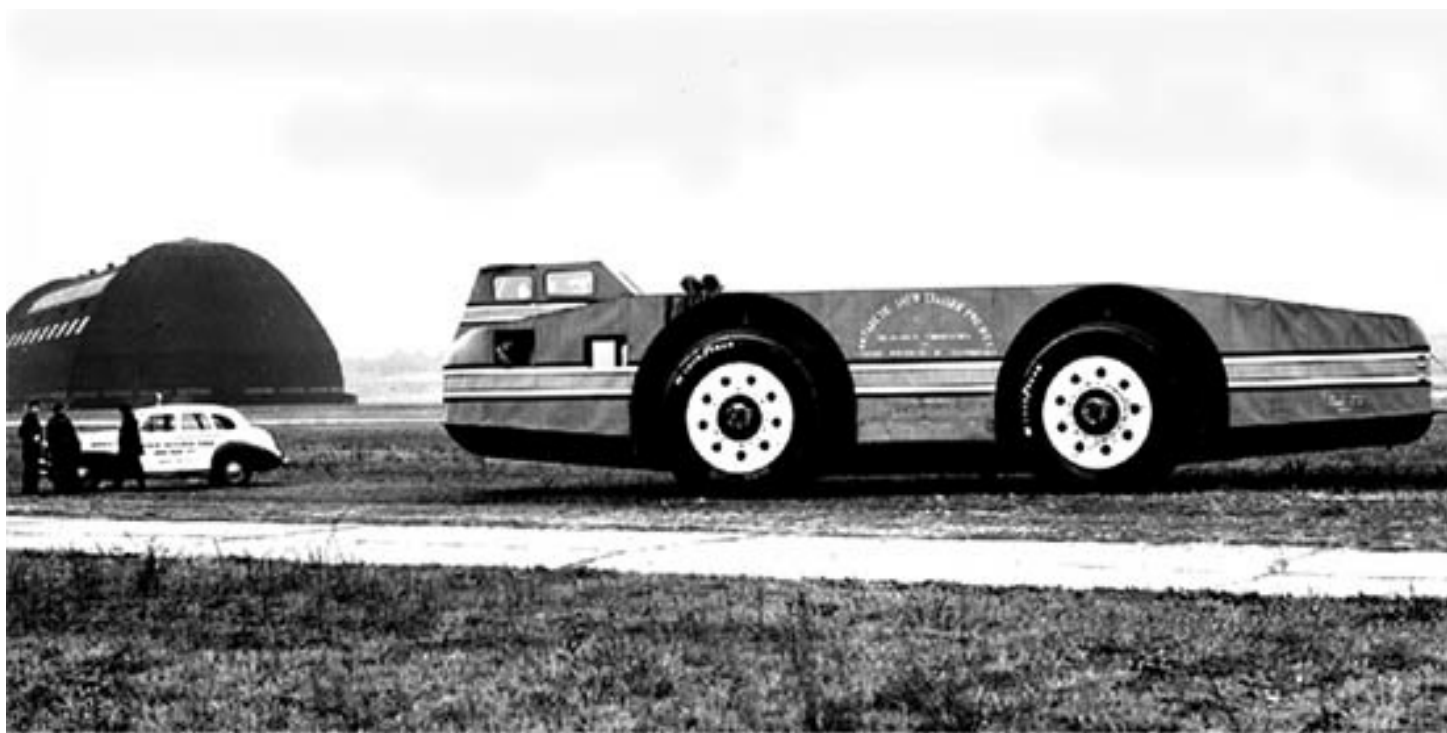
125 hombres partieron de los Estados Unidos en dos barcos. El capitán Isaac Listad comandaba el «North Star» y el capitán de navío Richard H. Creuzen al mando del «Bear». Casi todos los hombres de la expedición venían del ámbito militar, agencias civiles del gobierno y de instituciones gubernamentales. Algunos voluntarios fueron contratados por el Departamento del Interior a 10 dólares al mes, incluyendo la comida y la ropa. Un total de 59 hombres fueron divididos en dos grupos y el científico Dr. F. Alton Wade fue puesto al cargo del «Snow Cruiser» con tres hombres a su cargo a bordo del vehículo. Cuando se estropeó, que era algo que se esperaba, se dejó aparcado en la Base Oeste y los cuatro tripulantes fueron incorporados al Grupo de dicha base formado por 29 hombres.



El «Snow Cruiser» fotografiado en un aeródromo antes de su traslado a la flota.

El otro grupo, Base Este, estaba formado por 26 hombres y dirigido por Richard B. Black. En este grupo habían miembros ya experimentados previamente en la Antártida con Byrd. Entre ellos estaban

Bendik Johansen y Paul Siple que habían estado en la primera y segunda expedición de Byrd, mientras que Clay W. Bailey radio operador, Vernon D. Boyd jefe mecánico, Louis P. Colombo mecánico de primera y el teniente Isaac Schlossbach asistente ejecutivo, habían estado con Byrd en la segunda expedición. También Black responsable de la Base Este, Joseph D. Healy adiestrador y guía de perros y Finn Ronne ingeniero también eran veteranos de la segunda expedición antártica de Byrd. No podemos olvidar a Frederick G. Dustin ayudante personal de Byrd a bordo del «Bear». Muchos de ellos, participaron en otras expediciones que se efectuaron más adelante.

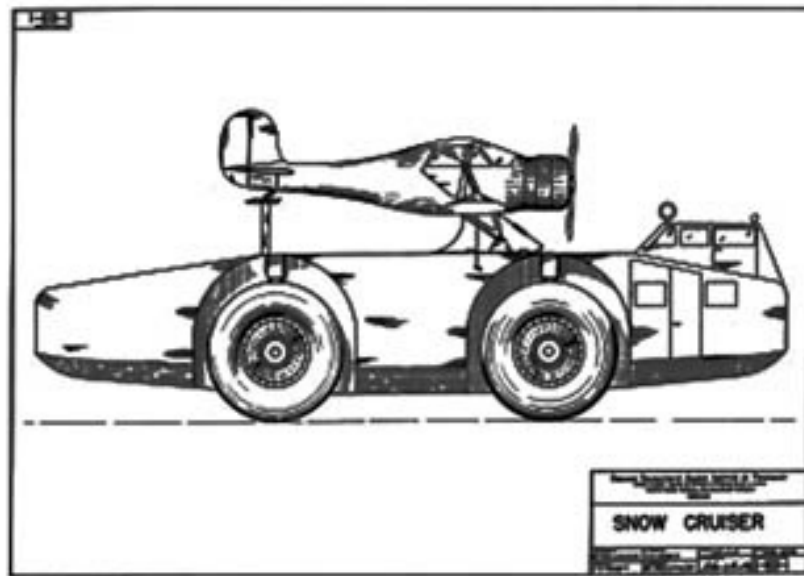


Otra foto del «Snow Cruiser». Puede compararse su tamaño con el de un automóvil.

Los objetivos de esta misión fueron indicados en una orden del Presidente Roosevelt de fecha 25 de noviembre de 1939. Esta orden fue recibida por Byrd en Balboa, Zona del Canal, cuando se embarcaba en el «North Star» el 30 del mismo mes. El presidente quería establecer dos bases: Base Este, cerca de la Isla de Charcot o la Tierra de Alejandro I. Ofrecía la alternativa de la Bahía de Margarita si no se encontraba un lugar adecuado en ninguna de las islas arriba especificadas y la Base Oeste, en las proximidades de la Tierra de Eduardo VII. Si esta localización no era factible, se podía intentar situar esta base en la Bahía de las Ballenas.

A primeras horas del 15 de noviembre de 1939, el barco «North Star» partió de Boston hacia Filadelfia, donde se embarcaron dos aviones. El 21 de noviembre zarpó con dirección a la Bahía de Delaware para seguir hacia el Canal de Panamá. El barco «Bear» zarpó de Boston el 22 de noviembre, llegando a Norfolk el día 25 para embarcar uno de los bimotores. El 26 de noviembre dejó atrás los Cabos de Virginia en dirección al Canal de Panamá. El almirante Byrd se quedó en Boston para supervisar la operación de embarque hasta el último momento y voló desde Washington a la Zona del

Canal, donde se embarcó en el «North Star» en Balboa el 30 de Noviembre. Este barco zarpó hacia Nueva Zelanda, parando en la Isla de Pitcairn el 13 de diciembre y llegando a la Isla Eastern el día 17 del mismo mes. Después arribó a Wellington en Nueva Zelanda el 27 de Diciembre. El 3 de enero de 1940, el «North Star» partió de Nueva Zelanda hacia el Mar de Roos, llegando a la Bahía de las Ballenas y estableciendo la Base Oeste el 12 de enero.



Plano lateral del «Snow Cruiser»

Por su parte y tras repostar, el «Bear» partió hacia la Bahía de las Ballenas el 6 de diciembre, llegando el 14 de enero de 1940 para ayudar en el montaje de la primera base: Base Oeste. Trabajando en turnos continuos de 12 horas, el barco fue descargado en menos de una semana y hacia el 24 de enero el «North Star» partió hacia Valparaíso en Chile, para embarcar más suministros, casas prefabricadas y un avión bimotor Curtis-Wright Cóndor y regresar a la Antártida. Mientras tanto el «Bear» bajo el mando de Byrd, tomó rumbo Este bordeando la costa helada para encontrar una zona adecuada para la Base Este. Byrd lo encontró con reconocimiento aéreo el 8 de marzo. Una isla en la cara norte de la Bahía de Neny, justo al norte de la Isla de Alejandro y la Bahía Margarita. Allí se ubicó la Base Este. La isla se denominó a partir de ese momento como Isla Stonington. Los dos barcos se encontraron en la zona y el día 20 de marzo, ambos habían sido descargados totalmente. Al día siguiente, partieron hacia los Estados Unidos, navegando juntos hasta Punta Arenas en Chile y desde ese punto geográfico se separaron, dirigiéndose el «Bear» hacia Boston y el «North Star» hacia Seattle, para seguir con sus trayectos habituales por Alaska.

A pesar de las grandes esperanzas que se habían puesto sobre el «Snow Cruiser», pronto se dieron cuenta de que no funcionaría. El proyecto era conducirlo hasta el Polo Sur, a través de las Montañas de la Reina Maud. Ya desde el principio el vehículo tuvo mala fortuna. Cuando se descargaba en la Bahía de las Ballenas, la rampa casi se rompió bajo su enorme peso y gracias al Dr. Poulter que lo conducía, evitó el desastre dando máxima potencia al vehículo, pero provocando una zanja profunda en el hielo de la

zona de descarga. A pesar de las grandes ruedas, la tracción no era adecuada en la nieve. El peso era enorme. Se hundió en la nieve y sus inadecuados motores eléctricos no podían moverlo más que muy lentamente. Una semana después de su descarga aún estaba a mitad de trecho de una rampa desde la bahía de descarga hasta un pequeño promontorio muy cercano. Tras un esfuerzo denodado, la máquina llegó hasta la Base Oeste, donde se resguardó de la intemperie con bloques de hielo y lona. Ahí terminó la aventura del «Snow Cruiser» en la Antártida.

Volviendo a los objetivos de la expedición, el principal era, al margen de la instalación de las bases, delinear la costa continental entre los meridianos 72° Oeste y 148° Oeste y la consolidación de los puntos geográficos de la Tierra de Hearst, Tierra de James W. Ellsworth y la Tierra de Marie Byrd. Un segundo objetivo incluía la delineación de la entonces desconocida costa oeste del Mar de Weddell, entre el Cabo Eielson y la Costa de Luitpold. Teniendo en cuenta la amplitud de los objetivos y las imprevisibles circunstancias que siempre se dan en la Antártida, es notorio que la mayoría de los objetivos se consiguieron. Es significativo que se establecieron dos bases fijas durante un año a casi 2.000 kilómetros una de la otra por aire, y a más de 2.500 kilómetros por mar.

Gracias a los vuelos programados, se consiguió cartografiar casi 1.000 kilómetros de costa que no se conocían hasta entonces. Entre estos descubrimientos están la Costa de Hobbs, la Costa de Walgreen, la Península de Thurston y la Costa de Eights. Se descubrieron zonas nuevas en el interior y el reconocimiento aéreo desde la Base Este logró ampliar la costa antártica hacia el oeste hasta el meridiano 85 y como resultado se descubrió la Costa de Bryan y la Rada de Carroll en su extremo este. La primera estación meteorológica de gran altitud se puso en marcha durante noviembre y diciembre de 1940 desde la Isla de Stonington. Se controlaron multitud de variables como: sísmicas, rayos cósmicos, auroras boreales, biológicas, magnéticas, etc., por citar unas cuantas. Fue una operación de grandes éxitos.

Debido a las tensiones internacionales y sobre todo debido al inicio de la II Guerra Mundial, se consideró que lo mejor era evacuar las bases en vez de enviar personal de relevo. De nuevo los dos barcos participaron en la evacuación. El «Bear» zarpó de Filadelfia el 13 de octubre de 1940 y el «North Star» salió de Seattle el 11 de diciembre. El «Bear» llegó a la Bahía de las Ballenas el 11 de enero de 1941 y el «North Star» el 24 de enero. Con la esperanza de regresar lo antes posible y reocupar las bases en el futuro, la gran mayoría del material, vehículos y provisiones se dejaron en la Antártida. Los dos barcos partieron de la Base Oeste el 1 de febrero con dirección a la Bahía de Margarita, con todo el personal de la base a bordo. El 24 de febrero llegaron a los alrededores de la Isla Adelaida, al noroeste de la Base Este, pero una capa gruesa de hielo no les dejó entrar en la Bahía de Margarita. Para ahorrar combustible, los barcos regresaron hacia el norte, donde fondearon en el Puerto de Andersen, en las Islas Melchor, en el centro de la Bahía Dallmann. Se intentó varias veces penetrar en la gruesa capa de hielo, pero no fue posible. La estación avanzaba y la situación sólo podía empeorar, por ello se decidió evacuar la base por aire. El Cóndor había sido reparado de su accidente en el cual un esquí del tren de aterrizaje se había roto. El 15 de marzo el «North Star» recibió la orden de dirigirse a Punta Arenas en Chile, donde los hombres de la Base Oeste podrían desembarcar y se podría cargar comida y combustible para un segundo año en la Base Este si ésta seguía aislada.

Mientras tanto, el 16 de marzo el «Bear» desembarcó a un pequeño grupo en la Isla de Mikkelsen, para preparar una pista de aterrizaje y poder evacuar al personal de la Base Este. El primer vuelo partió el 22 de marzo con 12 hombres a bordo, con muestras, especímenes y equipo de emergencia. Un segundo

vuelo logró evacuar a los 12 restantes.

El avión fue abandonado en la Isla de Watson y el «Bear» partió inmediatamente, llegando a Punta Arenas el 29 de marzo. El «North Star» llegó a Boston el 5 de mayo y el «Bear» el 18 del mismo mes.

Capítulo 7

REUNIÓN EN LA BASE NORFOLK

La Base Naval de Norfolk fue y es la base más importante de la Flota del Atlántico y una de las más antiguas de la Marina de los Estados Unidos. Su construcción empezó el Día de la Independencia de 1917. De todas maneras, su importancia fue aumentando y sobre todo gracias a la expansión de la Estación Aeronaval durante los años 30. La base se llamaba entonces Estación Aeronaval de Norfolk y fue pionera en desarrollos y pruebas técnicas de catapultas y sistemas de frenado de aviones de la Marina, que deberían ser usados sobre los portaaviones, todo ello con la máxima prioridad. La base tenía a su cargo los portaaviones Wasp, Ranger, Yorktown y Hornet, que recibían mantenimiento general, entrenamiento de la marinería, pruebas de artillería, pruebas de vuelo, etc., antes del inicio de la II Guerra Mundial.

Al empezar la guerra en Europa el 1 de septiembre de 1939, la base de Norfolk preparó un terreno con dos pequeñas áreas operativas: Chambers Field y West Landing Field, para entrenamientos generales. Durante la contienda, la base tuvo un papel directo dando soporte en las patrullas anti-submarinas. La respuesta del Presidente Roosevelt por el inicio de la guerra en Europa fue el Programa de Emergencia Nacional del 8 de septiembre de 1939. Ello condujo a un incremento espectacular de todas las actividades de la Marina en la base de Norfolk. Las actividades de guerra comenzaron con la declaración, el 21 de octubre de 1939, de una Zona Marítima Neutral de 600 millas de ancho alrededor de la costa norteamericana. Cuatro escuadrones de patrulla con base en Norfolk y bajo las denominaciones VP-51, VP-52, VP-53 y VP-54 estuvieron entre las primeras unidades de vigilancia de la nueva zona neutral declarada por los Estados Unidos.

Desde luego, la guerra cambió profundamente la fisonomía de Norfolk y la actividad general. Entre diciembre de 1939 y la primavera de 1940, Norfolk tenía alrededor de 8.000 personas trabajando en diversos proyectos. El Consejo Hepburn hizo recomendaciones al Congreso al principio de ese año para doblar el tamaño de la base y del personal montando lo que se llamó East Camp. Fueron construidos hangares, un nuevo dispensario, polvorines, almacenes, cuarteles, bocanas en el puerto y un edificio de administración.

En 1940, el gobierno federal empezó a dragar la Bahía de Willoughby para proceder con la construcción de la nueva Estación Aérea de Hidroaviones en Breezy Point. El Presidente Roosevelt visitó a finales de julio la Estación Aérea observando claramente que se habían conseguido los objetivos de dar soporte a los barcos involucrados en diferentes conflictos en ultramar. En 1941 la entrada de los Estados Unidos en la guerra parecía evidente. La construcción de nuevas instalaciones se aceleró para lograr los requisitos previstos por la Marina. Los dirigentes militares de Washington indicaban que las instalaciones debían poder dar servicio a cinco grupos aéreos con base en portaaviones, de siete a nueve escuadrones de patrulla marítima y programas de entrenamiento antes de su incorporación a 200 pilotos de la Flota Atlántica. También se añadió el trabajo de preparación de las tripulaciones de vuelo británicas del HMS Illustrious y el HMS Formidable.

En junio de 1941, el personal de la base se incrementó de forma notable otra vez. Habían más de 10.000 nuevos reclutas en la Estación Naval de Entrenamiento, 15.559 oficiales y 14.426 marineros asignados a los barcos que estaban en Norfolk. Después de Pearl Harbor se elevó la capacidad de la

base para 5.500 reclutas más. La Marina planeó doblar la capacidad del hospital, así como las instalaciones deportivas y la construcción de un auditorio.

Todo ello aumentó la base cinco veces más de su tamaño original. East Field tenía una capacidad estimada de 410 aviones, mientras Breezy Point podía albergar a 72 hidroaviones. En cuanto a los militares, se pasó de un total de 2.076 oficiales en diciembre de 1940 a 16.656 en servicio activo en diciembre de 1943. Durante los primeros seis meses de 1943, el departamento de vuelos registró un promedio de 21.073 salidas al mes y un promedio diario de 700 vuelos. Eso representaba aterrizajes y despegues cada dos minutos, 24 horas al día.

Un nuevo mando del Centro Naval Aéreo se formó el 12 de octubre de 1942 bajo las órdenes del capitán J.M. Shoemaker, para coordinar las operaciones dentro del área de Norfolk. Los campos de aviación fueron usados para entrenar, operaciones de patrulla, prácticas de bombardeo y armamento aéreo. En 1940, el programa de aviación de la Marina fue aprobado en el Congreso con un objetivo de producción de 10.000 aviones y más tarde aumentado a 15.000.

Después de que la guerra fuese declarada tras Pearl Harbor, Alemania comenzó una ofensiva submarina llamada «Operación Drumbeat» contra barcos en la costa atlántica de los Estados Unidos. La llamada Frontera Marina del Este, un mando con sede en Nueva York, dirigió la respuesta americana contra los submarinos alemanes. Las unidades del Ala Aérea nº 5 volaron bajo el mando del 5.º Distrito Naval. Las unidades del Ala Aérea nº 5 estaban formadas por Hidroaviones Kingfisher y PBY5A Catalinas. La base de Norfolk en ese momento daba cobertura y soporte a todos esos aviones.

En esa fase primera de la guerra, los submarinos alemanes tuvieron su mejor momento. Con una mentalidad todavía de tiempos de paz, los americanos pusieron barcos muy valiosos a tiro de los «lobos grises» alemanes. De enero hasta abril de 1942, la Frontera Marina del Este registró 82 hundimientos de barcos americanos. En ese periodo, sólo 8 submarinos alemanes fueron hundidos. Se aumentó el número de barcos y aviones que patrullaban las aguas americanas y el número de hundimientos bajó. Por ello, la gran contribución de la base de Norfolk durante la II Guerra Mundial fue el entrenamiento que proporcionó a una amplia variedad de unidades aéreas navales, que llevaron a cabo un excelente trabajo de combate y control sobre los submarinos alemanes de las diferentes flotillas del Atlántico.

En diciembre de 1942, la base de Norfolk también incrementó el área de preparación de los marineros que iban a incorporarse a la flota. Durante la guerra se construyeron tres inmensos muelles dedicados a barcos escolta para convoyes que se dirigían a Inglaterra o a Rusia. La avanzada unidad aérea de entrenamiento ayudó a los marineros a conseguir la preparación y habilidades necesarias para el mantenimiento de los aviones.

Tras el final de la guerra y lógicamente, una gran parte de toda la actividad descrita bajó enormemente aunque los grandes barcos, portaaviones, submarinos y una amplia gama de aviones seguían teniendo una presencia importante. Parecía que el destino de una buena parte de todo ese material sería su desmantelación. También la ciudad notó el final de la guerra y sobre todo los comercios pequeños que vivían en buena parte de la gran cantidad de reclutas que habían pasado allí su entrenamiento y el enorme negocio que habían representado.

Para la base, ese día era muy importante. Tras su reunión con Clark y mientras tomaba un café, Patrick pudo observar a través de la ventana la intensa actividad de coches y escoltas que iban apareciendo en la base. El rugido de las potentes motocicletas Harley Davidson del modelo WL45 en color verde oliva, anunciaban cada vez la llegada de un personaje importante. No había duda de que

estaban llegando los participantes a la reunión indicada por Clark.

Forrestal, Nimitz, Creuzen y finalmente Byrd llegaron en una especie de caravana de vehículos. Clark le hizo un guiño cuando apareció el almirante Byrd.

—Ahí está el jefe —indicó Clark. Veían como iban entrando en el edificio—. Vamos a recibirles.

Salieron del despacho de Clark y se dirigieron al hall de la entrada principal. El almirante Byrd ya estaba allí con su perro, un bull-dog inglés.

El almirante sonrió al ver a Clark al cual estrechó la mano con fuerza.

—Buenos días almirante Byrd.

—¿Qué tal Vincent? ¿Puedo dejar a mi perro por aquí? —contestó Byrd señalando al bull-dog que estaba apoyando su barriga en el suelo.

—No se preocupe, almirante. Ahora mando a un asistente para que se haga cargo de él.

En un instante apareció un marinero que se hizo cargo del perro.

—Almirante Byrd, quisiera presentarle al capitán de submarinos Patrick Malone —Patrick se mostraba algo aturdido ante la presencia de Byrd—. Es uno de nuestros mejores hombres y como ya le dije en los informes que le envié, estará con nosotros para informarnos y ayudarnos sobre el asunto «Antártida» que estamos estudiando.

Byrd alargó su mano para estrechar la de Patrick, mientras le sonreía. Patrick, que se había cuadrado para hacer un clásico saludo militar, se la estrechó con fuerza. Para él era un momento emocionante.

—Almirante Byrd, creame si le digo que es un placer conocerle personalmente ya que soy un admirador de todo su trabajo en la Antártida.

—También es un placer para mí conocerle, capitán. El vicealmirante Clark me ha hablado mucho de usted. La verdad es que fueron expediciones a una tierra maravillosa. Es otro planeta —Byrd parecía estar allí—. Quien visita la Antártida queda hechizado. Se lo aseguro, capitán Malone.

Patrick quedó sorprendido por la descripción de la Antártida que había hecho Byrd. El resto de miembros de la reunión Creuzen, Nimitz y Forrestal se unieron a Byrd, Clark y Patrick en el amplio hall del edificio central de la base. El grupo era grande porque cada uno traía su pequeño séquito de ayudantes y asistentes militares especialistas. Tras efusivos saludos, el vice-almirante Clark les invitó a seguirle hasta la sala de reuniones en una de las alas del edificio. Entraron en la espaciosa sala, que era presidida por un enorme ventanal desde el que se divisaba gran parte de la base. El submarino XXI se podía ver perfectamente.

Patrick ya conocía esta estancia pues en una ocasión en plena guerra participó en una reunión tras el ataque japonés a Pearl Harbour. Fotos de portaaviones, submarinos y barcos militares de todo tipo aparecían cubriendo gran parte de las paredes con sus escudos identificativos. También las fotografías autografiadas de numerosos almirantes se podían ver allí en perfecto orden de antigüedad. Llamaban poderosamente la atención las maquetas de barcos famosos como el «Mayflower» o los barcos acorazados de la guerra civil americana «Merrimac» y «Monitor».

Una de las maquetas que más interesaban era la del submarino confederado Hunley que también participó en la guerra civil americana, hundiendo el barco USS Housatonic en las afueras del puerto de Charleston, el 16 de febrero de 1864. El Hunley también se hundió en esa acción y fue recuperado en agosto de 2000. Iba propulsado por una hélice accionada por 8 hombres que movían un cigüeñal unido al eje de dicha hélice. Patrick siempre se preguntó cómo había sido posible algo así y el valor que requería

ir a bordo de esa especie de cilindro de 40 pies de largo que había sido el Hunley.

Betty, la secretaria de Clark apareció en la sala e indicó a cada participante cual era su sitio en la imponente mesa elíptica que presidía la estancia. Fue entregando a cada invitado una carpeta. Mientras hacía su trabajo saludó con la mirada a Patrick, que le guiñó un ojo sonriendo. Ésta le devolvió el guiño con una sonrisa. Frente a cada asiento había un pequeño cartel identificativo de cada participante con su graduación militar. Los ayudantes y asistentes se sentaron en una especie de segunda fila, tras sus jefes directos. De hecho, su función al margen de las notas que pudiesen tomar, era dar la información necesaria en todo momento a sus superiores. Una mesa con el servicio de café y dulces estaba preparada en uno de los extremos de la sala, para los intervalos de descanso.

Byrd, Creuzen, Forrestal y Nimitz estaban sentados frente al ventanal preparando sus papeles y Patrick de espaldas a dicho ventanal con Clark a su lado, por lo que podía observar perfectamente los rostros de todos ellos. La maqueta del Hunley quedaba frente a él, cosa que le agradó. Realmente era una reunión del más alto nivel, solo faltaba el presidente pensó. Betty se sentó detrás de Clark, frente a una pequeña máquina de taquigrafía y un portafolios de mano, del que fue preparando la información que podría necesitar su jefe y poder mecanografiar lo que allí se hablase durante la reunión. Tras una ligera consulta a Betty y sin más preámbulos, Clark comenzó a hablar.

—Ante todo, agradezco su presencia hoy aquí tras la solicitud del Secretario de la Marina James Forrestal y del almirante Richard Byrd de celebrar esta reunión. Para nosotros en Norfolk es un placer volver a verles y ser sus anfitriones.



Almirante Chester Nimitz

Todos asintieron antes estas palabras de bienvenida. Luego mirando a Patrick prosiguió:

—También quiero que conozcan al capitán de submarinos Patrick Malone —Patrick sonrió— a quien han podido saludar antes de entrar aquí. Se preguntarán cual es el motivo de su presencia. Es muy sencillo, señores: el capitán Malone, no sólo es nuestro mejor hombre del arma submarina, sino que goza de toda mi confianza.

Por el rabillo del ojo, Patrick pareció adivinar una sonrisa de aceptación en el rostro de Betty mientras iba escribiendo. Clark continuó:

—Él ha traído hasta Norfolk el submarino alemán del tipo XXI que ven amarrado allí —todos asintieron con la cabeza—. Era una operación del máximo interés para los Estados Unidos puesto que no sólo se trataba de traer el submarino enemigo más moderno y completo, sino que el capitán Malone ha podido saber, en el tiempo de la travesía, detalles sobre las misiones alemanas a la Antártida que tanto nos preocupan. En las carpetas que les ha entregado Betty al entrar, se halla una copia del informe a este respecto que elaboró el capitán. También encontrarán los puntos que debemos debatir hoy.

Los informes fueron apareciendo sobre la mesa siendo ojeados por todos. En hoja aparte estaba la guía de la reunión.

—Si les parece y tal como está programado, el Secretario de la Marina Forrestal iniciará la reunión. Muchas gracias.

James Forrestal, de origen irlandés, entró al servicio del gobierno poco antes del inicio de la II Guerra Mundial y en menos de una década dejó una huella indeleble en la estructura militar de su país. Había nacido el 15 de febrero de 1892 en Beacon, Nueva York. Su padre se dedicó con éxito al negocio de la construcción. El joven Forrestal trabajó en un periódico local durante tres años, compaginándolo con su formación primero en el Dartmouth College y en Princeton más tarde. Debido a dificultades económicas, tuvo que dejar su formación poco antes de su graduación en 1915. Al año siguiente, entró a trabajar en la empresa de Wall Street William A. Read Co., permaneciendo en ella, salvo un corto periodo en la I Guerra Mundial, hasta 1940. Pasó por diferentes cargos, ya que en 1923 se convirtió en socio, vice-presidente en 1926 y presidente de la compañía en 1938, a la edad de 46 años.

El presidente Roosevelt nombró a Forrestal asistente especial en junio de 1940 en lo que serían ocho años de servicio al gobierno. Dos meses más tarde, Roosevelt le nombró Sub-Secretario de la Marina, un cargo de nueva creación. En poco tiempo demostró sus dotes de gestor y tras la súbita muerte de Frank Knox en 1944, fue promocionado como Secretario de la Marina de los Estados Unidos. Su trabajo más importante en ese cargo hasta ese momento había sido la gestión del último año de guerra, 1945, y la desmovilización posterior.

Forrestal se incorporó y comenzó a hablar:

—Apreciado vice-almirante Clark, gracias por la preparación de esta reunión que le habíamos solicitado el almirante Byrd y yo hace poco tiempo y como resultado de nuestra reunión previa con el presidente Truman. También doy la bienvenida al capitán Malone y espero que su participación sea positiva.

Clark dio las gracias con un movimiento afirmativo de cabeza y una ligera sonrisa. Preparar todo aquello para estos personajes había sido difícil y en poco tiempo. Forrestal continuó:

—El motivo de esta reunión es analizar los datos que tenemos hasta este momento de la actividad alemana antes, durante y después de la guerra en diversos teatros de operaciones, pero, sobre todo, en la

Antártida, con el objetivo de valorar que está sucediendo allí, y en función de resultados ver qué podemos hacer. Deberemos valorar también la más que probable intervención militar, si lo consideramos oportuno.

Las palabras de Forrestal sonaron en la amplia sala y los participantes se cruzaron las miradas.

Forrestal entendía el calado de sus palabras.

—Todos sabemos que, oficialmente, la guerra ha terminado para el gran público y por ello cualquier acción militar en este momento no gozaría del respaldo popular suficiente. Hemos desmovilizado una buena parte de nuestro ejército y la paz se impone. La gente está cansada de guerra. Hemos perdido a muchos compatriotas, a jóvenes americanos que han dejado sus vidas en Guadalcanal, Corregidor, Normandía, las Ardenas, Sicilia, Túnez, etc., para que este gran país continúe y marque claramente el destino al mundo. No hemos ganado la guerra por nada. La hemos ganado para que todos sepan lo que significa enfrentarse a los Estados Unidos de América. Nos llegan noticias alarmantes de la Unión Soviética y de su conversión contra nuestros intereses. Hacía tiempo que lo sospechábamos. Estamos desarrollando todo un programa de seguimiento aéreo de sus actividades militares a través de aviones espía, que comenzaron a operar poco antes del final de la guerra en Europa. También sabemos de su plan de adoctrinamiento comunista a países de su órbita y de cualquier lugar del mundo. En conjunto, todo esto representa una amenaza muy seria contra nuestros intereses. No podemos permitirlo —varios de los asistentes confirmaban las palabras de Forrestal—. Ése es un campo, el comunista, del que nos hemos de ocupar en los próximos años y pondremos nuestro máximo empeño en ello. Es decir, es un objetivo estratégico.

Tras un corto silencio, siguió.

—Les he explicado todo esto porque sé que hay cierto malestar en nuestro ejército sobre la actividad soviética y lo que puede deparar en el futuro el comunismo contra nuestro sistema de vida americano y como consecuencia, del sistema de vida occidental. Por ello, quería tranquilizarles y que sepan que estamos sobre el asunto y que esperamos resolverlo pronto. También tenemos la ventaja atómica, que ellos no tienen, para disuadir a los comunistas y a cualquier enemigo en cualquier lugar del mundo. Hemos de saber jugar esas cartas con decisión y necesitamos un golpe de efecto ante ellos. Hablar de Alemania ahora puede resultar cuando menos sorprendente, pero más sorprendente es el haber detectado actualmente actividad militar de un país supuestamente derrotado y que se rindió incondicionalmente en mayo de 1945. Esa actividad queda circunscrita al parecer al Cono Sur americano y al continente Antártico. Sabemos que hay países que apoyan a nazis huidos tras la derrota en Sudamérica o África del Sur, pero no son una amenaza real para nosotros. Son simples escondrijos que podemos controlar sin problemas. La Antártida sí que puede ser un problema a corto, medio y largo plazo y eso es lo que hemos de ver y decidir aquí. Creemos que Alemania sí que puede disponer de armas atómicas y otros ingenios militares muy desarrollados y avanzados.

El silencio se imponía ante las palabras de Forrestal que parecían abrir un frente sorprendente e inesperado para todos. Una información totalmente desconcertante para muchos de los presentes fue surgiendo de las palabras de Forrestal.

—Alemania, durante toda la guerra, intentó atacar a los Estados Unidos, en su propio territorio. Además de diversos proyectos de ataques aéreos que no se materializaron, debo destacar la Operación Pastorius en la cual dos equipos de sabotaje fueron desembarcados en la costa este de nuestro país. El primer equipo de cuatro hombres llegó el 12 de junio de 1942 a East Amagansett, Long Island a bordo

del U-202, y el segundo lo hizo, pocos días después, en una playa cerca de Ponte Verda, Florida a bordo del U-584, también lo formaban cuatro comandos. Tuvimos mucha suerte en esa ocasión, porque todos fueron detenidos antes de efectuar las misiones de sabotaje previstas —las caras de los presentes demostraban desconocimiento y asombro por la información que estaban recibiendo—. Japón también atacó a los Estados Unidos en su propio territorio aunque les parezca increíble. El 23 de febrero de 1942 el submarino japonés I-17 entró en inmersión en el estrecho de Santa Barbara, sin ser detectado. Sobre las 5:40 de la tarde salió a superficie y disparó 17 obuses desde su cañón de cubierta contra los depósitos de combustible de Ellwood City, afortunadamente sin consecuencias. El 20 de junio del mismo año, otro submarino japonés disparó sus obuses contra una emisora de radio en la Isla de Vancouver. Al día siguiente otro submarino, el I-25, disparó contra unas instalaciones militares en Fort Stevens en el río Columbia de Oregón. Forrestal adivinaba la impresión que sus palabras causaban en el auditorio, pero necesitaba que todos fuesen conscientes de la gravedad de la situación y de unos enemigos determinados en sus acciones. El 9 de septiembre de 1942 y nuevamente el submarino japonés I-25, lanzó un hidroavión de reconocimiento del modelo Glen, desde una posición cerca del faro de Cape Blanco, en la costa de Oregón. Pilotado por el oficial de vuelo Nobuo Fujita y su segundo el oficial Shoji Okuda, el avión penetró unos 80 kilómetros tierra adentro y lanzó dos bombas incendiarias de 167 libras de peso cada una sobre los densos bosques de Oregón, con la intención de provocar un incendio descomunal. Hubo una segunda misión similar el 29 de septiembre. A pesar de que las bombas provocaron pequeños incendios, la temporada de lluvias nos ayudó en la extinción de los mismos. Por último, quiero que sepan también que hemos ido siguiendo las actividades alemanas en el cono sur americano y estoy en condiciones de decirles que nos consta la presencia de actividad militar alemana en Brasil durante buena parte de la guerra. Y no sólo de espías, sino también de soldados. El 24 de mayo de 1940, el Servicio de Inteligencia Británico se hizo eco de un rumor por el cual un transporte alemán llevaba 6.000 soldados a Brasil. El mismo informe indicaba que otros transportes militares se dirigían al mismo país. La situación fue tan importante y grave para nosotros que, tras el envío de tropas americanas a Brasil, el 3 de junio el Jefe del estado mayor del Ejército, el General George C. Marshal dijo que se debía combatir las actividades de la quinta columna alemana en el Cono Sur. Este asunto todavía está clasificado. No puedo darles más información en este momento.

Hizo una breve pausa y luego siguió:

—¿Qué quiero decir con todos estos ejemplos reales que seguramente ustedes desconocían? Pues que los Estados Unidos de Norteamérica no están inmunes a un ataque desde el exterior. Los hemos sufrido, pero hemos sabido no darles la cobertura informativa para no alarmar a la población y darles un eco excesivo a lo que realmente había sido. Hoy la amenaza está en la Antártida y buena parte del cono sur americano. Y ése es el motivo de nuestra reunión hoy en Norfolk —Forrestal se sentó en su silla—. ¿Tienen alguna pregunta, señores? Quisiera que esto fuese un foro abierto a partir de ahora y no hemos de olvidar los puntos generales que debemos comentar.

Patrick, tras mirar a Clark, aprovechó la posibilidad que brindaba Forrestal.

—Agradezco su sorprendente información sobre los ataques enemigos a los Estados Unidos, aunque quisiera preguntar algo sobre la Antártida. ¿Es posible vivir en la Antártida? ¿Qué interés puede tener la Antártida para alguien? Yo tengo algunos conocimientos sobre el área y me resulta difícil imaginarme la vida allí en esas condiciones tan extremas. Puedo entenderlo en Sudamérica, pero no en el Polo Sur.

—Esa es una buena pregunta, capitán Malone, pero su visión cambiaría si visitase aquello —Byrd intervino ante la complacencia de Forrestal, que le cedió la palabra—. Es lógico pensar como lo hace usted, pero la Antártida tiene un subsuelo que permite un cierto tipo de vida. Nosotros, en la última expedición de 1940, pudimos constatar esa posibilidad pero, lamentablemente, no avanzamos más. Los alemanes nos llevan mucha ventaja en construcciones para climas extremos. Saben perforar una montaña y hacer bases subterráneas como han hecho en varios lugares de Europa y conocen muy bien la zona que se adjudicaron antes de la guerra que llamaron Neuschwabenland. Quiero mostrarles unas fotos a todos ustedes que creo que les gustarán y nos ayudarán a tomar mejor una decisión.

Uno de los ayudantes de Byrd montó rápidamente un proyector de diapositivas que mostró, tras correr las cortinas de la sala de reuniones, unas imágenes sorprendentes sobre una pantalla.

—Estas fotos fueron tomadas durante la guerra y tras su finalización por aviones espías nuestros que volaban a gran altitud y con potentes teleobjetivos de alta precisión.

La primera fotografía mostraba una caravana de vehículos que se desplazaba por la helada estepa antártica.

—Observaréis que esta caravana está formada por vehículos alemanes que no habíamos visto nunca y de un diseño especial para esas latitudes.

Otra fotografía mostraba a la caravana frente a una montaña de hielo, como si fuesen a chocar contra ella. En la siguiente casi toda la formación había sido engullida por lo que parecía un túnel.

—Aquí hay una entrada a una base subterránea. La tenemos localizada. ¡Siguiendo! —ordenó Byrd—. Aquí se puede ver una torreta que parece surgir del hielo y que vuelve a desaparecer en él.

Efectivamente, en la sucesión de fotos aparecía y desaparecía lo que Byrd indicaba.

—No sabemos que es. Quizás es un sistema de radar, quizás ventilación subterránea o una torre de observación. Aquí se pueden ver lo que parecen unas antenas o armas. No lo sabemos —una nueva foto apareció—. En esta imagen, esa estructura ha desaparecido tragada por la tierra. No se observa ni rastro de ella. ¡Es el escondite perfecto! Por otro lado, aquí tenemos una foto de una pequeña bahía donde se observan claramente dos submarinos.

Pasaron otra foto.

—En esta, uno de ellos ha entrado en una gruta o base bajo el hielo. Se puede observar el timón de popa antes de desaparecer en el interior de esa gruta —dijo señalando con un puntero una pequeña mancha junto al hielo.

Patrick reconoció fácilmente dos submarinos del tipo XXI.

—Quiero mostraros las fotos más sorprendentes.

Una foto apareció en la pantalla. Era diferente a las anteriores, pero nadie supo interpretar la imagen. Se veía una especie de elipse en el aire que se desplazaba entre las nubes. En la siguiente se veía claramente que se trataba de una nave aérea discoidal. Lo que parecían ser ventanas, se observaban en la parte superior de aquel ingenio.

—¿De qué se trata?, os preguntaréis...

Así era, pero nadie había abierto la boca ante la sorpresa de lo que estaban viendo.

—Es una nueva nave voladora alemana, de la que desconocemos casi todo.

Apareció otra foto en la que se veía la nave alemana casi sobre el avión americano.

—Aquí está el disco atacando. Nuestro avión pudo llegar maltrecho hasta la Patagonia, Argentina en

un vuelo casi suicida y salvar los carretes de fotos. Uno de los dos pilotos murió en el ataque. Él había hecho las fotos con su cámara de mano. El que sobrevivió dijo que el ataque de esa nave fue una experiencia horrible.

Byrd miraba la cara de los presentes.

—Las fotos de la columna de vehículos fueron tomadas en marzo de este año, un mes y medio antes del final de la guerra en Europa. Ahora os diré lo mejor. Las fotos de la torre, de los submarinos y del disco volador fueron efectuadas en Octubre. ¡Hace menos de un mes!

Un murmullo de asombro recorrió la sala. No podía ser posible algo así. Iba más lejos de lo que todos podían imaginar.

—Quizás mi pregunta pueda parecer fuera de lugar, Richard —intervino el capitán Creuzen—, pero ¿cómo sabemos que son alemanes? Yo no he visto ningún signo de identificación, ni en los vehículos, ni en esa nave discoidal. Los submarinos, podían ser alemanes o quizás rusos —se acomodó mejor en su silla, esperando una respuesta.

—Puedo decirle sin lugar a dudas, capitán Creuzen —respondió Patrick— que esos submarinos son del modelo XXI, cuyo origen es alemán y que como sabe he tripulado uno de ellos desde Buenos Aires hasta Norfolk —Creuzen asintió.

—Comprendo tu pregunta, Richard —añadió Forrestal a las palabras de Patrick—, pero os recuerdo a todos que más de 100 U-Boots han desaparecido. Eso es más que una simple flota. Puedo garantizaros que esos submarinos son alemanes. Disponemos de datos aportados por los científicos capturados que están bajo el paraguas de nuestra Operación Paperclip en Estados Unidos, de que los nazis habían llegado muy lejos técnicamente hablando. Sabemos que no sólo dispusieron de la bomba atómica en varias unidades operativas, sino que incluso llegaron a lanzar una de ellas en febrero de este mismo año en Rusia. También disponían de aviones inimaginables para nosotros y nuestra ciencia. Ese disco es una buena muestra de ello.

—Bien, James, de acuerdo, son alemanes —continuó Creuzen—. Pero, ¿qué tipo de ciencia o ingeniería han desarrollado los nazis? ¿Hasta qué punto sabemos?

—Puedo decirlos a todos los aquí presentes que se trata de una ciencia y una física diferente a la que hemos podido desarrollar todos los demás países —Forrestal extrajo un documento de su carpeta marcado claramente con «EYES ONLY» que sólo podía ser visto por el presidente y algunos asesores autorizados y por lo tanto, absolutamente restringido—. No estoy autorizado a ir más lejos en esta información, ya que sólo el presidente Truman y el consejo de Seguridad Nacional al que pertenezco pueden divulgarlo. Pero os aseguro que pone en peligro la situación de los Estados Unidos y sus aliados. Sí puedo decirlos ante la lógica curiosidad que veo en vuestras caras que esta física desarrollada por los nazis es diametralmente opuesta a la que ellos llamaban «física judía», llevada a cabo por el profesor Einstein, Oppenheimer y otros científicos de origen judío que se hallan aquí en nuestro país y trabajando para nosotros.

El capitán Richard H. Creuzen miró a Byrd con cara de asombro ante esas noticias, que a pesar de su alto nivel en el escalafón militar desconocía absolutamente. Él era un hombre de Byrd y había participado en expediciones en la Antártida junto a él. Byrd sonrió ligeramente como dándole a entender que algo sabía de todo eso, pero quedaba claro que no había podido comunicárselo. Forrestal continuó:

—Si los nazis se hacen fuertes allí, no habrá forma de sacarlos. También debo indicarles un segundo criterio que justifica nuestra pronta visita a la zona: uranio.

El grupo volvió a mirarse entre ellos ante esta nueva aportación de Forrestal. Éste prosiguió:

—El uranio se encuentra de forma natural en una parte del subsuelo antártico y más concretamente en la zona de Neuschwabenland. Por las noticias de que disponemos, se trata de un material natural de altísima calidad. Alemania y sus científicos sabían lo que allí podía haber y no tuvieron dudas en apropiarse de ese territorio. Nos pueden llevar varios años de ventaja.

Un ayudante de Forrestal le entregó un documento que éste hojeó. Tras hacerlo, siguió su exposición.

—Como se puede comprender, es fundamental que los Estados Unidos dispongamos de esas reservas y sobre todo porque el mundo camina inexorablemente hacia la energía atómica aplicada en todos los órdenes de la vida. El átomo es el futuro. No podemos depender de otros, ni que esa energía sea un problema o una amenaza para nosotros. Debemos controlarla en todo el mundo. Si hemos de usar la fuerza para ello y además eliminamos a un enemigo impopular en el camino, nuestra misión habrá sido la garantía para las nuevas generaciones de americanos que vendrán.

Las palabras de Forrestal hicieron que todos los presentes pensasen por un momento en su país. Los Estados Unidos de América seguían siendo en aquel momento una nación sorprendentemente anticuada y tradicional. Las ciudades seguían siendo, en buena parte, como habían sido construidas en los dos siglos anteriores. El frontal de rascacielos de Nueva York seguía dominado por la presencia del Empire State y el Edificio Chrysler. Aún no se soñaba con edificios emblemáticos como el World Trade Center, las Naciones Unidas o el Edificio PanAm. Debido a la depresión de 1929 y la guerra, los automóviles que circulaban por la calles no habían evolucionado de su tradicional aspecto y diseño de casi quince años atrás. Los tranvías y en Nueva York y Chicago el tren elevado seguían compitiendo con el autobús urbano para el transporte de viajeros en la ciudad.

Más allá de las grandes ciudades del noreste y el medio-oeste, América era como siempre había sido. Un continente de agudas diferencias entre estados, regiones y territorios, unidos por una simple red de ferrocarriles transcontinentales y un sistema de telecomunicaciones que no había cambiado desde 1928. El colapso económico de 1929 y la Segunda Guerra Mundial habían impedido el desarrollo del tráfico aéreo comercial, que se hallaba a unos niveles muy primarios y básicos y así se mantendría a los largo de una década. En 1945, como en 1935, los vuelos hacia el oeste con aviones del modelo DC-3 ó DC-4 o los Martin 202, aún necesitaban un mínimo de catorce horas de vuelo en un pequeño y estrecho avión de hélice. América parecía necesitar un revulsivo moderno que le hiciese entrar en el siglo XX; el átomo podía ser ese revulsivo.

El almirante Chester Nimitz solicitó la palabra a Forrestal.

—Perdona, James, pero si hemos de involucrar al ejército, a la marina y seguramente a la aviación en este proyecto militar antártico, me gustaría saber bajo qué excusa pública nos pondremos en marcha y recibiremos la bendición del senado y del pueblo americano. Tú has dicho que la guerra no es popular en este momento. Os recuerdo que todo esto vale dinero y el país está exhausto tras la guerra —varios de los presentes asintieron las palabras de Nimitz—. Por otro lado, James, me gustaría saber, hasta dónde nos puedas informar, quién dirige esa base alemana en el Polo Sur.

—En este momento, Chester —contestó Forrestal—, el gabinete asesor del presidente está trabajando posibles razones que sean populares y favorezcan todo el proyecto. Nos presentarán sus propuestas para nuestro análisis y aprobación. El presupuesto es uno de los temas más importantes.

—Debo entender, James —siguió Nimitz—, que ¿ya está aprobada la intervención militar en el Polo

Sur?

—Digamos, que es un camino seriamente considerado por todos en Washington. De hecho es casi la opción —sonrió Forrestal—. Eso no quiere decir que nuestra reunión hoy aquí en Norfolk sea innecesaria. La situación actual en la Antártida que estoy describiendo, las fotos del almirante Byrd y la importancia de todos los que estamos aquí para reconocer todo esto y estar de acuerdo en un trabajo coordinado que pueda llevar a intervenir militarmente allí, hacen indispensable que estemos reunidos.

Patrick se veía inmerso en algo que era muy superior a su trabajo habitual y su nivel de contactos. Aún no entendía cual era la causa de su presencia allí.

—Entonces, James —insistió Nimitz— nuestra misión como soldados es analizar nuestra capacidad ofensiva actual entendiendo que, tras la guerra, hemos desmovilizado una buena parte de nuestro ejército en sus tres ramas y ver con qué contamos. Debemos ver qué hay en nuestras grandes bases navales de San Diego, Pearl Harbour, Yokosuka, Quonset Point y Norfolk.

Byrd entró en la conversación.

—Creo que es necesario hacer lo que dices, Chester, pero ésta es una misión militar muy diferente a cualquier otra que hayamos vivido previamente. Nuestra experiencia militar en los frentes europeos o del Pacífico, no tienen nada que ver con la Antártida. La lucha será de otra manera y creemos que frente a un material militar enemigo muy sofisticado y del que no sabemos su alcance real en combate. Mi equipo, con la ayuda del vice-almirante Clark y el capitán Malone, puede aportar experiencia de vida en ese continente extremo y saber obtener ventajas frente a nuestro enemigo.

—Creo que por mi parte no hay problema en ponerme a trabajar en la búsqueda del material que la Marina puede aportar al proyecto —replicó Nimitz y dirigiéndose sonriente de nuevo a Forrestal añadió—: Necesitaré la ayuda del Secretario de la Marina. Por cierto, James ¿qué hay de mi pregunta acerca de quién dirige esa base nazi? ¿Tenemos alguna noticia?

—Sabemos, a través de los científicos alemanes que ya trabajan para nosotros aquí, que con toda seguridad se trata del General SS Dr. Hans Kammler.

Forrestal puso frente a sí una carpeta roja con ese nombre en ella. La abrió. Varias fotos del general Kammler fueron distribuidas entre los asistentes. Un rostro anguloso y granítico apareció ante ellos. La gorra militar ligeramente ladeada de las SS con la temible calavera de la orden negra, le daba un aspecto decidido e implacable.

—No se trata de un militar cualquiera. No se engañen —Forrestal indicó— es un hombre de una capacidad de trabajo y brutalidad fuera de toda duda. Suyas son todas las instalaciones subterráneas repartidas por Europa y construidas por manos de obra esclava. Al finalizar la guerra era el segundo hombre más poderoso de Alemania y todos los proyectos de alta tecnología eran dirigidos por él.

—El avance que él impuso a todos los proyectos ya en marcha, más los nuevos que él y su equipo desarrollaron, llevaron a la tecnología alemana más allá de todo lo que podamos imaginar. No somos conscientes de la dimensión del personaje. Tuvimos suerte de que no dispuso del tiempo necesario y la guerra acabó. Si se confirma que está en la Antártida, no sabemos qué puede haber desarrollado técnicamente, ni el alcance de sus investigaciones, pero no tengo dudas del peligro que representa. Huelga decir que si se lleva a cabo nuestra operación en la Antártida, el general Kammler debe ser capturado con vida, si se halla allí —Forrestal pasó a enumerar algunos datos de la increíble biografía de Kammler.



El general SS Hans Kammler, a la izquierda, conversa con ingenieros civiles y oficiales SS, durante la construcción de una base subterránea en Turingia.

El General de las SS y Doctor en Ingeniería Hans Kammler nació el 26 de agosto de 1901 en Stettin y su nombre completo era Hans Friedrich Karl Franz Kammler. Estudió en la Technischen Hochschule de Munich y Danzig, donde se diplomó como ingeniero. Amplió sus estudios hasta la licenciatura y obtuvo su doctorado el 29 de noviembre de 1932 en la Technischen Hochschule de Hannover. En toda su formación destacó sobre otros alumnos por su disciplina y alto nivel de trabajo.

El ascenso de Kammler en las SS fue meteórico. Hasta 1941 trabajó como ingeniero para el RLM, Reichluftministerium o Luftwaffe al cargo de proyectos de construcción como hangares, edificios de aeródromos, oficinas administrativas y cualquier obra relacionada con la aviación. En otoño de ese año se dió cuenta de que nunca subiría en el escalafón militar tal como él deseaba y por ello pidió ser transferido a las SS. Allí recibió el rango de Brigadenführer y fue puesto inmediatamente al cargo de los proyectos de construcción de las SS. Al finalizar 1941 ya había preparado todo un plan de construcción para los próximos cinco años con un presupuesto de trece billones de reichmarks, de cuarteles y campos de concentración que iba desde toda la zona recién ocupada de Rusia hasta Noruega.



El general SS Hans Kammler en Francia, en una de sus fotos más conocidas a la izquierda y durante una visita a Berlín en 1944.

A las órdenes de Oswald Pohl, preparó un plan detallado para la rápida expansión de los campos de concentración que impresionó a su superior. Siempre realista, Kammler fijó qué necesitaba para desarrollar su plan expandir la capacidad de los campos de cuatro millones de internados hasta catorce millones. Mientras se iba desarrollando su plan de construcción, preparó lo que sería la industrialización de los campos para obtener mano de obra esclava que trabajasen para la industria SS. Allí se enfrentó a Albert Speer, ministro de Industria y Armamento del Reich que no creía en la necesidad de mano de obra

esclava para alcanzar los objetivos de producción. En la confrontación con Speer, Kammler ganó la partida. Se puede decir que Speer estaba celoso de la capacidad de Kammler, pero mientras Speer podía tener cargos de conciencia por el uso de mano de obra esclava, Kammler no tenía ninguna duda moral al respecto.

Con cuarenta años entonces, Kammler era un oficial SS cortado según el patrón de Reinhard Heydrich, responsable del SD y asesinado en Praga por un comando inglés en 1942. Ambos eran rubios, de ojos azules, siempre perfectamente uniformados. Ambos eran capaces de las más inesperadas decisiones en cualquier momento y circunstancia. Cuando Heydrich murió, Himmler encontró en Kammler un sustituto igual de frío y enérgico que respondía a cualquier deseo suyo y que podía llevar a cabo su simple, pero grandiosa visión del futuro alemán.

Kammler fue encargado, entre otros proyectos, para desarrollar el cohete V-2 que llevó a cabo con celo clínico. Trasladó al primer grupo de internados desde Buchenwald hasta Nordhausen, en las montañas del Harz en el centro de Alemania, donde trabajaron en las gigantescas instalaciones subterráneas donde comenzó la construcción de los cohetes. Más de diez mil internos de Buchenwald, sobre todo rusos, polacos y franceses fueron llevados a Nordhausen donde fueron obligados a excavar lo imposible: una fábrica subterránea de un kilómetro y medio que contenía más de veinte kilómetros de túneles y galerías adyacentes donde se montarían los cohetes, misiles y armas secretas de todo tipo. Llamada Mittelwerk, era la más grande del mundo. Se terminó su construcción en un año, muriendo más de veinte mil prisioneros en el proceso. Los planes mostraban que era la primera fase de un programa de construcción que hubiese sido ¡tres veces más grande!

Poco después, Kammler ascendió imparable a los máximos niveles que rodeaban a Hitler. A inicios de 1944 las SS dejaron de creer en otra cosa que no fuese la victoria final y pusieron todo su empeño y estructura en ello. En marzo de 1944, se formó el «Equipo de Aviones de Caza» que se componía de expertos pilotos de la Luftwaffe y oficiales del Ministerio de Armamento que se dedicaron a incrementar la fabricación de cazas en la misma cara de los aliados. Kammler fue el delegado de Himmler en el proyecto, ofreciéndose en dos áreas donde era un auténtico experto: la rápida construcción de instalaciones y fábricas subterráneas, y su habilidad para movilizar una gran cantidad de trabajadores esclavos. En reconocimiento por ello, Hermann Göring le encargó el traslado de la fabricación de aviones estratégicos a sus factorías subterráneas. Sólo tres meses después, Himmler pudo anunciar a Hitler que diez fábricas subterráneas de aviones con un espacio de cientos de miles de metros cuadrados habían sido ya construidas y que comenzaban a producir.

A medida que el Reich se venía abajo, acelerado por las derrotas en los diferentes frentes como Normandía, con el Ejército Rojo ya en Polonia y las fuerzas aéreas inglesas y americanas destrozando Alemania día a día, el poder de Kammler se extendía. Tras el atentado del 20 de julio y la influencia ganada por las SS frente a la Wehrmacht, la influencia de Kammler entró en su fase final y más decisiva. El desarrollo atómico y las diferentes pruebas nucleares llevadas a cabo que culminaron con la operación de bombardeo atómico sobre Rusia en 1945, entraron de lleno en la órbita de decisión del general de las SS.

El 6 de agosto de 1944 y siguiendo el nombramiento de Himmler como responsable de armamento y jefe de la seguridad interna y comandante en jefe del ejército de reserva, Kammler fue nombrado responsable absoluto de toda la fabricación de las V-2 y sus operaciones de ataque sobre Inglaterra y Holanda. Kammler decidía desde el diseño hasta el ataque. También estaba al frente de todos los

desarrollos armamentísticos secretos al más alto nivel. Contaba con un equipo de trabajo llamado Kammlerstab que reunía la flor y nata de la investigación alemana de la época y todos los medios materiales necesarios.

En enero de 1945 mientras el Ejército Rojo tomaba Budapest y Varsovia y los aliados occidentales ganaban la Batalla de las Ardenas, Kammler fue nombrado oficialmente responsable de todos los programas de misiles, tanto defensivos como ofensivos. El 6 de febrero de 1945, y bajo orden directa de Hitler, se le otorgó la responsabilidad de todas las armas aéreas en desarrollo como misiles, cazas y bombarderos. Era el hombre más poderoso de Alemania después del Führer. A Hitler le encantaba la minuciosidad de Kammler en su trabajo, como cuando tras el aplastamiento del guetto judío de Varsovia y para limpiar «el área contaminada» se aseguró que cada uno de los 34 millones de ladrillos del guetto se usase en proyectos de edificaciones. También se le encargó mejorar la tecnología para incrementar el rendimiento de los hornos y cámaras de gas pasando de 10.000 a 60.000 personas. Por ello fue nombrado Obergruppenführer.

A principios de abril de 1945, con el Ejército Rojo rodeando Berlín y Hitler en su bunker, Kammler tenía el control de todos los programas de desarrollo aeronáutico y aeroespacial. Geográficamente hablando, él podía operar en cualquier fábrica dentro de las estrechas fronteras del Reich que eran Noruega, Dinamarca, Alemania del Norte, Baviera, Checoslovaquia, Austria e Italia del Norte. Casi una línea recta en el mapa. En su diario de fecha 3 de abril, Goebbels escribía que Hitler había encargado a Kammler la modificación de la Luftwaffe y que se tenían grandes esperanzas en su trabajo. De hecho, ya tenía desarrollado una segunda generación de armas de todo tipo y nuevos sistemas de propulsión y tecnología antigravitacional para diversas aplicaciones. Había logrado formar lo que hoy se llamaría un «think-tank» en I+D militar, que era el más adelantado del mundo.

La información que Forrestal acababa de facilitar sobre el supuesto enemigo al que se enfrentarían en la Antártida, no fue precisamente tranquilizadora. Era alguien decidido, con capacidad técnica y recursos para hacerles frente sin demasiada dificultad.

—Esta información exhaustiva que nos acabas de dar sobre Kammler, James, no es lo que yo llamaría buenas noticias —Nimitz indicó mirando a todos los demás, que refrendaron sus palabras—. Es una misión de alto riesgo y con un resultado totalmente imprevisible. Estamos ante un profesional del más alto nivel, nazi furibundo y armado con lo que no sabemos qué.

—Nunca he dicho que fuese fácil —respondió Forrestal— pero no tenemos otra opción si queremos acabar con la presencia alemana en la Antártida. Es una cuestión de seguridad nacional.

—No estoy discutiendo la misión que creo que nos estás indicando —respondió Nimitz— pero sí que seamos conscientes de ante qué estamos y que nos preparemos adecuadamente. Vamos a necesitar un cierto tiempo. Es inevitable.

—La mejor época para la misión es hacia final de año —indicó Byrd, con la confirmación de Patrick—. En lo que sería el verano austral que va desde octubre hasta abril. En ese momento el hielo tiene menos espesor y las temperaturas, aún siendo bajas, no son extremas.

—Eso nos da un año a partir de ahora para preparar todo, llegar hasta allí y volver —concluyó Nimitz, mientras tomaba unas notas que pasó seguidamente a su ayudante.

—Bueno, no es tan sencillo, Chester —respondió Forrestal—, si llevamos a cabo la misión, tendremos que estar más tiempo allí ya que hemos de valorar todo lo que podamos encontrar. Para ello,

no sólo construiremos bases junto a los puertos de atraque de la flota que podamos enviar, sino que podremos aprovechar las instalaciones subterráneas alemanas que podamos capturar. Yo no hablaría, de entrada, de menos de un año allí. Luego el contingente enviado puede ser relevado por otro nuevo.

—Puede ser duro para los chicos estar allí tanto tiempo —intervino Creuzen.

—Recibirán suministros de forma continua, correo y noticias de casa. No les faltará de nada —aclaró Byrd—. Sabemos lo duro que es estar en la Antártida y es una de nuestras preocupaciones. La base permanente Little America sigue disponible.

—Aunque pueda ser algo distinto —indicó Patrick—, la vida a bordo de un submarino, con la tripulación confinada durante meses en alta mar y en combate, tiene cosas parecidas a lo que aquí se cita y por ahora lo vamos solucionando bastante bien.

—Estoy de acuerdo, capitán Malone —respondió Forrestal—. También he de añadir que en esta misión antártica sólo iré tropa profesional que ha quedado en nuestro ejército tras el fin de la guerra. Por lo tanto, no hablamos de reclutas muy jóvenes a los que quizás les podría resultar más difícil.

—¿Cómo se llamará esta misión, James? ¿Tenéis algún nombre en código? —preguntó Nimitz.

—De momento no tenemos ninguno en concreto. La llamamos entre nosotros «Operación Antártica», pero no estoy en contra de buscar un nombre más popular. Si tenéis alguna sugerencia será bienvenida.

Nimitz miraba una de las muchas fotos que había en la sala de reuniones y concretamente una en la que se veía al capitán de destructor Allan W. Jameson, que había sido antes de la guerra campeón americano de salto de altura. La foto le mostraba saltando en el campeonato celebrado en Chicago en 1935 y en el cual había ganado dos medallas de oro.

—Highjump. Se llamará Operación Highjump —dijo de repente Nimitz.

Hubo una cierta sorpresa en todos los presentes.

—¿Por qué Operación Highjump, Chester? —preguntó Forrestal sonriendo.

Los demás, sin decirlo, tenían la misma pregunta.

—Porque será un salto de altura en términos tecnológicos, en pruebas sobre clima extremo, en que avisará a la Unión Soviética de nuestro poder y porque nos hará avanzar mucho en poco tiempo. América crecerá en espacio geográfico también. Además es un nombre que no deja entrever de principio su objetivo real.

—No lo desestimo, Chester. Me gusta Operación Highjump —Forrestal parecía saborear el nombre. Los demás no mostraron ningún problema a la propuesta de Nimitz. Parecía que ahora la misión estaba más cerca de todos ellos. De hecho, ya la habían asumido por completo tal como certeramente pensaba Patrick.

La reunión siguió tras un corto «coffee break» y Patrick pudo exponer su experiencia a bordo del submarino alemán y el informe que había elaborado tras la conversación mantenida con Reith durante la travesía. Todo lo que explicó confirmó y amplió en detalles los temores expuestos por Forrestal y Byrd a todos los demás. La Operación Highjump ya estaba justificada ante los mandos militares. Ahora faltaba convencer a la opinión pública.

Los puntos que quedaron claros y se acordaron fueron 5:

Probar el material militar y los soldados en zonas de frío extremo.

Consolidar e incrementar la soberanía norteamericana en la zona más extensa y practicable del continente antártico.

Determinar la viabilidad de la instalación de bases permanentes e investigar zonas potencialmente

adecuadas.

Desarrollar técnicas para establecer y mantener bases aéreas en el hielo y poder aplicar la experiencia en Groenlandia en el futuro.

Ampliar el conocimiento existente en hidrografía, geografía, geología, y las condiciones meteorológicas y electromagnéticas de la zona.

Los eufemismos de los puntos ocultaban en buena parte el espíritu real de la Operación Highjump, ya que comenzaba la militarización del Polo Sur, con todas sus consecuencias, sin descartar la batalla que podía desarrollarse contra los alemanes que pudiesen hallarse allí. Tampoco se hablaba oficialmente del uranio, que era una de las causas principales de mover la potente maquinaria militar hacia la Antártida.

La siguiente reunión de seguimiento se convocó para el 15 de marzo de 1946 y también asistiría el almirante D.C. Ramsey, vice-responsable de operaciones navales en Washington.

Poco después, el presidente Truman, a través de su gabinete asesor, formuló la razón para justificar la Operación Highjump ante la opinión pública: «Circunnavegar las 16.000 millas de la costa antártica y realizar los mapas necesarios usando los métodos científicos más adelantados. La presencia del muy popular almirante Byrd y la ayuda que las tres ramas del ejército, tierra, mar y aire, facilitarán para llevar a cabo la misión sin contratiempos y con todas las garantías. América tiene el deber sagrado de preservar cualquier territorio de la Tierra, pero antes debe ser estudiado y analizado».

La opinión pública también estaba ya preparada para la Operación Highjump.

Capítulo 8

NEUSCHWABENLAND

La historia de la exploración antártica alemana se remonta al año 1873, cuando el británico Sir Eduard Dallmann, por encargo de la antes creada Sociedad Alemana de Viajes Navales Polares (Deutsche Polarschiffahrtsgesellschaft), y al mando del barco alemán «Grönland», descubrió nuevas regiones y pasos en las aguas antárticas. Entre otros descubrió Dallmann la isla llamada Kaiser-Wilhelm en la salida oeste de la Bismarkstrasse a lo largo de las islas Biscoe. Los alemanes ya entonces se mostraron innovadores en la exploración de las regiones polares, pues el «Grönland» era el primer barco de vapor que exploraba las aguas antárticas.

Posteriormente, al inicio del siglo XX el barco «Gauss» también llegó a la zona, aunque permaneció doce meses atrapado en los hielos, y al borde de la extenuación la tripulación logró abrir paso a la nave, hasta que ésta surcó de nuevo el mar hasta Alemania.

En los siguientes 60 años tuvieron lugar otras ocho expediciones así como dos expediciones fundamentales, para ser exactos en 1911 bajo el comando de Wilhem Filchner con el barco «Deutschland», así como en 1925 con el barco polar «Meteor» bajo la dirección del Dr. Albert Merz. El «Meteor» fue el primer barco diseñado para los mares polares.

Uno de los nuevos problemas que surgieron al principio del siglo XX, justo al finalizar la Primera Guerra Mundial, fue el transporte de correo entre Europa y América, tanto del norte como del sur. Durante los años 20, dos empresas competían por las recientemente inauguradas rutas a través del Océano Atlántico. Las empresas eran PanAmerican Airways, fundada por Juan D. Trippe y la alemana Lufthansa. Los vuelos a través del océano tenían muchos problemas de abastecimiento de combustible, logística y mantenimiento. Las dos compañías decidieron utilizar hidroaviones y las portuguesas Islas Azores se convirtieron por derecho propio, en el punto lógico de aprovisionamiento.

Los alemanes inventaron un ingenioso sistema para solucionar el problema de las enormes distancias en el mar. Utilizaban barcos dotados de catapultas de vapor para lanzar los aviones-correo y permanecían en aguas de las Islas Azores, para ayudar y aprovisionar a los aviones en su regreso. Los barcos utilizaban una plataforma metálica que arrastraban, con lo cual reducían la altura de las olas y permitían un amerizaje más seguro a los hidroaviones.

Los barcos-catapulta alemanes más famosos fueron el «Bremen», el «Westfalen» y el «Schwabenland». Éste último, construido en 1925, podía lanzar hidroaviones de hasta 14 toneladas de peso. Era un barco moderno, bien equipado y con un sistema de comunicaciones que incluía la última tecnología de la época. Además llevaba una estación meteorológica a bordo extraordinaria para aquel entonces. En mayo de 1938, el «Schwabenland» fue visitado por James Roosevelt, el hermano del Presidente de los USA, Franklin D. Roosevelt. Esa misma noche, el barco recibió un mensaje codificado del Reichsführer SS Himmler, ordenando a su capitán levar anclas y regresar de inmediato a Alemania. Nadie ha sabido jamás que hacía el hermano del presidente de los Estados Unidos a bordo de un barco de Hitler en aquellas fechas tan comprometidas y si fue hasta Alemania en ese viaje.

Antes de la II Guerra Mundial, la presencia y peso de Alemania en Europa era muy importante; también sus excelentes relaciones con Japón y otros países de extremo oriente, Sudamérica y el legado histórico colonial alemán en África hizo que Hitler viese como lógico y natural que la Antártida se

convirtiese en fuente de nuevo territorio y seguramente materias primas. Era una decisión geopolítica que entraba de lleno en su forma de pensar. De hecho, no había presencia militar para disuadirle, ni reclamaciones específicas que le pudieran importunar si decidía llevar adelante la presencia alemana en el continente ártico. Seguramente los nubarrones bélicos que se cernían sobre Europa le llevaron a esa decisión sin más dilación.

Otro factor muy a tener en cuenta en esa probable decisión geopolítica del Führer era su firme decisión de aplicar la Lebesraum, o búsqueda del espacio vital para su pueblo. Por un lado hacia el Este, como exponía en su «Mein Kampf» y poblarlo de granjeros arios que formasen una barrera humana al posible avance sobre Europa de lo que él consideraba «untermenschen» o «subhumanos» rusos, que eran la consecuencia de la mezcla descontrolada de los diferentes pueblos que habitaban la inmensidad rusa. Y por otro, una especie de zona amplia que contemplase países del cono sur americano, Chile y Argentina, así como la Antártida.

Este ambicioso plan tenía que hacerse a cubierto, ya que las potencias occidentales iban rearmándose en 1938 y Hitler no quería provocarles más. Sus últimas provocaciones fueron la anexión de los Sudetes en Checoslovaquia y Austria, que a pesar de contar con el beneplácito de la población para anexionarse con el Reich, en ambos casos, no había gustado en Inglaterra y Francia. Por todo ello, la misión debía tener una apariencia civil-científica para no despertar sospechas.

De modo que, en colaboración con la Lufthansa alemana, se desarrolló y llevó a cabo la idea de la operación. Con el soporte técnico de la Kriegsmarine y el Reichsmarschall Hermann Göring que fue el mentor e impulsor de toda la expedición, el marcado carácter militar está fuera de toda duda. También el aspecto esotérico de la expedición queda patente por la participación secreta del negociado Ahnenerbedienst de las SS.

El mando de esta empresa lo recibió el experimentado capitán polar Alfred Ritscher, que había probado suficientemente su valía en situaciones extremas en el mar. Como barco se eligió el «Schwabenland», el barco portador de hidroaviones de la Lufthansa desde el que, con ayuda de catapultas de vapor, podían despegar hidroaviones Dornier «Wale» de 10 toneladas de peso. Estas catapultas aceleraban el avión hasta los 150 Km por hora. El avión era recuperado a través de una grúa a bordo que lo izaba y depositaba en la plataforma del barco.



El barco Schwabenland con rumbo a la Antártida. Obsérvese el avión en popa

El «Schwabenland» fue adaptado para la expedición antártica en otoño de 1938 en los astilleros de Hamburgo y se debe reseñar que las adaptaciones necesarias costaron la enorme suma de un millón de marcos alemanes de la época, un tercio del presupuesto de la expedición. La expedición era lo suficientemente importante que científicamente se desarrollaron nuevos sistemas de enlatado de comida con validez de consumo mucho más prolongado. También se desarrolló un nuevo tipo de ropa de protección «casi anti-balas», de aspecto metálico, pero hecho de piel de ballena!

A mediados de noviembre de 1938, mientras se preparaba el barco «Schwabenland», la «Deutsche Polarschiffahrtsgesellschaft», invitó a la ciudad de Hamburgo al por entonces ya legendario explorador antártico norteamericano Rychard E. Byrd, con motivo de la presentación especial de su nueva película antártica. Esta película fue proyectada en el cine Urania de Hamburgo ante 82 asistentes, de los cuales 54 eran miembros de la tripulación del «Schwabenland», como forma de adiestramiento y preparación ante la inminente expedición. Richard Byrd, quien ya en 1929 casi había sobrevolado el Polo Sur, era en aquel tiempo aún un civil, si bien era un héroe nacional para los americanos y un gran conocedor de toda esa área.



Emblema oficial de la expedición alemana de 1938-1939 a la Antártida

El barco alemán salió de Hamburgo el 17 de diciembre de 1938, dirigiéndose hacia la Antártida en lo que hoy se denomina Antártida Este, con una planificación precisa de etapas y rumbo, llegando a su destino el 19 de enero de 1939 a 4° 15' Oeste y 69° 10' Sur. El barco permaneció tres semanas en las costas Princesa Astrid y Princesa Marta, frente a la llamada Tierra de la Reina Maud, una zona reclamada por Noruega. Sin atender a estas reivindicaciones internacionales, durante las siguientes semanas los aviones «Passat» y «Boreas» realizaron 15 vuelos, volando sobre 600.000 Km cuadrados y realizaron más de 11.000 fotografías de toda la zona, con las cámaras especiales «Zeiss Reihenmess-bildkamas RMK 38».

Los viejos mapas noruegos de 1931 que hasta entonces tenían vigencia, fueron renovados, pues además de que no eran muy precisos, las fotos obtenidas demostraron que parte de la información de dichos mapas era estimada o inventada, ya que esas expediciones nunca habían llegado tan lejos. También esta expedición descubrió la falla geológica que va desde Nueva Zelanda, pasa por Schwabenland y sigue hacia el norte por el Océano Atlántico. La famosa «Falla del Atlántico». Los

científicos de la expedición concluyeron que eso demostraba la existencia de cavernas rocosas inmensas en el continente ártico, calentadas geotérmicamente.

Entre otras, una de ellas que fue investigada debajo de un glaciar, tenía una longitud de casi 50 kilómetros y terminaba en un lago subterráneo de aguas cálidas. En el informe secreto elaborado a bordo, se sugería que esas cavernas podían ser el lugar perfecto para una base oculta en el más aislado, desolado e inaccesible rincón de la Tierra. Es interesante destacar que la expedición alemana descubrió zonas libres de hielo, con lagos y vegetación como líquenes y nuevos tipos de algas a las que llamaron «Schirmacher See». Los expertos en geología a bordo dijeron que este fenómeno se debía también a las fuentes de agua caliente volcánica en el subsuelo ártico.

Más desconcertante resultó el análisis del potencial en comida que podía representar la Antártida. Los científicos capturaron pingüinos emperadores y los llevaron a Alemania para su estudio. También las morsas fueron capturadas y sus cuerpos diseccionados. Se analizó en sus cuerpos la grasa, proteínas, vitaminas, y otros nutrientes de esos animales. Los hallazgos biológicos realizados tuvieron ocupados a los científicos de diversas universidades alemanas durante muchos meses, pero los resultados fueron secretos. Se sabe que los dietistas alemanes recibieron el encargo de preparar nutritivos y sabrosos platos utilizando únicamente productos naturales de la Antártida. No hay duda de que todo esto indicaba la posibilidad de una larga estancia en dicho continente.



Los pilotos alemanes que sobrevolaron la Antártida, fotografiando el terreno conquistado para Alemania. Están a bordo del

Otro dato que confirma el interés científico y militar alemán por la Antártida es la solicitud que en agosto de 1940 hizo el Director del Deutsche Reichinstitut für Metallen, Dr. Wohlwill, a los técnicos y especialistas alemanes en metalurgia para analizar y desarrollar metales de base no ferruginosa, para aplicarlos en edificaciones y construcción en general al aire libre, y que fuesen capaces de resistir temperaturas por debajo de los 60° bajo cero. Es evidente, que ni en el frente ruso se alcanzaban esas temperaturas, por ello esa solicitud tan curiosa de una aleación fuera de lo común, sólo podía estar relacionada con futuras acciones en el continente ártico, que incluían la posible estancia prolongada en el mismo de un alto número de personas.

Cerca de una quinta parte de la Antártida fue analizada así y al mismo tiempo reclamada como territorio alemán. Para forzar este punto hacia la comunidad internacional, los dos aviones lanzaron varios miles de pequeñas estacas, cada 25 kilómetros, con el escudo de la expedición y la cruz gamada en ellos. Así marcaron físicamente el territorio. Toda la zona fue bautizada y aún sigue en uso, como «Neuschwabenland». A pesar de que algunos de los nombres que pusieron los alemanes a las montañas y zonas desconocidas que descubrieron han sido cambiados, otros aún permanecen vigentes como las montañas Mühlig-Hoffman o las montañas Wohlthat.

A mediados de febrero, el barco «Schwabenland» abandonó la Antártida de regreso a Alemania. Tras dos meses de viaje llegó a Hamburgo el 10 de abril de 1939. Durante ese tiempo a bordo, Ritscher organizó cuidadosamente los mapas, fotos y resultados de la operación. Cuando el barco llegó a Hamburgo, Göring hizo todos los honores, presentó a los componentes de la expedición, otorgó medallas y luego cualquier mención de la expedición, tanto en medios de comunicación alemanes como extranjeros, cesó totalmente.

El capitán Ritscher sorprendido por el resultado de los vuelos y los datos que analizó, planeó inmediatamente un segundo viaje totalmente civil, que utilizase aviones más ligeros del tipo Fieseler Fi 156 Storch, dotados de esquís en el tren de aterrizaje. Estaba previsto para el mes de octubre de 1939. El inicio de la II Guerra Mundial paralizó este proyecto.

Uno de los impulsores del viaje del capitán Ritscher a la Antártida fue Helmut Wohlthat, un antiguo piloto de combate de la Primera Guerra Mundial, que había servido en la escuadrilla de caza o Jagdstaffel de Hermann Göring. Fruto de esa experiencia, Wohlthat conservaba una excelente amistad con Göring y el 9 de mayo de 1939 radió un extenso informe de la expedición. Wohlthat también era un economista y hombre de negocios que representó al III Reich en conferencias financieras internacionales con banqueros americanos e ingleses. No hay duda de que era una elección sorprendente para jugar un papel importante en una expedición antártica. Lo que puede explicar la participación de Helmut Wohlthat en ese viaje es que era miembro de las sociedades secretas Vrill y Thule, que eran la base filosófica del nazismo desde su inicio. También a bordo del Schwabenland iba un nutrido contingente de miembros del Anherbedienst SS, que era llamado también el «Ministerio de lo Oculto».

En octubre de 1939, un mes después del inicio de la II Guerra Mundial el «Schwabenland» fue devuelto al servicio de la Luftwaffe. El 17 de diciembre del mismo año y de forma secreta y bajo jurisdicción militar, el barco zarpó de Hamburgo con dirección a la Antártida de nuevo. En esta ocasión iban a bordo un gran número de científicos y material. Su misión era construir una base permanente en la

Antártida. Atravesando el bloqueo naval inglés volvió a Hamburgo el 11 de abril de 1940 y entonces se dio un recibimiento caluroso alejado de secretismos. Había sido una operación coronada por el éxito, pero no todos habían regresado en el barco. Un puñado de hombres se quedó allí, en la llamada base Neuberlin...

En agosto de 1942, el «Schwabenland» fue enviado a Tromso en Noruega, que estaba entonces bajo ocupación alemana. Había llegado hasta allí en un convoy de 24 barcos. Durante el siguiente año y medio, nadie supo dónde estaba el barco. No hubo noticias de sus movimientos. El registro del barco fue transferido a Noruega, con la aprobación del gobierno colaboracionista de Vidkun Quisling. Al mismo tiempo, Hitler cedió a Noruega una porción del territorio ártico reclamado por Alemania, como acto de buena voluntad.



Uno de los hidroaviones sobre el mar en la Antártida

A finales de 1943, el Schwabenland reapareció pasando al control directo de las SS. Himmler hizo cambiar el nombre del puerto de matrícula del barco Oslo por el de Estocolmo, y el barco comenzó a navegar bajo bandera falsa de la neutral Suecia. No hay constancia clara del destino final del barco, ni de sus misiones hasta el fin de la guerra, por lo que el misterio radica en saber qué fue de él, aunque se cree que fue hundido en Skagerrak.

De todas maneras y además del barco «Schwabenland», la actividad alemana en la Antártida continuó incluso durante la guerra. En 1939, el barco «Schleswig-Holstein» inspeccionó las islas Kerleguen, Sant Paul, Ámsterdam, Crozet, Príncipe Eduardo y Gough visitando posteriormente Ciudad del Cabo. En el periodo 1939-1941 el capitán Bernhard Rogge al mando del barco corsario alemán «Atlantis» (código militar Hilfskreuzer 16), realizó un largo periplo por el Atlántico Sur, Océano Índico y Pacífico Sur, visitando las islas Kerguelen entre diciembre de 1940 y enero de 1941. En esta visita se enterró a un tripulante en la Bahía de la Gazelle.

Otro barco corsario alemán, el «Komet», (código militar Hilfskreuzer 45) al mando del capitán

Robert Eysen, operó en los océanos Índico y Pacífico incluyendo una navegación por la costa antártica siguiendo la ruta de los balleneros en febrero de 1941. Allí se encontró con otro barco corsario, el «Pinguin», (código militar Hilfskreuzer 33) y los barcos de aprovisionamiento «Alstertor» y «Adjutant». El «Komet» fue hundido a pocas millas del puerto de Cherburgo en 1942.

El barco corsario «Pinguin» bajo el mando del capitán Ernst-Felix Kruder operó principalmente el Océano Índico. En enero de 1941 capturó a una flota de balleneros noruegos en la latitud 59° Sur, 2° 30' Oeste. Los barcos capturados eran el «Ole Wegger», el «Pelagos» ambas naves factoría y el barco de aprovisionamiento «Solglimt», además de un once balleneros. Uno de estos balleneros fue rebautizado como «Adjutant» que permaneció con el «Pinguin» como barco aprovisionador y el resto de la flota capturada fue enviada a Francia. Posteriormente, el «Pinguin» y el «Adjutant» recalaron en las islas Kerleguen y Marion. Más tarde, el «Pinguin» fue hundido el 8 de mayo de 1941 en el Golfo Pérsico, por el barco británico «HMS Cornwall».

Las islas Kerleguen siempre formaron parte de los planes alemanes de la zona antártica. Por ejemplo, en 1942 la Kriegsmarine planeó instalar una estación meteorológica allí. En mayo de ese año, el buque corsario «Michel» (código militar Hilfskreuzer 28), transfirió a un meteorólogo y dos operadores de radio al barco de aprovisionamiento «Charlotte Schlieman» que los llevó hasta dichas islas. De todas maneras, las órdenes para el montaje de esa estación fueron anuladas más tarde.

En 1942, el capitán Gerlach al mando del barco corsario «Stier» (código militar Hilfskreuzer 23), investigó alrededor de la Isla Gough como área temporal para la instalación de soldados y un campo de concentración.

Es curioso comprobar la escalada del conflicto en esas aguas tan frías y lejanas sin un motivo aparente y sin un objetivo militar claro delante de la historia. De hecho no había rutas marcadas en esa zona. Los barcos no pasaban por allí, excepto los caza-ballenas. Lo más al sur que llegaban los barcos era hasta el Cabo de Hornos. Inglaterra llevó a cabo la «Operación Tabarin», que era el nombre de un club nocturno de Londres para despistar a los espías alemanes, y que consistió en montar una base de observación en la Isla Decepción, del paso de los barcos corsarios alemanes e informar a los convoyes aliados. En la agenda oculta de esta operación, Inglaterra buscaba espiar al gobierno pro-alemán de la Argentina acerca de sus planes de controlar el Pasaje Marítimo de Drake. Esta operación sólo salió a la luz pública después de la guerra bajo el inocuo nombre de Falkland Islands Dependant Survey o su acrónimo «Fids».

Aparentemente la actividad naval de superficie no fue considerable durante la guerra, sin embargo el nivel de actividad en el Atlántico Sur de los submarinos alemanes fue enorme. Por ello, la naturaleza exacta de esos movimientos en la zona permanece con numerosas incógnitas, pero el hecho es que entre octubre de 1942 y septiembre de 1944, 16 submarinos alemanes fueron hundidos en esas aguas.

La utilización que de la Antártida hicieron los navíos de la Marina de Guerra Alemana «Kriegsmarine» es indudable. Durante la Segunda Guerra Mundial, los «lobos de mar» al mando del almirante Dönitz sabían de la existencia de las grutas antárticas donde un navío se podía cobijar sin ningún problema, llevar a cabo reparaciones, descansar la tripulación y estar tranquilamente sin riesgo alguno a ser localizados.

Aparte de las patrullas normales que debían de realizar los submarinos en combate, parece que algunos de esos submarinos realizaron operaciones encubiertas. Por ejemplo, el submarino U-859, que el 4 de abril de 1944 a las 4.40 horas de la madrugada, partió en misión llevando a bordo 67 hombres y 33

toneladas de mercurio en botellas herméticas y selladas. El U-859 fue hundido por el submarino británico «HMS Trenchant» en el estrecho de Malaca. 47 hombres perdieron la vida. ¿Cuál puede ser el significado de esa cantidad enorme de mercurio que el submarino llevaba tan lejos de Alemania? Se sabe que el mercurio en grandes cantidades es parte del combustible para ciertos tipos de propulsión aeroespacial.

Otras operaciones de gran magnitud se desarrollaron en los primeros años de la guerra y de nuevo la Kriegsmarine, ayudada por la Luftwaffe, tuvo mucho que ver en ello. También fueron operaciones militares encubiertas que partieron desde Chile, Argentina y Sudáfrica, países que ya tenían un fuerte componente nórdico y de proximidad y afinidad con el III Reich. Además de la base permanente «Neuberlin» que había dejado en funcionamiento el «Neuschwabenland» en su segundo viaje a la Antártida, y otras pequeñas de tipo meteorológico, en 1943 los alemanes se pusieron a trabajar en una base aún mayor la llamada Base 211. Equipos de científicos de todas las especialidades fueron trasladados a la Antártida, como botánicos, zoólogos, parasitólogos, biólogos marinos, ornitólogos, dietistas, etc.

También fueron enviados ingenieros, cartógrafos, científicos del arma aérea y de la secreta y muy desarrollada entonces investigación nuclear alemana. Se llevó maquinaria de perforación, tuneladoras, tractores, aviones y toda clase de material necesario para la instalación de una base permanente a través de la gigantesca Organización Todt, experta en construcciones inmensas y bunkers. Gracias a la solicitud que había hecho en agosto de 1940 el Dr. Wohlwill, se desarrollaron edificaciones que pudiesen aguantar más de 60° bajo cero con el objetivo de recibir y almacenar todo el material en los puertos habilitados para ello y cerca de la Base 211, al Noroeste de las Montañas Mühlig-Hoffman. Barcos civiles y militares de transporte, submarinos y aviones fueron utilizados con profusión para trasladar todo el equipo, tanto humano como material. Los convoyes que partían desde Sudamérica y Sudáfrica, fueron protegidos por flotillas de submarinos que les acompañaban en su viaje.

No es casual que el almirante Dönitz, que estaba al mando de la flota de submarinos del Tercer Reich, declaró enigmáticamente en diciembre de 1943, pero con orgullo evidente: „Die deutsche U-Boot Flotte ist stolz darauf, daß sie für den Führer in einem anderen Teil der Welt ein Shangri-La gebaut hat, eine uneinnehmbare Festung» cuya traducción es: «La flota alemana de submarinos está orgullosa de haber construido para el Führer, en otra parte del mundo, un Shangri-La, una fortaleza inexpugnable». El último convoy de submarinos con dirección a la Antártida y con suministros para las bases allí establecidas tanto civiles como militares, partió de Alemania en la primavera de 1945. Algunos de estos submarinos aparecieron meses después del final de la guerra.



Almirante Karl Dönitz

No hay duda de que la audacia y valentía de las tripulaciones de los submarinos alemanes por cumplir con su deber estaba por encima del estándar de otras ramas del ejército y muy por encima de las

tripulaciones de los submarinos enemigos. Los niveles de bajas por muerte o desaparición superaron el 60% durante la guerra. Con estas tripulaciones tan motivadas por su deber, cualquier empresa o misión que se les encomendase la llevaban a cabo sin importarles el alto riesgo que podía comportar. Navegar por aguas antárticas no era una misión fácil donde, si el submarino era alcanzado, la muerte por hipotermia en pocos instantes era moneda habitual. Dönitz estaba muy orgulloso de sus submarinistas.

Capítulo 9

UN INFORME Y UN SUBMARINO

Patrick miraba detenidamente el informe que acababa de dejar Betty sobre la mesa de reuniones del despacho del vice-almirante Clark. Patrick lo estaba esperando. Un humeante café desprendía su cálido y delicioso aroma. La exhaustiva información que daba el documento era estremecedora. Las fuentes parecían ser solventes e iba acompañado de fotos de diversos personajes de la Alemania nazi, que estaban involucrados en lo que se decía allí. El General SS Kammler, parecía tener un lugar destacado en aquella información. El informe se llamaba «Where are they? A research on nazi key officers and people during and after the war» (¿Dónde están? Informe sobre personas y oficiales nazis claves durante y después de la guerra). Evidentemente era clasificado y Patrick lo tenía por su participación en la reunión de Norfolk. Clark quería que lo conociese antes de reunirse nuevamente con él e indicarle su misión en todo el plan. No tardaría en llegar.

El informe aseguraba que una gran cantidad de alemanes había desaparecido en 1945, desde los últimos meses de la guerra hasta después de ella. De hecho, y según se decía, antes y después de terminar la guerra miles de civiles, hombres y mujeres, comenzaron a desaparecer misteriosamente. Tenían en común que eran personas sin familia, jóvenes y huérfanos. Esto no era raro ya que los bombardeos aliados sobre Alemania habían provocado la desaparición de familias casi al completo.

Lo más alarmante era la desaparición de contingentes enteros de soldados con su armamento, como en el caso de la guarnición que había en Noruega, donde no se combatió y que permaneció ocupada por Alemania hasta la rendición. La mitad de esa guarnición, alrededor de 50.000 soldados, desapareció de la faz de la Tierra de la noche a la mañana. Más de 2.500 oficiales de los más diversos rangos, incluyendo diez generales y un mariscal de campo tampoco dejaron trazas de su destino al acabar la guerra. La mitad de estas desapariciones correspondía a tropas y oficialidad de las SS.

El informe incluía la declaración de varios soldados alemanes en Noruega que indicaban como, en abril de 1945, se les había propuesto su traslado hasta dos puertos en los fiordos, desde donde se les llevaría hasta una fortaleza inexpugnable hacia el sur. En los interrogatorios no supieron o no quisieron dar más detalles sobre el supuesto destino. Sí quedó claro que el traslado sería en submarinos, combinado con aviones del misterioso escuadrón especial KG-200. No habían sido obligados a nada y habían decidido continuar en Noruega, para luego ser trasladados a Alemania como prisioneros de guerra.

La cifra estimada de desapariciones en el informe era más de ¡250.000 personas! No podía ser cierto aquello. ¿Dónde estaban? ¿En la Antártida? ¿Era posible algo así? ¿Qué tipo de instalaciones en aquel continente podía albergar a semejante cantidad de gente? Recordó lo de las bases subterráneas y la experiencia alemana en su construcción, pero tenían que ser inmensas ¿qué vida podían llevar allí? ¿Qué comían? ¿Y el frío? Las preguntas se fueron acumulando en la mente de Patrick, sin encontrar una respuesta convincente. Desde luego, de ser cierta toda esta información, el peligro que acechaba a los Estados Unidos, sus aliados y al mundo en general, era muy alto. El armamento que parecía poseer era muy adelantado y sofisticado. La Operación Highjump, aunque necesaria, lo iba a tener difícil.

Mientras Patrick releía el inquietante informe y las fotos adjuntas, el vice-almirante Clark apareció sonriente en el despacho. Patrick dejó su taza y el informe y se puso en pie para saludarle.

—Gracias por esperarme, Patrick —dijo Clark mientras se ponía cómodo sacándose el abrigo azul de la marina y su gorra de oficial y estrechando la mano de Patrick—. Ya sabes como son los peces gordos —agregó refiriéndose a todos los participantes en la pasada reunión—. Me han retenido en Washington más tiempo del previsto y no he tenido más remedio que estar con ellos.

La reunión en Washington se había celebrado tres días antes y había organizado un gran revuelo en el Pentágono, por la altura de los personajes y porque la prensa ya empezaba a movilizarse.

—Debo agradecerte la posibilidad de asistencia a la reunión que tuvimos aquí en Norfolk, Vincent —dijo Patrick sentándose de nuevo—. Ha sido muy interesante conocer a Byrd en particular. Desde luego los datos allí aportados y el informe que acabo de ver no son tranquilizadores para nadie. Puedes imaginarte que he pensado mucho —señaló el informe sobre la mesa de reuniones—. ¿Cual es mi papel en todo esto? No acabo de tenerlo claro.

Se quedó mirando a Clark, mientras éste se servía una taza de café. Removió suavemente el azúcar y se sentó frente a Patrick.

—Quiero que llesves el submarino U-2193 hasta el interior de la base alemana, como «Caballo de Troya», mientras en la superficie la Operación Highjump se lleva a cabo.

Clark miró fijamente a Patrick.

—Abrirás un segundo frente de asalto en la base alemana.

Tras unos segundos que parecieron horas, Patrick se recuperó e intentó poner en orden los pensamientos que le asaltaban con furia.

—Pero, esa es una misión de comandos o de los Navy Seals. Yo sólo soy capitán de submarino...

—Eres el mejor. Ya estás familiarizado con esa nave. Y sé que puedes entrar con el submarino en esa base. Disponemos de las coordenadas de acceso.

De un cajón de su mesa, Clark extrajo un mapa doblado que extendió ante Patrick. Era un mapa de la Antártida, donde se señalaba claramente la porción de continente denominada Neuschwabendland. En el norte, en la zona costera y frente al Cabo de Hornos estaba marcada la entrada, con las coordenadas correspondientes de la supuesta entrada a la Base 211. La entrada estaba situada entre la Isla de Berkner y el continente antártico, en una estrecha lengua del Mar de Weddell. Asimismo, el mapa mostraba las puntas de ataque en superficie de la Operación Highjump. Eran tres puntas de lanza que partían del sur hacia el norte. Una cubría el este, otra el centro y la última el oeste, con la idea aparente de llevar a los alemanes hacia el mar, sin otra escapatoria.

—No discuto la dificultad de la misión Patrick, pero entendemos que necesitamos un contingente militar que penetre allí y destruya la capacidad de defensa de la base y nos permita atacar a los nazis y sus armas futuristas con todas las garantías desde tierra. No voy a negar que la misión es idea mía y ha contado con la aprobación inmediata de la plana mayor y del presidente Truman. Es altísimo secreto. Sólo tú puedes hacerlo.

—Y ¿con qué cuento yo para llevarlo a cabo? —la pregunta de Patrick era obligada.

—Sabemos positivamente que los alemanes no han vuelto a tener noticias de su submarino U-2193. El secretismo ha sido total. Su regreso a la Antártida no debe ser extraño, aunque sea varios meses después. Estamos convencidos que ya les ha pasado con otras naves —Clark miraba con detenimiento cualquier reacción de Patrick a su propuesta—. Hemos considerado que llevarás a bordo un contingente de 50 comandos perfectamente preparados para combatir, con todo su armamento y provisiones. Tu

misión es dejarles allí dentro utilizando el factor sorpresa y darles la cobertura necesaria. Luego largarse lo más rápido posible, esperando el final de la Operación Highjump en aguas antárticas. En ese momento vuestra existencia será conocida por todos los integrantes de la operación. No te pido nada más.

—Y nada menos... Pero los alemanes no son tontos, Vincent —dijo Patrick, tratando de expresar las dudas que tenía—. ¿Cómo es posible que uno de sus submarinos llegue allí casi un año y medio después, en diciembre de 1946? ¿Dónde ha estado todo ese tiempo?

—Lo que dices es lógico, Patrick —Clark parecía un padre tratando de calmar a su hijo ante un examen muy importante. No podía dejar de apreciar a Patrick y lo veía más como un hijo que como un subordinado—. Mientras el submarino ha estado atracado en la base en uno de los refugios antiaéreos, hemos mandado mensajes con la máquina ENIGMA de a bordo, dando a entender que seguía operativo. Lo ha hecho nuestro grupo especial de codificación militar, ya que el submarino disponía de los códigos para comunicarse con la Base 211. Esa base es real, Patrick. Allí hay un contingente enemigo.

—¿Y ha habido respuestas? —Patrick pareció recuperar cierta tranquilidad.

—Sí. Además se informó de la muerte del capitán Lippsmacher en combate. Ten, es el dossier de comunicaciones que hemos tenido con la Base 211 hasta este momento. Queremos seguir con este plan y ahora tú ya estás en el meollo también.

Clark abrió su maletín y entregó a Patrick una carpeta con varias hojas numeradas, desde el inicio de la comunicación. La comunicación se había iniciado desde el mismo momento en que su grupo había entregado el submarino a las autoridades de Norfolk. Es decir, hacía ya casi un mes.

—¿Quién se supone que comanda ahora el submarino? —preguntó Patrick, mirando por encima los mensajes.

—El U-Bootoffizier Wolfgang Reith, el segundo de Lippsmacher.

Clark miraba a Patrick. Lo necesitaba imperativamente y sabía que lo que le pedía era una misión de alto riesgo. Podía comprender las dudas que tenía, pero era su hombre. Además, había causado muy buena impresión al alto mando en la pasada reunión.

—Deberé preparar otra vez una tripulación y contar con Reith en ella... —Patrick ya empezaba a estar inmerso en la misión.

—Sí... Además, tendréis uniformes alemanes y armas de mano para el momento de la entrada en la Base 211, sin levantar sospechas. Podemos contar con dos o tres tripulantes alemanes que colaborarán con nosotros. Les interesa para poder obtener una identidad nueva en nuestro país. Seguro que tienen cosas que ocultar, pero no nos importa mientras colaboren bien.

—Veo que está todo pensado, Vincent —Patrick dejó la carpeta.

—Intentamos no dejarnos nada en el tintero —Clark señaló la cartuchera de Patrick—. Creo que esa pistola que llevas no es reglamentaria, pero te irá bien —sonrió Clark.

Patrick sacó la pistola Luger del capitán Lippsmacher. Las águilas y las esvásticas de las cachas anacaradas brillaban con fuerza. Clark la observó con detenimiento.

—Es un arma sensacional —añadió—. Llévala, no hay problema.

—Pensaba hacerlo —sonrió Patrick, mientras la volvía a guardar—. ¿Cuándo zarparemos nosotros? ¿Iremos con todo el grupo? Me gustaría saber qué tienes pensado para nosotros...

Clark se puso de pie y se agachó sobre el mapa antártico que estaba sobre la mesa.

—El plan es que tu submarino parta dos meses antes que toda la flota. De hecho, salvo los peces gordos que ya conoces, nadie más sabe de vuestra existencia ni participación. Deberéis ir mandando

mensajes mientras os vayáis aproximando a la Antártida. Estamos equipando al submarino con unos equipos de radio especial HALLICRAFTERS R274D y 1R45/ARR7 para esta misión. Pueden trabajar en una frecuencia única, que recibiré yo en Norfolk.

—Los mensajes a la Base 211 serán a través de la máquina ENIGMA, con copia a mí. Me convertiré en su único contacto. De hecho, cuando zarpeis seréis alemanes a todos los efectos.

—No sé si alegrarme o no. Realmente es una misión de mucho alcance, Vincent.

—Además, tendréis que hacer un recorrido por mar determinado.

—Clark se acercó al mapamundi que había en la pared del despacho. Cuando salgáis de Norfolk deberéis ir hacia España, recorrer la costa frente a Portugal en dirección sur —fue señalando los puntos que iba citando—, pero siempre bordeando la costa. Luego os dirigiréis a las Islas Canarias, que pertenecen a España, pasando entre la costa de Marruecos y dichas islas. Nos interesa que allí paréis a buscar algunas provisiones frescas. La isla en la que os detendréis será la Isla del Hierro y concretamente en el pequeño puerto de La Estaca. Es la isla situada más al sudoeste del archipiélago. No solamente España es refugio de nazis, sino que sabemos que se mueven espías y soplones en las Canarias. Cuando hayáis partido, vuestra presencia será comunicada a la comunidad alemana y ellos harán llegar la información a quien nos interesa. Luego, deberéis continuar hasta Sudáfrica bordeando la costa africana. Pasaréis frente a Ciudad del Cabo y tras pasar por el Cabo de Buena Esperanza, os detendréis en Port Elizabeth para cargar combustible. Nos consta la presencia de pequeños cargueros-cisterna mercenarios de combustible y comida, que avituallan todavía a quien pague bien y sin preguntar. Todo ello en alta mar, dentro de aguas internacionales. Tendréis que avisar a la Base 211 para que uno de estos cargueros os espere fuera de Port Elizabeth. Las noticias de nuevo volarán y confirmarán vuestro viaje de regreso a la Antártida.

Clark fue señalando con el puntero la ruta desde Sudáfrica, hasta la Antártida. Una vez en ese punto regresó al mapa sobre la mesa que era mucho más preciso. Con el dedo señaló una pequeña serie de islas, en la Península de Trinidad, al sur mismo del Cabo de Hornos. La supuesta entrada a la Base 211 quedaba muy lejos de ese punto.

—Aquí hay una base inglesa de seguimiento que se montó secretamente durante la II Guerra Mundial, bajo el nombre codificado de Operación Tabarin. Nos interesa que os presentéis allí.

—¿Los alemanes tienen conocimiento de la existencia de esa base inglesa? —preguntó Patrick.

—Sí, sabemos que los alemanes conocen la existencia de la base inglesa de observación en la Isla Decepción. Su ubicación exacta es 62° 55' latitud sur y a 60° 37' latitud oeste. Es una pequeña isla de unos 15 kilómetros de diámetro, en la Península de Trinidad —Clark señaló la minúscula isla en el mapa, con forma de herradura abierta hacia el sur—. Atacaréis la base inglesa y lo haréis saber a la base alemana. Eso os ayudará.

—Vincent, Inglaterra ha sido siempre nuestra aliada. No podemos esto... —Patrick miró la isla Decepción en el mapa.

—Los ingleses no nos han dicho que tengan esa base. Lo mantienen en secreto. Además, será un ataque alemán —Clark mostró firmeza, recalcando la palabra «alemán»—. No te pido que valores políticamente o humanamente una decisión, no es tu trabajo. Puede costar algunas vidas inglesas, pero habrá valido la pena. Es la mejor manera de entrar por la puerta grande en la Base 211, que sí es tu objetivo.

Patrick sabía que no podía discutir una orden. Recordó las palabras de su abuelo John Philip Malone al respecto. Clark continuó:

—Será un ataque de superficie, con la artillería de a bordo. Nada más. Simplemente eso, no te preocupes. Nos interesa que se vea el submarino, sin dejar lugar a dudas de su origen.

Tras unos segundos de silencio, Patrick preguntó:

—¿Y si nos cruzamos con un barco aliado americano, inglés o ruso, también debemos hundirlo?

—Si es en defensa propia, sí. No debes buscar a un barco aliado y hundirlo. Esas no son las órdenes, pero podéis atacar si la situación se pone difícil para vosotros —Clark no dejó lugar a las dudas—. Sois alemanes —remató sonriendo.

—Una vez dentro de la Base 211, ¿cómo es aquello? —Patrick miraba a Clark—. ¿Disponemos de alguna información?

—No lo sabemos. Ni sabemos la profundidad de la caverna. En esa parte del plan, habrá que ver qué saben los alemanes que colaboran con nosotros y habrá que improvisar sobre la marcha. No hay mucho más, Patrick —Clark encogió los hombros—. Nuestros equipos de interrogación no obtuvieron información de las tripulaciones de los submarinos en ese punto. Parecía que ninguno de ellos hubiese estado dentro.

—En realidad, no sabemos qué hay allí, ni cómo está estructurado, ni los sistemas de defensa o control... —añadió Patrick con cierta desesperanza.

—Así es. No voy a engañarte. Pero vais en un submarino alemán y eso os da una cierta ventaja —Clark tomó asiento en su silla de despacho. Encendió un habano, que rápidamente propagó su aroma por el despacho. Patrick encendió un cigarrillo. Nunca había podido fumar esos habanos que disfrutaba su exsuegro. Le mareaban.

—Elige a la mejor tripulación posible y lleva ese submarino hasta allí. Lleva a cabo la misión y regresa con todos tus hombres —Clark le miraba fijamente—. El grupo de asalto se unirá a vosotros en alta mar entre Sudáfrica y la Antártida. No es lógico que hagan toda la travesía a bordo del submarino. Ellos son los mejores y vosotros también. Vuestra parte es más decisiva que el asalto por aire y tierra de la Operación Highjump. De vosotros dependerá la victoria.

Patrick se sentía abrumado por las noticias y por lo que se esperaba de él y sus hombres.

—Ve pensando y preparando todo aquello que necesites como víveres, munición, combustible, agua, etc. Todavía dispones de tiempo, pero no te duermas. Trata de conocer bien el submarino y a la tripulación alemana que escojas. De ellos dependerá buena parte del éxito. Familiarizaros con la máquina ENIGMA y los equipos HALLICRAFTERS R274D y el R45/ARR7 especiales para la misión, serán vuestra vía de contacto conmigo y con la Base 211. Nada más soldado. Nos veremos dentro de un mes. Ahora tengo otros líos relacionados con Highjump.

—Muy bien, vice-almirante Clark —dijo Patrick con cierta sorna.

Clark sonrió. Le gustaba un cierto sentido del humor. Confiaba plenamente en Patrick. Los dos se pusieron de pie y Clark acompañó a Patrick hasta la puerta.

Capítulo 10

PREPARACIÓN DE LA OPERACIÓN HIGHJUMP

La Antártida, desde principios de 1946, producía una profunda atracción para la imaginación humana de casi todo el planeta. En enero, las noticias de prensa revelaron que Lincoln Ellsworth tenía planes para cartografiar por tierra y aire el Polo Sur. El mismo mes, el famoso aviador Eddie Rickenbacker solicitaba urgentemente una exploración americana al continente antártico, incluyendo el uso de bombas atómicas para sacar a la luz las ricas y desconocidas fuentes minerales que parecía haber. Afortunadamente, los profesores Ellickson y Gordon respondieron rápidamente que el uso de material atómico dejaría todo el continente «impracticable».

A principios del verano, la Conferencia Científica del Imperio Británico propuso dos expediciones a la Antártida. A finales de otoño, se supo que los holandeses y los rusos estaban preparando grandes flotas balleneras. Incluso se comentaba que los ingleses habían enviado una expedición secreta para ocupar la Base Este de Byrd, de la expedición de 1940-41 a los pies de la península antártica de la Bahía de Margarita.

A principios de Noviembre, el New York Times puso en titulares que «había seis naciones compitiendo por la Antártida y por sus depósitos de uranio». El almirante Byrd, en una conferencia de prensa el 12 de noviembre de 1946, tuvo que desmentir este punto diciendo que «La Marina desmiente categóricamente las noticias de que nuestra misión sea una carrera en la búsqueda de uranio en la Antártida. Cuando se habló por vez primera de esta expedición, el uranio ni se mencionó. Por todo ello, esa afirmación no es correcta».

Los comentarios de Byrd en su conferencia de prensa indicaban claramente a todo buen observador que los objetivos primordiales de la Operación Highjump eran militares. La pregunta que se hacían los observadores era ¿hasta que punto pretendían llegar los militares en esta operación? La prueba de material bélico en condiciones extremas, sólo contestaba a una parte de la pregunta. ¿Por qué ahora? Se preguntaban otros que no entendían el interés y las prisas por llevar a cabo todo el operativo.

La Unión Soviética, que observaba muy de cerca cualquier movimiento de su rival en el mundo, se interesó mucho en la operación tal como indicó en su periódico naval «Flota Roja», donde exponía que tras la conferencia del almirante Byrd, las medidas que pensaban aplicar los Estados Unidos en la Antártida, confirmaban que los círculos militares americanos querían someter a su control las regiones polares del sur y crear bases militares permanentes para sus fuerzas armadas.

Las relaciones soviético-norteamericanas se iban deteriorando rápidamente durante 1946, por el interés que demostraban los americanos en las dos regiones polares y la creciente ansiedad rusa ante todo ello. Los analistas militares soviéticos, creían que ante una posible tercera guerra mundial entre el capitalismo y el comunismo, un campo de batalla estratégico sería el Polo Norte en una primera fase, para seguir por el Polo Sur. Por ello, era muy importante para los americanos el entrenar a sus tropas en un escenario extremo, muy diferente a otros teatros de operaciones en el mundo.

También el entorno político americano de 1946 jugaba un papel muy importante en la preparación de la Operación Highjump. Después de la II Guerra Mundial, muchos políticos discutían la posibilidad de un solo mando militar que aglutinase a todo el Ejército en sus tres ramas: tierra, mar y aire. Sería un departamento de defensa nacional. Al principio la Marina estaba de acuerdo con este criterio, pero

pronto se dieron cuenta de que su arma podría ser controlada por los jóvenes y arrogantes oficiales de la fuerza aérea. Parecía que tenían el plan de convertir a la Marina en simples guardacostas. A mediados de 1946, los almirantes buscaban un medio para justificar la eficacia de la Marina, que con la ansiedad del inicio de la «guerra fría» creaba la oportunidad de una expansión muy fuerte hacia las exploraciones polares, que gozan de buena imagen pública.

Una primera consecuencia de este plan de la Marina fue la Operación Frostbite durante el invierno de 1945 a 1946. Un grupo de barcos acompañaron al nuevo portaaviones Midway al estrecho de Davis, cerca de las costas de Groenlandia donde se podía probar la capacidad naval de hombres y equipos. Entre un mar enfurecido y unas ventiscas insoportables, se probó que este tipo de operaciones en un teatro climáticamente exigente, eran posibles. De todas maneras, la Operación Frostbite no fue más al norte, al mismo polo, y por ello se puede decir que las condiciones probadas no fueron tan extremas como pueda imaginarse. También era necesaria la complementación de la prueba con una estancia más prolongada en esas condiciones. La Antártida era el lugar ideal para esa nueva prueba.

Otra acción muy importante y que iba en la línea que buscaba la Marina de prestigio y eficacia, se produjo el 12 de febrero de 1946, cuando el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Ley Pública 296, solicitando al responsable de la Oficina Meteorológica Americana, establecer una base permanente en las regiones árticas del hemisferio occidental. Esta oficina se dirigió al Ejército y a la Marina y todos juntos prepararon un plan de construcción de dos estaciones meteorológicas en Thule, Groenlandia y en el extremo sur de la Isla de Melville, en el ártico canadiense. La Marina hizo un gran trabajo, pero necesitaba algo más y sobre todo más importante.

De todas las fuerzas, intereses y personalidades que tuvieron que ver con la decisión de la Marina de llevar adelante la Operación Highjump, ninguna fue tan importante y decisiva como el almirante Byrd. La fama de Byrd no había aumentado durante la guerra ya que no participó de forma directa, ni capitaneó barcos ni tropas. Fue asistente especial del almirante Ernest J. King y desde luego continuó siendo, como años atrás, amigo personal del presidente Roosevelt. Entre 1941 y 1945, viajó mucho por Europa, Alaska y el Pacífico Norte, llevando a cabo importantes, pero no muy conocidos trabajos para la Marina. Se sabe que llegó a dirigir una pequeña escuadra de barcos torpederos en el Pacífico sur y suroeste, con el objetivo de encontrar zonas adecuadas para construir aeródromos para las fuerzas de MacArthur y Halsey, que avanzaban rápidamente.

Pero como se ha dicho, el famoso almirante del antártico de los años 30 nunca dirigió un acorazado, un portaaviones o una flotilla de destructores contra la flota japonesa. Nunca entró en combate directo, ni sufrió el peso de la batalla. Su fama durante la guerra fue eclipsada por los nuevos mandos tipo MacArthur, Halsey, Patton o Doolittle, que tenían equipos de expertos relaciones públicas que sabían «vender» al gran público sus gestas, a veces exageradas, pero que les hacían ganar una enorme popularidad y notoriedad. Operación Highjump sería el desquite de Byrd en términos militares ante todos esos famosos militares, que tras la guerra habían perdido parte de su popularidad.

El almirante Byrd supo moverse para encontrar los apoyos políticos y fondos económicos necesarios para la Operación Highjump, como fue el caso del senador Harry Flood Byrd, hermano del almirante, entre otros. En aquel momento, Harry era el gestor de la potente máquina familiar que había sostenido al partido demócrata en Virginia. Harry fue una figura clave de los demócratas del llamado «Sur Profundo» de los años 30 y 40. También tenía una gran influencia en la cámara de los diputados y de numerosos presidentes, en particular de los más recientes. Como se puede imaginar, Harry apoyó políticamente la

idea de su hermano Richard de regresar a la Antártida.

Los movimientos económicos de Byrd siguieron a diferentes niveles y la respuesta a cómo el Alto Mando de la Marina logró convencer al Congreso para financiar una expedición tan costosa como Highjump, sigue envuelta en el misterio. La Marina no había estado involucrada en una misión polar desde las expediciones de Charles Wilkes, en el siglo XIX. Puede suponerse que los Estados Unidos estaban excitados ante la idea de llevar a cabo la expedición a la Antártida más grande de la historia, en tiempos de paz y sin implicar, aparentemente, la posibilidad de muertos o destrucción. También se añadía la amenaza soviética de una posible guerra ártica, que tras Highjump pondría las cosas en su sitio y quedaría claro, política y militarmente, quién era la gran potencia en el mundo y en todos los frentes.

De todas maneras y a pesar de estas iniciativas importantes, para los militares americanos, soldados y marinos, involucrados en la Operación Highjump, las Navidades de 1945 a 1946, pasaron rápidamente. Había mucho trabajo por delante. Pero la operación se enfrentaba a una realidad acuciante: la desmoralización que corroía a las grandes bases navales americanas tras la Segunda Guerra Mundial.

Como se ha dicho anteriormente, en un momento histórico en que la tensión política mundial aumentaba, la flota más grande del mundo era desmantelada sin contemplaciones. Una inmensa flota de barcos probada en combate, que sólo un año antes había impuesto la victoria en todo el mundo y que cubría un promedio de un barco por cada cuarenta millas náuticas cuadradas, se estaba despedazando sistemáticamente.

En las tranquilas aguas de los inmensos puertos militares descansaban los enormes acorazados, cruceros, portaaviones y cientos de destructores. Eran barcos prácticamente nuevos, con no más de diez años de servicio. Ahora estaban sentenciados, tras unos años de combate, a una vida inactiva en esos puertos. La Marina de los Estados Unidos se estaba convirtiendo en una sombra de lo que había sido.

Las tripulaciones que habían servido en esos barcos y que ahora habían regresado a la vida civil otra vez, se despedían de ellos con cierta nostalgia, mientras un puñado de marineros profesionales permanecían allí con la frustración y desmoralización por un Congreso que apenas ofrecía pocos puestos de trabajo en esa flota.

Pero la tristeza que prevalecía en la base de Norfolk y en todo el estamento naval americano, desapareció en parte a inicios de 1946. La reunión de seguimiento de 15 de marzo de 1946 se celebró sin contratiempos y con las aprobaciones pertinentes del presidente y del Congreso de los Estados Unidos. El almirante D.C. Ramsey, vice-responsable de Operaciones Navales del Pentágono que participó en la reunión, se puso en marcha de forma inmediata. Una increíble serie de órdenes para la Marina venían de Washington firmadas por el Almirante. Iban dirigidas a los Comandantes en jefe de las flotas del Pacífico y del Atlántico y establecían un Proyecto de Desarrollo Antártico que se pretendía desarrollar en el Polo Sur durante el verano polar. Aparecía en esas órdenes el nombre operativo que el almirante Nimitz había propuesto: Operación Highjump.

La idea comunicada en las órdenes era la preparación de navíos y hombres para una estancia en la Antártida. Los planes que se debían analizar contemplaban la navegación por toda la costa antártica y establecer una base americana en la costa del Mar de Ross, cerca de la base Little America III, que había establecido el almirante Byrd en su expedición de 1940-1941. Mientras la base era construida bajo el nombre de Little America IV, se procedería a una exploración aérea radial y sistemática con hidroaviones y más tarde con aviones convencionales una vez acabada la base antes citada.

A pesar de que las órdenes de Ramsey no lo decían, el objetivo central de la Operación Highjump era cartografiar y fotografiar lo máximo posible Neuschwabenland y hallar signos de actividad enemiga en la zona, para posteriormente decidir el alcance del ataque a realizar. Tampoco quedaba en olvido la búsqueda de uranio, que sería la segunda parte de la operación tras haber acabado con la resistencia alemana y que Little America IV se convirtiese en la gran base americana en el futuro.

Los planificadores diseñaron un campamento de 200 tiendas de campaña, con dos grandes pabellones isotérmicos para emergencias y dos grandes torres de comunicación por radio con los distantes Estados Unidos, los vuelos de observación y ataque y los barcos que se hallaban por el perímetro antártico. Los encargados de la construcción de Little America IV iban a ser los «Seabees», que se habían ganado una gran reputación durante la guerra. Habían construido numerosos aeródromos, puertos y bases en el Pacífico que ayudaron a ganar la guerra en ese frente. El número previsto de «Seabees» para la Operación Highjump se cifró en 168 hombres. Pero cuando se reunieron en Port Hueneme, California, el 1 de noviembre de 1946, se descubrió que sólo 49 hombres tenían la capacitación suficiente para el trabajo. El resto eran simples ayudantes de escasa experiencia. Según el informe oficial, esos hombres recibieron «todo el entrenamiento posible». Pero había poco tiempo y eso creó tensión entre los experimentados y los novatos del grupo de «Seabees».

Las siguientes órdenes del almirante Ramsey de agosto de 1946 ya marcaron claramente la flota y el número de hombres necesario. Siete semanas después, el 15 de octubre, el almirante Marc A. Mitscher comandante en jefe de la flota del Atlántico, nombró al capitán Richard H. Creuzen compañero de Byrd en otros viajes a la Antártida, comandante de la Operación Highjump. En este nuevo puesto, Creuzen recibió las órdenes de preparar en detalle la operación.

La idea era que la actividad militar cesase tras la rendición de la guarnición alemana, cuando el clima y el hielo ya no permitiesen más actividad hasta el siguiente verano. Un retén de barcos y hombres permanecerían allí hasta su relevo. Eso quería decir que no dispondrían de más de tres meses para solucionar la situación en la Antártida, después habría que esperar. Dos días después, Creuzen marcó sus órdenes iniciales para la operación, que indicaban su interés en el establecimiento de una base en la costa del Mar de Ross, para ir extendiendo la zona explorada del continente y probar el material bajo condiciones extremas de frío. Creuzen también designó al detalle la flota de barcos que participarían y que eran tanto de la flota del Pacífico, como del Atlántico, y su división en diferentes grupos.

El minucioso plan de Creuzen había dividido la fuerza de ataque en cinco grupos de la siguiente manera:

Almirante Richard E. Byrd: Oficial al mando de la Task Force 68.

Comandante Richard H. Creuzen: Comandante de la Task Force 68.

GRUPO CENTRAL (Task Group 68.1)

Comandante Richard H. Creuzen, responsable de los barcos:

Barco de mando y comunicaciones **USS MOUNT OLYMPUS**

Aprovisionamiento **USS YANCEY** y **USS MERRICK**

Submarino **USS SENNET**

Rompehielos **USS BURTON ISLAND** y **USS NORTHWIND**

OBJETIVO DHL GRUPO: Penetrar a través del hielo del Mar de Ross y alcanzar la Bahía de las Ballenas, montando el campamento militar Little América IV, cerca de las primeras bases que montó Byrd en expediciones anteriores. Allí estaría el aeródromo más importante de toda la operación. El portaaviones Philippine Sea, daría soporte logístico a este grupo.

GRUPO OESTE (Task Group 68.2)

Capitán Charles A. Bond, responsable de los barcos:

Porta-Hidroaviones **USS CURRITUCK**

3 hidroaviones Martin Mariner PBM

Destructor **USS HENDERSON**

Petrolero y aprovisionamiento **USS CACAPON**

OBJETIVO DEL GRUPO: Reunirse en las Islas Balleny y desde allí avanzar hacia el oeste, rodeando la Antártida, hasta encontrarse con el Grupo Este. Eliminar cualquier resistencia armada enemiga que pudiera aparecer.

GRUPO ESTE (Task Group 68.3)

Capitán George J. Dufek, responsable de los barcos:

Porta-Hidroaviones **USS PINE ISLAND**

3 hidroaviones Martin Mariner PBM

Destructor **USS BROWNSON**

Petrolero y aprovisionamiento **USS CANISTEO**

OBJETIVO DEL GRUPO: Reunirse en la Isla de Pedro I y desde allí avanzar hasta el meridiano 0 de Greenwich. Eliminar cualquier resistencia armada enemiga que pudiera aparecer.

GRUPO PORTAAVIONES (Task Group 68.4)

Portaaviones **USS PHILIPPINE SEA** — Adjunto al Grupo Central de Operaciones

GRUPO BASE - LITTLE AMERICA IV (Task Group 68.5)

Comandante Clifford M. Campbell. Base principal del Grupo Central de Operaciones

El 20 de noviembre, sólo dos semanas antes de la partida de las primeras unidades, Creuzen remitió una orden suplementaria, detallando las salidas escalonadas de los barcos desde la base de San Diego en California y la de Norfolk, en Virginia. También contemplaba las tropas que irían a bordo y la asignación de equipos por barco. En medio de la orden se mencionaba que el nuevo portaaviones «Philippine Sea» formaría parte de la expedición antártica. La misión del portaaviones sería la de llevar a bordo seis aviones pesados de transporte y bombardeo R4D, una versión militarizada del DC3, cuyas tripulaciones serían las encargadas de la exploración y ataque aéreo asignada a la base Little America, que debía construirse en la costa del Mar de Ross. El mismo almirante Byrd iría a bordo del portaaviones, volaría hasta la nueva base y asumiría el cargo de comandante científico de la operación. Trataría de llegar con uno de esos aviones al mismo Polo Sur, una hazaña aún no realizada. El gran público estaba entusiasmado ante esa aventura de Byrd, que en realidad ocultaba un ataque a gran escala y que sería su bautismo de fuego.

La Marina insistía en el hecho de que Highjump sería ante todo un gran espectáculo naval, con los

intereses de la Marina por encima de cualquier otro criterio como el científico, por ejemplo. Las órdenes del almirante Ramsey del 26 de agosto de 1946, antes citadas, indicaban que el responsable de las Operaciones Navales sólo se reuniría con otras agencias del gobierno que tuviesen alguna relación con la Operación Highjump, nadie más. Tampoco Ramsey consideraba ningún contacto diplomático, ni observadores extranjeros en la misión. Por lo tanto, habría poco espacio para científicos y algún civil norteamericano. Además, Ramsey envió un correo a diversos departamentos y agencias gubernamentales invitándoles a participar de forma muy modesta.

Confirmaron el envío de observadores el Ejército, la Oficina Meteorológica y Oficina de Inspección Geológica de Costas. Los estudios científicos recomendados en la Operación Highjump eran las medidas aerológicas como observaciones sinópticas, radar meteorológico, intensidad de la radiación solar, etc., observaciones magnéticas terrestres, estudios geológicos aéreos que incluían la búsqueda de uranio. Científicos como Jack Hough, Bill Metcalf y David Barnes del Instituto Oceanográfico de Woods Hole, estarían presentes en la misión. Pero la ciencia estaría supeditada al estamento militar y sus objetivos concretos.

El mayor avance científico que la operación ofrecía era el uso de la fotografía en sistema trimetrogon, que permitía una posibilidad única y moderna de interpretar y trasladar a los mapas la sistemática campaña de fotografía aérea. Este sistema, y según su máximo especialista Thomas R. Henry, estaba basado en los principios de una excelente calibración del tiempo, altitud, profundidad y amplitud. Cinco cámaras se montaban en cada avión. Una de las cámaras apuntaba exactamente hacia abajo del avión en perpendicular, mientras otras dos apuntaban hacia abajo, pero con una inclinación de 30 grados sobre la horizontal. La cuarta cámara filmaba los controles internos del avión, incluyendo un reloj, mientras que la quinta mostraba al altímetro del avión, a través de unas pulsaciones en eco, que grababan continuamente la altura de la nave.

Las cinco cámaras operaban automáticamente y de forma simultánea, siendo accionadas varias veces por minuto por un mecanismo cuya frecuencia dependía de la velocidad del avión, su altitud y la complejidad del terreno que sobrevolaba. Los cálculos previos mostraban que un avión equipado con esa batería de cámaras podría fotografiar sobre las 50.000 millas cuadradas en seis horas, o lo que es lo mismo, un vuelo de ida y vuelta de 750 millas. Este cálculo era en condiciones ideales. Los planificadores de los equipos de vuelo y fotografía decidieron enseguida que en cada vuelo antártico, dos aviones deberían volar en paralelo separados por unas 60 millas, para que sus fotografías pudiesen ser solapadas y poder ser revisadas entre sí. Era de especial interés en esta parte de la operación que si se descubrían cosas importantes como montañas, lagos, glaciares o cualquier accidente geográfico extraordinario, se enviarían otros vuelos para obtener fotos más detalladas. Si se descubrían túneles, vehículos, construcciones o cualquier anomalía que delatase la presencia de una fuerza enemiga, seguirían vuelos especiales con tropa aerotransportada para entrar en contacto y neutralizar al enemigo.

La operación disfrutaría del uso amplio del radar y que parecía ofrecer a los exploradores antárticos la ventaja de poder localizar y precisar las posiciones enemigas o accidentes del terreno que había que tener en cuenta. También varios helicópteros ayudarían en las labores de observación, localización y transporte rápido hacia cualquier indicio de interés. Los helicópteros iban dotados de magnetómetros que podían determinar el tipo de roca o subsuelo bajo la capa de hielo.

Durante el otoño de 1946, se celebró una conferencia en la Oficina Hidrográfica Naval en Suitland,

Maryland, para preparar las cartas marinas y de navegación para la Operación Highjump. Rápidamente se dieron cuenta que los mapas ingleses del Mar de Ross confeccionados por el Almirantazgo británico eran los más fiables para la preparación de rutas antárticas. Se reprodujeron esos mapas y fueron suministrados a los barcos que participarían. Los rompehielos Northwind y Burton Island tendrían un papel fundamental en el uso y seguimiento de esos mapas, abriendo paso a la flota. El Northwind estaba al mando del capitán Charles W. Thomas que, en palabras de Byrd, «era uno de los mejores marinos polares que había».

Entre octubre y noviembre de 1946, la Marina seguía la preparación de la Operación Highjump. Creuzen y sus subordinados en ambas costas de los Estados Unidos habían tramitado amplios pedidos a intendencia de chaquetas polares, parkas, gafas, botas, guantes, ropa interior térmica, tiendas especiales, etc., y sobre todo habían trabajado el diseño de Little America IV, que en una primera fase sería construida con tiendas de campaña especiales, para más adelante ser sustituidas por edificaciones hechas con plafones especiales para regiones polares. En esta fase, la prensa fue invitada de forma cordial, para que viesan los preparativos, los materiales e incluso varios oficiales de la Marina se reunieron con representantes de la Metro Goldwyn-Mayer para diseñar y filmar una película sobre la operación. El nombre de la película sería «OPERATION HIGHJUMP: THE SECRET LAND» y sería narrada por el actor de Hollywood Robert Montgomery, que era oficial de la Marina en la reserva.

En los bosques de New Hampshire, unos entrenadores especiales enviados por Byrd comenzaron a preparar los equipos de perros que deberían tirar de los trineos y sobre todo entrenar a los que iban a dirigir y convivir con los animales, para que conociesen todas sus costumbres. En las fábricas del Medio-Oeste se preparaban los vehículos pesados de todo tipo que participarían. Muchos de ellos, provenían de la guerra recién terminada y fueron enviados en camiones plataforma hasta los puertos de California o Virginia. El movimiento era espectacular y los medios iban refiriendo todo lo que iba aconteciendo, aunque los mensajes que llegaban al gran público debían pasar necesariamente el tamiz de la inteligencia naval.

Algo que preocupaba a los planificadores, pero que el ambiente cargado de cierta euforia no dejaba ver, era la posibilidad de que se perdiesen algunos barcos entre los témpanos de hielo. Por primera vez en la Antártida, los barcos iban a ser de casco de acero y casi todos de planchas livianas. A pesar de que el acero es más fuerte que la madera, tiene más posibilidades de resquebrajarse. Los cascos de madera ofrecen una flexibilidad que no da el acero. Además, los picos de hielo submarinos podrían abrir una fisura fatal en el acero. La experiencia del Titanic, sombreaba en los planificadores que se enfrentaban a este problema. El mismo Byrd, en 1929, pudo maniobrar con éxito el barco de acero Eleanor Bolling entre hielos mortales de la Antártida. El espesor de acero de la plancha de este barco era mucho mayor que la de los barcos asignados a la Operación Highjump.

A medida que el conocimiento oficial sobre la Antártida y sus dificultades naturales iban aumentando, las «bocas se iban secando» según palabras de Creuzen. Desde la experiencia de hombres que habían estado en los dos polos y que habían aprendido a sobrevivir de la forma más extrema imaginable, quedaba claro que las operaciones aéreas nunca iban a ser seguras. No había pasillos aéreos, ni estaciones meteorológicas ni aeródromo de emergencia en otros lugares. Todo quedaba a la improvisación de los pilotos si algo salía mal. Muchos lamentaban la idea de estar en una misión militar en la Antártida. Las tripulaciones de los Martin Mariner PBM, los R4D y los helicópteros fueron reunidas en Norfolk el 1 de noviembre de 1946, un mes antes de la partida, para la preparación y

mentalización de donde iban a operar, haciendo especial hincapié en el sistema de vuelo polar que difería del vuelo en condiciones normales. Los aviones sólo habían sufrido algunas ligeras modificaciones para su adaptación al medio antártico. Eso fue todo.

El 27 de noviembre tres hidroaviones Martin Mariner PBM fueron trasladados a la base californiana de San Diego, para ser instalados a bordo del USS Currituck, y los tres hidroaviones restantes se instalaron a bordo del USS Pine Island, en Norfolk. Estos aviones disponían de 600 galones de combustible cada uno para permitir poner en marcha los motores durante la travesía y mantenerlos sin que se congelasen. En ambos barcos, uno de los hidroaviones tenía que ser parcialmente desmontado para poder instalar en la cubierta los tres aviones sin que sobresaliesen del costado del barco. De todas maneras y como anécdota de este problema, cuando el USS Pine Island llegó a aguas del Canal de Panamá, tuvo que desembarcar los tres aviones, que aterrizaron en Balboa en el lado oeste, para poder pasar por el canal sin problemas.

El 25 de noviembre de 1946, más de 5.000 hombres entre marineros y tropas de asalto, sus barcos, armamento, aviones, suministros y planificación, se ponían en marcha hacia lo desconocido.

Capítulo 11

VISITA A LA BASE NAVAL DE SAN DIEGO

Tras identificarse en el control de acceso, Patrick entró en el enorme muelle blindado antiaéreo para submarinos de la base de Norfolk. Entre varios submarinos americanos como el que tenía a su mando, el USS Monitor, y que estaban recibiendo mantenimiento, aparecía en todo su esplendor el submarino U-2193. Destacaba sin ningún problema entre los demás, que a su lado parecían reliquias del pasado y sobre todo mucho más pequeños. Se detuvo ante él recordando el viaje desde Buenos Aires.

—Buenos días, señor —un oficial se cuadró ante Patrick—. Soy el suboficial Garrett y usted debe ser el capitán Patrick Malone, al mando del U-2193. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

Garrett parecía saber con quién estaba hablando.

—Gracias, suboficial Garrett —contestó Patrick, llevándose dos dedos a su gorra de plato—. Quiero subir a bordo y saber cómo están los trabajos de acondicionamiento interno.

—No hay problema, señor. Sígame, señor.

Garrett se adelantó a Patrick y le condujo por la escalerilla hasta la cubierta del submarino. Varios marineros estaban introduciendo unos torpedos por las escotillas de la cubierta y varias cajas con alimentos y otras provisiones también eran introducidas en la nave.

—Veo que van a buen ritmo, suboficial Garrett —dijo Patrick señalando a los diversos hombres que acarreaban las cajas.

—Sí, señor. De hecho, en esta semana quedará ya listo para zarpar. Estamos cumpliendo nuestros plazos —sonrió Garrett—. También hemos hecho el tratamiento de la carena y el mantenimiento de los motores, ejes y hélices. No les dará ningún problema. Hemos respetado la pintura original y el número identificativo. Sigue siendo alemán. Sígame, capitán Malone.

Entraron en la nave a través de la puerta lateral de la torreta. Dentro se cruzaron con diferentes operarios que estaban realizando sus labores. Patrick recordaba perfectamente las zonas por las que iban pasando. Toda el área de telecomunicaciones había sufrido algún cambio por la colocación, junto a la máquina ENIGMA y otros aparatos alemanes de transmisión, del equipo americano HALLICRAFTERS R274D y el R45/ARR7. Esa iba a ser la zona de John «bullet» Creighton. También se había colocado junto al equipo una radio RAK-6 para código morse en frecuencias bajas y medias a 16-600KC, y mensajes de voz en frecuencias entre 300 KC y 23 MC. Completaba la instalación un rastreador amplio de frecuencias RAL. Se había instalado lo mejor de la tecnología americana del momento.

Garrett mostró a Patrick un listado de las modificaciones que ya habían sido efectuadas y las que quedaban por hacer. De hecho, salvo munición y torpedos, comida, agua, otros avituallamientos comunes, el espacio para los 50 comandos que se embarcarían en alta mar y el sistema de comunicación HALLICRAFTERS R274D, el R45/ARR7 y RAK-6, todo lo demás permanecía igual.

—¿Cambiaron todo el equipo de baterías eléctricas? —preguntó Patrick, que era algo que siempre preocupaba a todo buen submarinista.

—No ha hecho falta, señor —Garrett se acercó en plan confidencial—. Y, entre usted y yo, son bastante mejores que las nuestras. Todo el sistema de carga funciona al 100%. No tienen que tener ningún problema. Ese panel de control luminoso es una gran idea.

Entraron en la sala de máquinas con los potentes motores diesel y las turbinas Walter.

—Está todo como nuevo, señor —continuó Garrett con admiración—. Hemos sacado algunas ideas interesantes para nuestros submarinos.

—Me alegro, suboficial Garrett. De todas maneras, quisiera seguir solo ya que tengo que preparar algunas cosas en la sala de oficiales del submarino. Gracias por su ayuda.

—De acuerdo, señor. Si necesita alguna cosa, estaré en el pantalán —respondió solícito Garrett.

Patrick siguió por el pasillo hasta la cámara de oficiales. Una vez allí y tras sentarse, colocó su maletín de mano sobre la mesa, del cual extrajo varios documentos. Era el momento de decidir qué hombres iba a llevar con él en la misión. Desde luego contaba con todos sus compañeros que habían hecho el viaje Buenos Aires-Norfolk y que ya pertenecían a la dotación de su submarino USS Monitor. No tenía dudas y ya tenían experiencia con el modelo XXI. Estaba considerando llevar a algunos tripulantes americanos más, en puestos clave del submarino como los motores, la radio o los tubos lanzatorpedos. El problema se le presentaba con la dotación alemana. Tras varias consideraciones, creyó oportuno contar solamente con Wolfgang Reith y Georg Böse, para las funciones del puente y sobre todo una vez en la Antártida. El resto que había efectuado también el viaje, no serían necesarios en esta ocasión. Los supliría con tripulantes americanos.

Algunas dudas le asaltaban. Si contaba con los dos alemanes, éstos tendrían que estar al corriente de muchos puntos de la operación y estar dispuestos a colaborar con los Estados Unidos. Tendrían en sus manos una parte altamente delicada de la misión y que sería una vez dentro de la Base 211. ¿Estarían dispuestos a traicionar a sus compatriotas? ¿Lucharían contra la Base 211? ¿Reith y Böse colaborarían y le darían toda la información para llegar sin problemas hasta la entrada de la base alemana? Y una vez allí ¿seguirían el juego? No tenía mucho margen de maniobra y tenía claro que quería contar con ellos. La verdad es que en la última parte del viaje Reith estuvo muy comunicativo y colaborador. Incluso entró en detalles secretos. Böse no puso ningún problema en todo el viaje y fue amable con todos. Había dejado un buen recuerdo.

Las tripulaciones alemanas capturadas en esos meses después de la guerra, estaban en diferentes lugares. La tripulación del submarino U-2193 estaba en la base naval de San Diego, y las de los U-530 y U-977 en la Charles Street Prison en Boston. Según las últimas noticias, estos últimos iban a ser repatriados muy pronto. Su tiempo de detención ya había terminado. Sólo los capitanes de ambos navíos permanecerían algo más de tiempo, pero por trámites burocráticos. Los dos submarinos habían sido hundidos en pruebas balísticas frente a la base de Norfolk, unos meses antes. Sólo quedaba el U-2193 en manos americanas, como submarino capturado después de la guerra.

Patrick iría a California para entrevistarse con los dos seleccionados y ver el grado de implicación que mostraban. También había que llevar algún «caramelo» para facilitar su colaboración. El vicealmirante Clark le había dado amplio margen para decidir qué recompensa podría ser atractiva para los hombres seleccionados. Patrick había pensado en darles la ciudadanía americana, incluso con nuevas identidades, y poder trasladar a sus familias desde Alemania hasta California, donde se les podría ofrecer un puesto de trabajo en la misma base de submarinos de San Diego o en cualquier otra función relacionada con la Marina.

Tras acabar de tomar la decisión, miró su reloj. Ya eran las 12.15 y había quedado para comer con Betty, la secretaria del vice-almirante Clark, en un restaurante fuera de la base. Betty tenía después la tarde libre y prefería comer con él fuera de las instalaciones militares. Él estuvo de acuerdo. La verdad

es que se sentía a gusto con ella y ella era muy amable con él. Sus deberes militares y las misiones que le confiaban, no le habían dejado mucho tiempo para conocer a otras mujeres. Desde que se separó, hacia ya dos años, el trabajo le había ayudado mucho a olvidar a su exmujer. Siempre había tenido cierta sensación de culpa por el hecho que Martha se había separado de él y su ingreso en la secta, que parecía darle lo que él no había sabido ofrecerle. Su suegro siempre lo apoyó y estuvo en contra de su hija en todo este asunto. Salió hacia el lugar de la cita.

Betty ya estaba allí y como siempre muy guapa. Aunque vestía uniforme, sabía llevarlo con mucha gracia y no le quitaba feminidad alguna. Parecía muy contenta por verle y él también estaba igual. No lo podía ocultar. Se sentaron en una mesa para dos y tras pedir la comida, comenzaron a hablar de las cosas más dispersas. Parecían nerviosos. Patrick pensó que aquella situación le apuraba más, y no que su submarino fuese perseguido por un destructor japonés. Rió para sí por la comparación. Seguramente comenzaba a sentir algo profundo por Betty y eso le ponía nervioso. Ella lo captaba y le gustaba verse admirada por Patrick. A ella también le gustaba aquel apuesto oficial de submarinos.

Cuando acabaron de comer, fueron al centro de Norfolk y pasearon por el barrio viejo junto al puerto civil. Hacia frío y Patrick le puso su chaqueta sobre los hombros de ella. En algún momento, Betty cogió la mano de Patrick y éste, tras detenerse, la besó intensamente. No había nada más que decir.

La tripulación americana del U-2193 estaba encantada de volver a la acción y quedaba como sigue:

PUENTE Y TIMONES

Patrick Malone

Kenneth Miele

Bert Eklund

Peter Wiggins

SALA DE MÁQUINAS

Stan White

Roger Blaufen

Tex Jenkins

Cliff Tubb

SALA DE TORPEDOS

Johnny Allen

Dave Holms

George Connors

SALA DE RADIO

John «bullet» Creighton

Eric Jones

COCINA

Allan Perkins

MÉDICO

A Patrick le parecía una buena selección. Sabía que podía haber contado con más voluntarios, pero no quería dejar al USS Monitor sin tripulación. Quería los hombres suficientes para poder mover el U-2193 sin problemas y con todas las garantías. Había que considerar también que se añadirían, cerca de la Antártida, los 50 comandos del grupo de asalto y eso significaba espacio y provisiones a bordo. Ahora había que convencer a los alemanes. El vice-almirante Clark estuvo de acuerdo con la propuesta de Patrick, y le ofreció toda la ayuda de la base para su buen cumplimiento.

La tripulación seleccionada comenzó a familiarizarse con el submarino, sobre todo los nuevos y John «bullet» y Eric Jones con sus modernos equipos de radio y la máquina alemana de codificación ENIGMA. Se realizaron algunas salidas cortas dentro de aguas de jurisdicción militar de la base. El submarino respondía sin problemas a las varias pruebas a que fue sometido. Los nuevos destacaban las innovaciones que incorporaba y, sobre todo, los cuartos de baño y el sistema de aire acondicionado se llevaron la palma en popularidad.

Febrero y marzo pasaron rápidamente. Abril fue el mes elegido para desplazarse hasta la base de San Diego y entrevistarse con Reith y Böse. Patrick se llevó a Roger Blaufen y a su segundo Kenneth Miele, por su conocimiento del idioma alemán y así no perder detalle. Tras un vuelo en un avión militar de casi 14 horas, llegaron a la soleada California. La base de San Diego también era muy grande, como Norfolk y era la gran base de la flota americana del Pacífico. Una gran actividad se detectaba en toda la instalación militar. Patrick y Miele ya habían estado en otras ocasiones y les resultaba familiar todo ello.

Durante la II Guerra Mundial el nombre de la base cambió de denominarse Base de Destrucción San Diego a Base Naval de Reparaciones San Diego, que reflejaba no sólo su expansión, sino también su cambio de actividades. Durante la contienda más de cuarenta y tres mil marineros y oficiales fueron entrenados en labores de reparación y más de cinco mil barcos fueron reconvertidos, reparados, mejorados, incluyendo reparaciones causadas por daños en combate. Después de la guerra, la denominación fue cambiada de nuevo a la ya definitiva de Base Naval de San Diego. Ello fue debido al incremento de sus actividades y, sobre todo, como soporte a los barcos de la flota del Pacífico.

La base era la central de más de 60 barcos de la Marina y central de más de 50 mandos separados que tenían como misión dar soporte especializado a la flota en todas las cuestiones relevantes a su funcionamiento. Estos mandos incluían, por ejemplo, el Centro de Entrenamiento de la Flota, Centro Naval Dental, Oficina de Servicios Legales, Actividades Intermedias de Mantenimiento, Centro de Supervisión en la Construcción de Barcos, Conversión y Reparación, Centro de Formación Naval y Entrenamiento, Centro de Ingeniería y Sistemas, Centro de Suministro Industrial de la Flota, Servicio Naval de Investigación, etc.

La base estaba al mando del Comodoro James E. Boak, que amablemente recibió a los tres visitantes en su despacho.

—Capitán Malone, bienvenido a la Base de San Diego —Boak se puso en pie y se dirigió a la puerta de su despacho, donde Patrick y sus hombres esperaban su permiso para entrar.

—Buenos días, comodoro Boak —Patrick estrecho la mano de su anfitrión y con sus compañeros, entró en el despacho—. Quiero presentarle a los hombres de mi equipo que me acompañarán en la entrevista con los alemanes. Son Roger Blaufen y Kenneth Miele —ambos saludaron al comodoro Boak—. Hablan alemán perfectamente y serán de mucha ayuda.

—Conozco perfectamente el motivo de su visita, capitán. El vice-almirante Clark me informó detalladamente. Por nuestra parte recibirá toda la ayuda que pueda necesitar. Durante su estancia en San Diego, les acompañará mi segundo, el teniente James P. Mallory, que les llevará hasta la prisión militar de la base, en donde se halla la tripulación alemana. Cualquier cosa que necesiten, él es su hombre —sonrió Boak.

—¿Cómo se hallan los prisioneros alemanes, comodoro? —Patrick se sentó junto a sus hombres y el comodoro en unas amplias butacas.

—Han colaborado en los interrogatorios, pero creo que no lo han explicado todo. La verdad es que no han dado problemas hasta ahora. Sí que puedo decirle que, como es lógico, desean volver a Alemania, pero se ven superados por la situación —el comodoro se incorporó en su butaca—. Lo más sorprendente de todo es que estando aquí, han sido conscientes del enemigo al que se enfrentaban. Su propaganda política había mostrado a nuestro país como el cúmulo de las desgracias, el desorden y una sociedad fragmentada incapaz de defenderse ni luchar por un interés común. Están asombrados por su ingenuidad.

—Es una información muy interesante, comodoro Boak. Creo que nos puede servir para alentarles en una posible colaboración con los Estados Unidos —Patrick miró a sus compañeros que asintieron sus palabras.

—Siguiendo órdenes del vice-almirante Clark, todos los uniformes alemanes de la tripulación han sido lavados y adecentados. Pueden imaginarse como estaban después de meses en alta mar. Están en unas cajas para que puedan llevarlo a Norfolk —parecía que Boak desconocía el destino final de toda esa ropa—. También el armamento de mano, como pistolas y ametralladoras ha sido revisado, engrasado y puesto a punto para que lo puedan llevar a la base.

Boak se levantó y se dirigió a un armario detrás de su mesa de despacho, del cual extrajo una caja de madera, que entregó seguidamente a Patrick.

—Aquí están las condecoraciones de esos hombres. Deberán llevarlas al vice-almirante.

Patrick y sus hombres abrieron la caja, que como había dicho Boak contenía varias medallas alemanas y distintivos del arma submarina. En silencio extrajeron algunas de las piezas, donde destacaba la Cruz de Hierro de la cual había varias, tanto de primera como de segunda clase. A pesar de la juventud de la tripulación, no les había faltado coraje ni experiencia en combate. Esas insignias lo atestiguaban.

—Muy bien, comodoro Boak. Así lo haremos —Patrick cerró la caja de madera—. Si le parece bien, nosotros vamos a iniciar nuestro trabajo. Mi idea es regresar lo antes posible a Norfolk, pero dedicaremos el tiempo necesario en nuestra misión.

—Perfecto, capitán Malone —Boak se incorporó y avisó por teléfono a su secretaria para que el teniente James P. Mallory se presentase en su despacho. Al poco, sonaron unos golpecitos en la puerta y la secretaria de Boak entró informando que el teniente ya estaba allí. Mallory entró y tras ser presentado por Boak, saludó a todos los presentes. Parecía un buen tipo.

El comodoro Boak despidió a todo el grupo, que se puso inmediatamente en camino para comenzar su trabajo. Un coche les recogió en la puerta del edificio ya que las distancias eran inmensas.

—Esos marineros están hartos de estar aquí —comenzó por decir Mallory cuando el coche arrancó.

—No me sorprende, llevan casi un año —asintió Patrick.

Mallory continuó:

—No han dado problemas, aunque tampoco han tenido mucho margen de movimiento. Están en la prisión interna y sólo están todos juntos durante el tiempo de patio y en el comedor.

El coche continuó hasta la puerta de la prisión. El día era caluroso y el edificio penal no destacaba exteriormente por lo que era. Parecía un edificio más. Cuando entraron, tras identificarse, fueron conscientes de que era una prisión militar. Fueron recibidos por el responsable de la prisión, el capitán de navío Thomas A. Pemberton. Llegaron justo en el momento en que los internos salían al patio central de la instalación. Además de marineros americanos que habían cometido algún tipo de delito, también había prisioneros japoneses allí. Resultaba curioso ver aquella amalgama de hombres.

Mallory y el responsable de la prisión, Pemberton, llevaron al grupo hasta una sala para poder realizar las entrevistas. Una mesa rectangular bastante grande y unas sillas espartanas eran toda la decoración de dicha sala. Destacaba un ventilador de techo que iba girando con parsimonia y algo de ruido y dos ventanas altas, sin rejas que dejaban entrar el potente sol californiano. Patrick y sus compañeros tomaron asiento en la parte central de la mesa, dejando sus maletines en el suelo tras extraer documentos que podrían ser útiles en su reunión.

—Capitán Pemberton, necesitamos ver a los internos Wolfgang Reith y Georg Böse, por favor. También les he de rogar, por el marcado carácter confidencial de nuestra visita y lo que hemos de hablar con los prisioneros, que ustedes nos dejen a solas con ellos. Lo lamento, pero son las órdenes del vicealmirante Clark.

—No se preocupe, capitán Malone —intervino Mallory, mientras Pemberton reafirmaba sus palabras con un leve movimiento de cabeza—. Ya habíamos sido informados de esa eventualidad. Ahora mismo vendrán los dos internos que desean ver.

Los dos oficiales desaparecieron por la puerta de entrada en busca de los dos alemanes.

Patrick miró a sus compañeros:

—No sé si les ha gustado esa orden, pero así es.

—No te preocupes, Patrick —dijo Kenneth—. No van a discutir una orden y el tema es tan confidencial que es lógico que no estén con nosotros. Todo viene desde muy arriba.

Los tres iban preparando algunos informes y también algunos blocs para anotar los puntos más interesantes que se pudiesen tocar.

—Ya sabéis que me interesa cualquier cosa en alemán que se digan entre ellos. Böse no conoce bien el inglés. No quiero perder detalle.

Patrick lo quería dejar bien claro y sabía que podía confiar en sus compañeros. Kenneth y Miele se prepararon para una escucha activa. La puerta se abrió en ese instante y un MP entró seguido por los dos alemanes y dos MP más que cerraban la comitiva. Luego, entraron de nuevo Pemberton y Mallory, que se despidieron de Patrick y sus compañeros.

—Ya nos informarán cuando acaben. Estamos a su disposición.

Se retiraron y tras ellos los MP. Estaban solos con los dos submarinistas alemanes.

Los tres se pusieron de pie y saludaron efusivamente a sus antiguos compañeros de viaje. Nadie hubiese dicho que habían sido enemigos. Tenían buen aspecto, aunque ahora vestían la clásica ropa de presidio consistente en un pantalón azul marino y una camisa azul más claro. Un número identificativo en el lado izquierdo del pecho, remataba la nueva imagen de los submarinistas.

—Es un placer volver a verles a los dos. Se lo digo de verdad, amigo Reith —empezó Patrick.

Reith sonreía algo forzado.

—Capitán Malone, estamos hartos de nuestra estancia aquí. No somos criminales, sólo soldados y sin

embargo no podemos volver a Alemania.

—Conozco las circunstancias y lo lamento. Por ahora ha de ser así, pero no creo que sea por mucho más tiempo. Le puedo informar que las tripulaciones que también se rindieron en Argentina, están camino de casa en este momento.

Aunque el inglés de Böse era mejor, Reith le tradujo las palabras de Patrick. Una cierta tranquilidad pareció asomar en los rostros de los dos curtidos submarinistas.

Patrick invitó a sentarse a todo el grupo, aunque Reith fue más rápido.

—Nos complace verles también a nosotros. Hace ya varios meses de nuestro viaje desde Argentina —los tres asintieron las palabras de Reith—, pero no entendemos cual es el motivo de su visita y el querer vernos precisamente a nosotros dos.

La pregunta no dejaba lugar a dudas.

—No iré con rodeos, señores —Patrick apoyó los codos en la mesa y unió sus manos frente a su rostro—. Siempre he recordado aquellas palabras que me dijo a bordo del U-2193 sobre la fortaleza antártica llamada Base 211. He de reconocer que no di un crédito muy elevado a sus palabras Reith, pero han sucedido varios acontecimientos que confirman buena parte de su relato —Reith tradujo al alemán lo que decía Patrick, aunque Böse parecía afirmar que entendía lo que se estaba diciendo—. Para los Estados Unidos representa una amenaza real la existencia de esa base y todo lo que contenga. No sabemos que hay ni cuál es el grado de amenaza, pero no podemos permitirlo.

—¿Y que piensan hacer? ¿Atacar la Base 211? —preguntó Reith de forma directa.

Patrick sabía que no podía mentir y sabía que tenía que dar una imagen potente en ese momento.

—Se está preparando la flota de ataque antártico más grande de la historia. Se combinan fuerzas de tierra, mar y aire. Unos cinco mil hombres participarán en el ataque. Incluso un portaaviones dará soporte aéreo. Vamos en serio, créanme.

Los alemanes se miraron incrédulos ante tales palabras.

—Suenan imponente, capitán Malone —dijo Reith—. Gracias por la información, pero ¿qué tenemos que ver nosotros dos en todo ello?

—El ataque está previsto de la forma convencional y con las tropas que acabo de citar. Sin embargo, la misión que se nos encomienda a mis hombres y a mí es diferente, pues participaremos en la batalla pero lejos de la flota citada. Usaremos el submarino U-2193 para penetrar en la Base 211, con un grupo de asalto, que complementará y allanará el ataque de la flota en el exterior. Tanto en el viaje hasta allí, como para poder entrar. Cuando estemos dentro de la base, les necesito a los dos.

Reith y Böse no pudieron esconder sus caras de sorpresa ante la solicitud.

—Pero eso es traicionar a nuestra patria, capitán —dijo Böse en un inglés básico.

Patrick fue implacable:

—Su patria, Alemania, está en este momento destruida. No queda nadie de su régimen político. Bastante trabajo tienen en su reconstrucción y en hacer olvidar al mundo lo que ha representado el nazismo. Ustedes han luchado por unos ideales equivocados y ahora tienen la oportunidad de resarcir su grave equivocación. Les ofrezco una oportunidad única e irrepetible, créanme.

—¿Cuál sería nuestra misión específica, capitán? —inquirió Reith, más práctico.

A Patrick le gustó la pregunta, ya que parecía denotar interés activo por la misión.

—Necesito que vayan a bordo con mis hombres y que vayan comunicándose con la máquina ENIGMA con la Base 211. Haremos algunas paradas planificadas en el trayecto y quiero que se les vea.

Una vez en la base, ustedes serán nuestro señuelo y quienes tendrán que hacer que se abran las puertas de entrada sin sospechas.

—¿Qué ganamos con todo ello, capitán? —nuevamente Reith demostró practicidad.

—¿Qué se les ocurre? —Patrick pasó la pregunta a los alemanes, antes de explicar su oferta. Igual le salía bien.

Reith hizo la traducción al alemán para Böse de las palabras de Patrick.

—Para nosotros es una sorpresa total lo que nos propone. Además, quiere decir que la guerra continúa para nosotros, aunque en un bando diferente y eso significa también que volveremos a Alemania mucho más tarde que nuestros compañeros.

—En cierta manera se puede contemplar así. De todas maneras, necesito su respuesta de forma rápida. No tenemos tiempo para demorar la misión. ¿Les interesa o no? —Patrick sabía que estaba forzando la máquina, pero consideró que tenía que hacerlo en esas circunstancias.

Reith mostraba cierto nerviosismo.

—Comprenda nuestra situación, capitán Malone. Hemos sufrido interrogatorios extenuantes, llevamos aquí meses, no sabemos nada de nuestras familias y ahora, repentinamente, surgen ustedes de nuevo para proponernos algo que rompe nuestros esquemas y que retrasa nuestro regreso a Alemania. Todo ello, sin contar que podemos morir en la misión que nos propone.

Patrick confirmó los temores de Reith.

—Puede suceder lo que usted dice, Reith. No puedo garantizar que volvamos todos. Quizás ninguno de nosotros regrese, no quiero engañarle. Mis hombres y yo tenemos el mismo problema, pero somos soldados.

Reith continuó:

—Nosotros ya estamos desmovilizados. Se acabó el ejército. ¿Y nuestras familias, capitán? Yo tengo mujer y tres hijos en Kiel, y Böse, mujer y dos hijos en Königsberg. Entenderá nuestra angustia. La guerra ha terminado y nosotros hemos sobrevivido. Nuestros seres queridos esperan nuestro regreso impacientemente —Böse refrendaba en silencio las palabras de su compañero.

Patrick consideró que llegado a este punto y viendo que los alemanes no se negaban estrictamente a llevar a cabo la propuesta antártica, sino que su problema eran sus familias y su incierto futuro, explicó qué podía ofrecerles.

—Comprendo lo que dicen y entendemos que mi petición va más allá del deber normal. Por ello, les garantizo que si colaboran con nosotros y llevamos a cabo la misión sin problemas, ustedes dos y sus familias se convertirán en ciudadanos norteamericanos. Desde el momento que acepten la misión y su buena preparación, sus familias ya serán trasladadas a los Estados Unidos y podrán verse con ellos en la base de Norfolk. A sus familias no les faltará de nada y estarán bajo la protección de nuestro gobierno hasta nuestro regreso de la Antártida. Ellos dispondrán de todas las comodidades, no se preocupen.

Patrick tendría como rehenes, aunque con todas las comodidades y ventajas, a las dos familias, con lo que podría asegurar la correcta participación de los dos hombres en la misión.

La oferta era demasiado tentadora y, sobre todo, pensando en la situación que reinaba en Alemania en aquellos momentos y el racionamiento y todo tipo de penurias que tenía la población civil. Aquella oferta representaba un futuro más sólido para todos ellos. América era el futuro. Tras un breve intercambio en alemán entre los dos submarinistas, que Miele y Balufen confirmaron discretamente a Patrick, los dos

hombres aceptaron la propuesta. Ya formaban parte del equipo de Patrick.

—Tengo órdenes superiores de que al aceptar nuestra propuesta, como acaba de suceder, deberé llevarlos inmediatamente a Norfolk para seguir con los preparativos. Sinceramente, estoy muy contento y creo que podremos llevar a cabo la misión perfectamente.

Se felicitaron y dieron aviso a Pemberton y a Mallory, quienes se personaron al poco rato.

—Estos hombres están bajo mi jurisdicción desde este momento —Patrick extrajo un documento autorizando a llevar a los dos marinos a Norfolk con ellos. Lo tenía preparado por si las cosas llegaban a buen puerto. Pemberton no puso objeción alguna y permitió que los dos se despidiesen de sus compañeros y recogiesen sus pocas pertenencias personales. También se les dio ropa civil para su traslado. Tras todo el trámite oficial, Mallory propuso ir a comer y luego podrían pasar a despedirse del comodoro Boak.

A sus compañeros alemanes que continuarían en la prisión, les pusieron la excusa de un interrogatorio en Norfolk y que ya se reunirían con ellos en Alemania. Intentaron levantarles el ánimo con la noticia de su próxima puesta en libertad. Blaufen garantizó a Patrick lo dicho por los dos alemanes a sus compañeros, con lo que todo parecía ir sobre ruedas. Mientras esto sucedía, Mallory informó a sus invitados que el avión militar que les llevaría de nuevo a Norfolk tenía prevista su salida a 18.00 del aeropuerto de San Diego. El vuelo nocturno haría escala en El Paso y en Atlanta, para llegar a Norfolk al día siguiente por la mañana. Las cajas con los uniformes alemanes y el armamento ya estarían a bordo del avión cuando ellos embarcasen. Llegarían a primera hora de la tarde.

Tras una comida todos juntos, Reith se acercó a Patrick mientras entraban en el edificio central de la base de San Diego, para despedirse del comodoro Boak.

—Veo que llevaba ya el documento preparado para llevarnos a los dos a Norfolk. Estaba muy seguro de que aceptaríamos, ¿verdad, capitán Malone?

Patrick sonrió ligeramente.

—No estaba totalmente seguro, Reith, pero creo que la oferta era muy buena en las actuales circunstancias tanto de ustedes como de sus familias en Alemania. Y, sinceramente, creo que han tomado una buena decisión. Ahora espero su completa entrega para que todo salga según lo previsto.

Reith también sonrió.

—No me tome a mal, capitán, pero usted tendrá a nuestras familias como rehenes en la base de Norfolk mientras llevemos a cabo la misión. Nosotros no tenemos otra opción que colaborar con ustedes.

Patrick se detuvo ante las palabras de Reith.

—Lamento que piense así. No los considere como nuestros rehenes. Nosotros no los consideramos de esa manera. Simplemente estarán bajo nuestra custodia durante la misión. Tendrán una vida como la de cualquier familia de militar americano y se irán integrando en la vida normal de la base y también en la vida social. No tengo ninguna duda. Después, a su regreso, todos se incorporarán a la vida normal y seguramente en algún trabajo en la base. De ustedes sólo solicito un buen servicio y que nos ayuden a destruir la Base 211, nada más. Lo que consiguen a cambio supera con mucho la vida que le espera a muchísimos alemanes en los próximos años. Repito: han hecho un buen negocio aceptando.

La conversación terminó ahí y Reith se vio obligado a aceptar las palabras. En su fuero interno también consideraba que habían hecho lo mejor tanto Böse como él. El comodoro Boak salió a recibirles en el amplio vestíbulo y les acompañó hasta su despacho. En el fondo quería que se marchasen rápido, ya que estos visitantes tenían línea directa con los peces gordos y no quería líos en su base. Desconfiaba de

este tipo de visitas y, sobre todo, aunque Clark le había informado de que vendrían, no sabía exactamente de qué iba todo aquello y por qué se llevaban a aquellos dos alemanes precisamente.

—Muy bien capitán Malone —comenzó Boak—. Espero que haya podido llevar a cabo su trabajo sin contratiempos.

Patrick asintió.

—Ha ido todo muy bien y sólo queríamos despedirnos de usted personalmente y agradecerle su ayuda. Nuestro avión sale a las 18.00 y tenemos el tiempo justo para ir al aeropuerto. Le agradeceré que avise al vice-almirante Clark de nuestro regreso. Así me lo indicó él.

—No hay problema y ahora dispondrán de un vehículo que les llevará al aeropuerto —Boak miraba a los dos alemanes en ropa civil—. Espero que ustedes tengan un buen regreso a Alemania.

Los dos respondieron a Boak con una sonrisa. Luego todo el grupo salió fuera del edificio central y al poco un automóvil oficial les recogió y les llevó al aeropuerto.

Se empezaba a notar en Norfolk una actividad más allá de lo normal. Parecía intuirse la preparación de la Operación Highjump. Llegaban materiales de todo tipo desde los lugares más insospechados de los Estados Unidos. La instalación de catapultas y grúas en los barcos para los aviones e hidroaviones era notoria. Las pruebas que se realizaban confirmaban que el sistema funcionaba muy bien. Aunque Byrd, Creuzen y Nimitz habían regresado en alguna ocasión a la base, Patrick y sus hombres ya estaban enfrascados en los preparativos y la misión con el U-2193, y por ello ya no hubo más reuniones con los mandos. Clark ya era su interlocutor a todos los efectos.

Se acordó con el vice-almirante Clark que el submarino debía partir de Norfolk el 1 de octubre de 1946 y se había planificado su llegada a la Antártida entre mediados y finales de diciembre. Casi al mismo tiempo que la flota de superficie. Clark les iría informando de la posición y llegada de la flota durante la travesía. Sólo los altos mandos conocían la existencia del U-2193 en la Operación Highjump. El secreto y la discreción debían de ser máximas. Todo se sabría al finalizar la misión, tras la victoria.

Los hombres de Patrick aprendieron algunas órdenes militares en alemán y también algunas palabras de uso corriente en el ambiente militar y sobre todo dentro del mundo naval. Aprendieron también a nombrar aparatos y mecanismos del submarino en ese idioma, para ir familiarizándose con esos términos por si surgía la necesidad de demostrar que eran alemanes en las diferentes escalas previstas del viaje hasta la Antártida. De todas formas era una labor compleja y que, salvo en una situación muy comprometida, Reith, Böse, Blaufen o Miele tendrían la labor de encargarse de hablar con cualquier persona externa al submarino, mientras la misión se llevase a cabo. No podía haber errores y que la Base 211 fuese alertada de la trampa. Todos ellos se familiarizaron con los uniformes que llevarían durante la travesía y el armamento de mano alemán que deberían lucir ante cualquier persona ajena.

Para Reith y Böse casi resultaba cómico el ver a los americanos luciendo uniformes de la Kriegsmarine y tratando de comportarse como marineros germanos. Los dos alemanes habían cambiado totalmente su mentalidad y casi parecían americanos. Estaban en su papel y por el momento la colaboración era total. También el equipo de Patrick los había recibido con entusiasmo y sin diferencias. En junio de 1946, habían llegado las familias de los dos. En el caso de Georg Böse había sido más complicado, pues Königsberg quedaba totalmente en la zona polaco-soviética y había sido muy difícil hallar a la familia y los permisos para su salida de Alemania. Los rusos eran muy meticulosos y no entendían el interés americano por aquella familia normal. No lo pusieron fácil, pero la intervención del

Secretario de la Marina Forrestal, desde un discreto segundo plano, había allanado los problemas burocráticos con los comunistas.

Para los dos alemanes fue un gran momento y que les motivó extraordinariamente. No sólo Patrick había cumplido con su palabra, sino que la instalación de las dos familias en Norfolk superaba cualquier expectativa que hubiesen tenido previamente. De hecho, se les instaló en dos bungalows amplios y cómodos, con todo tipo de electrodomésticos y facilidades. Disponían de cartillas de compra en el supermercado de la base, donde las dos mujeres y los niños no daban crédito a sus ojos de la enorme cantidad de productos de todo tipo a su disposición. La diferencia con Alemania en aquel momento era inimaginable y agradecían la buena suerte que habían tenido. Curiosamente, ninguna de ellas quiso saber qué estaban haciendo sus maridos a cambio de todo aquello. Preferían disfrutar de la situación y vivir una vida que Alemania no les podría ofrecer en muchos años. Y, sobre todo, pensaban en los niños y en su futuro. Aquella podía ser la mejor situación posible y estaban determinadas a aprovecharlo. Esa postura ayudó mucho a sus maridos en las extenuantes jornadas de preparación y entrenamiento a bordo del U-2193.

El verano de 1946 había sido caluroso y ya el mes de septiembre parecía dar paso a un otoño y un invierno que parecía que serían fríos. Toda la zona al norte de Nueva York hasta Nueva Inglaterra se caracterizaba por temperaturas extremas en ambos sentidos. Pero tanto en invierno como en verano había algo común y eran las heladas aguas atlánticas. Las pruebas de salvamento en alta mar eran un suplicio para los componentes del equipo de Patrick, pero absolutamente necesarias para todo tripulante de un submarino. La cubierta de la nave, a diferencia de un barco convencional, facilitaba en un golpe de mar la posible caída de un submarinista que llevase a cabo labores en la cubierta. A pesar de que iban cogidos con cabos, el problema lo daba la rápida hipotermia en el agua, que se agravaba enormemente en aguas antárticas. Por ello, había que entrenar en las peores condiciones si querían tener alguna posibilidad de supervivencia.

John «bullet» se presentó ante Patrick totalmente mojado tras pasar la prueba de caída en alta mar.

—Supongo que estarás contento. El agua estaba helada —abrió los brazos en señal de impotencia y mirándose.

—No te quejes, John, podría haber sido de verdad y ahora me lo estarías agradeciendo —contestó sonriendo Patrick.

—Yo soy un oficial de comunicaciones. No salgo a cubierta sino es en el muelle de atraque. Mi situación no es la misma que la de los demás —balbuceó John sabiendo que no tenía nada que hacer.

—Órdenes son órdenes y esa era la prueba que teníamos para hoy. Todos la hemos pasado. Anda ve a secarte y cambiarte de ropa —Patrick volvió a su puesto en la torre junto a Miele, Böse y Reith.

—Estas pruebas son odiosas, pero necesarias —confirmó Reith—. En la Kriegsmarine las hacíamos continuamente y han salvado muchas vidas en alta mar.

—La vida a bordo de un submarino tiene diferencias fundamentales con otros navíos —añadió Miele—. Algo insoportable para cualquier tripulante es que tengan que extirparle el apéndice para evitar una peritonitis, lejos de cualquier puerto y sin capacidad para realizar la operación con garantías.

—Nosotros también lo hacíamos y eso ha salvado muchas vidas también —indicó Böse, cuyo inglés había avanzado y mejorado notablemente.

La idea de un tripulante sufriendo una peritonitis por perforación del apéndice era una imagen terrible, ya que la muerte era segura. Así había pasado en los submarinos de la Primera Guerra Mundial,

hasta que se dio la orden de aceptar tripulantes que no sólo tuviesen un cuadro clínico normal y alejado de epilepsias y otros males de difícil solución a bordo, sino que debían de pasar los trámites médicos estipulados y extirpación obligatoria del apéndice.

—Pon rumbo a puerto, Kenneth —ordenó Patrick a su segundo.

—Sí, señor —respondió Miele, llevándose dos dedos a su gorra americana de plato y dirigiéndose al puente de mando. Había buen ambiente general y eso ayudaba mucho. En esas pruebas seguían llevando los uniformes americanos. No había problemas y estaban lejos de cualquier mirada indiscreta. La zona restringida militar de mar frente a Norfolk era inmensa y allí no se podía acercar ninguna otra embarcación.

El submarino solía volver a la base al anochecer, para evitar miradas curiosas o encuentros inesperados con embarcaciones civiles. En estas pruebas ondeaba la bandera americana y la codificación alemana, había sido alterada temporalmente por un código de la Marina estadounidense. Norfolk también les indicaba quién se movía por el perímetro de la base y si debían esperar o podían entrar sin problemas.

En cada salida se radiaba desde la máquina ENIGMA algún tipo de mensaje, para no perder el contacto con la base alemana. Reith y Böse indicaban datos e información típica de la Kriegsmarine, así como una posición ficticia que iba variando en función de los mensajes. Norfolk también radiaba mensajes falsos de avistamiento del U-2193 en unas frecuencias que podían ser captadas desde la Antártida y que confirmaban la posición dada por el submarino. Se indicó a la Base 211 que estaba previsto llegar allí en diciembre, tras haber cumplimentado diversas misiones.

Resultaba muy curioso ver como la Base 211 respondía a los mensajes. A los americanos aquella base les parecía increíble y sobre todo que hubiese alguien allí. En el último mensaje, la base solicitaba algunos medicamentos muy específicos y material de cirugía, que esperaban que el submarino llevase en diciembre. Patrick aprovechó la situación para que la base les indicase cuanta gente habitaba sus instalaciones en ese momento. La base no respondió a esa pregunta.

Ese día y mientras el submarino se dirigía sin contratiempos hacia su base, Reith y Patrick habían coincidido en la sala de oficiales frente a unos humeantes cafés. El resto de la tripulación estaba en sus puestos y la jornada se había desarrollado sin problemas. Reith se sentía bien y creía haber tomado una buena decisión al haber aceptado su participación en la misión.

—Capitán Malone, es usted un hombre de palabra. Quiero agradecerle en nombre de mi familia y el mío el haber cumplido su compromiso de traerles a los Estados Unidos y que se hallen bien instalados. Hablo también en nombre de Böse.

—Era mi parte del trato, Reith. Agradezco sus palabras y ahora les corresponde a usted y a Böse llegar hasta el final con nuestra misión —Patrick bebió un sorbo largo de su café—, puedo comprender que sea difícil atacar con nosotros la base alemana, pero los Estados Unidos sabrán ser generosos con ustedes. Dentro de la Operación Highjump, nuestro trabajo es fundamental.

—No se apure, capitán. Nosotros somos hombres de palabra también, nuestra decisión está clara y llegaremos hasta el final. Nuestros antiguos camaradas ya no lo son a nivel militar. Hoy entendemos que Alemania empieza a ser otra y la Alemania a la que nosotros hemos servido ha terminado y sólo queda esa base antártica —Reith estaba convencido de lo que decía.

—Me alegra lo que me dice —Patrick sonrió—. Personalmente les agradezco que hayan aceptado y

creo que nuestra misión sin ustedes dos no sería igual. Ustedes son dos piezas imprescindibles.

Reith agradeció la confianza que demostraba Patrick. Luego los dos hombres permanecieron en silencio, pensativos, observando el humo que iba saliendo de sus tazas. Patrick continuó:

—El otro día estuve reunido con el vice-almirante Clark, hablando sobre varios puntos de nuestra misión. Me comentó sobre diversos proyectos que Alemania puso en marcha para ayudar en el montaje de la Base 211. Clark me dejó muy sorprendido cuando me habló de una unidad aérea secreta, KG 200, que participó de forma notoria en misiones muy confidenciales durante la guerra y cuyos aviones colaboraron en el envío de personal y material a la Antártida. ¿Es cierto? ¿Qué puede decirme sobre todo eso, Reith?

Reith sonrió.

—El KG 200 fue un escuadrón secreto, para misiones secretas. Se que empezó ya antes de la guerra y primero se llamó Gruppe Rowehl en honor a la persona que lo montó y lo dirigió durante casi toda la guerra. Luego, pasó a denominarse KG200 a partir de 1944, hasta el final.

—¿Y qué misiones llevó a cabo, Reith? —Patrick demostró curiosidad por esa secreta y fantasmagórica escuadrilla.

—No lo sé bien, capitán. También era una formación secreta para nosotros. De todas maneras, sí que puedo decirle dos cosas: una es que usaban todo tipo de aviones y eso incluía aviones enemigos capturados. Por ejemplo los B-17 o los B-24, Mosquitos, Curtiss, etc. Y un segundo punto es que se llevaron a cabo misiones de lanzamiento de sabotadores en territorio enemigo o de equipos de espionaje.

—Y la Antártida. ¿Cómo colaboró el KG 200 con la Base 211? —Patrick terminó su café.

—Nuestros submarinos y barcos de superficie recogían a los pasajeros y el material que llevaban esos aviones desde la última mitad de 1944 hasta el final de la guerra. Yo había participado en varias de esas misiones de recogida que se llevaban a cabo en Namibia o en la isla de Zanzíbar y el posterior viaje hasta la Base 211.

—¿Cómo es la Base 211? ¿Es muy difícil entrar? —Patrick veía un buen momento para hablar distendidamente con Reith.

—La Base 211 es toda una ciudad subterránea. Hasta donde sé la población entre civiles, científicos y militares es de varias decenas de miles de personas. La temperatura interna es muy agradable ya que se ha sabido aprovechar la actividad geotérmica natural, para calentar toda la zona de la población y edificaciones. Viven y trabajan en instalaciones construidas al efecto, donde obtienen los materiales necesarios para desarrollar su labor. Cuando el material es pesado o de metalurgia voluminosa, entonces viene de Chile o Argentina, fabricado por empresas de esos países pero dirigidas por alemanes, en barcos civiles de bandera de conveniencia y totalmente controlados y protegidos en su viaje hasta la base. La Base 211 tiene varios emplazamientos más, que controlan una vasta área antártica, pero siempre dentro de los límites de lo que llamamos Neuschwabenland como se marcó en 1938. Por ejemplo, frente al Mar de Weddell, donde hay dos bases de control aéreo y marítimo.

—Pero, ¿la vida no es muy dura bajo tierra? —Patrick no entendía cómo se podía vivir así.

—En primer lugar, los habitantes de la Base 211 están concienciados y creen en lo que están haciendo. Todos son voluntarios, tanto hombres como mujeres. Algunos llevan ya casi tres años allí. Pero es verdad que no es una vida fácil a pesar de ciertas comodidades existentes. Por ello, cada 3 meses aproximadamente y por turnos, grupos de la población pasan un periodo de tiempo en Chile o Argentina,

para luego regresar y seguir con su trabajo.

—Parece que esos países han brindado y brindan una ayuda inestimable. Y en el caso de las familias, los hijos, etc. ¿Cómo funciona todo eso? —a Patrick le parecía increíble.

—Ha habido muchos nacimientos, ya que el gobierno del IV Reich da la máxima prioridad a las familias y a los hijos. No puedo decirle nada más sobre este punto ya que lo desconozco —Reith se encogió de hombros, y Patrick se sorprendió por la definición de «IV Reich».

—No se preocupe. ¿Y la defensa de la base? —continuó Patrick.

—La guarnición de la base realiza misiones de control o defensa y puede rondar los 4 mil ó 5 mil hombres de las SS, aunque creo que son muchos más. Puedo decirle que a unas 300 millas náuticas, cualquier nave aérea o marina que se aproxime es localizada. Se tiene constancia de las naves propias, aéreas submarinas o de superficie que operan. Por ello, si se trata de naves enemigas comienza un protocolo de defensa que empieza con la salida de naves circulares que nada tienen que ver con los aviones que todos conocemos. Ni siquiera necesitan pistas de despegue o aterrizaje ya que lo hacen verticalmente desde túneles realizados al efecto. Estas naves pueden entrar en combate o bien observar al barco localizado. Hemos tenido falsas alarmas por flotas balleneras noruegas, chilenas o argentinas y por ello se tiene que identificar primero al supuesto enemigo. Si es enemigo sufre el ataque demoledor de las naves circulares —Patrick recordó las fotos de las naves circulares que había visto en la reunión en Norfolk, con el alto mando de la Operación Highjump—. La base ha tenido que intervenir contra algún barco británico, algún avión espía aliado, barcos de pesca espías, etc. Han sido intervenciones rápidas que pareciesen accidentales o sin posibilidad de que el enemigo pudiese explicar la situación. Y en todos los casos, sin supervivientes enemigos. Pero, la Base 211 huye de enfrentamientos directos para no revelar que existe. Por lo que sé, aún queda mucho trabajo por realizar para un IV Reich.

Patrick sonrió ante esa definición.

—No es ninguna broma capitán Malone, el objetivo es ése.

Reith continuó:

—La defensa estática incluye baterías costeras de artillería convencional muy evolucionada, cañones sónicos y de torbellino y todo tipo de cohetes y misiles mucho más modernos que los utilizados en la última fase de la guerra.

Patrick había oído algo sobre esas armas fantásticas y legendarias e incluso le constaba que su ejército había capturado uno de esos cañones de torbellino de Vortex o «Turbulenzgewehr», diseñados por el austríaco Dr. Zippermeyer, y capturado por miembros del C.A.F.T. (Intelligence Technical Branch) del 12.º Grupo de Ejércitos de los Estados Unidos, en el campo de pruebas de Hillersleben el 28 de abril de 1945, a unos 120 kilómetros al oeste de Berlín. Su construcción se había realizado en la fábrica Hermann Göring Stahl Werke en Heerte, en la Selva Negra. Era un cañón de forma extraña, que estaba semi-enterrado y que asemejaba una L enorme, con el extremo corto en vertical, que lanzaba unos «paquetes» de aire a altísima presión a mucha distancia, tanto aérea como terrestre, pudiendo destruir cualquier objeto. Su construcción se llevó a cabo para luchar contra las oleadas de bombarderos aliados sobre Alemania. El cañón estaba dotado de una cámara de combustión que generaba unas explosiones que se dirigían contra el objetivo. Unas enormes llamaradas de hasta 4 metros de longitud salían desde la boca de dicha arma, que solía ir montada en una plataforma de tren, por lo que podía ser usada en la defensa de terrenos montañosos o colinas desde la boca de un túnel y protegida de los ataques aéreos.

Años antes de todo esto y como origen de dicha arma, el Dr. Zippermeyer había estudiado científicamente los accidentes aéreos producidos por turbulencias atmosféricas y otros fenómenos climatológicos. Como consecuencia de todo ello y por el rearme que Alemania tenía en aquel momento, buscó la aplicación práctica del torbellino artificial como arma antiaérea. Las primeras pruebas no tuvieron el éxito esperado y buena parte de las esperanzas se frustraron. En estas pruebas, un cilindro lanzaba a alta velocidad carbón muy pulverizado al cielo y seguidamente un proyectil antiaéreo intentaba inflamarlo de golpe, pero las pruebas indicaron que no funcionaba. Un gran problema era la sincronización del detonador y el momento idóneo de expansión del carbón en el aire. El carbón tampoco ardía con la potencia suficiente para producir el torbellino artificial. La cantidad requerida de carbón hubiese sido tan alta que era imposible llevar la teoría a la práctica. Se intentó con otros materiales inflamables, pero no se pudo encontrar ninguno en aquel momento.

El proyecto parecía condenado al fracaso, cuando la casualidad vino a ayudar al científico austríaco. Durante el verano de 1944, una serie de explosiones consecutivas destruyeron totalmente una refinería de gasolina sintética en Ludwigshafen. El motivo fue un escape incontrolado de gas de etileno, aunque los americanos dijeron que había sido un nuevo tipo de bomba de aire líquido. Miembros del T.A.L. (Technische Akademie der Luftwaffe), tras investigar el accidente llegaron a la conclusión de que ese sería el componente ideal para el cañón del Dr. Zippermeyer. Sin embargo seguía siendo muy complejo su uso como arma antiaérea ya que poder conseguir la precisión necesaria era extremadamente difícil. Sin embargo, como arma aire-aire y de ataque terrestre resultaba prácticamente perfecta. Se diseñó y utilizó una pequeña bomba de 34 kilos de óxido de etileno que, en el momento de su explosión, lanzaba al aire su nube mortal, después un detonante interno provocaba su inflamación, produciendo instantáneamente una bola de fuego que emitía una devastadora onda de presión que alcanzaba las 210 toneladas por metro cuadrado y que destrozaba cualquier cosa a su alcance.



Extraño cañón del Dr. Zippermeyer

Como puede imaginarse y tal como estaba la situación en los frentes, el Alto Mando del Ejército Alemán demostró el máximo interés por el sistema. La bautizaron como «bomba de aire líquido» y según consta en declaraciones recogidas en el informe nº 142 de BIOS (British Intelligence Objectives Sub-Committee) del interrogatorio a que fue sometido el Dr. Kurt Creutzfeld, un científico del equipo del Dr. Zippermeyer, la bomba tenía un 59% de carbón pulverizado y un 41% de aire líquido. Precisamente, esta descripción tan somera, impide conocer cuales eran exactamente los componentes precisos. Se sabe que el arma fue preparada por los especialistas de la empresa Nobel GMBH y desarrollada en Viena, por lo menos en esos niveles de desarrollo.

La situación cada vez peor del curso de la guerra obligó a trasladar al Dr. Zippermeyer y a su equipo a la fábrica de giróscopos Horn en la ciudad de Plauen, Vogtland en Sajonia, durante septiembre de 1944. No se sabe el paradero del científico, pero los ingleses siempre han creído que cayó en manos soviéticas, aunque también pudo haber escapado. Durante el interrogatorio a que fue sometido el Dr. Creutzfeld, éste afirmó que en la primera prueba de la bomba plenamente desarrollada, logró destruir todo por completo en un radio de 500 a 600 metros y produjo daños muy serios hasta 2 kilómetros de distancia. Otra prueba posterior y con un proyectil de más carga, la explosión cubrió y devastó una zona de 4 kilómetros y los daños alcanzaron más de 12 kilómetros. Este último ensayo fue fotografiado y registrado con diversos aparatos de seguimiento por el Standartenführer de las SS Klumm, remitiendo todo el material al General SS Kammler y al consejero personal de Himmler, Brandt. Se sospecha que el

arma fue utilizada en varias ocasiones contra objetivos terrestres enemigos y en especial en la defensa de un puente sobre el río Elba en Alemania. Pero el secreto continúa aún hoy sobre un arma terrorífica. ¿Se desclasificarán algún día los documentos relativos al Dr. Zippermeyer y a su cañón? ¿Por qué siguen ocultos?

Por otro lado, el Dr. Richard Wallauschek diseñó un cañón sónico llamado «Luftkanone o Stichhaltiger Kanone», que consistía en unos grandes reflectores parabólicos con forma de disco de unos 3 metros de diámetro, conectados a una cámara compuesta de varios tubos que disparaban una mezcla de metano y oxígeno a una cámara de combustión. Allí, los dos gases eran quemados en unas explosiones continuas y cíclicas a impulsos entre 800 y 1500 por segundo. La longitud de la cámara de tiro era exactamente una cuarta parte de la longitud de las ondas sonoras emitidas por las explosiones que se producían. Cada explosión iniciaba la siguiente, generando una onda de choque de alta intensidad que excedía los 1000 milibares a 50 metros y por ello, creando una fuente de sonido de gran amplitud.

El sonido emitido, una sola nota continua, era tan grande y de tal presión auditiva que cualquier persona moría en un radio de 100 metros o podía quedar fuera de combate en un radio de casi 500 metros. Los test efectuados en laboratorios demostraron que el concepto y la máquina funcionaban y se sabe que se construyó un cañón sónico que fue capturado por los americanos al finalizar la guerra.



El cañón del Dr. Richard Wallauschek, capturado por las tropas americanas

Patrick estaba asombrado.

—Pero, ¿qué me está diciendo, Reith? La Operación High-jump se estrellará contra un muro infranqueable. Será un desastre. Esas armas son muy superiores a nuestro arsenal —puso las manos sobre la frente—. No es posible lo que dice.

—Como ya sabe, capitán, todo lo que le he explicado está en el informe que hice con Böse para usted y el vice-almirante Clark, al iniciar nuestra colaboración. No puedo explicarlo más claro, pero parece que no les preocupa demasiado.

—Sí conozco el informe y lo comenté con Clark. Nos ha parecido excesivo, aunque no lo hemos tomado como una broma. Aunque el problema ya no es ése, Reith. La Operación Highjump ha llegado tan lejos ante la opinión pública y los personajes son de tan alto nivel, que ahora no se puede parar. No habría excusa lógica y aceptable para el pueblo de los Estados Unidos. Es terrible —Patrick se apoyó en el respaldo del banco de la sala de oficiales, miró hacia el techo metálico lleno de tubos. Miró seguidamente a Reith—. Eso hace que nuestra misión sea de una importancia vital. Debemos anular esas defensas antes de que el grueso de la expedición llegue a la Antártida. De lo contrario, será una carnicería.

—Ése es el problema de haber ocultado al pueblo americano los adelantos técnicos en todos los campos hechos por Alemania —Reith movía la cabeza negativamente—. Sería una sorpresa mayúscula que se supiese públicamente hasta dónde llegó la tecnología y que su país no dispone en este momento de capacidad de defensa ante algunas de esas máquinas de guerra.

—Es cierto, Reith —admitió Patrick—. Pero también entienda que eso forma parte de la propaganda en tiempos de guerra. Es un principio básico: el enemigo no puede tener algo positivo, todo en él es odioso y muy peligroso para nuestros intereses. Eso justifica a ojos del pueblo cualquier ataque utilizando lo más brutal de nuestros arsenales.

—Por ejemplo, las bombas atómicas sobre Japón —añadió Reith.

—Exacto. De hecho, no ha habido quejas sobre su uso a pesar de las consecuencias de haberlas lanzado y los efectos sobre la población civil. Todo ello se ha ocultado debidamente en los medios —Patrick hablaba con Reith como si fuese un americano, pero su voz denotaba una cierta ansiedad por lo que se avecinaba, a tenor de la información que estaba manejando.

El submarino fue entrando en la dársena de la base de Norfolk.

Capítulo 12

KG 200 KAMPFGESCHWADER 200

La Primera Guerra Mundial demostró la necesidad de un control aéreo del terreno enemigo antes y durante la batalla. Pero también demostró que era muy importante conocer el país contendiente y sus instalaciones para tener una idea más exacta de ante qué tipo de enemigo se enfrentaba y sus posibilidades reales de ataque o resistencia. Ya en 1938 el Comandante en Jefe del Ejército Alemán, Generaloberst Freiherr von Fritsch dijo que «la organización militar que tenga la mejor inteligencia fotográfica ganaría la próxima guerra».

El Tratado de Versalles permitió a Alemania mantener un servicio de seguridad de carácter nacional y por ello sólo con carácter interno. Pero al mismo tiempo y de forma secreta se estaba organizando una estructura de espionaje hacia el exterior. La Amt Auslandsnachrichten und Abwehr u Oficina de Inteligencia y Defensa reportaba al Alto mando de las Fuerzas Armadas (Oberkommando der Wehrmacht - OKW). Esa oficina estaba dividida en secciones (Abteilungen), con la siguiente estructura:

Abt I: responsable del espionaje (luego dividida en Ejércitos Extranjeros)

Abt II: responsable de la subversión y sabotajes

Abt III: responsable del contraespionaje

Mientras que la Luftwaffe seguía siendo un arma desarrollada en secreto y contra las disposiciones del Tratado de Versalles, la Abwehr incorporó a su estructura a un piloto de la Primera Guerra Mundial, el Flugkapitan Theodor Rowehl de la Compañía de investigación aérea Hansa-Luftbild GMBH, para que obtuviese fotografías de las defensas fronterizas de los países vecinos con Alemania. Para las fotos de la frontera polaca utilizó un avión de transporte Junkers Ju 34, en una versión especial denominada Ju W34, D-1119, que había conseguido el record mundial de altitud en mayo de 1929 alcanzando los 12.739 metros.

Por su trabajo, a finales de 1933 Rowehl fue nombrado responsable del Equipo Fotográfico de la Luftkreis VI, con lo que debía desarrollar la instalación de las cámaras, técnicas fotográficas y el diseño de los aviones capaces de llevar a cabo el trabajo de fotografía militar aérea. Las cámaras estándar de la Luftwaffe para fotografía en vuelo eran las Reihenbildner automáticas, pero ya mejoradas con las lentes y ópticas Zeiss de 20, 50 ó 75 cm. Ya que la Luftwaffe operaba normalmente a una altitud media, las más populares fueron las RB 20/30 y las RB 50/30. En 1939 los técnicos alemanes en fotografía e interpretación militar con base en Zossen, superaban a sus homólogos ingleses largamente.

Antes de la formación de un escuadrón específico para misiones especiales, en 1937 Göring y su RLM (Reichsluftministerium) pusieron a disposición de todas las armas del ejército cinco escuadrillas de largo alcance para las tareas de reconocimiento. Más tarde fueron agrupadas en función de sus tareas en dos grandes grupos: Fernaufklärungsgruppen Aufkl.Gr (F), para misiones de largo alcance para el Alto Mando y el segundo grupo o Heeres-Aufklärungs-gruppen Aufkl.Gr (H), para misiones de corto alcance y reconocimiento para el Ejército. Estos grupos tuvieron su bautismo de fuego real en la Guerra Civil Española de 1936 a 1939, ayudando a las tropas del general Franco. Esta estructura estaba al mando del Oberstleutnant Rowehl.

Rowehl y su equipo participaron en todos los frentes de combate europeos, apoyando el trabajo de las unidades terrestres o marítimas. El éxito de las unidades de reconocimiento de la Luftwaffe fue considerado un gran peligro por el almirantazgo británico. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, los alemanes ya habían conseguido fotografiar y conocer al detalle los aeródromos en Bulgaria, las zonas de producción de crudo de la Unión Soviética y partes de interés de Siria y Turquía. Ahora volvían sus cámaras hacia Dinamarca y Noruega, para preparar la llamada «Weserübung», nombre en clave de la operación de asalto a ambos países, para impedir que los británicos y franceses entrasen en ellos. Ese era un temor de Hitler, que se demostró como cierto.

Con un avión Focke Wulf 200 Condor C1 al mando del piloto Cornelius Noell y el co-piloto Siegfried Knemeyer, volaron desde Königsberg a Kristiansend en Noruega. Allí, Knemeyerb voló en el mismo avión a Oslo, Stavanger, Bergen y Trondheim. Ese movimiento alemán permitió a la Luftwaffe contar con aeródromos en Dinamarca y bases marítimas y terrestres a lo largo de la costa noruega. Las invasiones de Dinamarca y Noruega «Weserübung Sud» y «Weserübung Nord» comenzaron el 9 de abril de 1940, con la rápida ocupación de los dos países y la destrucción de las tropas expedicionarias británico-francesas enviadas a esa zona.

En la Batalla de Inglaterra, las operaciones del grupo estaban centradas en la fotografía de zonas militares de interés y el lanzamiento de agentes en territorio enemigo para acciones de sabotaje o bien de espionaje. También se lanzaban sobre países en aquel momento neutrales. Este tipo de operaciones que requerían una excelente navegación nocturna fueron encomendadas al Gruppe Rowehl, especializado en vuelo difíciles y complicados en cielos nublados o donde la meteorología no acompañaba precisamente. En condiciones normales, el salto se efectuaba dentro de un radio de 8 kilómetros de la zona de interés, aunque se habían dado casos de errores muy graves. Por ejemplo, en la noche del 5 al 6 de mayo de 1940, un avión bajo el mando del Hauptmann Karl Edmund Gartenfeld, Staffelpitän de la 3.^a escuadrilla y responsable de muchos lanzamientos de agentes en Irlanda, lanzó en paracaídas al teniente Dr. Hermann Goertz, en las afueras de Dublín. Irlanda era un país neutral y por lo tanto no tenía orden gubernamental de apagar las luces de sus ciudades en aquel momento. El lanzamiento se produjo a más de 80 kilómetros de la zona, en Dundalk, en el condado de Armagh, al norte de Irlanda. Seguramente el Hauptmann Gartenfeld confundió las luces de esa ciudad con Dublín, ya que tomó como correctas relativamente las luces del puerto.

Curiosamente el Dr. Goertz ya había sido encarcelado por los ingleses en 1936 durante cuatro años por espionaje, pero había establecido casualmente contacto con miembros del IRA, mientras estaba en la prisión de Maidstone. Su misión en Irlanda era el montaje de una red de saboteadores bajo mando alemán, al margen de la organización terrorista IRA. En esta segunda misión y tras llegar con grandes dificultades a Dublín en el sur, contactó con éxito, con el máximo responsable del IRA Stephen Hayes. Aparte de quitarle todo el dinero, el IRA poco más hizo por él y finalmente lo entregó a las autoridades en noviembre de 1940. El Dr. Goert se suicidó en prisión unos meses antes de ser repatriado a Alemania, ante el temor de que fuese entregado a los británicos. A pesar de otros intentos en las Islas Británicas de contar con una red de saboteadores e incluso de activar los contactos con el IRA desde Irlanda, las misiones alemanas no disfrutaron del éxito esperado.

En el inicio de la guerra con Rusia, Operación Barbarroja 3 escuadrillas del Gruppe Rowehl fueron trasladadas al frente del este. La 1.^a escuadrilla operaba desde Cracovia, en Polonia; la 2.^a desde los

aeródromos de Rumanía y Bulgaria y la 3.^a, desde Hamina en Finlandia. El avión más utilizado por dichas escuadrillas era el Junker Ju 86Ps. De todas formas, ya desde 1934, las escuadrillas de Theodor Rowehl habían comenzado a analizar desde el aire a la Unión Soviética, en vuelos que llegaban a techos de más de 9 mil metros. Tenían información fotográfica del puerto militar de Kronstadt y Leningrado, las áreas industriales de Pskov y Minsk al oeste de Rusia y del puerto naval de Nikolayev en el Mar Negro. Concretamente las fotos realizadas en Kronstadt durante varias semanas, dieron una información valiosa de la velocidad de construcción de barcos por parte de los rusos.

Estos vuelos tenían sus dificultades como la que tuvo un Junkers Ju 86P, con matrícula civil D-APEW, el 15 de abril de 1941, antes del inicio de las hostilidades entre Alemania y Rusia. Este avión realizaba un reconocimiento fotográfico desde Cracovia hasta el área de Zhitomir en Bielorrusia, cuando tuvo una avería en uno de sus motores. Cerca de Rovno, en la parte polaca ocupada por los rusos, el avión fue interceptado por un caza soviético que abrió fuego sobre el aparato alemán. El piloto del Junkers, el suboficial Schnetz fue capaz de aterrizar el dañado avión y él y el observador de vuelo, suboficial Walter, hicieron estallar la cabina y toda la instalación con las cámaras fotográficas. Luego fueron arrestados.

Después de un interrogatorio inicial en Rovno, fueron entregados a la GPU para un interrogatorio más profundo. Su historia era que habían traspasado la frontera durante un vuelo de entrenamiento de la escuela de pilotos que se dirigía a Cracovia. Pero estaba claro para los interrogadores que a bordo del avión había más tripulantes, pues el avión de serie llevaba a cuatro hombres. Los dos detenidos dijeron que un ruso y un ucraniano, se habían lanzado en paracaídas antes del aterrizaje forzoso. Schnetz especificó que uno de ellos había hecho el curso de vuelo sin instrumentos en Cracovia. Tras el inicio de la Operación Barbarroja, Schnetz recibió el aviso de que iba a ser colgado o fusilado. Él y Walter fueron llevados a otra prisión, pero durante el desconcierto de los primeros días del ataque alemán y la retirada soviética fueron abandonados por sus captores y salvados por una compañía avanzada de la infantería alemana. Luego, regresaron a Varsovia, donde fueron recibidos por Rowehl y se reintegraron al servicio activo de nuevo.

Una de las misiones más famosas del Gruppe Rowehl fue su presencia en Oriente Medio. La idea del Alto Mando alemán era cortar permanentemente la ruta de suministros inglesa a toda esa zona. Por otro lado, los ingleses temían un avance alemán a través de los Balcanes y Siria a Oriente Medio. Desde la Primera Guerra Mundial, los ingleses habían mantenido unos «derechos de paso» para sus tropas desde Irak hacia Palestina y estableciendo bases aéreas en Shaibah, cerca de Basrah y en Habbaniyah, cerca de Bagdad. El 30 de abril de 1941 el ex primer Ministro de Irak y progermano Raschid Ali montó un golpe de estado, solicitando ayuda de los alemanes que no pudieron ofrecersala inmediatamente ya que día 6 habían iniciado la invasión de Grecia. El ejército de Raschid sitió Habbaniyah el 29 de abril y la Luftwaffe preparó unos pocos aviones de la campaña de los Balcanes para ayudar a Raschid. Se enviaron, con los colores y marcas iraquíes Heinkels He 111, Messerschmitt Bf 110 y Junkers Ju 90 de transporte, que volaron desde Atenas hasta Rodees. La flota total era de 24 aparatos que llegaron a Mosul, en el norte de Irak y comenzaron a bombardear a los ingleses el 14 de mayo.

El Gruppe Rowehl jugó un pequeño aunque notorio papel entre las unidades de la Luftwaffe en Irak. Knemeyer, el piloto, que había participado en la invasión de Dinamarca y Noruega, volaba con el oficial Pfaff en un Heinkel He 111, llevando a bordo al Oberst Von Blomberg y a otros oficiales a Mosul, para

efectuar reconocimientos aéreos de los pozos petrolíferos de Kirkuk y de la zona Habbaniyah. Durante unos de esos vuelos, Von Blombreg recibió un disparo efectuado desde tierra y murió antes de que Kenmeyer pudiese llegar al aeropuerto de Bagdad. Las tropas del progermano Raschid lanzaron un ataque sobre Habbaniyah el 21 de mayo, pero la ayuda alemana ya había terminado, puesto que se hallaba concentrada en la toma de Creta y en la preparación para la invasión de la Unión Soviética. Los ingleses lograron frenar el ataque de Raschid y éste huyó de Irak.

Tras otras acciones de diferente signo en los años siguientes de la guerra, pero siempre manteniendo su excelente trabajo fotográfico de áreas enemigas de interés, el 19 de febrero de 1944, con efectos prácticos a 21 de febrero, se declaró el fin de sus actividades. Éstas pasaron a un reformado Versuchsstelle für Höhenflüge que iba a ser comandado por el Oberst Heigl en Oranienburg. Este nuevo grupo destinado para operaciones especiales, aprovechó el material y el personal del Gruppe Rowehl. Rowehl fue transferido a un cargo en el Ministerio del Aire en Berlín. Este grupo, KG 200, no sólo contaba con aviones alemanes, mayoritariamente Heinkel He 111, sino que también contaba con aviones enemigos capturados y vueltos a poner en servicio con emblemas alemanes. Entre ellos varios B-17 y B-24, cazas y aviones de tipo medio.

Pronto el KG 200 fue trasladado a Berlín-Finsterwalde. Una buena parte de sus acciones iniciales fueron el lanzamiento de agentes y saboteadores en la Italia ocupada por los aliados, África del norte y después del desembarco en Normandía, en el sur de Francia a un ritmo de una misión cada dos días durante el verano de 1944. Incluso formó un contingente de cazadores paracaidistas con el código 7 /KG 200, que actuó en acciones en suelo francés, Vassieux-en-Vercors, contra elementos de la resistencia que habían aparecido en los momentos de la liberación de Francia.

En octubre de 1944, se decidió una reorganización del KG 200. El Oberst Heigl recibió el mando de un batallón de paracaidistas en el este de Prusia. Su puesto fue ocupado por el Oberstleutnant Werner Baumbach, un exitoso comandante de bombardero y con una buena relación personal con Hitler y Göring. Baumbach se llevó consigo como Jefe de Operaciones al Mayor Adolf von Harnier. Las misiones continuaron incluso sobre zonas ya ocupadas, para dar soporte a las tropas alemanas o colaboradores que habían quedado sobrepasados por el Ejército Rojo en el frente del este. El 27 de noviembre de 1944, en una misión notoria el Hauptmann Heinz Braun voló con un Junkers Ju 290 A-4, de la 1.^a escuadrilla ubicada en Wiener-Neustadt, con 5 iraquíes a bordo y dos toneladas de provisiones para los agentes en la zona de Mosul. Allí, un movimiento anti-británico era dirigido por el Gran Mufti de Jerusalén, Mohammed Amin Al Hussein, y la ayuda de los árabes palestinos. El vuelo fue un éxito y duró 12 horas y 51 minutos, tras recorrer una distancia de 3.000 kilómetros.



Una superfortaleza americana Boeing B-17 capturada y pintada con los emblemas alemanes del KG200

Tanto el Gruppe Rowehl, como su continuación el KG 200, tuvieron amplia experiencia en misiones difíciles y en las peores condiciones imaginables tanto climáticas como muchos kilómetros dentro terreno enemigo. Eran misiones casi suicidas, que sus pilotos aceptaban con disciplina. Pero es en el uso de los aviones americanos y B-17 «superfortaleza volante», B-24 «Liberator» cuatrimotor y los raros y muy evolucionados Junkers Ju 390 V1, Junkers Ju 290 A5 y el hidroavión Blohm und Vöess 222 los que tienen que ver con la Base 211 y su aprovisionamiento en los últimos años de guerra. El KG 200 había realizado viajes a Japón con diverso material para su aliado y retornaban con materiales de interés para Alemania. Es decir, que las grandes distancias eran una de las especialidades de la unidad.



Werner Baumbach

El uso de submarinos y barcos de superficie se fue haciendo más difícil y peligroso. Aún a pesar del

alto número de personas y material que había sido transportado hasta la Antártida era inmenso, también era cierto que se habían perdido muchas unidades en el trayecto. Por otro lado, eran viajes largos y extenuantes para todos los que no eran marinos y las mismas naves tenían que estar muy bien acondicionadas internamente para llevar a tantos pasajeros, equipaje y material civil y militar. El uso de los aviones del KG 200 era una opción válida, rápida y más barata que los barcos. Se utilizaron dos grandes rutas de viaje hasta la Antártida.

La primera iba desde Alemania hasta España, donde los aviones repostaban y, luego, hasta un aeropuerto privado cerca de Lüderitz, Namibia que pertenecía a la familia del Dr. Schnee, que había sido el último gobernador del Protectorado Alemán en África hasta 1918. Esta familia disponía de inmensos territorios en Namibia e incluso de un puerto privado al sur de Lüderitz. Los viajeros que iban con destino a la Antártida eran recogidos por submarinos o naves de superficie que les llevaban en la última escala del viaje hasta la Base 211. Los viajeros podían descansar y aunque formasen grupos numerosos a la espera de su embarque, podían tener todas las comodidades hasta su recogida.

La segunda ruta iba de Alemania hasta Turquía, donde los aviones repostaban y seguían viaje hasta la isla de Zanzíbar en el Océano Índico. Allí y dentro de una propiedad alemana cerca del puerto de Manakara al sudeste de la isla, los viajeros llegaban a un aeródromo para ser recogidos y llevados hasta la Antártida. El aeropuerto pertenecía por completo a una sociedad instrumental de la isla, la Zanzíbar Shipping & Aircargo Ltd., manejada por alemanes, aunque figuraba como de propiedad y dirección isleña. Zanzíbar había sido uno de los destinos seleccionados por Himmler para ubicar a todos los judíos de Europa. Luego esa opción se desestimó, ya que era un trabajo de traslado inmenso.

Desde febrero de 1944, la participación del KG 200 en las operaciones de traslado a la Antártida aceleró enormemente el transporte de todo tipo de mercancía y de pasajeros. Se realizaron un total de 617 vuelos hasta el 7 de mayo de 1945, cuando se realizó el último desde el norte de Italia hasta Lüderitz. Durante toda esta increíble operación aérea, sólo se perdieron dos aviones. Oficialmente, aunque es muy difícil confirmarlo pues esta unidad llevaba a cabo misiones secretas y lógicamente hay poco registro histórico, la última misión del KG 200 en Europa fue llevada a cabo por el Hauptmann Heinz Braun y su tripulación que volaron con un Junkers Ju 290 A-6 hasta Barcelona, España, a finales de abril de 1945.

El avión, preparado como avión privado del Führer, contaba con 50 asientos y todo tipo de comodidades. El avión estuvo estacionado en el aeródromo de Hörsching a la espera de órdenes de vuelo especiales desde la Luftflotte VI. Se dice que ese vuelo era el que serviría de escape a los líderes que se hallaban en Berlín, incluyendo a Hitler y Eva Braun. Tras el vuelo hasta la península ibérica, el avión permaneció en España, más tarde fue adquirido por el gobierno español y usado como avión de transporte aéreo. Fue retirado del servicio activo tras un accidente a mediados de los años 50.

Capítulo 13

REUNIÓN CON CLARK Y BLANKFORT

Septiembre ya terminaba y con él las numerosas pruebas a las que había sido el submarino y su tripulación. Todo había ido bien y la nave demostraba su calidad técnica y su superioridad para enfrentarse a cualquier enemigo. Patrick seguía muy preocupado con la información escrita y oral que recibió de Reith acerca de la potencialidad y nuevas armas de que disponía la Base 211. El vicealmirante Clark también era consciente, pero ya no podían detener toda la máquina bélica que se había puesto en marcha en la Operación Highjump.

Toda la tripulación pudo conocer al jefe del comando que se sumaría a la dotación con sus hombres entre África del Sur y la Antártida. Su nombre era Ralph Blankfort y parecía un soldado experimentado en misiones especiales. Había participado en el frente del Pacífico contra guarniciones japonesas, en operaciones tras las líneas enemigas y sabotajes en colaboración con las tropas chinas de Chank-Kai-Chek. No había duda que luchar de esta forma contra los japoneses demostraba un valor y una capacidad profesional fuera de toda duda. Una cicatriz le cruzaba la cara, recuerdo de una de sus misiones. Ahora faltaba por ver su capacidad de combate frente a un enemigo diferente y en unas condiciones climáticas absolutamente distintas a las del frente del Pacífico.

El U-2193, dentro del bunker se balanceaba suavemente pues ese día, 21 de septiembre de 1946, el mar estaba en plena tormenta. Blankfort llegó al submarino acompañado por el vicealmirante Clark y rápidamente se trasladaron a la cámara de oficiales. Clark quería que toda la tripulación seleccionada estuviese presente, lo cual a Patrick le pareció excelente. Lo que allí se iba a hablar les concernía y debían de ser conscientes del alcance de su misión. Lo que podían hacer aquellos hombres. Podía cambiar el curso de la Operación Highjump.

Una vez el café estuvo servido, Clark habló sin rodeos.

—Bienvenidos sean todos. Ya me conocen y he creído oportuno, y el capitán Malone también lo ha considerado así, el que estén todos ustedes presentes en la reunión que habíamos previsto a bordo del U-2193. También quiero presentar al capitán Ralph Blankfort, de la infantería de marina y perteneciente a los Seals.

Blankfort miraba a los asistentes, mientras Clark lo presentaba. De complexión fuerte y moreno, su mirada denotaba cierta soberbia. Patrick se dio cuenta enseguida.

—Es un hombre experimentado en combate —siguió Clark—, y en misiones de alto riesgo tras las líneas enemigas. Él dirigirá al grupo de 50 comandos Seals que se introducirán en la Base 211 y llevarán a cabo la destrucción de elementos vitales de su funcionamiento. Es imprescindible una buena coordinación con todos ustedes, pues tras adentrarse en la base con el submarino, el comando desembarcará donde proceda e iniciará la acción.

Clark bebió un poco de café y continuó:

—El comando será trasladado en un barco civil y subirá a bordo del submarino en algún punto del Atlántico sur, todavía por determinar, y llegará con ustedes hasta la Antártida. Llevará todo su equipamiento de combate y por ello necesitará espacio suficiente dentro de la nave desde el momento que embarque —miró a Patrick tras este comentario.

—No se preocupe, vice-almirante Clark. Está previsto que el capitán Blankfort y sus hombres se

acomoden en la parte de proa del submarino. Hay espacio suficiente. Desconozco el volumen de equipo que llevarán, pero podemos habilitar la parte superior de popa, donde se halla el sistema de lanzamiento de buzos.

Blankfort intervino en este punto.

—Agradezco su propuesta y de parte mía y de mi equipo, no habrá problemas de adaptación. De todas maneras, sí que me gustaría explicar como he dividido a mis hombres y cuál puede ser nuestra táctica de combate.

El vice-almirante Clark aprobó con un ligero movimiento de cabeza lo que iba a decir el capitán Blankfort. Éste extrajo, de un tubo para documentos, un plano de planta de la base alemana. La escala era aproximada, pero permitía una idea clara de donde se encontrarían. En un pequeño recuadro superior, el plano indicaba la Isla de Berkner, en el Mar de Weddell y frente a ella la entrada a la base con sus coordenadas. Patrick pensó que debía ser una base inmensa, ya que se especificaba bastante bien la zona de la entrada y el puerto interno con sus instalaciones, pero más en profundidad la información no era clara. Reith y Böse no la conocían y no podían dar más detalles.

—Por la información que tenemos gracias al informe realizado por los oficiales Reith y Böse, la Base 211 sólo tiene una entrada por mar. Esto dificulta la operación y no nos deja margen de maniobra. ¡Hemos de entrar por narices!

La firmeza de Blankfort era evidente.

—Cuando el submarino haya pasado los controles de entrada, y una vez en el puerto, deberemos dirigirnos al centro de mando del sistema de apertura y cierre de la entrada y la central eléctrica que da suministro a toda la Base 211 —señaló el punto al que se refería. Reith y Böse seguían con interés las palabras de Blankfort que continuó su explicación—. Mis hombres estarán divididos en dos grupos de ataque exactamente iguales, formados por 25 hombres cada uno. El Grupo 1 se denomina Jericó y el Grupo 2, Levítico.

Patrick se sorprendió de esas denominaciones y miró a Miele que puso cara de no entender el por qué.

—Cada grupo tiene 3 hombres-rana que se sumergirán en el momento en que las puertas se hayan abierto. El tramo que va desde la puerta blindada de entrada y el puerto, según mis informes es de unos 200 metros, que los submarinistas cubrirán ayudados por unos propulsores manuales del tipo «torpedo», que adosarán a los submarinos que se hallen atracados allí. Es decir, un total de 6 bombas muy potentes que se pueden accionar manualmente desde tierra. Los dos grupos de submarinistas tienen diferentes objetivos. Los del Grupo 1, Jericó, colocarán las bombas en la zona de ataque norte y los del Grupo 2, Levítico, en el sur —señaló todo lo que iba nombrando—. Las bombas servirán como elemento de distracción en el momento que sea necesario. Una vez efectuada su labor, esos hombres esperarán en la zona hasta que se inicie el asalto. Llevarán armas portátiles resistentes al agua. Mientras tanto, el submarino llegará al puerto y el Grupo 2, Levítico, aprovechará también el trayecto entre la puerta blindada y el puerto para desembarcar del submarino y embarcar en unas lanchas neumáticas que les permitirán llegar hasta el pantalán cerca de la central eléctrica objetivo —señaló la zona en el plano—. Desde luego, no sabemos donde atracará el U-2193, pero el Grupo 1, Jericó, permanecerá a bordo hasta su ataque y una vez allí deberá abrirse paso hasta la sala de mando del puerto. Mi plan consiste en tener tres grupos de asalto. Una vez que empiece Jericó, los otros dos atacarán también desde sus posiciones.

Reith intervino en ese momento.

—Conozco esa zona y le puedo garantizar que habrá una defensa enconada. La base sabe que esas son zonas cruciales y las defenderán, no tenga ninguna duda —las palabras del alemán fueron como una ducha fría al plan de Blankfort—. La guarnición en ese perímetro es muy superior en número a su comando.

—Mire, Reith —el tono de Blankfort era amenazante—, cuando necesite su opinión se la pediré. Se supone que han aceptado colaborar con nosotros, pero yo no me fío de ustedes dos. Siempre serán nazis.

Un profundo silencio se produjo en la sala de oficiales del submarino tras las palabras de Blankfort. Los alemanes miraron a Patrick.

Clark intervino.

—Modérese, capitán Blankfort. Estos hombres han aceptado ayudarnos y por ahora no hay ninguna queja de su labor. Además, la guerra ya terminó.

—Está bien, vice-almirante Clark, pero sabe que no acepto fácilmente la presencia de estos dos hombres. No puedo fiarme de ellos.

Aunque más suave, Blankfort seguía con su percepción de los dos alemanes.

Böse sin hacer caso aparentemente a las palabras de Blankfort, tomó la palabra.

—A la vista de su exposición, capitán Blankfort y conociendo la zona del ataque, le propongo que el equipo Jericó que queda a bordo se haga pasar por prisioneros capturados por el submarino tras un hundimiento. Eso nos ayudará...

—Eso es una estupidez Böse. El plan de asalto lo dicto yo y es mi equipo de asalto. Seguiremos mi plan —Blankfort estaba profundamente irritado y no quería saber nada de los alemanes.

—Mire, Blankfort —Patrick saltó—, no aguanto más su forma de actuar con estos dos hombres, pues ellos forman parte de mi equipo como uno más. De la forma en que les habla, también me insulta a mí. Lo que acaba de proponer Böse como mínimo tiene que escucharse porque seguramente no es ninguna tontería y puede salvar la vida de sus hombres allí.

—Veo que les protege. Quizás será juzgado por traidor si todo esto fracasa, capitán Malone —en tono desafiante, Blankfort giró hacia Patrick. En ese momento recibió un puñetazo que lo envió contra la pared metálica de la sala de oficiales.

—¡Maldito engreído! —gruñó Patrick. Blankfort se incorporó, pero fue sujetado por todos los presentes.

El vice-almirante Clark no daba crédito a sus ojos.

—¡Todo el mundo: firmes! ¡Es una orden! —la potente voz de Clark hizo que todos obedeciesen sin chistar—. ¡Qué significa todo esto! —realmente estaba muy enfadado—. No voy a tomar medidas en este momento ya que la operación está en marcha, pero sí que les aviso a todos y en particular a ustedes dos —señaló a Patrick y a Blankfort—, no quiero ningún tipo de problema entre ustedes. No quiero que una estupidez como la que hemos visto aquí arruine un plan en el que se juegan la vida miles de soldados. Van a trabajar coordinados en todo momento y, sobre todo, cuando el comando se incorporé a bordo del submarino.

Se acercó a Blankfort.

—Capitán Blankfort, usted ha sido elegido por su reputación y experiencia en combate, pero le recuerdo que la tripulación del capitán Malone y él mismo son los mejores hombres del arma submarina de los Estados Unidos que usted pueda imaginarse. Esos dos alemanes son parte de su tripulación y él los ha elegido personalmente. Yo no tengo nada que discutir y para mí son tan americanos como usted o

como yo. ¿Queda claro, capitán?

—Señor, queda muy claro, señor —Blankfort contestó como un autómeta.

Fue consciente de que aquella discusión terminaba allí. Clark se dirigió a Patrick.

—Usted, capitán Malone, tenga su nave y sus hombres a punto para realizar la misión. El capitán Blankfort tiene plena autonomía para preparar la misión de asalto como estime oportuno a partir de la información que tiene ¿también, está claro?

—Señor, totalmente, señor —la respuesta de Patrick también fue automática, aunque Clark sabía que no tardaría en querer hablar con él en privado.

La reunión siguió, aunque ya fue de puro trámite puesto que Blankfort siguió con su plan de asalto y Patrick y sus hombres se limitaron a escuchar, sin aportar nada. Lo que pensaban, por el momento, quedó en sus cabezas. Todo terminó poco después y Clark y Blankfort, tras las despedidas protocolarias, salieron del submarino.

—Vaya imbécil —exclamó John «bullet» cuando los dos visitantes habían salido.

—Es muy soberbio —apuntó Miele, siempre tan comedido.

—Sí y eso es peligroso cuando diriges un grupo de hombres en combate. Te crees infalible —remató Patrick.

—Tal como está planeado, capitán Malone, será una masacre a pesar del posible efecto sorpresa inicial —habló honestamente Reith con el beneplácito de Böse y el resto de tripulantes.

—Lo sé, Reith —contestó Patrick—. Sólo me queda hablar en privado con el vice-almirante Clark y tratar de reconducir la idea. Si esto no sale bien, tendremos que estar preparados para utilizar el armamento de abordaje dentro de la base y tratar de proteger al comando. No quiero ni imaginarme en lo que puede convertirse aquello.

Al día siguiente Patrick solicitó ver al vice-almirante. Betty le indicó que no estaba de muy buen humor. Era excelente contar con ella para estos detalles. Su relación con Betty iba viento en popa y ambos se sentían muy satisfechos, pero ahora era más importante hablar con Clark.

—Siéntate, Patrick —le invitó el vice-almirante. Él también se sentó—: Ya se de qué quieres hablar conmigo, pero antes he de decirte que no me gustó tu reacción de golpear a Blankfort, puedo garantizarte que te hubiese matado. Está habituado a ello y sabe como hacerlo.

—No lo dudo, Vincent —Patrick confirmó este último punto—, y te lo agradezco, pero efectivamente estoy aquí por las consecuencias que mi tripulación y yo creemos que pueden derivarse del plan que ha preparado Blankfort. Él y sus hombres no tienen ninguna posibilidad de la forma en que piensa hacerlo. Es más juicioso y lógico en esas circunstancias seguir la propuesta de Böse y meter al Grupo 1, Jericó, en el centro de mando como si fuesen prisioneros y una vez allí tomar la estación más fácilmente y casi sin ruido.

Clark no daba su brazo a torcer.

—Böse y todos vosotros tenéis vuestras razones para pensar así. Lo cierto es que, salvo esos dos alemanes, nadie más conoce la Base 211 por dentro y estamos trabajando sobre comentarios y dibujos más o menos aproximados de lo que aquello es. Ya lo dije ayer, Patrick, Blankfort es un profesional que ha sobrevivido a situaciones extremas, con enemigos implacables y siempre ha salido adelante. No tengo dudas de su capacidad e incluso de su posible improvisación si las cosas se ponen feas. Y tienes que entender que yo no puedo desautorizar a uno de mis hombres cuando está haciendo su trabajo. Hoy es la mejor opción que tenemos y creo que con vuestra ayuda y conocimiento, la misión tiene las máximas

garantías.

—Sigo teniendo mis dudas, Vincent —Patrick tampoco daba su brazo a torcer—. Por cierto, ¿cual ha sido el número de bajas propias en sus misiones? Creo que nos interesa a todos.

Aunque Clark se sorprendió por la pregunta, reaccionó rápido.

—Eso es información confidencial, ya que siempre han sido misiones secretas que se rigen por protocolos diferentes. No puedo decírtelo, Patrick.

—Bien, ya veo que la situación está clara para ti. Por nuestra parte, sí que quiero decirte que les ayudaremos y les daremos cobertura desde el submarino en todo momento. Tenemos artillería suficiente para tratar de apoyar la operación de los comandos en tierra.

—¡Así me gusta que hables, Patrick! —Clark esbozó una amplia sonrisa—. Sabes que te aprecio y a veces haces cosas fuera del reglamento en que yo miro a otra parte. Sin comentarios...

Patrick también sonrió. Sabía que aquel viejo zorro decía la verdad. Le había ayudado en muchas ocasiones. Más de las que quizás se merecía.

—Sabes que no permitiría enviarte sin un equipo profesional y sé que lo conseguiréis.

—No he discutido nunca la profesionalidad de Blankfort y su gente, pero nos pareció fuera de lugar su forma enfocar el asalto. Creemos que será una carnicería. No quiero tratar de convencerte. Tú tienes la última palabra y está muy claro cuál es. Así nos esforzaremos todos.

—No seas pesimista y deja hacer su trabajo a los especialistas. ¿Quieres algo más? —Clark también sabía ser expeditivo y ahora tenía su mente en otros problemas.

—No, vice-almirante. Gracias por su tiempo.

La ironía de Patrick hizo sonreír de nuevo a Clark, quien le acompañó hasta la puerta.

—Intenta disfrutar estos últimos días antes de partir —le guiñó un ojo mirando a Betty.

Patrick se quedó perplejo. ¿Era posible que supiese lo suyo con Betty? La cara del vice-almirante no dejaba lugar a dudas. Lo sabía. Pero ¿cómo? Betty no había hablado con nadie y habían sido siempre muy discretos, se fiaba de ella. La idea de ambos era decirlo al regresar Patrick de su misión y así oficializarlo. Aquel hombre era más listo de lo que Patrick imaginaba, a pesar de que le conocía bastante bien.

Clark regresó a su mesa tras despedir a Patrick, tomó el teléfono y le pidió a Betty el dossier del capitán Blankfort. Ésta se lo trajo de inmediato.

—Aquí tiene, señor —dijo solícita, retirándose rápidamente.

La pregunta de Patrick había golpeado la mente de Clark y le había provocado dudas. Aquel informe profesional le daría la respuesta. Tras varias hojas donde se especificaba la formación de todo tipo del capitán y las excelentes calificaciones y condecoraciones obtenidas, otras hojas de un color ocre resumían todas y cada una de las misiones desempeñadas hasta ese momento. Indicaban la fecha, el lugar, el objetivo, el comando, el resultado y las bajas propias y del enemigo. La cifra de bajas propias hablaba por sí misma. Aunque conseguía cumplir el objetivo asignado, el promedio de bajas entre sus hombres en todas sus misiones era del ¡81%!

Era una cifra insostenible y que daba la razón a Patrick, aunque por otro lado, las misiones efectuadas por Blankfort se llevaban a cabo con éxito en todos los casos. Era un asunto de ponderar lo que iban conseguir con lo que podrían perder en vidas humanas. El cálculo era fácil; 41 hombres de Blankfort perderían la vida en aquella base subterránea, pero podían evitar una masacre mayor de toda la fuerza

operativa que representaba la Operación Highjump. Cerró la carpeta, cerró sus ojos y luego se levantó y caminó hacia la ventana de su despacho, desde donde se veía una buena parte de la base de Norfolk.

—Sólo Dios sabe lo que allí pasará —musitó entre dientes.

Capítulo 14

U-2193 EN MISIÓN DE COMBATE

El 1 de octubre de 1946 amaneció con bruma y con un viento de componente norte muy frío. El mar parecía tranquilo en aquella zona, aunque el servicio meteorológico informaba de tormentas que iban viniendo desde el norte y que habían causado algunos problemas en la costa canadiense y en Nueva Inglaterra.

El submarino tenía todo el avituallamiento a bordo y parecía que estaba en orden. La tripulación mostraba optimismo y con ganas de llevar a cabo la misión y regresar lo antes posible. El reloj indicaba las cinco de la mañana y era el momento de partir. El alto mando había permitido el acceso a las familias de los hombres de Patrick. Así se lo había solicitado al vice-almirante Clark y éste estuvo de acuerdo. Betty también estaba allí y además había llegado en el mismo coche que Clark. Clark le guiñó el ojo a Patrick ante la sorpresa de éste por la llegada en común.

Patrick estaba en el muelle junto a la pasarela y sonrió al ver a Betty que fue hacia él. Se abrazaron. Ya no había por qué ocultar su relación. Hablaron entre ellos en voz baja, como guardando un gran secreto. Todos los demás también se fueron despidiendo de sus familiares y subiendo a bordo. Clark se acercó a Patrick.

—Capitán Malone, quiero que regrese ¡Es una orden!

También se abrazaron en la despedida. Todos sus hombres sabían que ambos habían sido familia política, por lo que no les resultó extraño aquel abrazo. Luego, Clark subió a la cubierta del submarino donde estaba todos en fila esperando poder despedirse del vice-almirante. Clark los fue despidiendo uno a uno con algunas palabras a cada uno de ellos. El vice-almirante abandonó la cubierta y bajó por la pasarela. Los marineros en tierra soltaron las amarras que mantenían el submarino junto al muelle y éste, de forma lenta, se fue separando del mismo.

Empezaba el viaje.

Patrick observaba desde la torreta cómo el submarino se iba separando del muelle y cómo el pequeño grupo desde tierra agitaba sus manos en señal de despedida. Ellos también se despedían moviendo sus brazos. Patrick tenía un nudo en la garganta, pero ahora estaba todo en marcha, tenía que concentrarse en su trabajo. Los familiares en el muelle se iban haciendo cada vez más pequeños a la vista a medida que el submarino iba ganando distancia. Pronto enfiló con majestuosidad la amplia rada de la base y el mar abierto apareció ante ellos.

—Seguimos en la torre, Kenneth. Indica rumbo 3-1-7.

Kenneth avisó a través del sistema de audífono la orden de Patrick.

A pesar de que el día era gris, el sol intentaba abrirse paso entre las densas nubes. Era un espectáculo muy bonito en otras circunstancias, pero no para aquellos hombres. La costa aparecía cada vez más lejana y Patrick había decidido entrar en mar abierto y alejarse al máximo de la costa americana en dirección hacia España, tal como se acordó en la reunión con Clark. A unas 20 millas de la costa, decidió la inmersión de la nave y seguir así en la mayor parte del viaje mientras cruzasen el océano Atlántico. Los motores diesel ventilados con el snorkel, sonaban muy bien y llevaban el submarino a una velocidad de unos 16 nudos, algo por debajo de su velocidad máxima de 18 nudos. La excelente hidrodinámica ayudaba mucho en la obtención de esas altas velocidades en inmersión.

Un excelente aroma a pancakes y café dominaba toda la estancia junto a la cocina. Allan Perkins, el cocinero, se había esmerado en ofrecer el primer desayuno a bordo. La mesa ya estaba puesta con el sirope y la mantequilla que acompañaban a los pancakes.

—Haremos dos turnos en las tres comidas a bordo —Patrick extrajo un papel de su chaqueta—. Ya lo comentamos en alguna ocasión, pero lo repito para que no haya dudas. El primer turno lo componen Bert Eklund, Peter Wiggins, Georg Böse, Stan White, Roger Blaufen, Johnny Allen y John «bullet» y el segundo turno Kenneth Miele, Wolfgang Reith, Tex Jenkins, Cliff Tubb, Dave Holms, George Connors, Eric Jones, Allan Perkins, el dr. Hill y yo mismo. Así lo mantendremos todo el viaje. Me interesa que siempre haya alguien en activo en cada zona. Kenneth os dirá los turnos previstos de trabajo durante la travesía.

Todos asintieron a las explicaciones. Eran pocos y era cómodo para todos, no representaba ningún problema cómo se planteaban los turnos.

Mientras el primer grupo tomaba el desayuno, Patrick miraba a través del periscopio. Todo estaba bien y el radar tampoco detectaba ninguna incidencia relevante. Durante la mañana captaron varios barcos mercantes que se dirigían a la costa americana.

—Con toda seguridad se dirigen hacia el puerto de Nueva York —explicó Kenneth Miele, quien, como siempre, estaba enterado de todo.

Patrick sonreía a los comentarios de Kenneth, pero le tenía un profundo respeto y una confianza absoluta. Había pensado en muchas ocasiones que si un día le faltaba Kenneth a bordo, le sería muy difícil su labor.

—Capitán —la voz de John sonaba metálica a través del interfono— ruego que venga a la sala de radio.

Patrick y Reith se presentaron a los pocos instantes.

—¿Qué sucede, John?

—Reith debe enviar el mensaje con la máquina ENIGMA a la Base 211. Son las 11.00 AM y tal como me dijo, le aviso.

—Muy bien, John.

—También he enviado el mensaje al vice-almirante Clark informándole de nuestra situación.

John había hecho un buen trabajo y Patrick había delegado en él todo el asunto de los mensajes a las bases, con unos horarios estrictos. Reith tomó asiento frente a la máquina y se puso un papel frente a él con el mensaje que quería enviar. El mensaje indicaba la posición del submarino y algunos detalles de a bordo sin más interés. Lo que importaba era demostrar que el submarino seguía en activo y que pronto estaría en la Antártida de nuevo.

Los días fueron pasando sin contratiempos y la nave avanzaba a buen ritmo. Se cruzaron con numerosos barcos de todo tipo que no repararon la presencia del submarino que seguía su viaje en inmersión. Como ya les había pasado en la travesía desde Buenos Aires, la comodidad interna que ofrecía era absolutamente increíble. Además, ya se habían hecho perfectamente al funcionamiento de todos los aparatos internos y sistemas de navegación. Los mensajes iban saliendo y llegando sin problemas. En uno de ellos, Reith solicitaba permiso a la Base 211 para repostar en África del Sur en uno de los barcos mercenarios que vendían combustible y víveres en aguas internacionales a todo aquel que pagase en efectivo. Habían calculado que estarían allí a mediados de noviembre. La base, a través de

sus hombres en África de Sur, prepararía todo lo necesario para efectuar la carga en alta mar. A Patrick le parecía increíble que desde la base alemana en la Antártida se contestase a los mensajes. No podía imaginar cómo vivía aquella gente allí. Pero estaba claro que contestaban y mostraban interés por el submarino y su pronta llegada a la Base 211.

La costa española ya quedaba a vista de periscopio. Tenían frente a ellos el Cabo Finisterre. Pronto pasarían frente al puerto de Vigo en Galicia, que había dado cobertura logística a los submarinos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y había sido un hervidero de espías de todos los contendientes, que observaban qué naves entraban y salían de ese puerto, para luego informar a sus respectivos estados mayores. Había sido un secreto a voces que España daba esa cobertura a Alemania.

El calendario marcaba 24 de octubre de 1946 y Patrick iba anotando en el cuaderno de bitácora las pocas incidencias que iban pasando en aquel monótono viaje. Él prefería que fuese así, pues no tenía ningún interés en enfrentarse a nadie en medio del mar. Hubiese sido muy difícil para el gobierno de los Estados Unidos explicar la presencia de ese submarino con tripulación americana y con todos sus estandartes alemanes, en el caso de que fuesen capturados. En todo caso, Patrick tampoco olvidaba que como había dicho el vice-almirante Clark, ellos eran alemanes a todos los efectos. Era la misión más complicada que había hecho Patrick en toda su experiencia militar y desde luego, le marcaría a él y todos y cada uno de sus hombres para el resto de sus días.

Kenneth se acercó a él con dos humeantes tazas de café. Le ofreció una que Patrick aceptó con una sonrisa.

—Gracias, Kenneth.

—Ya está anocheciendo ahí fuera —Kenneth se sentó en su puesto en el puente—. ¿No te parece que puede ser bueno salir y navegar en superficie? Los hombres lo necesitan y casi no hemos disfrutado de aire fresco en todo el viaje.

—Tienes razón. Perdona, pero tengo la cabeza pensando en otras cosas. Me parece una buena idea —giró hacia Bert Eklund y Peter Wiggins en los timones—. Llevadnos arriba —se puso su gorra al revés—. Arriba periscopio —Kenneth accionó el mando hidráulico y el periscopio quedó frente a Patrick, con un zumbido suave. Recorrió en redondo toda la superficie alrededor de la zona donde pensaban emerger—. Adelante, no hay problema. Mantened el rumbo y ¡abrigaos!

—Aprovecharemos para revisar algunos conductos de la cubierta.

Kenneth siempre tan previsor, pensó Patrick tras escuchar a su compañero. Todos agradecieron estar un rato fuera. Un cigarrillo en ese momento sentaba muy bien. Sólo quedaban dentro del submarino Peter Wiggins a los timones, Tex Jenkins en la sala de máquinas y Eric Jones en la sala de radio. John «bullet» cogió agua de mar con un pequeño cubo atado a un cabo. Se pasó agua por el rostro.

—¡Necesitaba un poco de agua de mar en mi cara!

Los demás rieron por la ocurrencia.

—Tu no eres un lobo de mar, «bullet». Sólo te gustan tus aparatos de radio y estar allí metido —riendo, Johnny Allen aprovechó la situación para meterse con «bullet». El estallido de risas fue estrepitoso. El agua del pequeño cubo salió disparada hacia Allen, que se apartó a tiempo yendo a parar a la cara de Stan White. Totalmente sorprendido, éste se dio cuenta enseguida de lo sucedido y salió tras «bullet», quien tropezó y cayó pesadamente sobre la cubierta.

—¡Maldito cabrón! —rugía White, mientras se abalanzaba sobre «bullet».

—Ya es suficiente, muchachos —intervino Patrick tratando de separarlos—. Seguro que se os oye en

Portugal. Nos van a descubrir con vuestros gritos.

Tras unos segundos, se separaron. No hubo más problemas y los dos contendientes sobre la cubierta reían a mandíbula batiente. Todavía estuvieron una hora más sobre la cubierta. Los tres que estaban en sus puestos fueron sustituidos para que también disfrutasen de la situación. El ruido del agua acariciando el casco de la nave en su avance era monótono, por lo que no era difícil caer en un profundo sueño. La temperatura no era desagradable y el mar estaba en calma.

La costa de Portugal era prácticamente recta de norte a sur, excepto frente a Lisboa, que formaba un inmenso saliente. Se mantenían a unas 14 millas de la misma, lejos de la posibilidad de una posible estación de radar. Desde luego, Portugal no disponía de ingenios tan adelantados en ese momento por lo que Patrick no se mostraba especialmente preocupado. El radar de a bordo indicaba el camino libre para la navegación nocturna en superficie. Los hombres ya habían regresado al interior, el turno de guardia se incorporó a sus puestos y los demás fueron a dormir. Habían acordado repetir la experiencia siempre que fuese posible. De hecho, cuando llegasen al continente africano la temperatura sería muy superior y quizás apetecería permanecer más rato en cubierta.

Pasaron frente a Porto, Espinho, Aveiro y luego se fueron alejando de la costa para evitar el saliente en el mar que representaba el enorme delta del río Tajo. Durante el día volvieron a viajar en inmersión. Sólo el periscopio les permitía observar lo que iban dejando atrás. Todos estaban muy tranquilos ya que hasta ese momento no habían tenido ninguna emergencia, pero la proximidad de Gibraltar no le hacía ninguna gracia a Patrick, ni a los alemanes, que conocían perfectamente la conocida base militar en el peñón.

El Cabo de São Vicente, el punto más suroeste de Portugal fue quedando atrás, con el inmenso Golfo de Cádiz a babor. Patrick indicó el rumbo sur, hacia las Islas Canarias, totalmente alejado de la costa sur de España y sobre todo de Gibraltar. La voz de John sonó como siempre metálica en el interfono.

—Capitán, detecto un grupo de barcos a unas 30 millas.

—¿Qué rumbo siguen? —preguntó Patrick con cierta preocupación.

—Vienen en nuestra dirección —respondió «bullet».

Los hombres apretaron los dientes. Aquello podía ser feo.

—¿Cuántos son, John?

—Seis, capitán. Y uno de ellos parece un portaaviones con el grupo de barcos de defensa.

Destructores.

—¿Nos han captado?

—No lo creo, capitán. Ni se imaginan que estamos aquí abajo.

Tras unos instantes, Patrick tomó el interfono:

—¡Allen, prepare los tubos!

Kenneth se acercó a Patrick.

—Pero ¿qué va a hacer, capitán?

—No correr riesgos, Kenneth. Nuestra misión debe seguir adelante y si estos barcos nos descubren podemos tener problemas y debemos defendernos. Hemos de poder llegar a la Antártida —luego se dirigió Bert Eklund—. Toma rumbo 1-9-5 e intenta sacarnos de aquí. ¡Rápido!

Se dirigió al periscopio.

—Izad periscopio.

Kenneth observaba a Patrick y sabía que podía confiar en él, aunque en ese momento la situación era muy diferente a un escenario normal de combate.

Reith en la mesa de mapas iba anotando los datos que iba indicando Patrick y que eran suministrados por John «bullet».

—¿Marcación?

—Trescientos cincuenta, capitán.

—¡Abajo periscopio! Distancia 9.100. Ángulo de inclinación, cinco estribor.

Los datos fueron transferidos rápidamente al mapa sobre el que trabajaba Reith.

—John ¿cuánto tardarán en llegar aquí? ¿Cuál es la distancia de su derrota? ¡Timonel, profundidad ochenta y cinco metros!

Patrick se limpió el sudor que recorría su frente.

—¡Toda la caña a estribor, gobierna al sesenta!

—¿Cuál es el tiempo, John?

—Estarán muy cerca de nosotros, con el nuevo rumbo, en 17 minutos.

—Gracias, John —Patrick giró hacia Kenneth—. Creo que no nos verán. Hay mucha distancia.

Kenneth parecía más tranquilo.

—Excelente. No tengo ganas de hundir un barco seguramente británico.

El submarino llegó a los cien metros de profundidad sin dificultad y continuó con su rumbo de alejamiento de la formación naval.

—¡Dos barcos vienen en nuestra derrota, capitán! —rugió John «bullet» por el interfono.

—¡No puede ser! —exclamó Patrick mirando a Reith.

Kenneth y Böse junto a Patrick denotaban ansiedad en sus rostros tras la súbita noticia.

—¡Máquinas, turbinas en marcha! ¡Máxima velocidad! —bramó Patrick—. John ¿cuál es la marcación?

—Trescientos cincuenta y uno.

Reith mostró sobre la carta la nueva situación.

—Son muy rápidos, capitán. Su velocidad es de 22 nudos. Estarán sobre nosotros en nueve minutos.

La tensión iba creciendo por segundos.

—¡Cargas, capitán! —gritó John.

Todos quedaron como hipnotizados tras esta información. Pasó el tiempo. De repente, el ruido enloquecedor de las cargas que iban estallando a un ritmo determinado y cada vez más cerca. Todos sabían que la fiesta estaba apenas empezando. Con cada carga primero sonaba un «clic», al chocar contra el submarino la primera onda expansiva. Después el ruido de la explosión, seguido de un prolongado rumor de agua pasando por el casco y la cubierta. El espacio de tiempo entre el chasquido inicial y la explosión les daba una idea aproximada de la distancia a la que había estallado la carga. Si ambas se perciben cerca, la cosa se está poniendo fea. Si son simultáneas, se trataría de un impacto directo. Todos lo sabían a bordo.

El U-2193 era un submarino robusto y su casco estaba sólidamente construido, pero la conmoción de las explosiones lo zarandeaba como si estuviese hecho de hojalata.

—¡Bert baja a 250 metros o nos van a matar! —gritó Patrick.

—No puedo, capitán, el sonar indica que vamos navegando a ras de fondo. Tenemos un margen de

cinco metros. No sé cuando ganaremos fondo.

La noticia no podía ser peor. Sólo estaban a unos noventa metros de la superficie y eso para las nuevas cargas desarrolladas después de la guerra, no era un problema.

Patrick agarró el interfono:

—¡Sala de torpedos! Preparad dos torpedos del tipo LUT. ¡Hemos de parar esta mierda! Y que Dios me perdone...

El submarino seguía zarandeándose y no podía disparar sus torpedos en ese momento. A cada explosión todos salían despedidos, con lo que no podían apoyarse contra nada que estuviese en contacto firme con el casco. Todo el submarino se estremecía, las enormes cuadernas de acero resistían, pero las tuberías, tubos de ventilación y mecanismos de todo tipo entraban en tal nivel de vibración que amenazaban con desprenderse del techo y de las mamparas. El aire acondicionado y la ventilación no funcionaban en ese momento para evitar ruidos, con lo que la temperatura subió enseguida a unos 35°. Era un infierno.

Eric Jones de la Sala de Radio se sintió enfermo y vomitó sobre un cuenco, que se desplazó y cayó sobre el suelo. Alguien le tiró un trapo, pero no le alcanzó y se quedó en medio del pasillo. La palomilla de una válvula salió disparada, rebotó dos veces en el piso metálico y resonó de forma espectacular en el silencio producido entre dos explosiones. Luego fue a parar al orificio donde se escondía el periscopio, repiqueteando en las paredes de acero del mismo hasta que, en un apagado chapoteo, cayó sobre el agua de la sentina. Peter Wiggins, en un alarde de malabarismo, logró extraer la pieza. Luego empezó un silencio irreal.

Parecía que la primera carga había pasado y se había ganado algo en profundidad, hasta los 110 metros.

—Salas, control de daños —solicitó Patrick.

Uno a uno llegaron las respuestas de que no había daños. El submarino había aguantado bien el primer castigo. Patrick miraba hacia arriba.

—Si continúan con la caza, no los podremos dejar marchar. Tenemos los tubos con los torpedos preparados y no voy a dejar que nos hundan sin más.

—Siguen encima nuestro, capitán —indicó «bullet», pegado a sus auriculares. El silencio a bordo, mientras seguía la marcha a 18 nudos, era absoluto.

—Los estamos dejando atrás, capitán —informó «bullet» al cabo de unos minutos eternos.

Patrick lo tuvo claro.

—Bert, a la vez que nos alejamos con rumbo sur, sube y sitúate a profundidad de periscopio.

Cuando la nave llegó a esa profundidad, la orden era obvia.

—¡Arriba periscopio! —Patrick hizo un barrido en redondo y pronto localizó a los dos barcos, que seguían con la búsqueda.

Ya estaba anocheciendo y eso ayudaba.

—¿Marcación?

—Cuarenta y cinco, capitán —respondió «bullet» sin dudar—. Ángulo de inclinación, cinco estribor.

—Vamos bien, vamos bien —repitió Patrick, como hipnotizado mirando a través del periscopio—.

Un momento. ¡Están cambiando el rumbo y vienen en nuestra derrota! Máquinas más velocidad.

La voz de Stan White sonó clara:

—Podemos ganar un nudo más, pero las máquinas van a tope, capitán.

—De acuerdo, Stan, mantén esa velocidad máxima —Patrick seguía mirando por el periscopio.

—¡Cargas, capitán! —bramó «bullet».

Se iban oyendo las explosiones todavía lejos, pero acercándose. De repente, las cargas dejaron de sonar.

—Las hélices de los destructores se van moderando, capitán. Marcación 0-7-0 —informa «bullet»—. 0-6-5, capitán. ¡Las hélices aumentan revoluciones! Ángulo de inclinación 90 babor, distancia 2.000.

Patrick no podía dudar en ese momento.

—¡Toda la caña a estribor, babor avante toda, Bert!, gobierna al ciento sesenta y cinco, avante despacio. ¡John, canta las marcaciones constantemente!

—0-1-0, 0-2-0, distancia mil cien, capitán —«bullet» hacía su trabajo bajo la máxima presión.

La voz de Patrick sonó clara en la Sala de Torpedos:

—¡Atención a proa! Lo veo bien... Marcación... siete y medio. Distancia, mil. Inclinación, cinco babor. ¡Aquí vienen otra vez! Marcación... siete. Ángulo de giróscopo, uno derecha. Atentos..., seis..., cinco y medio... ¡fuego tubo uno!

El primer torpedo LUT salió con la máxima furia hacia su presa.

—Torpedo disparado eléctricamente, capitán —informó lacónicamente proa—. Siguió tubo preparado, señor.

Patrick se pasó la manga de su camisa por la cara. El sudor le caía a borbotones. Kenneth giró hacia él, tras hablar con Reith.

—El torpedo navega en marcación cero, capitán. Coincide con la marcación del blanco y le alcanzará en 67 segundos.

—Bien... —Patrick respondió casi en voz baja.

Todos escucharon claramente la explosión y Patrick vió como el barco alcanzado comenzaba a escorar. Era su fin. Los torpedos alemanes LUT no necesitaban apuntar al barco objetivo, ya que los seguían con un sonar muy sofisticado.

El siguiente destructor se detuvo para ayudar a los marineros que saltaban por la borda del barco, intentando salvar al máximo número de ellos. El U-2193, aprovechó la situación para desaparecer de la zona sin dejar rastro.

—Seguramente eran ingleses y ahora habrá una queja internacional.

—¿Contra quién, Kenneth? ¿Quién ha sido? ¿Los rusos? —contestó Patrick, que se había sentado en su silla y parecía muy dolido por lo acontecido—. No me siento orgulloso por lo que acabamos de hacer, pero nuestra misión está por encima de un destructor —pareció recuperarse momentáneamente.

—Has cumplido con tu deber. Si te sirve de consuelo, yo hubiese hecho lo mismo —Kenneth trató de animar a Patrick—. El resto de la tripulación piensa lo mismo. No te preocupes más. La misión sigue y eso es lo importante.

Tras informar con la máquina ENIGMA a la Base 211 de la batalla ocurrida y al vice-almirante Clark del hundimiento de un barco aliado, la más oscura de las noches se tragó al submarino en su escape hacia el sur.

La costa de Marruecos quedaba a babor del submarino. De nuevo navegaban en superficie gracias a la protección que daba la noche.

—Estamos a unas 200 millas del Archipiélago Canario, capitán —señaló Reith, mientras mantenía

firma la hoja del mapa en el que señalaba la posición del submarino y las Islas Canarias. El viento era ligero en la torre, aunque agradable. La temperatura era de unos 24° centígrados.

—Gracias, Reith —Patrick apuró su cigarrillo—. No sé que pensará del hundimiento del barco inglés de la otra noche... El vice-almirante Clark nos ha confirmado que era una flota británica de regreso a Gibraltar y hemos hundido el destructor HMS Brighton. La mitad de la tripulación pudo salvarse.

Böse y Kenneth escuchaban también las palabras de Patrick.

—Sólo puedo pensar que ha cumplido usted con su deber, capitán Malone. En nuestras circunstancias y con la misión que debemos efectuar, no teníamos otra opción que hundir a ese barco. Piénselo al revés, capitán: si nos hubiesen hundido o capturado, se hubiese puesto en peligro toda la Operación Highjump. Usted sabe que hay veces que la razón de estado está por encima de las vidas humanas.

Patrick miró con frialdad a Reith.

—Es fantástico lo insensibles que son ustedes. No lo puedo entender. Le puedo garantizar que toda mi vida me acordaré de esta noche y de los marineros saltando por la borda, mientras el destructor incendiado se escoraba sin remedio y se iba hundiendo irremisiblemente.

—Eso es lo que yo pienso y usted es quien me lo ha preguntado —replicó con toda lógica Reith—. Yo nunca le hubiese comentado lo sucedido. Ni a usted ni a nadie. Ni siquiera lo había comentado con Böse y él tampoco ha dicho nada a nadie. Seguimos siendo soldados y no nos cuestionamos las órdenes. Simplemente obedecemos.

—Queda claro, Reith —cortó Patrick—. A veces olvido que quizás ustedes son más profesionales y seguramente más fríos que nosotros, pero entienda que me choca.

Kenneth intervino, quitando hierro a la conversación.

—Esas luces son de la ciudad de Essaouira. Ya nos queda poco para poder estirar las piernas en tierra.

—¿Qué ciudades hemos de sobrepasar, Kenneth? —preguntó Patrick.

Éste, sobre el mapa de Reith, le indicó una a una cuáles eran:

—Hemos de pasar frente a Agadir, Tiznit, Tan-Tan y Tarfaya. A partir de ese punto tomaremos rumbo oeste, frente al Sahara español y concretamente la ciudad de El Aaiun, que además es base militar española de las tropas africanas coloniales del general Franco, y por lo tanto progermanas. La isla objetivo es Hierro, que es la situada más al sudeste del archipiélago. Aquí.

Señaló la pequeña isla en el mapa. El plan de navegación indicaba una parada técnica y de aviso a los espías y soplones germanófilos que aún se movían por España en la Isla del Hierro y específicamente en el puerto de La Estaca. Allí se reabastecerían de provisiones frescas y se dejarían ver lo suficiente.

La nave trazó el rumbo oeste tras pasar entre la costa de Marruecos y las islas españolas de Lanzarote y Fuerteventura. El radar captó el vuelo de un Junkers Ju52 del ejército español en vuelo desde El Aaiun hasta Fuerteventura. No hubo más incidencias remarcables excepto la presencia de barcos pesqueros marroquíes de pequeño calado, a cierta distancia, y que no representaban ninguna amenaza. Pasaron junto a la costa sur de la isla de Gran Canaria y ya quedaba la siguiente escala, que sería El Hierro y concretamente el puerto de La Estaca.

Amanecía cuando divisaron el pequeño y tranquilo puerto de La Estaca. Era un puerto de pescadores, rematado con varias casas y poco más. Varias mujeres reparaban unas redes junto al muelle. Una pequeña guarnición parecía situada en lo alto de un pequeño promontorio que dominaba todo el puerto.

—Creo que allí hay militares. ¿Qué crees tú Kenneth? —Patrick se apartó del periscopio y Kenneth

miró a través del mismo—. Seguro que es un pequeño destacamento contra los contrabandistas. No se esperan algo como nuestra visita. Tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. No me preocupan y además serán los voceros de nuestra presencia aquí.

—OK, me parece bien, Kenneth —cogió el interfono—: Sala de Torpedos, necesito en el puente a Dave Holms y a George Connors.

Al poco rato, ambos hombres hacían acto de presencia en el puente.

—Mientras estemos en el puerto, estaréis al cargo de las dos torres artilleras en la torreta y nos cubriréis si surge alguna emergencia.

—Muy bien, capitán.

Los dos se dirigieron a sus puestos de combate y prepararon las potentes baterías gemelas de 30 mm. El submarino emergió a poca distancia del puerto con la consiguiente sorpresa de las pocas personas que estaban en el mismo. Fue acercándose hasta situarse a una distancia de unos 150 metros del muelle. Desconocían la profundidad del puerto y no querían quedar embarrancados.

Con sus uniformes alemanes y las armas reglamentarias, Kenneth Miele, Roger Blaufen, Wolfgang Reith, Georg Böse y Patrick subieron al bote neumático que ya estaba amarrado en el costado del submarino y remando con decisión llegaron hasta una escalera de piedra que se sumergía en el mar. Subieron por ella y se dirigieron hacia la primera casa que aparecía a su derecha. Parecía una pequeña tienda de comestibles. Varias personas se habían congregado junto al muelle observando todo lo que sucedía, con rostros de sorpresa. Georg Böse tenía bastantes conocimientos de español y se dirigió hacia una mujer que acababa de salir de la tienda.

—Buenos días. Necesitamos víveres y otros suministros para nuestra tripulación. ¿Puede ayudarnos?

La mujer estaba sorprendida por la visita de aquellos militares, pero contestó afirmativamente. Kenneth y Patrick se habían quedado fuera, en contacto visual con el submarino. La gente les observaba con curiosidad, pero sin rechazo.

El sonido de un vehículo llamó la atención de todos. Un pequeño camión militar bajaba renqueando por un estrecho camino de tierra, en dirección al puerto. Llegó hasta la tienda y se detuvo. Un atolondrado y joven cabo y tres soldados bajaron y se dirigieron hasta los supuestos alemanes. Con mucho nerviosismo el cabo fue hacia Patrick.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí? La guerra terminó hace mucho tiempo.

Patrick puso cara de no comprender nada y Böse apareció en ese momento.

—No se preocupe cabo. Sólo deseamos adquirir unos suministros para la tripulación y seguir nuestro camino.

—Pero ustedes son alemanes y Alemania se rindió en 1945 —insistió el joven cabo—. ¿A dónde se dirigen?

Böse, con aire tranquilo, continuó:

—No puedo informarle, cabo. Comprenderá que nuestra misión es militar. Le repito que sólo queremos unos suministros y seguir nuestro viaje.

—Están ustedes en territorio español, con bandera de combate extranjera y eso merece una explicación oficial.

—Y ¿de quién piensa recibirla, cabo? ¿Del gobierno de Hitler?

Böse comenzaba a impacientarse con aquel entrometido cabo. La mujer salió en aquel momento

ayudada por dos hombres, que portaban unas 10 cajas, que dejaron junto al muelle.

—Aquí tiene, oficial. Son en total 126 pesetas.

—¿Me permite? —dijo Böse apartando al cabo español. Sacó un fajo de billetes de diversas divisas, entre ellas moneda española, con la que efectuó el pago—. Muchas gracias, señora.

El cabo sacó su arma reglamentaria.

—Deberán acompañarme ahora —ordenó muy nervioso.

Los soldados a sus órdenes estaban perplejos por el desarrollo de aquel asunto, que sobrepasaba su tranquila vida allí. Patrick y los demás sacaron el seguro de sus MP40. Había mucha tensión en aquel momento y cualquier error provocaría una masacre.

—No haga tonterías, cabo —Böse se giró hacia el nervioso cabo—. Es una simple compra. Hemos dado un poco de negocio al pueblo y ahora queremos seguir nuestro viaje.

En un descuido y a la velocidad del rayo, Böse desarmó al atribulado cabo. Sus hombres también fueron desarmados rápidamente, aunque no ofrecieron resistencia.

—Ahora voy a atarles y cuando nos hayamos ido, les podrán desatar y seguir con su labor de vigilancia. No queremos hacerles ningún mal —Böse solicitó una cuerda en la tienda, que rápidamente le fue entregada—. ¿Cuánto es, señora?

—Quince céntimos, oficial —Böse procedió al pago y luego, junto a sus compañeros, ató a los soldados españoles.

Después de dos viajes de la balsa neumática, los víveres y suministros fueron trasladados a bordo y todos volvieron a sus puestos en el submarino. El pueblo de La Estaca fue alejándose de su vista.

—No tengo ninguna duda de que se sabrá de nuestra presencia aquí —dijo Kenneth mirando a través de los prismáticos.

Patrick parecía pensativo:

—Seguro que se sabrá. En ese aspecto hemos cumplido con nuestra misión. Lo que me preocupa es que el hundimiento del destructor inglés pueda ser relacionado y achacado a un submarino alemán y eso abre demasiados interrogantes a nivel mundial.

En aquel momento Reith y Böse se incorporaron al grupo en el exterior de la torreta del submarino.

—Ha hecho un trabajo excelente, Böse. En nombre de todos quiero agradecerle su profesionalidad y sentido del deber.

Böse sonrió mirando a todos los presentes.

—Tuve claro que no quería un enfrentamiento armado con aquellos pobres chicos. Cualquiera de nosotros hubiese hecho lo mismo. Por cierto, capitán, hoy tenemos una ensalada sensacional que nos ha preparado Perkins con las provisiones frescas que trajimos a bordo.

—Es una magnífica noticia. Muy bien, no le hagamos esperar, señores.

Patrick bajó por la escotilla en cabeza de todo el grupo, ordenando al primer turno que ya podían ir a comer. Luego dirigiéndose a Kenneth ordenó inmersión y continuar así el viaje bordeando la costa africana.

El rumbo sur continuaba sin problemas y los informes al vicealmirante Clark salían y llegaban de forma periódica. Clark parecía contento con las noticias y el desarrollo hasta ese momento del viaje. También se emitían mensajes a la Base 211, con las novedades que iban sucediendo. Todo iba correctamente y no parecían sospechar nada raro. El submarino pasó frente a las costas de Mauritania, Senegal, las posesiones portuguesas de Cabo Verde, la Guinea Española y Sierra Leona. En ese punto la

ruta trazada se alejaba mucho de la costa y seguía entre la costa africana y las islas de bandera británica de Ascensión y Santa Elena. Pasaron la línea del Ecuador terrestre en ese punto y lo celebraron con una pequeña fiesta a bordo, como era tradición marinera en cualquier barco. El vice-almirante Clark les envió un informe en el cual no sólo se les indicaba que su presencia en las Islas Canarias había sido detectada, sino que los ingleses habían relacionado el hundimiento del HMS Brighton con el U-2193. Y tal como se temía Patrick, Inglaterra había iniciado la búsqueda del submarino. Debían de evitar cualquier posesión inglesa en su camino. Eso podía complicar el viaje.

Evitaron en más de 500 millas de distancia las dos islas británicas y prácticamente ya estaban frente a las costas de Namibia. Era una zona relativamente amiga, ya que la población alemana era amplia. De todas maneras, evitaron cualquier contacto con la costa y siguieron rumbo a África del Sur. John «bullet» mandó un mensaje con la máquina ENIGMA a la Base 211, para avisarles de su llegada a la zona y que preparasen todo lo necesario para encontrarse con uno de los barcos mercenarios que les suministraría combustible y otras provisiones. No había ningún problema, pero la base añadía la petición de que subiesen a bordo tres ingenieros alemanes que habían estado de descanso en África del Sur y los trajesen hasta la Antártida. Estarían en el mercante nodriza. La petición fue una sorpresa, pero Patrick no podía negarse a ello y se envió un mensaje confirmando la solicitud.

Fueron cruzándose con numerosos barcos pesqueros que salían de los diferentes puertos de la zona. Evitar las redes, en muchas ocasiones, era un auténtico problema. El numeroso tráfico marítimo de la zona denotaba que un gran puerto no estaba lejos. Y así era. Ciudad del Cabo aparecía nítidamente en el periscopio y el U-2193 dio un amplio rodeo por mar, evitando la ciudad y su zona de influencia marítima. Pasaron el Cabo de Buena Esperanza con rumbo Este. La siguiente etapa ya era Port Elizabeth, donde ellos se mantendrían en inmersión en aguas internacionales y se encontrarían con el barco. La temperatura exterior ya era más fría. Se notaba que la latitud era otra. La máquina ENIGMA emitió un mensaje codificado de la Base 211. El barco con el que tenían que encontrarse era el Luanda Dream, de bandera angoleña y se les indicó el día, la hora y la posición exacta en que debían de encontrarse las dos naves. El día sería el 18 de noviembre, a las 5 de la mañana y la posición sería 38° 60' Sur y 25° 40' Este. El nombre en clave del U-2193 sería «Tiburón».

El día 17 por la tarde el U-2193 llegó al punto esperado y se dispuso a la espera a profundidad de periscopio.

—Les dejaremos que suban y una vez a bordo les detendremos y les interrogaremos. Pueden tener información valiosa para nuestra misión. El plan sigue sin cambios —Patrick ya pensaba en los tres ingenieros alemanes que se les unirían en ese punto y qué hacer con ellos.

Patrick fue despertado por Kenneth, que estaba haciendo el turno de guardia al periscopio, en el puente.

—Patrick, el radar detecta un barco acercándose a nuestra posición. Todavía está a unas 20 millas. Creo que son ellos.

Patrick se incorporó.

—Muy bien. Estoy contigo enseguida —dijo medio dormido.

Kenneth volvió al puente y trató de localizar el barco visualmente. Todavía estaba lejos. Patrick llegó al puente con una taza de café en la mano. Kenneth le cedió el sitio en el periscopio.

—Aún no se ve, Patrick.

Éste miró y confirmó las palabras de su segundo. Luego tomó el interfono y ordenó a Eric Jones que rastrease con la radio si querían ponerse en contacto con ellos. Pero tenía que ser primero el barco el que radiase. No podían indicar que estaba allí, como medida de seguridad.

Tras volver a mirar por el periscopio, se lo pasó a Kenneth y se dirigió a la Sala de Radio. Allí, Jones rastreaba las distintas frecuencias. Aunque utilizaba unos auriculares, un sonoro chisporroteo sonaba cada vez que movía el dial. Patrick se ajustó otros auriculares. Se oían todo tipo de voces y sonidos. El radar indicaba una mancha que iba a su encuentro. John «bullet» llegó en ese momento.

—¿Novedades, capitán?

—Parece que viene nuestro amigo —Patrick señaló la pantalla del radar. «Bullet» se sentó en su puesto junto a Eric Jones y comenzó a manipular otra de las radios HALLICRAFTERS, que trabajaba en distintas frecuencias.

De repente la voz de un hombre sonó en los auriculares. Iba repitiendo un mensaje:

—Aquí Luanda Dream. Aquí Luanda Dream. Estamos llegando al punto concertado. Repito estamos llegando al punto concertado. Conteste, por favor.

Era evidente que no querían citar en las ondas su posición para no alertar a quien pudiese estar cerca y fuese ajeno a la operación. En la misma frecuencia de radio «bullet» tomó el micrófono.

—Aquí, Tiburón. Repito: aquí, Tiburón. ¿Me copia, Luanda Dream?

—Le copio bien y alto, Tiburón. Estamos casi en el punto.

La voz de Kenneth sonó en el interfono:

—Patrick tengo contacto visual con el barco.

Patrick llegó a la puerta de la Sala de Radio.

—Seguid el contacto. Yo voy al puente y vamos a emerger —llegó al puente y a través de periscopio pudo ver el barco claramente.

A pesar de que era todavía de noche, se apreciaba que era un viejo mercante, muy maltratado y sin pintar. Pero eso era igual en ese momento, no podía esperarse otra cosa de un barco mercenario. Tenía lo que necesitaban y el mar estaba como un plato.

El U-2193 emergió frente al barco que ya comenzaba a detener su marcha. Salieron a la torre con sus uniformes alemanes. De nuevo, todos los que hablaban alemán se hallaban en primera fila. El juego debía continuar. Lentamente el Luanda Dream lanzó una manguera para trasladar el combustible. Todos los maquinistas del submarino, con uniformes alemanes, estaban en la cubierta preparando la conexión de la manguera a los depósitos de combustible. Por otro lado, también se lanzaron unos cabos para formar una especie de puente aéreo que pudiese trasladar los víveres y las provisiones solicitadas al submarino. Al final, y utilizando un bote neumático, los tres ingenieros subirían a bordo. Desde el puente del barco, el que parecía ser el capitán y unos adjuntos saludaban a Patrick y sus compañeros en la torreta. El capitán del Luanda Dream iba en camiseta y pantalones cortos, ya que salió a supervisar visualmente la operación que estaban efectuando sus hombres. El único complemento que delataba su posición era una gorra de plato blanca, ajada y muy sucia. Las dos naves ya estaban muy cerca y se inició el trasvase de combustible y el envío de las cajas.

Los tres ingenieros estaban en la borda del barco mirando cómo se desarrollaba la operación. Ellos irían al último, cuando se hubiese completado todo el trasiego. El barco bombeaba bien el combustible y ya no tardaría en completar el llenado de los tanques. También las mercancías habían sido trasladadas en

su totalidad al submarino.

La voz de «bullet» sonó en el interfono:

—Capitán, detecto tres barcos que se dirigen a nuestra posición. Están a unas 15 millas. Van a más de 20 nudos. No me gusta.

—Ahora voy. Kenneth, acompáñame.

Los dos bajaron rápidamente de la torre al interior del casco. La pantalla de radar no dejaba lugar a dudas.

—Vámonos ahora mismo de aquí. ¡Esto es una trampa!

—¡Aviones, capitán. Detecto aviones que se dirigen hacia aquí! —la voz de Jones era entrecortada.

Sin perder un segundo, Patrick dio la orden:

—¡Inmersión ahora! Todos adentro, rápido!

La sirena de inmersión sonó con fuerza.

Los maquinistas, con Stan White a la cabeza, soltaron la boca de manguera y un enorme chorro de combustible salió disparado hacia el mar. Cerraron los tapones herméticos de los tanques y entraron a través de la escotilla de cubierta. Los cabos fueron cortados con una cizalla desde la torre y todos entraron apresuradamente en el submarino. Dos hidroaviones británicos de caza submarina pasaron a ras de agua, con un ruido ensordecedor. No disparaban porque el barco nodriza estaba junto al submarino.

—¡Inmersión! ¡Avante toda! —en unos segundos el submarino ya había desaparecido de la superficie, pero Patrick sabía que no estaban salvados todavía.

Los aviones lanzaron detectores acústicos al agua, que señalizaban la posición del submarino. Era un arma endiablada.

—40 metros..., 45 metros..., 50 metros... —iba anunciando Bert a los timones.

—Vamos a darle a ese cabrón lo que se merece... —Patrick estaba furioso por la traición del barco pirata, ya que había cobrado de los alemanes y ahora habría cobrado de los ingleses por su delación.

—Proa, torpedo LUT preparado a mis órdenes.

—Tubo dos preparado, capitán.

Patrick calculaba con Reith la distancia estimada con el carguero y de repente dio la orden:

—¡Fuego!

Puso en marcha el cronómetro para calcular el tiempo de impacto. El torpedo inició su camino mortal hacia el mercante. Al poco sonó una explosión terrible, que pudo percibirse desde el fondo. La profundidad ya era de 120 metros y seguían bajando. Era su única posibilidad. Sonaron varias cargas, que explotaban muy por encima de ellos.

Siguieron ganando profundidad y distancia. Ya se encontraban a 210 metros y a siete millas de la posición con el mercante recién hundido. El peligro parecía haber pasado, pero los ingleses tenían claro quién era el enemigo y no cejarían en su búsqueda.

—Es posible que controlen la ruta hacia la Antártida. Supongo que están también enterados de la presencia alemana allí —Patrick miraba la carta marina del Atlántico sur y que iba desde África del Sur al Polo Sur.

Reith movía el compás de agujas con mucha soltura.

—Es un área inmensa, capitán y es un solo submarino. Es muy difícil localizarnos.

Lo que decía Reith tenía mucha lógica, pero no podían distraerse.

—Seguiremos en inmersión hasta la Antártida. No tenemos otra opción —indicó Patrick.

—Bueno, no me importa. La temperatura fuera ya empieza a ser desagradable —rió Kenneth.

Los demás confirmaron la ocurrencia con unas risas.

Al segundo día de viaje desde África del Sur, llegó un mensaje del vice-almirante Clark en Norfolk. La cita con el barco que transportaba al comando se llevaría a cabo en aguas de la isla noruega de Bouvetøya. La posición de la isla era Latitud 54° 26' Sur, Longitud 03° 24' Este. La posición de encuentro sería a unas tres millas de distancia de la isla, frente al Kapp Meteor. Se indicaba que tuviesen cuidado en la navegación por la zona, ya que el fondo era volcánico y muy irregular. Era una isla prácticamente desconocida para todos ellos, pero no para los alemanes, que tenían algunas referencias de la misma. Era un islote muy curioso y desde luego en lo más remoto del mar.

La Isla de Bouvetøya, territorio noruego, se halla a 54° 26' Sur, 03° 24' Este y tiene aproximadamente unas 6.5 kilómetros de largo por casi 5 de ancho. El punto más alto es la montaña de Olavtoppen con 780 metros. Está a unos 1.600 kilómetros al sudoeste del Cabo de Buena Esperanza. El centro de la isla es la boca de un volcán conocido como Planicie de Wilhelm II. Los glaciares cubren la mayor parte de la isla. Los dos mayores son el Glaciar de Posadowsky al norte y el Glaciar de Christensen al sur. La navegación por la zona es muy complicada, ya que no hay mapas fiables y hay una amplia actividad volcánica que crea marejadas y corrientes muy fuertes, e incluso la aparición y desaparición de islotes volcánicos. Es la isla más remota del planeta y raramente visitada por alguien. La temperatura es extrema durante todo el año.

Fue descubierta el 1 de enero de 1739 por Jean Baptiste Charles de Lozier Bouvet a bordo de los barcos Aigle y Marie. No le fue posible desembarcar y por ello la posición que tomó de la isla no era fiable. El capitán James Cook, a bordo del HMS Resolution, no fue capaz de encontrar la isla en 1772. Volvió en el mismo barco en 1775 y de nuevo falló en su intento. El capitán Lindsay en 1808 dio la posición exacta de la isla, pero no pudo desembarcar en ella. El primero que lo hizo fue Benjamín Morrell, patrón del ballenero Wasp en diciembre de 1822. El 10 de diciembre de 1825 la isla fue nuevamente avistada por el capitán Norris, patrón de los balleneros Sprightly y Lively. Reclamó la isla para la corona británica, llamándola Isla de Liverpool. Las numerosas expediciones noruegas a finales y principio de los siglos XIX y XX hicieron que el barco de investigación Norvegia montase un refugio con provisiones para los marinos que naufragasen por la zona. El 23 de enero de 1928, la Isla de Bouvetøya pasó a formar parte de Noruega. Se intentó montar una estación meteorológica permanente, pero las condiciones eran tan hostiles que no fue posible. En una visita posterior, los refugios que se habían montado habían desaparecido.

En 1934, el almirante británico E.R.G.R. Evans, comandante en jefe de la base naval británica en Simonstown, realizó una arriesgada misión a la isla para comprobar que ninguna potencia enemiga se había instalado allí. Pudo comprobar que los únicos habitantes eran las morsas, elefantes de mar y pingüinos. Durante la Segunda Guerra Mundial apenas se mencionó a la isla, pero en 1955 los sudafricanos intentaron montar una estación meteorológica. Tras varios desembarcos en la isla, no encontraron un lugar adecuado en la misma y regresaron. El barco americano Westwind fotografió en 1957 la isla, descubriendo una nueva planicie al sur del Cabo Circuncisión, debida a la actividad volcánica.

Durante los años 60 se llegó a la conclusión de que se debía montar una estación meteorológica y por ello los sudafricanos visitaron la isla para analizar su viabilidad definitiva. Descubrieron restos de un

naufragio como remos, un bote ballenero y otras piezas, pero nadie sabe quién sufrió ese hundimiento. Sin embargo, fueron los noruegos los que en 1977 instalaron una estación automática en la isla, conectada al satélite Nimbus 6. En 1971 la isla fue declarada Reserva Natural.

Reith marcó en la carta marina la posición del submarino y la de la isla de Bouvetøya. Todavía les faltaban unos tres días de viaje.

—Aquí tiene los cálculos y el rumbo a seguir, capitán —Reith entregó una hoja con las nuevas coordenadas—. Desde luego es uno de los sitios menos transitados y más remotos del mundo, capitán. Es una buena elección para embarcar al comando de una forma discreta.

Patrick miraba el islote perdido en la inmensidad del Atlántico Sur.

—Yo no la conocía, la verdad —admitió Patrick.

Reith continuó:

—Además el vice-almirante Clark sabe que es una isla peligrosa y por eso haremos el transbordo a mar abierto cerca de la isla. Es una isla volcánica y con muy poca profundidad llena de aristas minerales y cúspides de montañas marinas, que pueden atrapar y hundir cualquier embarcación. Sería el fin del U-2193.

Patrick asintió con la cabeza las palabras de Reith.

—Bien, ahora hemos de informar a la Base 211 del incidente que hemos tenido con el barco nodriza y que, además, hemos perdido a los tres ingenieros. No sabemos que ha sido de ellos, ni podemos regresar a buscarlos.

John «bullet» que estaba en el puente, indicó que se pondría en marcha inmediatamente con la máquina ENIGMA.

—John, también quiero que indiques al vice-almirante Clark lo sucedido en África del Sur. Luego te daré por escrito lo que quiero que le transmitas —Patrick se sentó en su silla de mando en el puente.

—Muy bien, capitán —«bullet» fue hacia su zona de trabajo.

El submarino seguía incansable su viaje de unas 1.400 millas hasta la Isla de Bouvetøya. Se captaban los sonidos de manadas de ballenas, que se podían confundir fácilmente con barcos si no se tenía experiencia. John era un excelente rastreador de sonidos y podía diferenciarlos sin demasiados problemas. Eric Jones también era muy bueno diferenciando sonidos submarinos. Era extraordinario disponer de hombres así a bordo. Patrick estaba contento pues disponía de combustible suficiente y de víveres a bordo para un largo viaje. De todas maneras, cuando los cincuenta hombres del comando estuviesen a bordo, todo iba a cambiar mucho en la vida normal en el submarino. Serían un total de 66 hombres. Menos mal que sería por un periodo relativamente corto de viaje. Tenía curiosidad por ver de nuevo a Blankfort y su actitud con todos. Esperaba no tener problemas ni con él ni con sus hombres. El barco que los traía también llevaría más provisiones que se sumarían a las existentes y también todo el material militar que necesitaba el comando.

El 30 de noviembre fue la fecha de contacto con el barco americano mercante Springfalls en las aguas de la Isla de Bouvetøya. La llegada en inmersión hasta el punto de encuentro fue compleja, porque como había dicho Reith el fondo era muy peligroso. El sonar parecía volverse loco por la cantidad de accidentes topográficos sumergidos que iban cruzando. El U-2193 emergió en el punto exacto de contacto y el barco no estaba allí. El radar tampoco indicaba actividad alguna en varias millas a la redonda. A través de la radio y tras denodados esfuerzos, se pudo contactar por la tarde con el barco, que se había retrasado por una avería durante su travesía. Llegaría el 2 de diciembre al punto de encuentro. La isla era

muy pequeña y parecía increíble que apareciese en las cartas marinas. No se apreciaba actividad alguna, ni animal ni humana y estaba cubierta de hielo totalmente, hasta donde la vista alcanzaba. Patrick ordenó que la espera fuese en inmersión a profundidad de periscopio por motivos de seguridad. El mar comenzaba a dar signos de movimiento, por lo que sería una espera movida.

Aunque todo estaba habilitado en el interior del submarino para la llegada del comando, Patrick y Kenneth hicieron una última revisión, comprobando que estaba todo a punto. Las literas, armarios, cuartos de baño, etc. Se preparó una zona donde efectuarían las diferentes comidas del día, con una mesa plegable en la que siguiendo unos turnos irían comiendo los soldados. La gran duda era todo el material bélico que traerían con ellos. De todas maneras, había unas sentinas libres por debajo de las planchas del suelo, donde se podía poner todo ese material.

—Espero que puedan resistir la atmósfera de un submarino. No es fácil.

Kenneth tenía toda la razón. Ése era el gran problema para encontrar tripulantes de submarino. La presión psicológica de estar encerrado y la claustrofobia que se podía sufrir, dificultaba encontrar marineros. Por muy entrenado que estuviese un comando para su misión, el ir en submarino podía ser superior a sus fuerzas y entrenamiento.

—Es verdad. No les resultará fácil, Kenneth —afirmó Patrick—. Pero nosotros ya no podemos hacer nada a ese aspecto. Ya sabían que una parte de su viaje sería en nuestra nave, por lo tanto prefiero pensar que ya están preparados y mentalizados. Tendrán por delante unas 1.200 millas náuticas hasta la Antártida.

Hasta el día 2 de diciembre la espera fue accidentada por la mala mar que había. Incluso en inmersión, el U-2193 notaba la furia de las aguas. Patrick ordenó salir de la zona de espera para resguardarse en una zona de mayor profundidad y sin tantos riesgos de choque con la cúspide de una montaña submarina. De hecho, con el radar y la radio sería fácil detectar la presencia del barco y llegar hasta él. Mientras todo esto sucedía, en ese mismo momento, los barcos de la Operación Highjump abandonaban sus bases de la costa del Pacífico y del Atlántico, de forma escalonada para dirigirse a la Antártida.

La suerte ya estaba echada.

Capítulo 15

OPERACIÓN HIGHJUMP EN MARCHA

El primer barco en salir de puerto fue el rompehielos Northwind, que lo hizo desde la rada del Boston Navy Yard, en la tarde del 25 de noviembre, entre los flashes de los periodistas que cubrían la noticia y los aullidos de los equipos de perros, que ladraban ante la sirena del barco, ubicados en sus 27 cajas de transporte. Tres días después llegaba a la base de Norfolk. El almirante Byrd, a bordo del buque enseña Mount Olympus, disfrutaba de una cena de despedida con Dick Creuzen, que acababa de dejar su antigua posición en su despacho de mando 4512 del Departamento de la Marina. Un viento helado recorría toda la base, lo que era un buen anticipo de lo que esperaba a todos aquellos hombres.

El corresponsal del New York Times, Walter Sullivan que iría en la Operación Highjump, destacó en la redacción del artículo con el que cubrió la partida de los barcos de la operación, que éstos tenían un extraño aspecto, comparado con las grandes operaciones navales de la última guerra. En su artículo destacaba el aullido de los perros como algo chocante, el hidroavión Norduyer atornillado en la cubierta y las enormes piezas de hormigón que una vez hundidas y atadas con cadenas, actuarían como «muertos» para que los barcos se mantuviesen en los puertos antárticos. También observaba las pequeñas chalupas de quilla plana que se utilizarían para conectarse entre unos barcos y otros una vez fondeasen en la Bahía de las Ballenas. También anotó algo a considerar y es que, si se acababa el carbón en la Base de Little America, las consecuencias para los hombres serían fatales. El carbón estaba en las cubiertas dentro de contenedores de madera.

La operación había tenido un nivel de improvisación muy alto. Incluso el día anterior aún se cargaban en el Mount Olympus enormes cantidades de comida. De hecho, las provisiones totales cubrían una estancia holgada de más de un año. Esos últimos días habían sido de locura para todos en las bases de partida. Mucho por cargar, poco tiempo para hacerlo bien, demasiada información para digerir sobre una tierra extraña y lejana que, excepto los mandos de la operación, nadie más conocía. Pero todo lo que se podía hacer se hizo y era el momento de partir. Poco después de las 13.00 horas del día 2 de diciembre de 1946, el portahidroaviones Pine Island, se fue alejando del puerto hacia mar abierto. El almirante Byrd abandonó el Mount Olympus, para incorporarse a la operación un mes más tarde a bordo del portaaviones Philippine Sea. En su lugar, Paul Siple, nombrado oficialmente por el Departamento de Guerra como representante en jefe y al mismo tiempo asesor científico de Byrd, le representaría hasta su incorporación más adelante. En una entrevista en el mismo muelle Byrd dijo que «esa vasta operación exploraría seguramente la mitad de la parte desconocida de la Antártica».

En poco más de una hora, los barcos Mount Olympus, Northwind, Pine Island y Brownson ya estaban en formación entrando en mar abierto. Sobre Old Point Comfort, una escuadrilla de la Marina pasó sobre ellos saludándoles y deseándoles mucha suerte. Los barcos a ambos lados del canal de salida les saludaban con sus potentes luces. Pasaron Cape Henry y la flota tomó rumbo Sur en un viaje de 10.000 millas marinas. Virginia y Norfolk iban desapareciendo en el horizonte brumoso y nombres como Islas Carolinas o Georgia sólo eran nombres en la distancia. A la misma hora, pero en el otro extremo del continente norteamericano, el contingente de la Flota del Pacífico salía de la Base de San Diego, pasaba frente a Point Loma y tomaba también rumbo sur. Sólo un barco había quedado atrás, el carguero Merrick, que aún estaba cargando equipo a bordo en Port Hueneme. Salió el día 5 de diciembre a toda

máquina hacia el Canal de Panamá, pero ya no llegaría a tiempo a la reunión con los demás barcos.

La flota atlántica avanzaba a buen ritmo, sorteó la isla de Cuba a través del Windward Passage y a través del Mar Caribe enfiló el Canal de Panamá. El sábado 7 de diciembre, los cuatro barcos pasaron el canal y atracaron en el puerto de Balboa, en el lado del océano Pacífico. Allí se encontraron con el submarino Sennet y el petrolero Canisteo y esperaron al resto de la flota que venía desde San Diego. El martes 10 de diciembre por la mañana todos los barcos estaban ya juntos y preparados para el viaje. Tal como iniciaron el viaje, los barcos se abrieron en abanico dejando entre ellos incluso cientos de millas de separación, siguiendo nueve rutas estipuladas hasta la Antártida. El propósito de este ejercicio fue puramente navegacional. Por ejemplo, comprobar el mapa submarino, ya que la operación no podía olvidar también su aspecto científico. El submarino Sennet se mantuvo todo el viaje junto al barco enseña Mount Olympus, llevando a cabo ejercicios rutinarios a bordo. El portahidroaviones Currituck hacía volar su helicóptero en aquellos días que el tiempo lo permitía.

El Merrick se encontró el 18 de diciembre en medio del Pacífico con el Yancey y el petrolero Cacapon. Con el mar en calma y bajo cielos muy claros, los dos cargueros maniobraban junto al petrolero y durante horas los tres barcos navegaban muy juntos, con lo cual se habían pasado mangueras de combustible y cables de comunicación. El Yancey y el Merrick «estaban sedientos». Tras cargar, los dos barcos se alejaron del petrolero y a toda máquina y con rumbo Sur se dirigieron hacia la Scott Island, donde habría una nueva reagrupación de la flota. El petrolero tomó rumbo hacia el Grupo Oeste para unirse a él. El 21 de diciembre habían atravesado la región conocida como Roaring Forties, que destacaba por su tormentosa climatología. Sin embargo, el tiempo no estaba mal y allí tuvieron ocasión de ver los primeros témpanos de hielo en el mar. La civilización y el calor iban desapareciendo a medida que avanzaban hacia el Sur. Dos días después habían llegado a las Nimrod Islands.

Los planes a bordo se iban acelerando. En el buque enseña Mount Olympus, Paul Siple efectuaba reuniones diarias con el grupo del Departamento de Guerra para mentalizarles de las «condiciones con que se encontrarían». Todos atendían. Los planes operativos de ataque se revisaban y se confirmaban una vez más. En una de sus crónicas a bordo, Walter Sullivan del New York Times dijo que «la operación se parecía a las invasiones de la Guerra del Pacífico, donde se saltaba de una isla a otra, excepto que en este caso el enemigo era el hielo y los vientos helados». Era una comparación bastante ajustada a la realidad. En este caso, más que los potentes acorazados de las batallas del Pacífico, era más importante contar con la ayuda de los rompehielos, como el Northwind.



Mapa con las derrotas de cada grupo hasta la Antártida

Tal como la flota llegaba a la zona antártica en las navidades de 1946, la suerte del Grupo Central iba a recaer en los nervios y dedicación de todos los tripulantes del Northwind y de su capitán Charles W. Thomas, abriendo paso a través del hielo a los demás barcos. Pero la Operación Highjump empezó formalmente durante la última semana de diciembre y sin embargo la atención de los expedicionarios y la del mundo entero cambió abruptamente no en los cinco barcos que se disponían a entrar en el Mar de Roos, sino en el portahidroaviones Pine Island que estaba cerca de la Isla de Pedro I en el Mar de

Bellingshausen.

El Grupo Este, formado en parte por los barcos Pine Island, Brownson y Canisteo, tuvo un viaje placentero hasta el Atlántico Sur. Varios de los barcos de dicho grupo estaban en los otros dos grupos también y se iban comunicando continuamente las incidencias del viaje. Fue un viaje donde el reabastecimiento de combustible o el intercambio de tripulantes de un barco al otro, fue lo más destacable. Cuando atravesaron la temida zona Roaring Forties, sólo encontraron el mar en calma absoluta. Llegaron a construir una defensa con palos de madera para proteger del oleaje al helicóptero en su plataforma, pero no hubo tal oleaje. La posición era longitud 99° 30' Oeste, llegando a la isla de Swain el 23 de diciembre, encontrando sólo un mar en calma. El 24 apareció en la lejanía el primer iceberg. Por la tarde, la visión de icebergs alrededor de los barcos era normal y peligrosa. El Día de Navidad llegaron al extremo norte de la barrera de hielo. Era el momento de ponerse a trabajar.

A las once de la mañana de ese día, el helicóptero Sikorsky se elevó en el aire con el capitán George Dufek, comandante del Grupo Este y veterano de la expedición de 1939-1941 a bordo y el piloto teniente Walter Sessums a los mandos. La misión del helicóptero era analizar la barrera de hielo, aunque durante el vuelo no pudieron descubrir aberturas suficientemente grandes para permitir operaciones de paso y de vuelo. Durante el vuelo, la comunicación quedó cortada repentinamente durante un rato que pareció una eternidad. Tampoco visualmente había contacto, con lo que durante un tiempo nadie a bordo de los barcos supo donde estaba el helicóptero. De repente, apareció en la lejanía, aunque su vuelo era extraño. Llegó hasta el Pine Island, trató de aterrizar pero repentinamente perdió potencia. Claramente algo había golpeado el helicóptero. Tenía daños en un lateral. En un alarde de habilidad, el piloto logró no caer sobre la cubierta del barco, sino en el mar. El helado mar entró a borbotones dentro de la pequeña cabina y en pocos segundos ambos tripulantes estaban hundiéndose en el profundo mar helado. Con la cabeza, el piloto logró romper el plexiglás de la cabina, y a través de un orificio suficiente, ambos hombres salieron rápidamente de la nave condenada.

Una barcaza de salvamento desde el Pine Island ya estaba en el agua. Sólo estuvieron en el agua un minuto, cuando los dos tripulantes fueron rescatados. Walter Sessums dijo que sufrió tremendos dolores de cabeza y cuello durante semanas. Tras una primera cura de emergencia y viendo que no tenían nada reseñable, excepto casi hipotermia por frío, los dos militares fueron dados de alta. El capitán del barco, Henry Caldwell, tuvo una reunión a solas con los dos náufragos. El capitán George Dufek no tenía dudas de que habían recibido un ataque desde tierra ya que pudieron ver una estructura metálica cilíndrica en medio del hielo, aunque ninguno de los dos fue capaz de decir que era aquello y qué había sido lo que les había atacado. Fue sorprendente y rápido. Primero se quedaron sin comunicación y luego habían sentido como un puñetazo en uno de los lados del aparato. No había sido un explosivo convencional, de eso estaban seguros, pero no podían decir nada más. Esta conversación y su transcripción efectuada por el Dufek, quedó clasificada para el resto de los tripulantes y sólo tendrían accesos los mandos de la operación. El periodista Walter Sullivan aprovechó la circunstancia para entrevistar a los dos hombres, pero sus respuestas no pasaron del simple accidente y nada más.

El día siguiente, 26 de diciembre, apareció brumoso y con nieve que caía sin parar. No era día para operaciones aéreas, pero los impacientes pilotos y marineros decidieron realizar un vuelo de prueba con uno de los hidroaviones Martin Mariner PBM «Barco Volador», denominado «George-I». Cuando fue bajado de la cubierta, colocado sobre el mar y estaba siendo cargado de combustible, una de las pequeñas barcasas de asistencia fue lanzada por el imprevisible mar antártico contra uno de los

flotadores de ala del avión. La operación fue cancelada y el avión devuelto a la cubierta del barco para su revisión. Mientras todo esto sucedía, el mar de hielo iba rodeando a los barcos, hasta el punto que se decidió disparar tres cañonazos con el potente cañón de 5 pulgadas, contra los témpanos que iban rodeando las naves. El efecto fue como disparar palomitas de maíz contra una pared de piedra. El resolutivo capitán Henry Caldwell, probó con la sirena del barco a toda potencia con la esperanza que se rompería el hielo con la vibración provocada. Huelga decir que el hielo siguió en su sitio.

De repente, Caldwell y sus hombres en el puente del Pine Island quedaron sorprendidos por lo que veían sus ojos. Tres discos voladores de un color aluminio bruñido aparecieron por el Este y pasaron silenciosamente sobre el grupo de barcos. No dio tiempo de avisar a nadie y solo los vieron algunos de los marineros que estaban en cubierta. Incluso, algunos de ellos, no se dieron cuenta de la increíble visión. Comenzó un tremendo cruce de mensajes entre los barcos sobre lo que acababan de ver, pero nadie sabía dar una explicación satisfactoria. Aunque no vio los discos, sí que escuchó a varios testigos y George Dufek empezaba a encajar las piezas de todo ello. Allí estaba pasando algo que confirmaba el temor de que en la Antártida no sólo había hielo y pingüinos. Dufek, por el escalafón militar que ocupaba en la misión, sí que había sido informado del objetivo real de todo el operativo y lo que allí podrían encontrar.

La información fue radiada al resto de grupos de asalto que ya se hallaban entrando por las diferentes zonas antárticas asignadas. También se reportaban incidencias similares en los otros grupos, sin más consecuencias. A partir de ese momento, el capitán Dufek lo tuvo claro. Debía enviar inmediatamente uno de los hidroaviones Martin Mariner PBM, «George-I» fuertemente armado, para tratar de ver que clase de amenaza tenían delante de ellos. Él mismo decidió participar en ese vuelo. El día 29 a las 13.00, el hidroavión fue posado sobre las sorprendentemente tranquilas aguas del mar. A los mandos del piloto teniente John D. Howell el avión rugió sobre el mar, elevándose poco después. El capitán Dufek como observador acompañaba al teniente, dos artilleros, un navegante y un mecánico que formaban la tripulación del avión. Durante varias horas de vuelo, sólo pudieron reportar un excelente tiempo que podía facilitar el trabajo aéreo de fotografía y observación. Nada anómalo fue detectado. En aquella época del año siempre era de día en la Antártida. Por ello, se permitió que un segundo hidroavión del mismo modelo, pero denominado «George-II» saliese de patrulla para sustituir a «George-I».

«George-II», también fuertemente armado, despegó a las 18.30 de esa tarde. Cuando «George-I» regresó a las 23.05 de esa «noche», se preparó una tercera salida aérea, con este último avión pero con una nueva tripulación. El avión despegó nuevamente a las 2.24 horas del 30 de diciembre con el teniente Ralph Paul «Frenchy» LeBlanc a los mandos y como copiloto el teniente Bill Kearns. El resto de la tripulación estaba formada por el Jefe del Equipo de Fotografía Owen McCarthy, el navegante Maxwell López, los radiotelegrafistas de segunda clase Wendell K. Hendersin y James H. Robbins y los mecánicos/artilleros Frederick W. Williams y William Warr. También se unió al vuelo en el último momento el capitán del Pine Island Henry Caldwell, que no pudo resistirse a ver qué podía haber más allá. Tampoco podía olvidar su experiencia como piloto en misiones de patrulla, hasta que accedió al mando del Pine Island.

La tripulación del «George-I» era una tripulación experimentada, con experiencia previa en vuelos polares en el Polo Norte y en misiones de combate. Todos excepto Fred Williams y el propio capitán Caldwell formaban equipo previamente y se conocían bien. Las condiciones de vuelo eran inmejorables

y la visibilidad excelente. La conexión por radio era correcta y durante las tres primeras horas de vuelo nada especial sucedió. Cuando el avión sobrevolaba la península de Thurston, la voz entrecortada de Paul «Frenchy» LeBlanc, el piloto, indicó que habían entrado en combate con una formación aérea enemiga de varios discos volantes. Intentaba zafarse de ellos, pero era muy difícil. Intentarían volver a la base. Allí la comunicación quedó cortada. Se ordenó al otro avión de patrulla «George-II», en vuelo en aquel momento, que se dirigiese a la zona de la península de Thurston, en la posición latitud 71° 22' Sur, longitud 99° 30', pero la búsqueda resultó infructuosa. A las 5.41, «George-II» regresó al Pine Island. La situación era grave y se dio aviso a los otros dos grupos de asalto, que también estaban siendo atacados desde varios puntos por ingenios y armas desconocidas.

Capítulo 16

ATAQUE A LA BASE 211

Por fin, y con un día de retraso sobre la nueva fecha fijada, durante la mañana del 3 de diciembre, el radar detectó la presencia de un barco aproximándose a la posición del U-2193.

—Son ellos, capitán —confirmó la voz de «bullet».

—¿A qué distancia están?, John —Patrick giró en redondo la visión del periscopio.

—No logro verles todavía.

—Están a unas 10 millas noroeste, capitán.

El mar tampoco estaba en buenas condiciones y eso no ayudaba a una correcta visión. Además, llovía mucho y el día era grisáceo.

—Bert, llévanos a superficie.

El submarino salió en medio de un mar encrespado y con rachas de viento heladas. Patrick, Reith, Böse y Kenneth salieron al exterior en la parte superior de la torreta. Desde allí había más perspectiva de visión que a nivel de periscopio. Todos iban muy abrigados y con capotes de lluvia. Escudriñaban cada porción de mar con sus prismáticos marinos.

—¡Allí está! A las once —señaló Reith.

Böse encendió el faro de transmisiones para conectar por código morse. En ese momento «bullet» comunicó a Patrick el contacto por radio con el Springfalls. También respondieron con luces a las señales del submarino. Eran ellos, sin duda.

El Springfalls fue acercándose al U-2193. El barco era un mercante de la serie Liberty, fabricado durante la guerra y que eran utilizados como mercantes para aprovisionar a Inglaterra, Rusia durante la batalla del Pacífico. Los convoyes aliados estaban formados por este tipo de barcos que fueron construidos en serie, modularmente y de forma rápida. Su eslora era de 135 metros por una manga de 17. La tripulación en tiempos de guerra era de 40 marineros y 30 artilleros, ya que estos barcos llevaban torres antiaéreas. Su velocidad era de 11 nudos, con un motor de una potencia de 2.950 caballos y su autonomía era de hasta 21.000 millas. Su peso en vacío era de 7 mil toneladas y podían cargar hasta 9 mil toneladas, además de aviones, trenes, 2.840 jeeps, 440 tanques ligeros y 230 millones de balas. Se llegaron a fabricar 2.751 unidades y se perdieron más de 200 por ataques del enemigo. Su silueta era inconfundible con sus dos grandes grúas de carga en proa y popa, las torres artilleras, el puente y la chimenea en el centro. Sin duda era una buena elección para aquel transporte especial a la Antártida. También eran barcos muy duros y muy probados en todos los mares.

La maniobra de aproximación era complicada y se prolongó por espacio de varias horas, ya que hubo que detenerse en varias ocasiones por peligro de colisión entre ambas naves por las fuertes rachas de mar y viento. Durante la tarde, el mar amainó lo suficiente para iniciar el traspaso de material y hombres a bordo del submarino. También el Springfalls suministró productos frescos y enlatados a la dotación del U-2193. Todo eso era bienvenido a bordo. Tras todo el traspaso de material, el primero en llegar por el puente de cabos fue Ralph Blankfort, responsable del comando. Parecía que su actitud era mejor que en la última vez que se habían visto. De todas maneras y a pesar de la cierta cordialidad en el saludo, Patrick y sus hombres no acababan de fiarse de él.

Uno a uno los miembros del comando fueron llegando al submarino. Llegaban remojados y un poco

aturdidos por la inclemencia del tiempo y el viaje en barco. Kenneth tenía razón en cuanto al sufrimiento de aquellos hombres en su experiencia marina. Incluso en aquel momento en que el mar estaba en calma relativa, los dos barcos se movían bastante para alguien que no estuviese acostumbrado a todo ello. La última maniobra fue el repostaje del U-2193, que acabaría de llenar sus tanques. Ésta se desarrolló sin más contratiempos y los dos barcos comenzaron las maniobras de alejamiento, con sonoras despedidas y deseos de buena travesía.

Una vez a bordo, mientras se iban situando en sus literas y área de estancia a bordo, Blankfort presentó a sus dos jefes de equipo.

—El teniente Bert Wilson comanda el Grupo 1, Jericó, y el teniente Andrew Brown, el Grupo 2, Levítico. Ellos conocen su misión y su grupo. Han estado conmigo en las misiones más peligrosas —los dos hombres sonrieron ante las palabras de Blankfort.

—Bienvenidos a bordo —Patrick estrechó las manos de los dos hombres.

—Mi segundo, Kenneth Miele, les explicará algunas cosas que han de saber a bordo de un submarino y que deben respetarse siempre. De lo contrario, pueden poner en peligro la vida de toda la tripulación y la suya propia también.

Kenneth condujo a los dos jefes de grupo para transmitirles la información y que la pudiesen pasar a sus hombres.

—Bert, sácanos de aquí y llévanos con rumbo 1-6-7. Próxima estación Isla Decepción y la Base 211 —Patrick solicitó a Reith y a Böse que comprobasen el rumbo.

Junto a los torpedistas y mecánicos, los componentes del comando estaban colocando todo su material de combate en los espacios habilitados para ello.

—Realmente aquí hay para asaltar los Estados Unidos —comentó Stan White a la vista del imponente arsenal que iban acomodando.

Aparte de explosivos, casi todo el arsenal eran armas individuales, cargadores y cajas con la munición. Un miembro del comando llamado Bernie Alliston giró hacia Stan.

—Vamos a tener mucho trabajo allí dentro...

—Veo que el plan que presentó sigue el curso que estaba establecido —comenzó Patrick cuando se quedó con Blankfort en el puente.

—Sí. A pesar de lo que decían sus hombres, lo tenemos todo preparado para seguir el operativo como habíamos planificado previamente. Es el mejor plan posible —Patrick asintió ante las palabras de Blankfort.

—¿Quiere un café, capitán?

—No me vendrá mal. Aunque después quiero ver a mis hombres.

—Muy bien.

Se dirigieron a la zona de oficiales y allí ante un café humeante los dos hombres se sinceraron.

—No le voy a engañar, capitán Blankfort. Usted no me cae bien y creo que no está llevando bien este asunto, pero puede contar conmigo y mi tripulación para lograr el éxito en esta misión. Tengo muy claras las órdenes del vice-almirante Clark.

Blankfort miraba su taza y con una sonrisa a medias replicó:

—Agradezco su sinceridad, capitán Malone. Usted tampoco está entre mis capitanes favoritos, pero le doy las gracias por la ayuda que pueden darme usted y sus hombres. La vamos a necesitar —sorbió su café y añadió—. Comprenderá que no estoy aquí para caerle bien o no. Vengo a hacer un trabajo y lo

haré. Usted deme el soporte necesario y no se preocupe por nada más. Ahora, si me permite, quisiera reunirme con mi gente.

Patrick asintió y siguió bebiendo su café tras la marcha de Blankfort.

La presencia de los 50 comandos alteró la rutina a bordo del submarino. Era algo normal. Varios de esos hombres tenían algún problema de adaptabilidad tan prolongada en un entorno claustrofóbico como el de un submarino. También podía considerarse normal. Por ello, los hombres de Patrick trataban de ayudar y hacer que su estancia fuese lo más agradable posible dentro de la excepcionalidad que aquello representaba para ellos. Siempre que era posible, el U-2193 navegaba en superficie y aprovechaban para salir a la cubierta y tomar el aire.

—Teníais que haber visto lo que era ir en uno de nuestros submarinos —comentó Stan White con varios miembros del comando que escuchaban atentamente sus palabras—. El U-2193 es un palacio al lado de aquellos. Es amplio y tiene comodidades inimaginables en los nuestros por ahora.

El estar en cubierta tampoco era cómodo por la climatología y por el mar que no facilitaba la estancia allí.

—Lo que peor llevo es la humedad constante —comentó uno de los hombres de Blankfort.

Otro añadió:

—Recuerdo una misión en la que participé en el Mar de la China en la que fuimos trasladados durante un corto trecho en un submarino y también la humedad era constante. La verdad es que este submarino es más amplio que aquel.

Los submarinistas allí presentes sonrieron ante las quejas.

—Esa es una de las servidumbres de la profesión de submarinista. Somos como peces y necesitamos esa humedad. Para nosotros es normal. La echamos en falta —explicó Roger Blaufen apurando su cigarrillo.

La sirena de inmersión tronó. Era hora de volver al interior.

Patrick estaba reunido en el puente con Reith, Böse, Kenneth, Blankfort, Wilson y Brown, ya que quería explicarles el itinerario marino que seguirían hasta la entrada a la Base 211.

—Nos encontramos en este punto en medio del Atlántico Sur —señaló la carta marina sobre la que Reith había trabajado intensamente—. Tenemos por delante unas 1.300 millas hasta que lleguemos a nuestro próximo objetivo que es la base inglesa de observación situada en la Isla Decepción, junto a la Península de Trinidad.

Blankfort y sus hombres observaban el punto indicado por Patrick en la carta.

—Pero, qué tiene que ver esa base con nuestro objetivo ¿Cuál es la razón para ir allí, capitán? —preguntó Blankfort—. Eso nos aparta de nuestro itinerario —añadió señalando el Mar de Weddell y la Isla Berkner, frente a la cual se hallaba la entrada a la Base 211.

—Así es, pero esas son las órdenes del vice-almirante Clark. Debemos atacar esa base inglesa desde la superficie para hacernos notar antes de llegar a nuestro verdadero objetivo. Llámeme misión de imagen. Los alemanes sabrán que hemos sido nosotros y nos ayudará a entrar con más facilidad.

—Comprendo —dijo escuetamente Blankfort.

Patrick continuó:

—A partir de ese momento viraremos de nuevo sobre el Paso de Drake y entraremos en el Mar de Weddell, hasta que lleguemos a la Isla Berkner situada a 79° 30' Sur y 47° 30' Oeste. A partir de ahí

estaremos frente a la entrada de la Base 211 —señaló la posición de la entrada en la carta, que había sido calculada por Reith.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la base inglesa y luego a la base alemana? —preguntó Bert Wilson.

Kenneth contestó:

—A nuestra velocidad actual, y si no existe contratiempo alguno, hemos calculado llegar a la base inglesa sobre el 20 de diciembre y a la base 211 sobre el 25 del mismo mes.

Patrick volteó hacia Blankfort y sus hombres.

—En esas fechas, el grueso de la Operación Highjump ya estará operando en sus zonas asignadas —las indicó sobre el mapa—. Nuestra misión tiene un retraso de una semana aproximadamente, debido a que el Springfalls llegó con varios días de retraso y tardamos mucho en el trasvase de todo el equipo. Espero que no haya problemas para los que estén en superficie durante el ataque. El vice-almirante Clark ya ha sido informado de este retraso, pero no ha habido variaciones en el plan de navegación. Por mi parte y tal como ha dicho mi segundo Kenneth Miele, sólo puedo ir lo más rápido posible y tratar de ganar tiempo.

—Eso puede complicar las cosas ¿verdad, capitán? —preguntó Blankfort.

Patrick tocaba con el lápiz su boca.

—Así es. Y el problema desde mi punto de vista es que cuando lleguemos, los alemanes ya estarán en combate con nuestras tropas de superficie y por ello en máxima alerta militar.

Todos los presentes asintieron ante las palabras de Patrick. No iba a ser fácil.

—Bueno, también podemos verlo como que una gran parte de sus tropas estarán fuera o lejos de la entrada a la base y eso puede ser positivo —comentó Andrew Brown.

—Tendremos que pensar en una estratagema que nos permita entrar rápido y con los mínimos problemas —Patrick miraba el mapa.

—Creo que tengo una posible solución, capitán —dijo de repente Böse—. En una ocasión, Reith puede confirmarlo, tuvimos un marinero gravemente herido tras un ataque por cargas de profundidad. Se hirió al saltar una tubería y golpearle fuertemente en el abdomen. Esto sucedió poco antes de la rendición de mi país y puesto que estábamos cerca de la Antártida, la base nos permitió la entrada inmediatamente y sin problemas.

La idea estaba clara.

—Creo que podemos hacer lo mismo en esta ocasión, con la excusa de un par de heridos por el ataque a la base inglesa.

Patrick y los demás parecían conformes ante la propuesta.

—No me parece mal en principio, pero vamos a pensarlo bien y cómo ejecutarlo.

La reunión siguió y entraron en más detalles de carácter náutico.

El viaje seguía bien y ya habían ganado medio día sobre el retraso acumulado. Seguía sin ser suficiente, pero no podían bajar el ritmo en esos momentos. La vida a bordo ya estaba normalizada con la presencia de los comandos. Desde luego, el espacio era algo menor para todos, pero formaba parte de la misión. Allan Perkins, el cocinero tuvo que doblar su trabajo en la cocina y recibió la ayuda de Eric Jones y del torpedista Dave Holms, como pinches. El submarino pasó frente a la llamada Tierra de la Reina Maud, que era precisamente toda la zona ocupada por Alemania en 1938 y que bautizaron como Neuschwabenland. Estaban ya a 13 de diciembre y el vice-almirante Clark les indicó las posiciones de

los barcos de la Operación Highjump. Estaban realmente muy cerca de allí, pero ellos no podían darse a descubrir y seguían su viaje en inmersión. Los icebergs eran un problema añadido a la navegación submarina. Desde hacía muchos días la detección de los mismos era un trabajo fundamental. La sombra del TITANIC apareció en las mentes de todos ellos. Entre John «bullet» y Eric Jones manejaban la conducción del submarino con el sonar y el radar a la máxima precisión. El trabajo de ellos se complementaba con la información que iban dando a Bert Ecklund y a Peter Wiggins a los timones y el profundímetro.

La Tierra de la Reina Maud fue quedando atrás y entraron por el norte del Mar de Weddell en dirección al Paso de Drake. Toda la flota de la Operación Highjump venía por la parte del Océano Pacífico, por lo que no se cruzarían con ellos. El Paso de Drake era la entrada al Cabo de Hornos, conocido por su turbulento y peligroso mar. En el fondo descansaban cientos de barcos de todas las épocas que habían sido hundidos por sus tempestades terribles. Y por descontado que miles de marineros también habían perdido su vida en ese cabo. La Isla de Cokburn era la puerta de entrada desde la posición sur al Cabo de Hornos y de allí a la Isla Decepción había unas 50 millas. La Isla Decepción tenía la posición de 62° 57' Sur y 60° 36' Oeste y el U-2193 ya estaba llegando a la misma. El día era inusualmente claro.

—Llévanos a superficie Bert—ordenó Patrick.

—Tenemos la base inglesa a la vista. Sala de torpedos, necesito a Dave Holms y a George Connors en el puente ahora.

Los dos se presentaron rápidamente.

—Os necesito en las torres artilleras. Los blancos son varias casamatas cerca de la costa y el puerto. Disponen de antenas de transmisión que hay que destruir. También hay un pequeño mercante en su puerto.

El submarino emergió a unos 300 metros de la costa. Los dos hombres ya estaban en posición en sus torres artilleras. Patrick se situó en la de proa con Dave Holms y Kenneth, en la de popa con George Connors. La base inglesa parecía tranquila y frente a ella había un pequeño puerto con un mercante militar de tamaño medio en él. Los tripulantes del barco vieron al submarino inmediatamente e hicieron sonar una sirena de alarma. Varios hombres aparecieron frente a las casamatas de la base.

—¡Fuego!—ordenó Patrick a los artilleros.

Los dos cañones dobles de 30 mm cada uno, comenzaron a bramar. El de proa fue barriando el pequeño mercante atracado en el puerto, hasta que se inició un incendio en el puente que se propagó con rapidez. Varios tripulantes saltaron por la borda envueltos en llamas. El de popa barrió las casamatas de la base. Los hombres no tuvieron tiempo de huir y fueron partidos por la mitad por la enorme potencia de fuego. Luego esta torre dirigió su fuego hacia las dos enormes antenas de comunicación y el radar de la base, que quedaron visiblemente dañados.

—¡Es suficiente! ¡Alto el fuego!—volvió a ordenar Patrick—. Inmersión. Rumbo 1-1-7—dijo dirigiéndose a Reith y los timoneles.

—Ha sido horroroso, Kenneth. Vámonos de aquí. Espero que todo acabe bien y haya valido la pena.

Kenneth bajaba también de su puesto en la torreta de popa y confirmó las palabras de Patrick. Los dos artilleros volvieron a sus puestos en la sala de torpedos. Rápidamente el submarino desapareció bajo las aguas, tomando rumbo Norte hacia la Isla Cockburn y desde allí poder virar y tomar rumbo Sur hacia el mar de Weddell. Allí, el mar estaba embravecido y navegar en inmersión era una excelente solución.

Tras sortear varios icebergs, fueron alejándose de la Península de Trinidad y de la Barrera de Larsen. Eran zonas muy peligrosas para navegar. Por ello, Patrick estimó mejor cruzar el Mar de Weddell en diagonal hasta llegar a la Barrera Ronne, que era una parte del mar totalmente congelado, que rodeaba la Isla Berkner. En esa época del año la barrera sería mucho menor pues era verano en esas latitudes y no había noche. Desde allí emitieron el último parte al vice-almirante Clark. No podían correr el riesgo de ser detectados en emisiones a otros receptores. Clark ya sabía lo del ataque a la base inglesa. Había quedado totalmente destruida y más de 20 hombres habían muerto. No hizo ningún comentario al respecto y sólo les deseo suerte en su misión, esperando verles pronto a todos en Norfolk. A partir de ese momento, estaban solos hasta que todo acabase. La última indicación de Clark fue que ya habían llegado algunos barcos a las zonas asignadas y que el Grupo Este había tenido algunos contratiempos.

La máquina ENIGMA crepitó dando entrada a un mensaje de la Base 211. Ya habían sido localizados y esperaban su llegada. Patrick siguió el plan de Böse e hizo informar a la base que llevaban dos marineros gravemente heridos a bordo y necesitaban entrar lo antes posible. Reith hizo la comunicación lo más creíble posible y pareció funcionar. Tras un rato de silencio, la máquina emitió un nuevo mensaje en el que indicaban que una nave aérea iría a recoger a los dos marineros para ganar tiempo.

—¡Nos han descubierto, capitán! —dijo algo sobresaltado Blankfort.

Patrick trató de mantener la cabeza fría. Aquello era inesperado.

—No lo creo. Lo que ofrecen suena lógico. Pero me preguntó qué nave aérea llegará hasta aquí. Un helicóptero no tiene tanta autonomía. Quizás será un hidroavión. Sólo hemos de esperar.

Miró la carta y comprobó, según el último cálculo de Reith, que aún se hallaban a unas 260 millas de la entrada a la base.

La conexión por radio se abrió entre la base y el submarino. Una voz fuerte y clara se oyó a través del altavoz del U-2193. Böse se sentó frente a la radio. Lo rodearon Reith, Kenneth, Blankfort y Patrick. Como norma no se daban nombres por transmisión radiada.

—Aquí base. ¿Me copia bien «Tiburón»?

—Le copio fuerte y claro —contestó Böse—. ¿Cuál es la situación a bordo?

—Tenemos dos hombres heridos tras el último ataque. Necesitan ayuda médica.

—Muy bien. Sabemos lo sucedido y pronto llegará una nave para recoger a esos hombres. Tenemos su posición. Preparen un informe de todo lo sucedido y del viaje que han efectuado.

—Muy bien. Seguimos en contacto —Böse cortó la comunicación, pero dejó la radio abierta.

Con la radio en posición de escucha, John «bullet» indicó que el radar captaba un avión muy rápido, que se dirigía hacia su posición. Patrick ordenó salir a la superficie. Debían de seguir el juego. Seguramente el hidroavión aterrizaría cerca de ellos. Patrick preparó a Böse y a Blaufen para que simulasen estar heridos. El plan era destruir el hidroavión con los cañones de 30 mm. El submarino ya estaba en la superficie y Patrick abrió la escotilla de la parte superior de la torre. No podía creer lo que estaba viendo. Sobre la vertical de la torreta del submarino, totalmente inmóvil y en absoluto silencio, se hallaba una nave con forma de disco, de metal bruñido y brillante. Se mantenía perfectamente inmóvil, a pesar de que había viento gélido de tierra. Era estremecedora. Los demás fueron saliendo y se quedaron mudos ante la visión. Sólo los alemanes no mostraron sorpresa ante la nave. Desde luego, no era la primera vez que la veían.

El disco, a unos 15 metros de altura del submarino, se desplazó hacia la proa y fue bajando lentamente hasta situarse sobre la cubierta sin llegar a posarse en ella. Desde la torreta, todos pudieron

contemplar la torre que coronaba la nave y unos ojos de buey que permitían observar un cierto movimiento en el interior de la misma, con una luz azulada. Aquello era espectacular. De repente, todos habían olvidado la razón por la cual aquella nave estaba allí. Superaba la imaginación más futurista. Patrick calculó que tendría unos 30 metros de diámetro, por unos 8-10 de altura. En ese momento, Patrick volvió a la realidad e hizo volver a los demás también a la misma. Blankfort fue consciente que sus comandos iban a enfrentarse a algo que no tenía nada que ver ni con los japoneses, ni con la guerra en el Pacífico. Por un momento, pensó en que no había nada por hacer.

Patrick se dio cuenta y entró en acción:

—Rápido Blankfort. En su comando hay dos o tres hombres que hablan alemán. Debemos apoderarnos de esa nave y usarla contra los alemanes. ¡Que suban inmediatamente con sus uniformes alemanes! Atacaremos desde el aire y desde el mar.

—Pero eso cambia todo —dijo Blankfort, mientras llamaba a tres de sus hombres que enseguida estuvieron preparados.

Reith, Böse, Blaufen y Kenneth sobre la cubierta se encaminaron hacia la nave hasta ponerse debajo de ella. Se mantenía a unos dos metros sobre la cubierta. Tres esferas situadas en la parte inferior del ingenio emitían una leve luz entre rojiza y azulada y un ligerísimo zumbido. No sabían de qué podía tratarse ni qué sistema de propulsión tenía aquel disco. Una escotilla estaba abierta desde la parte inferior de la nave y una escalerilla metálica llegó hasta la cubierta de forma automática. Para los americanos aquello era irreal. Dos tripulantes bajaron por la escalerilla y saludaron amistosamente a los cuatro submarinistas. Llevaban unos trajes de vuelo totalmente diferentes a los que conocían. Eran como metalizados y ceñidos, recordando un poco a los que llevaban los pilotos de aviones de alta velocidad. Los emblemas de las SS aparecían claramente en las solapas y el águila en la manga izquierda de los dos tripulantes. Destacaba entre sus distintivos un emblema bordado en la parte superior derecha del pecho, en que se mostraba el águila alemana que con sus patas agarraba el globo terrestre, pero éste estaba al revés. La Antártida estaba arriba de ese globo y el mapamundi aparecía invertido en comparación con el clásico que todos conocían. Por detrás de este globo terráqueo aparecían los cuatro extremos de una cruz gamada, como el sol al alba. La Tierra ocultaba la parte central de la esvástica. Era un símbolo sorprendente, pero que daba a entender la supremacía del continente antártico y el futuro que se quería fraguar en esas latitudes. La denominación Neuschwabendland, en escritura gótica, remataba el conjunto por su parte inferior.

—Bienvenidos a Neuschwabenland —dijo el de mayor graduación de los dos pilotos—. Soy el capitán de vuelo Horst Windel y él, el teniente segundo Karl Linke.

Los submarinistas se presentaron a su vez, siendo Wolfgang Reith el supuesto capitán del submarino.

—¿Dónde están los heridos? —continuó el capitán Windel mirando hacia la torreta, desde donde un par de hombres figuraban escudriñar el horizonte con sus prismáticos.

Patrick en el interior y de forma febril preparaba el asalto con Blankfort y tres de sus comandos que hablaban alemán.

—¿No lo entiende Blankfort? —Patrick tenía clara la situación y lo que había que hacer—. Si nos apoderamos de esa nave y sus pilotos, tendremos una oportunidad única y podremos atacar la base aérea alemana que, seguramente, es subterránea y no sabemos donde está. Debemos de actuar rápido.

—De acuerdo —parecía que Blankfort iba recuperando el pulso tras la extraordinaria visión del

disco volante alemán.

Se dirigió hacia sus hombres:

—Tú, Roy, irás con Steven y Ron que simularán estar heridos, ya que sabes pilotar un avión.

Mientras se abrochaba la guerrera de cuero de submarinista alemán, Roy sonrió levemente.

—Eso no es un avión, capitán Blankfort. No había visto algo así jamás. Tendré que ver que puedo hacer.

Blankfort dio las últimas órdenes.

—Preparad vuestras armas y llevad los transmisores. ¡Vamos!

El pequeño grupo salió por la puerta lateral de la torreta y se dirigió de forma teatralmente penosa hacia el disco. Aunque supieron disimularlo, la visión del disco volante los sobrecogió. Böse y Blaufen se dirigieron hacia ellos para ayudarles. Los SS observaban la escena, mientras el gélido viento barría la cubierta del submarino. Llegaron donde estaban los dos tripulantes y éstos solícitos se dispusieron a ayudarles para que pudieran subir a la nave por la angosta escalerilla. En ese momento, Roy salió del grupo y cogió al capitán Windel por detrás y por el cuello, impidiéndole cualquier movimiento. El teniente Linke trató de extraer su arma, pero fue reducido por Steven Studinger, otro miembro del comando que hablaba alemán.

—¡Rápido arriba! Entremos en la nave!

Blankfort encabezó y dirigió con energía a su grupo y a los prisioneros por la escalerilla. Un tripulante se asomó por la escotilla de entrada y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Un disparo seco de Blankfort en el rostro, le precipitó al exterior cayendo sobre la cubierta del submarino con un ruido sordo, al igual que si fuese un fardo.

Blankfort subió rápidamente destacándose de los demás y se introdujo por la escotilla. En el interior pudo ver a dos tripulantes más sentados frente a sendas pantallas que mostraban el exterior desde varios ángulos. Les apuntó con su arma y estos permanecieron en su sitio. Era una estancia muy amplia, con varios asientos de vuelo fijos al suelo, pero que parecían poder desplazarse sobre unos raíles durante el vuelo. Era una nave totalmente diferente a lo que había visto hasta entonces. El resto del grupo entró en la amplia cabina. Roy condujo al capitán Windel hasta lo que parecía ser la zona de mandos y le obligó a sentarse al igual que al teniente Linke. Un panel de luces, indicadores, relojes y medidores de todo tipo llenaban la zona de pilotaje, parpadeando y emitiendo sonidos. Eran absolutamente incomprensibles para los recién llegados. Roy, que tenía experiencia en diversos tipos de aviones, no lograba entender la finalidad de aquellos indicadores ni su funcionamiento. Trataba de imaginarse cómo se podía hacer volar aquella nave extraordinaria.

—Capitán Windel, usted y su tripulación van a llevarnos a la base aérea de estos discos —Steven Studinger tradujo las órdenes de Blankfort, en un ambiente de máxima tensión.

—No lo haré. No sé quienes son ustedes ni a qué país representan. Esto es un asalto a una nave militar. Es piratería.

—No tengo tiempo ahora para discursos, pero las explicaciones creo que las tendrán que dar ustedes. Su país hace casi dos años que se rindió e increíblemente una fuerza militar alemana está en activo en estos momentos. Nosotros pertenecemos a los países libres y venimos a liberar de nazis el continente antártico —Blankfort colocó el cañón de su pistola en la sien del capitán Windel y le conminó de nuevo a emprender el vuelo hacia la base de los discos.

—No lo haré —repitió el capitán.

Un disparo mató al alemán, que cayó por el costado derecho de su asiento de vuelo. Blankfort no se andaba por las ramas.

—¿Alguien más se niega a llevarnos a la base?

Los tres alemanes que quedaban, siendo el teniente Linke el de mayor graduación, se pusieron a los mandos y, a una indicación de éste, fueron elevando el disco lentamente. La escotilla se cerró automáticamente y todos tomaron asiento y se prepararon para un viaje a lo desconocido.

—¿Dónde está la base de los discos? —preguntó Blankfort, que con su pistola apuntó al teniente Linke.

—En la Tor Inseln —contestó secamente el oficial alemán, mientras señalaba un punto en el mapa que aparecía en la pantalla frente a éste.

—Pero, esa es la Isla Berkner —dijo Stundiger.

—Nosotros la llamamos Tor Inseln.

De hecho, la Isla Berkner había sido descubierta por miembros americanos del Año Geofísico Internacional, bajo el mando del capitán Finn Ronne y el nombre se debía al físico Lloyd Berkner que había sido miembro de la expedición de Byrd de 1928 a 1930.

Los que estaban en la cubierta del submarino se alejaron de la parte inferior del disco y con mayor perspectiva visual, observaron con interés cómo iba alejándose y ganando altura. No emitía ningún sonido apreciable al oído humano, sólo un ligerísimo zumbido. Era extraordinario, pero había que volver a la realidad más acuciante.

—Blankfort atacará con la nave capturada. Eso cambia algunas cosas y sobre todo el tiempo de inicio de la operación. Ya estamos en marcha —se apresuró a indicar Patrick mientras iban entrando todos de nuevo en el submarino—. Ahora debemos llegar a la base a toda máquina. Kenneth quiero ver a los jefes de asalto de cada grupo, Jericó y Levítico. También quiero que John envíe un mensaje codificado a la base diciendo que nos dirigimos hacia allí.

Kenneth tomó el interfono:

—Ahora mismo, Patrick.

Al poco rato, Bert Wilson y Andrew Brown, jefes de los grupos Jericó y Levítico respectivamente, se presentaron en el puente y se pusieron a las órdenes de Patrick. Todos ellos, junto a Kenneth, Böse y Reith tomaron asiento en la sala de oficiales.

Patrick entró de lleno en el asunto:

—Como ya sabéis todos, el capitán Blankfort y tres de sus hombres acaban de capturar uno de esos discos volantes nazis y se dirigen a la base de los mismos. Eso cambia algunos detalles del asalto a la Base 211 propiamente dicha. Es decir, no estará en ese asalto el impulsor del mismo, ni esos tres hombres que hablan alemán. Creo que ustedes dos conocen muy bien la planificación del ataque y sus hombres también.

Brown contestó en nombre de los dos responsables de grupo:

—No se preocupe. No sólo conocemos nuestra misión, sino que estamos preparados para eventualidades como la que acaba de suceder. No tiene porque ser negativo. Al contrario, abre un segundo frente de ataque a una de las zonas sensibles de la defensa alemana: su fuerza aérea.

Wilson confirmaba las palabras de su compañero.

—Bien. En ese caso, sólo nos queda continuar viaje hasta allí, seguir en comunicación con el capitán

Blankfort y sus hombres y rezar.

A través de sus transmisores, Blankfort y sus hombres trataron de comunicarse con el submarino, pero el disco parecía generar un campo magnético que impedía el uso de los equipos que portaban.

—Teniente Linke, póngame en contacto con el submarino U-2193 ahora.

Linke movió suavemente una pequeña palanca y sonó en todo el habitáculo un chasquido que indicaba que la transmisión ya estaba en línea.

—U-2193, U-2193, aquí disco. ¿Me copian?

—Alto y claro, disco. ¿Cuál es la situación? —la voz de John «bullet» resonó con fuerza dentro de la cabina.

Era un sistema de transmisión totalmente diferente y que permitía una audición casi perfecta en toda la nave. Curiosamente, no se veían los altavoces. Blankfort parecía más tranquilo tras poder conectar con el sumergible.

—Nos dirigimos a la base que está situada en la Isla Berkner. Los alemanes la llaman Tor Inseln. Todo en orden y preparados. Contactaremos de nuevo cuando estemos en la entrada.

—Recibido. Seguimos ruta a toda máquina. Corto —John cortó la comunicación y miró a Patrick que estaba a su lado.

Parecía preocupado. Todo se había precipitado y eso no le parecía bien. No sabía si la Base 211 estaría en máxima alerta, ni siquiera si sabían lo que estaba pasando. No tenían otra opción que continuar hacia allí. Aunque no había noche en esa época del año en la Antártida, calculaban que llegarían en esa misma madrugada según el cálculo horario. Eso podría ser de alguna ayuda.

El disco seguía su vuelo y ya estaba llegando a las costas de la Isla Berkner, que estaba toda cubierta de hielo. Era una isla de 300 kilómetros de largo, por 140 de ancho. Las pantallas mostraban dos promontorios totalmente helados, que se adivinaban en la lejanía. Asemajaban dos columnas, como una puerta inmensa en medio de la isla.

—¿Qué son esos promontorios, teniente? —preguntó Blankfort señalándolos en la pantalla.

—El que está más al norte se denomina Reinwarthhöhe, y el que está al sur, Thyssenhöhe. En el centro está nuestra base aérea llamada Fliegerfestung 4.

—¿Cuál es la posición en la carta? —preguntó rápidamente Blankfort.

El teniente Linke movió la cabeza con resignación.

—Está entre 78°19' Sur y 46°20' Oeste y 79°34' Sur y 45°42' Oeste, capitán. No le puedo dar más información.

—Naturalmente que puede, teniente Linke —dijo con desprecio Blankfort—. Pero eso ya es suficiente. Póngame con el U-2193.

El teniente Linke miró a uno de sus hombres que estaba dirigiendo el altímetro de la nave. Éste, sin mediar palabra y entendiendo lo que le indicaba su superior, abrió una tapa de seguridad del salpicadero de mando y apretó un conmutador. Una potente alarma comenzó a sonar en el interior del disco. Al mismo tiempo, unas luces rojas parpadearon con intensidad, provocando una situación de caos. Mientras los americanos todavía se mostraban sorprendidos por la súbita alarma sin saber qué pasaba exactamente, los asientos de los pilotos alemanes fueron catapultados al exterior a través de unas aberturas, tras una rápida manipulación de los reposabrazos de los asientos.

Los cohetes eyectores del asiento de Linke quemaron la cara de Blankfort, que quedó cegado y se golpeó contra el panel frente a él. Perdió el conocimiento. Steven Studinger y sus compañeros trataron de

incorporarse y controlar la situación, pero ya era demasiado tarde. Las pantallas mostraban el promontorio llamado Reinwarthöhe que se iba acercando a alta velocidad, mientras el disco volaba con un balanceo descontrolado, pero sin apartarse de su rumbo mortal. Steven tuvo tiempo de llegar hasta una de las palancas de control. Fue inútil. Miró la pantalla resignado y cerró los ojos. El disco chocó con violencia y explotó al impactar contra la roca cubierta de hielo. Una potente llamarada, como una lengua de fuego salió desde el hielo en el lugar del impacto, desapareciendo enseguida. Otro disco llegó al poco y recogió a los supervivientes que habían caído con heridas leves, llevándolos a Fliegerfestung 4.

El U-2193 ya entraba por la estrecha manga de mar que separaba la Isla Berkner del continente antártico. En el invierno era una zona sumamente inviable para navegar, pues estaba cubierta por una gruesa capa de hielo. En ese momento el problema de la navegación eran los icebergs, que eran el resultado de esa capa de hielo resquebrajada por el incremento de la temperatura. El submarino avanzaba evitando todos los obstáculos. En una ocasión, un iceberg rozó la plancha del casco por estribor sin afectar a la nave. Pero el sonido dentro fue increíble. Nunca habían oído algo igual. Parecía que se desmontaba todo el submarino, aunque no pasó nada importante, excepto el susto. Volvieron a contactar con la Base 211 y aparentemente todo discurría con normalidad. Los esperaban. ¿Habrían conseguido su objetivo Blankfort y sus hombres a bordo del disco volante? ¿Habrían tenido mucha resistencia? Las dudas atormentaban las mentes de todos los tripulantes del submarino, pero no podían contactar con ellos en aquel momento. Esperaban encontrarse todos más adelante.

Con Reith y Böse a los mandos, iban dirigiendo el submarino hasta la entrada de la base. Viraron a estribor para sortear un pequeño promontorio en el que una tierra negra destacaba bajo el blanco hielo. De repente y siempre a estribor, la entrada de la base apareció a proa. El submarino avanzaba en superficie y Patrick pensó que en otras circunstancias y con la luz natural que había en aquel momento, era una vista espectacular desde la torre. Qué curioso, pensó, el imaginar estas cosas en momentos tan tensos. Parecía que Kenneth había leído sus pensamientos ya que extrajo de una bolsa una cámara Kodak y realizó varias fotos de la entrada. Miró a Patrick y sonrió. Guardó la cámara de nuevo en la bolsa y volvió a mirar a través de los prismáticos.

Una inmensa puerta metálica comenzó a dividirse en dos desplazándose hacia el interior de la roca. Era inmensa y debía pesar varias toneladas. Era de color gris oscuro y podía pasar desapercibida. El U-2193 encaró la entrada al túnel que tenía la anchura para un submarino. Patrick comunicó con los hombres rana de los dos grupos que ya estaban preparados para lanzarse al agua. Los dos grupos, de tres hombres cada uno, prepararon sus propulsores de tipo «torpedo», que les ayudarían a llegar hasta los pantalanos interiores sin dificultad. Cada propulsor era también una bomba que debería adosarse a los submarinos allí atracados. Patrick tenía los conmutadores para hacer explotar esas cargas cuando fuese necesario. Los buzos revisaron sus armas, que estaba protegidas para el trayecto bajo el agua. Todo estaba a punto. Entraron en la cámara superior de popa, desde donde saldrían al exterior. Mientras el Grupo 2, Levítico, se preparaba para salir a cubierta y llegar hasta la base en botes neumáticos.

Tex Jenkins, de la Sala de Máquinas, abrió la válvula de llenado de la cámara de popa que fue admitiendo agua rápidamente hasta que el nivel de la misma cubrió a los seis buzos y sus equipos. Éstos fueron saliendo ordenadamente a través de una escotilla y siguieron bajo el agua, cubriéndose por la relativa oscuridad del túnel y la protección del casco del submarino, aunque alejándose de las hélices. El agua estaba muy fría, pero sus equipos de inmersión les protegían adecuadamente. Patrick seguía todos

los movimientos desde la torreta, acompañado de Kenneth, Reith y Böse. Tenían sus armas a punto ante cualquier incidencia. Un sonido seco tras ellos les indicó que la enorme puerta acababa de cerrarse. No había marcha atrás.

—Señores, acabamos de cruzar el Rubicón —dijo Patrick de forma metafórica, pero realista.

Reith confirmó con la cabeza. Se veían luces e instalaciones justo frente a ellos y una cierta actividad de personal que aparentemente les esperaba en el puerto, junto a un numeroso grupo de soldados SS. Esa visión no le hizo ninguna gracia a los americanos.

—Es lo normal, capitán. No se preocupe —tranquilizó Böse a Patrick, adivinando el temor.

Los miembros del Grupo 2, Levítico, ya estaban sobre la cubierta y tenían preparadas tres lanchas neumáticas para llegar hasta el pantalán y de allí a la central eléctrica, objetivo de dicho grupo. Los motores fuera de borda llevaban unos silenciadores que permitían una navegación casi silenciosa. La temperatura interna, curiosamente, era agradable. A medida que fueron entrando en la caverna, tras el túnel de entrada, vieron como el techo rocoso iba elevándose hasta una altura increíble. Era una cueva inmensa y natural. Los alemanes habían aprovechado aquella inmensa oquedad subterránea de la naturaleza para su base principal.

Dave Holms y George Connors tomaron sus posiciones en las torres artilleras tras recibir la orden de Patrick. Comprobaron la munición explosiva de 30 mm, los sistemas de tiro y la visión infrarroja de que estaban dotados los cañones para ataques nocturnos.

—No creo que lo necesitéis ahora —comentó Patrick visitando a los dos en proa y popa de la torre—. La luz interior parece bastante buena. Cuando el grupo 2, Levítico, haya tomado la central eléctrica dejará la base a oscuras creando confusión y eso nos ayudará. Estad preparados y a mi señal abrid fuego.

—A sus órdenes, capitán —fue la respuesta.

Volvió a salir al exterior, justo en el momento en que los tres botes neumáticos los adelantaban entre estribor y la pared de roca del final del túnel. Apenas se les oía. Los hombres iban agachados y vestidos de negro. Estaban muy bien mimetizados con el entorno, aunque Patrick pensaba si eso sería suficiente para no llamar la atención de la guardia alemana a medida que se aproximasen a la base. El submarino seguía avanzando majestuosamente y ya se distinguían claramente el puerto y otros submarinos alemanes de diferentes modelos atracados en los pantalanes. Sonidos metálicos y unas chispas altísimas salían de algunos de ellos, lo que indicaba que estaban siendo reparados o en mantenimiento. La situación parecía normal y podía distinguirse también al personal que realizaba las tareas sobre los sumergibles.

Un edificio inmenso de color gris oscuro sobresalía claramente entre las instalaciones portuarias. Era el puesto de mando del puerto, objetivo del Grupo 1, Jericó, que aún estaba a bordo y listo para salir en el momento en que atracasen. Unas ventanas alargadas permitían ver en su interior al personal militar que trabajaba allí. Algunos de ellos les observaban a través de prismáticos y todo seguía pareciendo normal.

—Mantengámonos como hasta ahora —recomendó Reith—. No creo que estemos levantando sospechas.

—Pagaría por saber algo de Blankfort y sus hombres en el disco —murmuró Patrick entre dientes—. No puedo entender que no tengan noticias aquí.

Kenneth no le dio más importancia.

—Si no saben nada por ahora, eso nos ayuda, Patrick.

Las lanchas del Grupo 2, Levítico, ya habían alcanzado el puerto que por suerte tenía la plataforma adelantada sobre el mar y formaba como un techo donde se cobijaron sin ser vistos. Con gran presteza

prepararon todo el material de escalada para subir hasta el puerto. El submarino estaba justo delante de ellos en aquel momento y les ocultaba de miradas indiscretas. Una luz intermitente señalaba un pantalán vacío que parecía ser el lugar de ataque. Un sonido a babor indicó la presencia de una lancha de servicio del puerto con el práctico a bordo y la intención de éste de subir y llevar el submarino hasta su lugar exacto en la base. No podían negarse a ello en ese momento.

Al mismo tiempo que esta maniobra se llevaba a cabo, una serie de luces se encendieron en el fondo marino del puerto indicando claramente el camino a seguir hasta la luz intermitente en el pantalán. Recordaba a las luces de un aeropuerto que indican cual es la pista asignada a un avión. Era algo nunca visto por ellos. Los alemanes sonrieron ante la sorpresa de los americanos. Roger Blaufen ya estaba en la cubierta esperando al práctico que subió ayudado por éste. Tal como entró en el submarino y ante su cara de sorpresa, fue detenido inmediatamente, esposado a una tubería y vigilado. No entendía nada. La operación de ataque la dirigía Reith desde la torre, comunicando con motores y timones. El submarino se fue dirigiendo hasta su lugar escoltado a babor por la lancha de servicio. Patrick observó desde la torre como el comando subía rápidamente por la pared del puerto y se iban ocultando tras cajas y material que había allí depositado. Los 22 hombres del grupo ya estaban preparados. Patrick sentía un gran nerviosismo. Reith comunicaba con el edificio de mando suplantando al práctico, pero no sabía cuanto podía durar el embuste.

De repente, algo cambió en la actividad hasta ese momento. Una alarma sonora comenzó a bramar estrepitosamente y las ventanas del puesto de mando fueron cubiertas automáticamente por unas persianas blindadas. El personal que se hallaba reparando y manteniendo los submarinos, abandonó su puesto a la carrera, dirigiéndose hacia el interior del complejo. Los soldados SS que estaban esperando en el puerto junto a otros militares y oficiales, prepararon sus armas y tomaron posiciones en bunkers y nidos de ametralladoras diseminados por todo el puerto. Dos torres móviles de artillería pesada ubicadas a ambos lados del puesto de mando, comenzaron a pivotar sobre sus ejes, tratando de encarar sus cañones sobre el submarino. La mente de Patrick trabajaba a toda velocidad: aquello era una ratonera. El Grupo 2, Levítico, comenzó a disparar sobre varios soldados alemanes que fueron sorprendidos por la presencia del comando. También lograron volar dos bunkers que se hallaban en su camino hacia la estación eléctrica de la base. Dos hombres habían caído en estos primeros enfrentamientos. Ya tenían la estación frente a ellos, pero estaba fuertemente defendida.

También sonaban disparos desde la zona de babor, donde estaban atracados los submarinos en mantenimiento. Era el pequeño grupo de buzos que ya había colocado sus cargas y subía a los pantalanes disparando sin tregua y abriéndose camino como podían. Uno de ellos cayó al agua alcanzado por el terrible fuego cruzado. Habían sido descubiertos, pero desde el U-2193 no podían hacer estallar las cargas en ese momento; matarían a los buzos. Había que esperar. Era el momento de abrir fuego con la artillería de proa y popa del submarino. La voz de Andrew Brown, jefe del Grupo 2, Levítico, sonó en la radio del submarino.

—¡Necesito cobertura! —su voz era como un jadeo y se oían disparos de fondo—. ¡Abran fuego sobre las defensas de la central eléctrica o acabarán con nosotros!

—¡Pónganse a cubierto, Brown! —ordenó Patrick.

La torre de popa, dirigida por George Connors, enfiló sus dos cañones sobre la entrada y machacó toda la zona con una furia brutal. Restos de lo que habían sido seres humanos, trozos de hormigón y sacos

terroreros volaban descontroladamente. Era una visión dantesca, pero un gran espectáculo a la vez. Aprovechando un momento de calma entre la confusión organizada, el comando colocó explosivo Goma 2 en la valla de alta tensión que aislaba el perímetro del recinto de la central eléctrica. Una potente explosión abrió un amplio agujero por el que comenzaron a entrar imparablemente. El ruido del combate era infernal, ya que la caverna provocaba un eco que multiplicaba los sonidos de las armas y las explosiones.

Los proyectiles de ametralladora y fusil rebotaban en el casco blindado del submarino, pero no les protegería de los dos cañones que iban buscando el ángulo de tiro que Reith no les ponía fácil al ir maniobrando el sumergible. Había espacio suficiente para hacer virar el submarino en redondo. Una enorme torre de agua se levantó junto al submarino y una potente explosión sonó a continuación. Todos fueron remojados en la torre. Había faltado muy poco para ser alcanzados. Los cañones de proa, dirigidos por Dave Holms, abrieron fuego sobre las torres y el edificio de mando del puerto. Con una brutalidad inusitada, David barrió su objetivo imparablemente. De repente, una de las torres de artillería comenzó a arder en su interior. El fuego salía por las troneras del bunker. Holms había acertado casualmente a la munición interna de la santabarbara y violentas explosiones siguieron al incendio inicial.

Sin previo aviso, la enorme torre estalló en mil pedazos, arrastrando con ella una parte del edificio de mando. Una mezcla de cascotes, cuerpos, aparatos, etc., se vino abajo en medio de un estruendo infernal. Los trozos de hormigón saltaron en todas direcciones, haciendo que todos se tuviesen que poner a salvo del mortal impacto de los mismos. Una inmensa nube de polvo cubrió toda la zona impidiendo la visibilidad. Era el caos absoluto, pero del cual se podía sacar ventaja.

—¡Llévanos hasta el pantalán, Reith! —ordenó Patrick, levantándose y calibrando el buen momento para ellos—. ¡Bert, prepare a su grupo. Van a salir!

Bert Wilson ya estaba preparado al igual que sus hombres. Estaban deseosos por entrar en acción. El submarino se fue aproximando al pantalán más próximo y allí desembarcó el Grupo 1, Jericó. Una vez en tierra y en medio de la confusión, lograron avanzar hacia el edificio de mando, que comenzaba a mostrar un aspecto lamentable tras la fortísima explosión. Prácticamente no había resistencia, sólo cadáveres. Dos comandos lograron subir hasta la tronera principal de la torre que aún estaba operativa. Dos potentes cargas silenciaron definitivamente aquella amenaza. Un vehículo blindado semi-oruga apareció por la derecha, sorteando los cascotes y abriendo fuego con sus ametralladoras. Varios hombres del Grupo 1, Jericó, cayeron entre malheridos y muertos. Uno de los hombres de Wilson logró encaramarse al vehículo y lanzó dos bombas de mano a través de la escotilla medio abierta. Al saltar del vehículo, tropezó sobre unos cascotes y cayó bajo las cadenas que lo aplastaron. Una explosión fortísima siguió a esta escena, convirtiendo al vehículo blindado en una bola de fuego descontrolada y que siguió su marcha hasta el pantalán, desde el cual cayó al agua con gran estrépito. Todo sucedía a mucha velocidad.

El Grupo 2, Levítico, entró en la central, donde ya no había resistencia armada y se apoderaron de la misma. A la orden de Andrew Brown, un retén se quedó allí de guardia, mientras los demás seguían para encontrarse con el otro grupo y los buzos. No hacía falta en ese momento desconectar la central. La batalla por el puerto parecía ganada, pero aún quedaban focos de resistencia y nidos de ametralladoras. Uno a uno, fueron silenciados hasta que todo el perímetro del puerto quedó asegurado. Brown y tres de sus hombres cayeron en estas escaramuzas finales. Reith y Böse no podían dar crédito a lo que allí había sucedido. Nunca hubiesen imaginado que tomarían la base con esa relativa facilidad, pero así había sido.

Desde luego no era todo el complejo, pero sí su parte más importante.

Capítulo 17

CONTRAATAQUE ALEMÁN

El general SS Hans Kammler entró como una furia en el puesto de mando de la base aérea subterránea Fliegerfestung 4, al poco de llegar el equipo de rescate que había salvado a lo que quedaba de la tripulación del disco. Todo el equipo técnico, pilotos y controladores aéreos se puso en pie, en posición de firmes y un sonoro ruido de tacones. Todos ellos lucían en sus uniformes el emblema de la Antártida en la parte superior del globo terrestre, con los continentes en posición invertida con respecto a los mapas convencionales. Todos ellos pertenecían a las SS. Sólo el General Kammler mantenía su uniforme clásico de la II Guerra Mundial, sin reminiscencias antárticas.

—¿Qué está sucediendo aquí? ¡Quiero la máxima información ahora! —bramó, mientras sus ayudantes directos, dos unterscharführers se ubicaban estratégicamente a ambos lados del general—. ¡Tengo noticias de que una gran flota americana llegada desde el Pacífico está tomando posiciones en tres puntas de lanza. Aquí, aquí y aquí! —subrayó señalando tres lugares en el mapa antártico de la pared.

—Mi general —intervino un joven unterscharführer—, hemos tenido contacto visual aéreo con los tres grupos que usted indica, tal como iban llegando desde el Océano Pacífico. Desde nuestras bases en Chile, los hemos seguido en el Pacífico. Se trata de una fuerza de combate americana integrada por 13 barcos, entre ellos, un portaaviones que está en camino y un submarino. Desconocemos el número de soldados y aviones que disponen. Tampoco sabemos cuáles son sus planes en este momento. Seguimos el control.



General de las SS Dr. Hans Kammler

Los demás asintieron las palabras del joven militar.

—Pero, ¿no lo ven claro? —Kammler volvió al mapa—. Están preparando sus bases en estos tres puntos que les he indicado y cruzarán el continente desde el sur para empujarnos hacia el mar. Rodearán toda Neuschwabendland. ¡Debemos atacar ahora mismo que aún no ponen pies en tierra! ¡No podemos permitirles que monten tres cabezas de puente! De lo contrario, no podremos sacarlos de ahí —los miró a todos con rabia—. ¡Recuerden Normandía! —añadió.

Seguidamente y en medio de una gran tensión, se dirigió a los supervivientes del disco que estaban tratando de mantener la posición de firmes a pesar de las molestas heridas que tuvieron tras el abandono de la nave y la caída en paracaídas.

—¿Qué ha sucedido, teniente Linke?

Linke comenzó su relato:

—Fuimos avisados por la Base 211 de la llegada del submarino U-2193 al mando del U-Bootoffizier Reith, pues el capitán Lippsmacher murió hace varios meses en combate. Llevaban unos heridos a bordo y necesitaban una actuación rápida y por ello fuimos a recoger a esos heridos y trasladarlos al hospital de la base. Una vez allí, fuimos sorprendidos por un comando que asesinó al capitán Windel y logró apoderarse del mando del disco. Mientras íbamos en vuelo y ante la actitud del comando por penetrar y atacar Fliegerfestung 4, decidí abandonar la nave con los que quedaban de la tripulación y que el disco se estrellase con los miembros de ese comando. Así lo hicimos.

Kammler escuchaba atentamente la explicación del teniente Linke, pero intervino de nuevo.

—Además de la flota que se nos viene encima, también nos atacarán internamente en la Base 211. Ya han visto lo que les ha sucedido a los tripulantes del disco. Hemos perdido una de nuestras naves y el enemigo ha capturado uno de nuestros submarinos y seguramente ya se halla en las inmediaciones de nuestra base. Ése es su plan y así abrirán un segundo frente en nuestras propias narices.

Se sentó en una de las sillas de controlador de vuelo.

—Quiero ver ahora a todos los jefes de escuadrilla y los jefes de tropas de tierra. ¡En el hangar principal de esta base en un máximo de una hora!

Un flujo urgente de órdenes partió desde Fliegerfestung 4 a las otras tres bases de discos y a dos bases subterráneas, entre ellas la Base 211. El U-2193 estaba entrando en ese momento en dicha base, que activó de inmediato las alarmas y se inició el combate de defensa y neutralización del ataque.

Mientras los oficiales iban llegando desde diversos puntos de origen a Fliegerfestung 4 para la reunión convocada, las noticias también llegaban a su vez.

—Tenemos malas noticias, general —comentó uno de los asistentes de Kammler con un teletipo en su mano—. La Base 211 está siendo atacada desde el U-2193 y varios grupos de comandos, que han logrado destruir el edificio de mando del puerto, las torres fortificadas y han tomado la central eléctrica. Hay muchas bajas y la lucha continúa.

Kammler cogió el documento y lo leyó. Su cara no reflejaba ninguna emoción. Se estaba cumpliendo lo que había vaticinado.

—¡Sigamos! —ordenó.

Era el momento de actuar. Continuaron caminando hacia el inmenso hangar que estaba por encima de las instalaciones de control. Todo ello bajo tierra y aprovechando las enormes cavernas que habían descubierto mucho tiempo atrás, en las primeras expediciones a la Antártida. La temperatura era muy buena ya que habían logrado canalizar las fuentes geotérmicas naturales que abundaban en Neuschwabenland y ello permitía una vida casi normal.

Unos guardias abrieron una puerta blindada y el grandioso hangar natural apareció ante ellos. Siguieron caminando entre varios discos volantes allí resguardados. Su color aluminio bruñido y su diseño eran absolutamente diferentes a cualquier aeronave de aquel momento. Se podían distinguir tres modelos diferentes, cuyo tamaño variaba. Kammler se sentía muy orgulloso de esas naves, ya que había sido su Kammlerstab quienes las habían desarrollado. Ahora todo estaba en peligro y su plan de renacimiento de un IV Reich podía truncarse. No lo iba a permitir. Ya había sucedido por la enorme cantidad de traidores que rodeaban al Führer, pero él ahora había sabido rodearse de los mejores y en el mayor de los secretos. Los americanos no podían sospechar a qué se enfrentaban.

Mientras caminaba resuelto a la zona donde se procedería a la reunión y donde ya empezaba a ver a algunos oficiales, recordaba su tremendo viaje hasta allí y su responsabilidad en todo el proyecto. Recordaba como el Führer, en la última visita a Berlín que realizó a principios de abril, antes de que la tenaza rusa se cerrase sobre la ciudad condenada, le encomendó en privado la continuación de su obra, lejos de traidores y con toda la tecnología que había logrado desarrollar. Le impresionó ver a Hitler en aquel estado, pero con total resolución a terminar el papel histórico que debía llevar a cabo. Durante la guerra ya se fueron preparando todas estas instalaciones antárticas, pero desde 1944, Kammler también había dado impulso a esa obra titánica y había sabido aprovechar las ventajas de sus grutas y su excelente temperatura construyendo todo tipo de instalaciones subterráneas, como había hecho en Europa, gracias a sus avanzados conocimientos. La Antártida era la zona ideal para empezar de nuevo y no cometer los mismos errores. Kammler había logrado detener la captura de científicos por parte de los aliados y los rusos y los fue enviando con el KG 200 hacia la Antártida. Como había dicho el Führer, en su función como general de las SS, él había sido ágil como un galgo, sufrido como el cuero y duro como el acero Krupp. No eran tiempos para titubeos, dudas o espíritus pusilánimes. Logró trasladar al personal de Peenemünde a Oberammergau en Baviera en mediados de 1945 en una operación espectacular y en las narices de rusos y americanos. Logró forjar la leyenda de que seguía vivo y se mostró públicamente en Jacin en Checoslovaquia poco antes del final de la guerra, en una operación perfectamente planificada. Llegó a montar cuatro posibles muertes que iban desde su propio suicidio, o bien caído en combate frente a los rusos, quizás ajusticiado por los partisanos, hasta ser asesinado por sus propios hombres. Llegó a engañar a todos. Ahora estaba lejos de sus enemigos. Sonreía mientras caminaba.

Aún recordaba el avión Junkers Ju 290 A-5, número de serie 110178, que se preparó en Berlín-Tempelhof, tras ser retirado del servicio en la Luftwaffe, como avión civil en septiembre de 1944, pero perteneciente al KG 200. La Lufthansa había hecho un buen trabajo de adaptación poniendo la matrícula D-AITR y el nombre «Baviera» al mismo, en octubre de ese año. El Flughauptmann Paul Sluzalek, logró llevar el avión hasta Praga, donde recogió a todos los hombres del equipo directo de Kammler, a él mismo y una enorme cantidad de material y documentos y los trasladó a Barcelona el 26 de abril de 1945, en un vuelo infernal. Las autoridades españolas renunciaron a identificar a los alemanes a bordo del avión tras su aterrizaje en Barcelona. El general Franco, pese a no haber sido un socio implicado de verdad en la victoria final, estaba ayudando a los científicos y personal militar alemán en su escape hacia tierras más hospitalarias tanto en España como en Iberoamérica.

Kammler y sus adjuntos llegaron con buen paso a la zona prevista para la reunión. Ya se había preparado un mapa Antártico sobre un soporte vertical. El mapa mostraba con flechas la situación de la flota enemiga y sus puntos previstos de ataque. Otra flecha mostraba el ataque del U-2193 a la Base 211. La situación de las diversas bases alemanas aparecía reflejada en el mismo. Toda era información de última hora. A la llegada de Kammler, los oficiales se pusieron en posición de firmes. También llegaron en aquel momento los más rezagados que venían desde las zonas más remotas de Neuschwabenland. Los discos volantes entraban casi en silencio de forma impresionante para quien no estuviese acostumbrado a su presencia. Tras posarse en tierra, las tripulaciones bajaban rápidamente para ocupar su lugar en la reunión. Había unos 30 discos volantes en el hangar en aquel momento. El personal de mantenimiento fue llevando a cabo su trabajo en las naves recién llegadas, con la máxima discreción posible. Entre el personal de tierra había varias mujeres que desempeñaban esas labores de mantenimiento junto a sus

compañeros masculinos.

Todos los convocados fueron tomando asiento. Eran casi 100 oficiales de las armas de tierra, mar y aire. Todos llevaban su escudo bordado antártico y, sobre todo, destacaban por su juventud. Kammler subió a un pequeño estrado desde donde podía ver sin dificultad a toda la audiencia que, con caras expectantes, esperaba las noticias del general, máxima autoridad antártica. El mapa quedaba a la izquierda y los dos ayudantes tomaron asiento en una mesa auxiliar a la derecha de Kammler. Tras la tarima, el general comenzó a hablar.

—Los he convocado con la máxima urgencia porque ya sabrán que estamos siendo sometidos a un ataque en toda regla por fuerzas enemigas que tienen su origen en los Estados Unidos —con un puntero de madera, se acercó al mapa que tenía a su izquierda y siguió con su parlamento—. El ataque se divide en dos partes. Por un lado, tres grupos formados por una flota de 13 barcos, que han tomado tres rumbos distintos en aguas antárticas y que fácilmente se pueden denominar por las latitudes en las que están, Grupo Este, Grupo Centro y Grupo Oeste. Entre la fuerza atacante se hallan: un portaaviones que está llegando y un submarino, más un número indeterminado de aviones. Ya hemos tenido contacto visual con ellos e incluso hemos derribado uno de sus aviones —fue señalando lo que parecía obvio por la dirección tomada por la flota—. Por lo que hemos sabido de nuestros agentes en Sudamérica, la expedición de ataque la dirige el almirante Richard Byrd, todo un personaje para los americanos y que va a bordo del portaaviones Philippine Sea.

Kammler sonrió al citar el nombre del almirante, luego continuó.

—Por otro lado, y más peligroso, la Base 211 está siendo atacada en este momento por un submarino nuestro que ha sido capturado, el U-2193, el cual ha logrado penetrar en las defensas de la base y ha desembarcado a comandos que han realizado un ataque sorpresa. Uno de nuestros discos, al mando del capitán Windel, fue capturado por miembros del comando a bordo del submarino y en su viaje hasta esta base fue neutralizado por la propia tripulación. El capitán Windel y un miembro de su tripulación, han caído en el ataque —un murmullo de sorpresa se oyó por parte de la audiencia. Kammler continuó—: Comprendo lo que piensan y la sorpresa que este ataque les produce, pero tenía que llegar este día. Nuestra situación, aunque bien resguardada en secreto no iba a durar eternamente. Nuestras naves han volado por los cinco continentes desde el final de la guerra. Han demostrado su valía y han mejorado sus prestaciones técnicas y han formado tripulaciones bien entrenadas en su uso, ustedes, pero al mismo tiempo han dejado claro su origen a pesar de no llevar distintivos. Todos nuestros enemigos sabían de nuestra superioridad técnica en todos los campos. Nuestros contactos con Chile, Argentina, Brasil y Sudáfrica no podían pasar desapercibidos al enemigo y, sobre todo, al enemigo mundial que tiene una guerra a muerte con Alemania desde antes de la subida al poder de nuestro Führer caído en Berlín y que no cesará en su empeño por destruirnos. Somos los únicos a quienes temen de verdad porque los hemos desenmascarado de su insolencia y sus ganas de esclavizar a toda la humanidad.

Kammler se refería a los judíos. La audiencia afirmaba las palabras de Kammler. El general volvió a situarse tras su tarima.

—No vamos a perder tiempo y no vamos a permitir que instalen sus cabezas de puente en los puertos que sin duda tratarán de hacerlo. Tenemos varias ventajas como son nuestro sofisticado armamento, nuestro conocimiento y experiencia antártica, muy superior a la de ellos y, en especial, un espíritu de lucha que nuestro enemigo no tiene. Tiene que ser una lucha despiadada, sin prisioneros. Nos jugamos nuestro futuro, el de nuestras ideas y el de nuestro pueblo y raza. Europa no supo seguir nuestros ideales

frente a la barbarie bolchevique y la degenerada sociedad americana. Y ambas manipuladas por el enemigo mundial, nuestro verdadero enemigo.

La audiencia estaba realmente estimulada ante las palabras de Kammler, que era un verdadero hombre de acción. Murmullos de aprobación seguían a todas y cada una de sus palabras.

—Formaremos tres alas de combate que saldrán de las bases más próximas a cada grupo enemigo — señaló de nuevo en el mapa las bases aéreas 1/2/3 y 4, con sus correspondientes grupos enemigos a destruir—; y en cuanto a la Base 211, la más importante, será reconquistada por tropas de tierra, con soporte blindado. Ese submarino y sus comandos no saldrán de allí. Quiero ver ahora a cada responsable de base aérea y tropas de tierra, para acabar de perfilar los grupos, sus responsables, el ataque y ponernos en marcha inmediatamente. ¡Empieza nuestro ataque!

Al pronunciar estas palabras se oyeron varias voces entre los oficiales que empezaron a entonar el himno de Neuschwabenland, con la música de una vieja canción popular alemana titulada Westerwald. Pronto todos cantaban al unísono la canción, repicando con sus botas en el frío suelo de cemento y haciendo que los ánimos y el ardor por el próximo combate llegasen muy alto. Incluso el personal de mantenimiento se sumó a aquel himno cantado espontáneamente. Kammler los miraba con orgullo, sabía que podía contar con ellos hasta el final.

Capítulo 18

OPERACIÓN HIGHJUMP EN PELIGRO

El almirante Richard Byrd iba a bordo del nuevo portaaviones USS Philippine Sea en su primera misión de combate. El resto de la flota ya había llegado a sus zonas objetivos y las noticias que le iban llegando no estaban resultando lo buenas que él hubiese deseado. Recordaba la sesión frente a los periodistas a bordo del portaaviones y que frente a sus polémicas preguntas tuvo que confirmar que estaba dispuesto a dejar un retén de hombres más allá del tiempo establecido por la operación, para lograr encontrar a los tripulantes del avión perdido «siempre que hubiese la más mínima posibilidad de que estuviesen vivos»

Todo era muy confuso porque los hombres no entendían qué eran aquellas máquinas voladoras, quienes las pilotaban y muchas cosas inexplicables que estaban viendo, pero sobre todo qué estaban haciendo ellos en la Antártida. Era un momento muy difícil y que requería un golpe de efecto para que la moral no se viniese abajo. Byrd quería estar allí lo más rápido posible ya que estaba convencido que su presencia podía devolver la ilusión por la Operación Highjump. El portaaviones también era una nave poderosa que podía intimidar al posible enemigo.

El tiempo tampoco acompañaba para las misiones que estaban previstas en la Antártida y los aviones no podían hacer los vuelos estipulados. Entre ventiscas fortísimas y nieblas muy densas, el día a día pasaba de forma monótona. Todo ello sumaba en la frustración que representaba para los tripulantes y los soldados la sensación de inactividad por un lado y el tipo de enemigo que tenían delante. Los rumores corrían como la pólvora, ya que las noticias de los otros grupos tampoco estaban claras y permitían habladurías de todo tipo. Se comentaba que estaban frente a tropas alemanas e incluso corría el comentario de que habían capturado a ¡un marciano y su nave! Aquello tenía que detenerse inmediatamente o toda la operación estaba en serio peligro. Byrd participaría personalmente en las operaciones de vuelo junto a los hombres.



Mapa con las áreas de ataque de los tres grupos de la Operación Highjump

Alrededor del 10 de enero de 1947 comenzaron a vislumbrar una pequeña mancha azul en el cielo. El tiempo empezaba a mejorar. Días antes, el Grupo Central (Task Group 68.1), con el barco enseña Mount Olympus a la cabeza, comenzó a penetrar en el Mar de Ross y su barrera de hielo. Era una navegación muy difícil ya que tenían que sortear los icebergs en que se había convertido la barrera por el incremento de las temperaturas. Todo el grupo paró motores y se decidió que el rompehielos USS Northwind se adentrara en la barrera y a medianoche, tras haber avanzado un trecho y perder de vista a los demás barcos, el helicóptero HOC-4 se elevó de la cubierta de madera con el capitán Thomas como

observador. La idea era ver si existía una posible vía de entrada no peligrosa entre el hielo resquebrajado. El sol de medianoche era algo extraño, pensó Thomas mientras la nave se elevaba suavemente. Tras recorrer la zona hacia el norte, efectivamente pudieron observar «avenidas azules de mar entre el hielo» que podían permitir el paso del resto de la flota del Grupo Central. Aunque estaban lejos del continente, la vista que tenían a estribor de los Montes Transantárticos era espectacular. Pero se les heló la sangre cuando vieron a contraluz una flota aérea de 10 discos voladores que a alta velocidad se dirigía hacia el Norte, pasando sobre la cordillera helada.

—Regresa ahora mismo —ordenó visiblemente alterado Thomas al piloto.

—¿Qué ha sido eso, capitán? Parecían unos discos voladores —preguntó el piloto también alterado por la visión.

—No lo sé Jimmy y no me voy a quedar aquí para saberlo. Ahora vuela a ras de hielo, lo más rápido que puedas hacia nuestro barco. Mantén la boca cerrada sobre este asunto.

Jimmy lo miró mientras movía la palanca y el helicóptero giraba en dirección al Northwind.

—Muy bien, capitán —agregó.

Tras aterrizar el helicóptero, Thomas se puso en contacto urgente con el almirante Creuzen en el Mount Olympus, informándole de lo que había visto durante el vuelo.

Creuzen convocó una reunión urgente con todos los jefes de grupo de los cinco barcos para informarles de primera mano y tomar la decisión más adecuada ante esos nuevos acontecimientos. Creuzen indicó que, a pesar de lo visto por los tripulantes del helicóptero, la operación seguía sin variaciones y debían de llegar a la costa para poder montar el campamento base Little America IV. Era una misión básica para el éxito de toda la Operación Highjump. Los oficiales no pusieron ninguna objeción y se mantuvo la máxima discreción sobre lo acontecido. Pasarían la Barrera de Ross inmediatamente. Tras la reunión el almirante Creuzen informó al almirante Byrd a bordo del portaaviones y en camino. Estuvo totalmente de acuerdo con la decisión tomada, sugiriéndoles el máximo cuidado ante un posible enfrentamiento con fuerzas enemigas. Las baterías de tierra y antiaéreas de los barcos fueron puestas en sobreaviso antes de ponerse en marcha.

El grupo de barcos inició el camino encabezados por el rompehielos Northwind, seguido del Merrick, Yancey, Mount Olympus y el submarino Sennet. La velocidad se mantuvo a cinco nudos, siguiendo la ruta más próxima posible al meridiano 180. Pero la mala suerte amenazaba al Grupo Central, ya que el hielo, a medida que avanzaban, era mucho más sólido de lo que esperaban y comenzaban a estar rodeados por icebergs. El cielo grisáceo de esa noche de 31 de diciembre de 1946 al 1 de enero de 1947 formaba la clásica imagen que no distinguía cielo de tierra en el horizonte. Sorprendentemente, los barcos llegaron a una zona más libre de hielo e incluso se pensó en que el submarino Sennet podría hacer una inmersión, la primera de un submarino americano en aquellas aguas llevando a bordo al corresponsal Walter Sullivan y observar el hielo desde las profundidades. Se vio que era muy arriesgado, ya que el peligro de hielo sumergido era un grave problema y el hielo en superficie volvía a tener consistencia y no facilitaba el camino. Cuarenta y cinco minutos después de medianoche se dio orden de parar los motores de los barcos porque era imposible seguir la marcha y maniobrar en aquellas condiciones. Era el momento de poner a trabajar al rompehielos Northwind. Durante las siguientes 30 horas, el capitán Thomas puso toda su experiencia en navegación polar para conducir a la flota hacia tierra. Fue un trabajo terrible porque cada milla que se avanzaba, el hielo volvía a cerrar su tenaza sobre los barcos, haciendo crujir los cascos de los mismos, reventando remaches y

provocando daños menores en las hélices. Era un auténtico infierno helado.

En una de las paradas técnicas y mientras los hombres del Northwind maniobraban para liberar a los barcos retenidos más atrás, el operador de radar informó urgentemente al capitán Thomas de que estaba captando dos aviones que se dirigían hacia allí rápidamente. El capitán miró a su segundo con preocupación.

—Lo que nos faltaba. Avisa al resto de barcos que preparen sus baterías antiaéreas. Vamos a tener problemas.

Desde la sala de radio del Northwind, el segundo de Thomas radió la orden a todas las naves, que prepararon sin dilación su armamento. Todavía no se veía nada en el horizonte y la tensión aumentaba incrementada por la situación de los barcos en la trampa de hielo. El Northwind seguía maniobrando y poderosamente iba abriendo camino en un hielo cada vez más duro.

De repente y sin previo aviso, dos discos volantes pasaron sobre ellos a una velocidad inimaginable y sin ruido alguno. Era extraordinario. No llevaban ningún distintivo que explicase su origen. Los sirvientes de las baterías no tuvieron tiempo de maniobrar sus armas y dirigirlas contra las naves. Vieron como los dos discos se separaban mientras subían casi en vertical a una velocidad prodigiosa. Comenzaron un vuelo en caída desde diferentes ángulos hacia la pequeña flota que trataba de salir de su trampa helada. Las baterías comenzaron a disparar.

—¡Todos a cubierto! —gritaron desde los altavoces de los barcos.

Los marineros, inconscientemente, estaban sobre las cubiertas, observando a los discos y sus maniobras increíbles. Era muy peligroso permanecer allí. Rápidamente todos se pusieron a cubierto. Los proyectiles trazadores indicaban la trayectoria de los disparos y fácilmente se veía la dificultad de los artilleros por seguir el vuelo de los discos. Una de las naves voló a ras de hielo, levantando tras de sí una alta cortina de hielo pulverizado y en dirección directa contra el Mount Olympus. Parecía cromada, con un brillo intensísimo. Podían observarse unos ojos de buey en la parte superior de la nave. Los artilleros encararon sus cañones sobre el disco y barrieron la trayectoria de su vuelo. Inexplicablemente, los proyectiles parecían rebotar sin tocar la brillante superficie del ingenio volador. Parecía tener una capa invisible que lo protegía contra ataques externos. El disco estuvo a punto de chocar contra el Mount Olympus, que se hallaba atrapado por la placa de hielo, y subió casi en vertical hacia el cielo, desapareciendo tras un frente nuboso.



El submarino USS Sennet, con problemas tras el ataque y golpeado por el hielo, abandonó la Antártida

Los nervios estaban a flor de piel. Los tripulantes no entendían contra qué se enfrentaban, que además parecía indestructible. Estaban ansiosos. El segundo disco lanzó lo que podría definirse como un rayo negro, muy visible, contra el submarino Sennet que también se hallaba atrapado y en último lugar de la flota, a bastante distancia de los demás. El rayo no alcanzó directamente al submarino, sino al hielo que le rodeaba que golpeó brutalmente el casco del sumergible acumulando una gran cantidad de hielo sobre el mismo. Varios tripulantes fueron heridos por los golpes provocados por el hielo contra su nave. Estaba en peligro real de hundimiento, ya que estaba algo escorado. El disco se elevó y también desapareció entre las nubes. Desde la torreta del Sennet se lanzó un mensaje luminoso desesperado de ayuda. Con gran dificultad, el Northwind llegó hasta donde estaba y comprobó visualmente que buena parte del casco se hallaba dañado y con serias abolladuras, que no le permitían seguir sin repararse. Uno de los timones de profundidad estaba torcido y no operativo. La tripulación trataba de sacar penosamente la gran cantidad de hielo sobre la estrecha cubierta y que es posible que pesase varias toneladas, según dedujo el capitán Thomas. Joe Isinghour, capitán del submarino Sennet, tenía un aspecto terrible ya que también

estaba herido. No parecía grave, pero sí aparatoso porque la sangre le había manchado el uniforme y le daba un aspecto enloquecido. Saludó a Thomas desde la torre, agradeciéndole su rápida llegada a pesar de las circunstancias.

Mientras esto sucedía, el Merrick tuvo una colisión con el hielo que abrió una vía de agua que tuvo que ser reparada inmediatamente. Los marineros miraban continuamente y con ansiedad el horizonte con sus prismáticos por dos motivos: observar posibles naves enemigas y tratar de vislumbrar un rayo de sol que abriese esa luz grisácea y deprimente que les envolvía. El almirante Creuzen quería tener más información sobre los vuelos de reconocimiento que había efectuado el Grupo Oeste desde el barco Currituck. Los informes hablaban de una gruesa e impenetrable capa de hielo, los avistamientos cada vez más frecuentes de discos volantes y la pérdida de uno de los aviones Martin PBM y un helicóptero. Con esta información, la instalación de la Base Little America IV estaba en serio peligro. También la climatología atacaba despiadadamente a la flota, ya que la visibilidad era prácticamente cero. Tanto Creuzen como Thomas estaban ansiosos por moverse y salir del atolladero y por ello el Northwind se puso de nuevo en marcha logrando, tras penosos esfuerzos, llegar a una zona de mar abierto, una especie de lago inmenso en medio del hielo, y permitir la llegada de todos los demás barcos hasta allí. De todas maneras, tampoco podían fondear, ya que la profundidad era de más de 2.000 metros. La nave en peor estado era el submarino Sennet que, con serias dificultades, podía seguir a los otros barcos ya que se hallaba en un pequeño lago entre los hielos. Creuzen fue consciente que la Antártida no era lugar para el submarino. Se decidió que sería remolcado por el rompehielos Northwind hasta mar abierto y allí debería seguir hasta Chile. Hasta las 4 de la mañana del 4 de enero, el submarino no estuvo bien amarrado para su arrastre y esperando en medio del pequeño lago.



Uno de los R4D despegando de Little America IV. Se puede ver el sistema de skis en lugar del tren de aterrizaje convencional

Creuzen convocó una reunión con los oficiales y tras analizar la situación se volvió hacia el capitán Thomas.

—¿Tú que harías, Tommy? —Thomas miró a los demás oficiales presentes.

Toda la Operación Highjump pasaba por su mente a velocidad de vértigo, pero su capacidad de análisis fue separando las distintas situaciones hasta ese momento. Sus pensamientos eran que el comandante de Grupo Central 68 se enfrentaba a la siguiente situación:

El avión desaparecido del Grupo Oeste, con sus 8 tripulantes.

Un helicóptero perdido.

El grupo central del operativo estaba sin esperanzas y a merced de los icebergs.

El submarino Sennet averiado, estaba en un lago que podía cerrarse y aplastarlo.

Malestar y desmotivación en gran parte de los tripulantes y tropa.

Una climatología adversa y caprichosa.

Mientras se celebraba la reunión y se discutían las soluciones, llegó la noticia de que el hijo del almirante Creuzen de 22 años, Nathaniel Green Creuzen, había sido hallado muerto por el disparo

accidental de una escopeta de caza. La noticia le llegó a Jim Minny el oficial adjunto a Creuzen, que se lo comentó privadamente al capitán Thomas. Llegaron a la conclusión de que no era el mejor momento para decírselo, pues la operación estaba en el alero y sería un golpe personal devastador. Por ello, también decidieron que todos los mensajes de condolencia, que a buen seguro llegarían al barco, fuesen retenidos por Minny hasta que la situación general mejorase y los barcos estuviesen fuera de problemas. Era una noticia que complicaba mucho la situación y entendieron que era la mejor forma de encararla.

El 6 de enero, el Northwind pudo poner a salvo al submarino Sennet en mar abierto al norte de la Isla Scott. Los barcos ya estaban en mejor situación y Creuzen estaba mucho más animado. Fue el momento elegido para decírselo en privado de la forma más suave. Tras un instante, Creuzen dijo:

—Perdóñenme, señores, quiero estar solo durante un rato, y les agradezco que lo hayan mantenido discretamente hasta ahora. De verdad, se lo digo...

Durante diez minutos estuvo solo en su cabina privada y luego apareció ante sus hombres, que le esperaban expectantes, y se puso a discutir las operaciones previstas para el Grupo Central. No se volvió a hablar del asunto nunca más.

El Grupo Central avanzaba de nuevo con una lentitud terrible y ya comenzaban a preguntarse si habría alguna zona para desembarcar al llegar a la Costa de Ross. Había varios lugares considerados válidos como La Bahía de las Ballenas, los antiguos emplazamientos de Scott y Shackleton en Mc Murdo, pero quedaban algo más lejos. Se decidió incrementar la velocidad a ocho nudos y navegando con la máxima precaución. Lo único que agradecían los oficiales, en medio de aquellos problemas, era que las naves volantes enemigas hubiesen desaparecido por el momento.

El 11 de enero ya estaban cerca de la costa, pero con grandes dificultades por el hielo que, de forma caprichosa e inesperada, rodeaba los barcos y hacía dar marcha atrás a todo el convoy para buscar otra ruta de avance. Por la tarde, lograron divisar dos aviones Martin Mariner PBm pertenecientes al Currituck del Grupo Oeste. Eso les llenó de esperanza. Los aviones volaban bajo y avanzaron unos 35 kilómetros más, pero dieron la vuelta dirigiéndose a su barco ya que un banco de neblina se movía rápido en su dirección. Los iban observando con los prismáticos, cuando uno de los aviones hizo un movimiento brusco hacia su estribor, como evitando algo que no se podía ver desde los barcos. Una potente llamarada surgió del suelo y alcanzó al avión en su ala derecha. Pronto se convirtió en una bola de fuego y cayó con estrépito en la nieve.



El Portaaviones «Philippine Sea» en ruta a la Antártida. Puede verse la cubierta de vuelo prácticamente abarrotada de aviones de combate

—Nos están esperando en la costa, almirante. Me parece que saben hacia donde vamos —dijo

Thomas mirando a Creuzen que no daba crédito a lo que acababa de ver.

—¿Qué tipo de arma era esa? —bajó sus prismáticos con una cara que no admitía dudas. Sus pensamientos fueron directamente a la reunión que habían tenido en Norfolk y las fotos que había mostrado el almirante Byrd, sobre la actividad alemana detectada en la Antártida.



Otro de los R4D reabasteciéndose para un nuevo vuelo

—¡Mire ahí, almirante! —el capitán Thomas señaló un punto en el cielo.

El otro avión trataba de zafarse de un disco que le perseguía implacablemente. De repente, el avión

comenzó a arder. La tripulación saltó en paracaídas. El disco pareció emitir un rayo negro que pulverizó a los paracaidistas al instante. Desde los barcos no pudieron hacer nada por aquellos desdichados y tampoco podían disparar sobre el disco ya que la distancia era considerable. Aquella terrible visión fue observada por multitud de marineros y soldados que se hallaban en cubierta, lo que provocó una angustia generalizada ante la indefensión de sus sistemas de ataque y defensa ante aquellas armas futuristas. Eran nuevos quebraderos de cabeza para el almirante Creuzen y sus oficiales.

La Bahía de las Ballenas ya estaba a la vista y por lo que podía verse se podría montar la base. Ya era mediados de enero y el portaaviones USS Philippine Sea ya estaba aproximándose con el almirante Byrd a bordo y con ganas de llegar y volar sobre la zona. Las noticias que tenía eran desalentadoras, pero había que remontar aquello. La parte decisiva de la Operación Highjump estaba a punto de empezar. No había vuelta atrás.

Capítulo 19

CABEZA DE PUENTE EN LA BASE 211

La situación parecía tranquila en aquel momento. Todo el perímetro del puerto y la central eléctrica estaba en manos del comando y asegurado. La primera parte de la batalla había terminado. Los dos grupos prepararon su salida de la zona para entrar en la parte civil de la base que imaginaban estaba tras todos aquellos cascotes y edificios derruidos. Era curiosa la luz que parecía emitir la propia cueva, con lo que no eran necesarios focos o linternas para avanzar. De hecho, la central eléctrica capturada parecía dar luz y electricidad a los edificios e instalaciones, pero no a la caverna en general.

Patrick y la tripulación del U-2193 bajaron al pantalán a través de la angosta escalerilla del submarino, tras haber subido a bordo a los 11 heridos que había. El doctor Philip Louis Hill iba a tener trabajo tras una travesía tranquila hasta allí. Instaló una especie de quirófano en la zona central del submarino, no lejos de la cámara de oficiales y por lo tanto la parte más amplia de la nave. Le ayudaban Eric Jones y Allan Perkins lo mejor que podían, pero con la mayor voluntad. Los muertos habidos en el grupo de asalto estaban en línea en el pantalán junto al submarino, dentro de bolsas para el traslado de cadáveres. Desde luego no podían volver con ellos a bordo y por lo tanto serían hundidos en el mar en cuanto fuese posible. Durante un instante y en silencio, los submarinistas miraron las bolsas que contenían a los que habían caído. Luego siguieron.

Patrick y sus hombres atravesaron toda la zona de las torres artilleras y el edificio de mando del puerto, totalmente destruido. Se podían ver cadáveres semienterrados entre los cascotes. Era una visión ciertamente desagradable. No había prisioneros, lo que daba una idea de la ferocidad de la lucha. Llegaron hasta un punto algo elevado que era el extremo del perímetro de seguridad. Allí, Brown y varios comandos tenían un observatorio desde donde podían ver la continuación de la base, tras la zona portuaria. Patrick tomó unos prismáticos y observó lo que allí había. Parecía una calle con diversos edificios, que se perdía hacia el interior de la inmensa caverna.

—Qué le parece, capitán Malone —sonrió Brown, aunque parecía algo preocupado.

—No se ve actividad en este momento. Es muy raro. ¿Qué cree usted Brown? —Patrick dejó los prismáticos sobre una piedra.

—No estoy seguro, me sorprende la situación —miró a todo el grupo y a sus hombres que parecían ya preparados para continuar—, pero creo que hemos de aprovecharlo y avanzar todo lo que podamos enseguida.

Kenneth pareció adivinar los pensamientos de Patrick.

—¿Dónde acaba la Base 211, teniente? Quizás es inmensa y no somos muchos.

Brown se quedó en silencio tras la pregunta de Kenneth. Böse y Reith tampoco podían dar una respuesta concisa, ya que apenas conocían el interior. Sólo habían estado previamente en el puerto y en escalas cortas de descarga de material y personal.

Patrick intervino tras un cierto silencio de todo el grupo.

—Creo que hemos de ponernos en contacto por radio con el almirante Byrd, que según el calendario ya debe estar llegando a la Antártida. Él nos dará nuevas órdenes. Deme usted media hora antes de avanzar, teniente.

Brown accedió a la solicitud de Patrick e indicó a sus hombres que de nuevo revisasen toda su

impedimenta de combate antes de seguir. Patrick regresó al submarino con John «bullet» y Kenneth. Varios submarinos alemanes habían quedado allí abandonados tras el combate. Eran de modelos anteriores al U-2193 y no revestían mayor interés en aquel momento. Sí que había que tener en cuenta que estaban varios de ellos con las cargas explosivas adosadas y preparados para explotar, si llegaba el caso.

La radio crepitaba y parecía haber problemas para contactar con el USS Philippine Sea. John manejaba con destreza el dial, pero no daba resultados en ese momento. Patrick estaba nervioso.

—Intenta entrar en la onda del Grupo Central y hablar con el almirante Creuzen. Él conoce nuestra existencia y puede orientarnos.

Tras varios intentos, la radio dejó oír la voz de un radiotelegrafista a bordo del Mount Olympus, del Grupo Central.

—Mount Olympus, Mount Olympus ¿me copia bien?

—Alto y claro. Identifíquese.

John hablaba despacio, recalcando cada palabra.

—Aquí equipo especial de ataque en la Antártida. El capitán Patrick Malone de la marina de los Estados Unidos desea hablar con el almirante Creuzen a bordo del Mount Olympus. Es muy urgente.

La voz al otro lado de la radio estuvo unos segundos en silencio, parecía en duda, pero continuó:

—Equipo especial, manténgase en esta frecuencia.

Durante unos minutos el silencio dominó la situación, luego la voz del almirante se escuchó con claridad.

—Capitán Malone, soy el almirante Creuzen. Indíqueme su posición y cual es su situación en este momento.

Patrick reconoció sin dificultad la voz.

—Almirante Creuzen, soy el capitán Malone a bordo del submarino U-2193. No nos ha sido posible contactar con el almirante Byrd y por ello he decidido hablar con usted. Usted conocía nuestra misión previamente y puedo informarle que hemos entrado en la base alemana denominada 211 que se halla frente a la Isla Berkner. Hemos combatido con fuerzas enemigas y en este momento puedo anunciarle que hemos tomado el puerto de la base. Hemos sufrido algunas bajas y nuestros heridos están recibiendo atención médica a bordo del submarino. Estamos en compás de espera para adentrarnos por tierra en la base y requerimos órdenes de un superior para continuar la misión.

Creuzen pareció escuchar con atención las palabras de Patrick.

—Lo felicito a usted y sus hombres, capitán Malone. Su acción en la Base 211 es vital para la buena marcha de la operación marítima y terrestre que queremos llevar a cabo. Le ordeno que continúen la toma de la base hasta donde les sea posible y destruyan todo aquello que represente un peligro para todo el operativo. Por ahora su misión, capitán, nos ha ahorrado el peligro de los submarinos, pero piense que nos enfrentamos a un enemigo decidido y con armas que sobrepasan nuestras capacidades —al escuchar esto, todos se miraron con preocupación—. Le puedo informar que estamos teniendo dificultades tanto en el aspecto logístico y climatológico, como con un enemigo escurridizo y que ataca por sorpresa con armas extrañas y que ya nos ha causado daños y bajas. Por ello, capitán Malone, su misión es fundamental y debe seguir con ella. Seguiremos en contacto e informaré al almirante Byrd de su situación. Un abrazo a todos y buena suerte. Corto y cambio.

Patrick miró a sus hombres.

—A sus órdenes, almirante Creuzen. Seguimos la misión. Corto y cambio.

—Ya lo habéis oído. Tenemos de continuar —Patrick dejó los auriculares que había usado a pesar de que la transmisión se había oído también por el potente altavoz de la sala de radio—. Kenneth, hemos de dejar a bordo un retén militar en continua comunicación con nosotros. Hablaré con Brown para dejar dos hombres en la central eléctrica. Quiero que se quede alguien que hable alemán, quizás puede hacer falta.

—Muy bien, Patrick. Déjame ver qué tenemos y te lo digo enseguida.

El grupo salió de la sala de radio y se dirigió a ver al doctor Philippe L. Hill para conocer la situación de los heridos. El doctor Hill dejó al paciente que estaba operando y miró a Patrick. Parecía un carnicero. Había realizado dos amputaciones y multitud de curaciones diversas.

—Necesitaré sangre, capitán. Es muy urgente.

Varios hombres se hallaban en literas preparadas tras haber sido curados y tenían conectadas bolsas de suero que proporcionaban un goteo de vida tras las operaciones. Eric Jones y Allan Perkins estaban realizando un trabajo magnífico.

—Han sido de mucha ayuda, pero están agotados.

—Doctor ahora deben de acabar su trabajo con usted y los pacientes. Luego podrán descansar y usted también —después se dirigió a sus acompañantes—. El doctor necesita sangre.

Todos se ofrecieron inmediatamente. Kenneth avisó a Brown y varios de sus hombres también donaron.

Tras terminar, Kenneth se dirigió a Patrick.

—A ver que te parece... Creo que el submarino necesitará un mínimo retén no sólo militar, sino de tripulación. Por ello, he pensado que Bert Eklund, Stan White, Dave Holms, George Connors, John «bullet», Allan Perkins, Eric Jones y el doctor Hill, permanezcan a bordo. Dave y George deberán permanecer en las torres artilleras con los 30 mm, preparados ante cualquier eventualidad. John en la radio para estar en contacto con nosotros.

—Me parece bien, Kenneth, pero quiero que tú también te quedes a bordo controlando la situación. Eres mi segundo y te necesito en el submarino.

Kenneth se quedó sorprendido por la propuesta de Patrick.

—Sabes que quiero ir con vosotros. Harán falta hombres para luchar allí.

—Cierto, Kenneth —Patrick puso sumano sobre el hombro de su segundo—. Pero tu puesto de combate está aquí. A mí me ayudas más a bordo. Créeme.

Kenneth, aunque contrariado, sabía que no podía discutir con Patrick en aquel momento. Aceptó lo que se le pedía. Se despidieron de sus compañeros que se salieron por la puerta lateral de la torre del submarino.

Con todo preparado y las órdenes cursadas, el equipo de unos 30 comandos más los submarinistas volvieron al observatorio improvisado en lo alto del derruido edificio de mando. Brown dirigía a todo el grupo de asalto, exceptuando a los hombres de Patrick que actuarían como enlaces mientras iban avanzando. De hecho, estarían en la retaguardia del grupo con el equipo de radio. Teóricamente no tenían que entrar en combate, pero Patrick sabía que aquello era pura teoría y por ello preparó a los suyos con todo el armamento posible, raciones de supervivencia y sobre todo volvieron a lucir sus uniformes americanos. Una vez que todos ellos estaban ya en la zona de reunión, ajustaron relojes y se dieron las últimas instrucciones. Dos comandos regresaron a la central eléctrica como retén. Iban fuertemente

armados y dejarían toda la central dinamitada por si surgían problemas. Estarían en contacto visual y por radio con el U-2193.

Los primeros hombres de Brown comenzaron a salir en dirección al interior de la Base 211. Todo parecía tranquilo por el momento. Llegaron a una especie de avenida central, de la cual surgían calles más pequeñas a ambos lados. El emblema de la Antártida con el mapamundi al revés estaba colocado sobre cada puerta que iban dejando atrás. Algún vehículo tipo NSU Kettenrad Sd.Kfz aparecía abandonado y fue observado con curiosidad por Patrick. Parecía que todos habían salido huyendo hacia el interior y habían dejado todo tal como estaba ¿Dónde podían estar? ¿Ya se rendían? ¿No habría más defensa?

Pasaron frente a un pequeño edificio con el letrero Kindergarten en la puerta bajo el omnipresente emblema antártico ¡Allí habían niños! Pero, ¿dónde estaban en ese momento? Una cierta angustia se apoderó del grupo. Pasaron frente a una instalación que parecía un laboratorio o una pequeña fábrica. No estaba claro. Mientras observaban aquello, un ruido iba en aumento y en su dirección. Era el sonido de vehículos que se aproximaban. Todos se pusieron a cubierto e informaron al submarino de la situación. La iluminación de la enorme caverna iba perdiendo fuerza paulatinamente, por lo que se trataba de algo que se controlaba desde otro lugar de la base. ¡Les estaban esperando! La oscuridad total fue ganado espacio y la temor creció entre el grupo. Pronto ya no se veía nada y no podían encender sus linternas sin riesgo de ser localizados. Aquello se iba complicando a medida que los vehículos se iban acercando. No parecían tener problemas para avanzar en la oscuridad. La voz de Brown resonó en medio del estruendo en aumento, dirigiéndose a sus hombres.

—¡Todos a cubierto! ¡Llevar visores infrarrojos!

Tal como acabó su aviso, las ráfagas de ametralladora sonaron. Varios hombres del comando cayeron alcanzados por los STG44. También sonaron disparos de francotiradores armados con la mira infrarroja Vampyr, que de nuevo causaron una gran cantidad de bajas entre los miembros del comando. El grupo de asalto estaba diezmado. Se oían gritos de dolor de algunos heridos, pero no se podía hacer nada por ayudarlos en aquellas circunstancias.

Patrick y sus hombres estaban tras la pared de un edificio y por el momento parecía que no habían sido localizados.

—¡Rápido, da nuestra posición al submarino e informa de que estamos en medio de una emboscada!

Böse manipulaba la radio de campaña. De repente, uno de los hombres de Brown lanzó una bengala que no sólo cegó a los usuarios de los visores infrarrojos, sino que dejó ver cual era la situación en aquel momento. Y no podía ser más desesperada. Estaban absolutamente rodeados por vehículos blindados de un tipo que no habían visto jamás y por tropas SS, con chalecos antibalas hasta las rodillas, en un número que no admitía dudas sobre el desenlace de ese encuentro. Brown pudo ver el estado de sus hombres y los muertos y heridos que estaban sobre el pavimento. Patrick también pudo cerciorarse de la situación y tuvo claro que no tenían escapatoria.

La iluminación de la caverna subió de tono rápidamente, cegando momentáneamente a todos los americanos. Brown salió de su improvisado escondrijo y se rindió seguido de todos los hombres que quedaban en su comando, un total de 14. Patrick aún seguía escondido con los suyos.

—¡Si nos capturan nos fusilarán inmediatamente por traidores, capitán Malone! —dijo Reith con evidente desespero.

La cara de Böse tampoco dejaba lugar a dudas sobre ese asunto. Patrick tuvo que controlar la

situación.

—Ustedes son americanos y así consta en la documentación que llevan encima. Si nos rendimos, no sucederá nada más que serán prisioneros como cualquiera de nosotros. Intenten no perder los nervios y compórtense normalmente.

—¿Entonces nos rendimos capitán? —preguntó sin preámbulos Roger Blaufen.

Patrick se quedó mirando a su compañero de tantas fatigas en el mar.

—Tienes razón, Roger. Debemos seguir. ¡Huyamos de aquí y regresemos al submarino!

Se dirigió a Böse:

—Contacta con el submarino y que estén preparados para zarpar inmediatamente. ¡Vámonos!

Amparados por el trasiego de la rendición de Brown y lo que quedaba de su equipo, Patrick y los suyos lograron abrirse paso hasta las ruinas del edificio de mando del puerto. Lograron pasar por las calles adyacentes a la avenida central del complejo sin dificultades. Pero su movimiento había sido detectado y mientras subían por los cascotes para ampararse al otro lado de las ruinas, varios vehículos blindados salieron en su dirección disparando con todas sus armas, seguidos de numerosos soldados, que también abrían fuego contra ellos. Una explosión alcanzó a Blaufen, que quedó tendido semi-inconsciente. Había perdido las dos piernas por debajo de las rodillas. Patrick se estiró a su lado, cubriéndose del intenso fuego de todos los calibres. Blaufen estaba muy mal. Sus labios iban tomando un color morado, indicio claro ante la muerte.

—Váyase, capitán. Yo me quedo aquí —mientras decía esto y sin ser del todo consciente de que había perdido sus piernas, se arrastró penosamente tras un bloque de hormigón esperando el paso de uno de los carros de asalto. Efectivamente, uno de ellos se dirigía implacable en su dirección con varios soldados tras él. Cuando estuvo a la altura de Blaufen, éste sacó el seguro a las tres bombas de mano que llevaba. Una colosal explosión incendió el vehículo y mató a los soldados que le seguían. Los atacantes detuvieron por un momento su avance, esperando qué iba a suceder a continuación.

—¡Ahora! ¡Vámonos!

Ese momento de confusión fue aprovechado por Patrick para ordenar llegar hasta el submarino a la carrera. Sin pensarlo dos veces todo el grupo salió corriendo. Las baterías de 30 mm del U-2193, comenzaron a sonar cuando el primer vehículo apareció por el promontorio de cascotes. Los atacantes volvieron a detenerse ante la lluvia de fuego que caía sobre ellos. Los dos hombres de Brown que estaban de retén también salieron corriendo en dirección al submarino, cuando las cargas que habían colocado en la central eléctrica comenzaron a estallar terriblemente. El eco que producía la caverna multiplicaba los sonidos hasta casi dejar sordos a todos los contendientes. La confusión era enorme, pero ayudaba a todos para llegar bien hasta el submarino. En aquel momento, Kenneth hizo estallar una de las cargas colocadas en uno de los sumergibles atracados en el puerto. De nuevo el rugido provocado fue estremecedor. Del techo de la caverna caían cascotes y polvo. Los alemanes detuvieron su avance otra vez.

Una vez dentro del submarino, Patrick tomó el mando.

—¡Salgamos de aquí! ¡Kenneth vira todo y destruyamos la puerta de la base!

—¡Estamos muy cerca! ¡Es muy peligroso, Patrick! —gritó Kenneth casi al oído de Patrick.

—¡No tenemos opción! ¡Sala de torpedos, preparen tubos 1 y 2!

En medio de los disparos que sonaban en el casco blindado de la nave, el submarino fue rotando

hasta encarar el túnel de entrada.

—¡Tubos 1 y 2, preparados, capitán!

Las torres seguían disparando sin cesar, manteniendo a raya al enemigo. Una nueva explosión en uno de los submarinos atracados provocó más confusión en los atacantes. El U-2193 ya estaba a 150 metros de la salida.

—¡Fuego! —ordenó Patrick.

Dos torpedos salieron raudos de sus tubos hacia su destino. La enorme y pesada puerta recibió los dos impactos y por un momento pareció soportarlo, pero de repente se vino abajo con un estruendo espectacular. Todo el submarino se movió, por el enorme desplazamiento de agua que produjo la explosión, golpeando su casco contra el lateral del túnel, moviéndolo como si fuese de papel. El ruido del choque fue tremendo. Todo crujió en el interior de la nave. Varios hombres se golpearon contra las mamparas, tubos y válvulas que había por doquier. Dos de los enfermos cayeron de sus literas, arrancándose de cuajo las vías de suero. Era una situación extrema.

—¡Kenneth a toda máquina, sácanos de aquí!

La orden de Patrick se oyó en medio del fragor de sonidos y explosiones.

—Capitán, el profundímetro indica que tenemos menos profundidad. Seguramente tocaremos con la quilla. ¡Han caído trozos de roca y las puertas están bajo el agua! —la voz de John «bullet» no podía ser más oportuna.

—¡Kenneth avante toda! ¡Bert saca todo el lastre, sube el submarino al máximo! ¡Rápido!

La maniobra permitió ganar casi un metro sobre el fondo, pero no más.

Un crujido brutal llenó el submarino. Venía de la quilla y llegó a detener la marcha del sumergible. La inercia movió a todos hacia delante, cayendo estrepitosamente.

—¡Atrás toda! —ordenó Patrick, mientras Kenneth aprobaba con la cabeza la orden.

—¡Vía de agua en la zona de motores, capitán! —Stan White gritó a través del audífono.

Patrick y Kenneth salieron en esa dirección. El agua entraba a borbotones y los hombres trataban de reparar la gran fisura abierta en la quilla. No les fue posible y tampoco podían permanecer mucho rato en el agua helada. La hipotermia era cuestión de minutos. Cerraron la portezuela hermética que daba a la sala de motores. Había quedado sellada herméticamente, pero la enorme cantidad de agua que estaba penetrando era un lastre tremendo.

—¡Sólo tenemos las turbinas para avanzar y por poco tiempo! —Kenneth miraba el panel de luces de carga de las baterías eléctricas.

—¡Capitán nos estamos quedando sin municiones! No podemos aguantar más.

La voz de Connors en una de las torres artilleras agravaba la situación.

—¡Volemos los últimos submarinos atracados! —ordenó Patrick.

—¡Pero, Patrick, moriremos todos! —Kenneth se agarró a uno de los volantes que guiaban los timones de profundidad.

—¡Agarraos fuerte! —ordenó Patrick a través del interfono a todos los tripulantes. Tres explosiones detonaron a continuación, provocando un alud de agua que levantó el U-2193 y lo hizo pasar por la boca del túnel, dejándolo fuera de la caverna en mar abierto.

—¡No lo puedo creer! —Kenneth miraba absorto a Patrick.

Éste sonrió.

—Ahora tratemos de reparar la sala de motores, mientras nos alejamos de aquí y rápido.

Las turbinas eléctricas propulsaron sin dificultad al submarino, que se iba alejando de la boca de la Base 211. Tenían frente a ellos la Isla Berkner y un enorme iceberg que lograron evitar. El día era totalmente nublado, aunque con relativa buena visibilidad. No sabían cuanto duraría aquello. Con bombas de achique, Stan White, Tex Jenkins y Cliff Tubb comenzaron la labor de extraer el agua de la sala de máquinas. Los dos comandos supervivientes de la central eléctrica también participaron en el trabajo de achique. Estaban descolocados ante la muerte y captura de sus compañeros.

Viendo a Stan y sus hombres, la muerte de Blaufen vino a la mente de Patrick tras los intensos momentos vividos. Acababa de perder a uno de sus buenos amigos y tripulantes. Había sido horrible y Stan no quería en aquel momento hablar de ello. No sólo había sido uno de los mecánicos de su equipo, también habían sido muy buenos amigos y sus esposas formaban parte del coro de mujeres cristianas de la base de Norfolk. Al regresar habría que decírselo a Jenny y no iba a ser fácil. ¡Cuántos buenos momentos habían pasado juntos durante la guerra! Ahora ya no estaba entre ellos y Stan prefería concentrarse en la reparación de su sala principal de trabajo. Ya tendría tiempo de llorarle. El trabajo que tenían por delante él y sus hombres era inmenso. De momento dos de ellos se situaron en la escotilla de cubierta que daba entrada a la zona de motores. Desde allí instalaron una de las bombas de achique, que comenzó a extraer agua con gran potencia y que era lanzada por una manguera a gran distancia.

Otro de los hombres, con un traje de buzo isotérmico y con un soldador para poder trabajar debajo del agua, se introdujo por esa escotilla en la sala de máquinas cuando el agua ya había bajado considerablemente. Ahora lo importante era poder cerrar la vía de agua o por lo menos reducirla considerablemente. Sin pérdida de tiempo, comenzó su trabajo. Mientras, otro buzo hacía exactamente lo mismo pero desde el exterior. El daño había sido considerable, pero podían arreglarlo suficientemente para que quedara asegurado. Mientras los hombres trabajaban a marchas forzadas, el submarino permaneció con los motores parados para evitar accidentes con las hélices. Esta situación no era la más segura, pero no tenían otra opción. Desde la torre, Patrick, Kenneth, Reith y Böse barrían el horizonte con sus prismáticos para evitar cualquier sorpresa. El viento helado era muy fuerte en aquel momento y hacía muy incómoda la estancia en la torreta. Patrick miró a los hombres de Stan que estaban sobre la cubierta y pudo imaginar la dureza de aquel trabajo en esas circunstancias. Tenía una tripulación extraordinaria.

Patrick y Kenneth bajaron de la torre y se dirigieron a la sala de radio.

—Debemos hablar con Creuzen de lo que ha pasado.

Kenneth asintió. Entraron y vieron como John «bullet» buscaba con el dial cualquier posible comunicación con los componentes de la Operación Highjump.

—Quiero hablar con el almirante Creuzen, John, en el Mount Olympus del Grupo Central —John «bullet» movió la cabeza negativamente.

—Por ahora es complicado, capitán. El mal tiempo me está dando problemas de comunicación, pero seguiré probando. Le avisaré inmediatamente apenas lo consiga. Tengo a Eric ayudando a los mecánicos.

—Muy bien, John —sonrió Patrick—. Espero tus noticias.

Llegaron a la sala de máquinas donde Stan y sus hombres se batían como diablos contra los problemas de poner toda su zona en marcha de nuevo. La actividad era febril y el ruido ensordecedor.

—Los buzos ya casi han terminado —Stan giró hacia Patrick, casi gritando a sus oídos— y ahora hemos de entrar nosotros para poner toda la maquinaria a punto. Todavía tenemos para un buen rato, capitán —añadió Stan, adivinando la próxima pregunta de Patrick y poniendo cara de circunstancias.

—OK, manténme informado —tenía claro que no podía apremiar más a sus mecánicos.

Ahora tocaba esperar, aunque no le gustase en aquellos momentos. Subieron de nuevo a la torre, donde Reith y Böse observaban el horizonte.

—Ninguna novedad, capitán —comentó Reith—. De todas maneras, tampoco es el mejor tiempo. Está todo nublado y cada vez más espeso. Pronto no veremos nada.

Patrick asintió las palabras de Reith.

—Al menos trabajaremos más tranquilos —señaló un mapa que llevaba Kenneth—. ¿A qué distancia estamos de la entrada a la Base 211, Kenneth?

Éste miró algunos detalles.

—A unas 6 millas, Patrick.

—Es una buena distancia. No creo que por el momento puedan salir de allí fácilmente.

Los trabajos siguieron a buen ritmo hasta bien entrada la madrugada, que de hecho no se percibía pues no había noche en el sentido estricto de la palabra. La sala de motores ya estaba libre de agua y la fisura reparada en su totalidad. El frío y la humedad en toda esa parte del submarino eran muy elevados. Los buzos que repararon la fisura externamente tuvieron que hacer varios turnos porque era muy difícil, a pesar de los trajes, aguantar mucho rato bajo el agua. Los enormes motores diesel tuvieron que ser cebados y ajustados de nuevo tras eliminar toda el agua que casi los había cubierto.

En aquel momento, John «bullet» avisó a Patrick de la conexión con el portaaviones USS Philippine Sea, donde iba el almirante Richard E. Byrd. El sonido no era muy bueno.

—Aquí equipo especial de ataque en la Antártida, Philippine Sea. Soy el capitán Patrick Malone y necesito hablar con el almirante Richard Byrd.

—No se retire, capitán —crepitó la voz al otro lado del micrófono.

La potente voz de Byrd entró de lleno.

—Capitán Malone, ¿cual es su situación?

Patrick trató de hacer una síntesis.

—Estamos tratando de conectar con el almirante Creuzen en el Mount Olympus, pero no hemos podido por ahora. La situación es que el puerto de la Base 211 ha sido destruido. No hemos conseguido tomar la base y hemos perdido al comando entre muertos y prisioneros. Tampoco tenemos noticias del capitán Ralph Blankfort de los Navy Seals. Hemos logrado salir y estamos a unas 6 millas de la entrada a la base subterránea. Hemos sufrido algunos daños pero ya estamos reparándolos.

Tras un silencio del almirante Byrd.

—Eso no pinta bien capitán Malone —varias voces se escuchaban junto al almirante—. ¿Y el enemigo de qué fuerza dispone, capitán Malone?

También Patrick trató de ordenar sus ideas ante la pregunta.

—No soy capaz de explicar de qué se trata, almirante, pero hemos tenido oportunidad de ver unas naves discoidales que nada tienen que ver con lo que conocemos. Su sistema de propulsión es un misterio, pero no tengo ninguna duda de que son superiores a nuestros aviones. Pueden viajar a altas velocidades, pueden detenerse en el aire como un helicóptero, son silenciosas y no llevan armas convencionales. En cuanto a las tropas de tierra con las que nos hemos enfrentado, son soldados alemanes de las SS y disponen de alta tecnología y carros de asalto de modelos que desconocíamos. En este momento nos superan, almirante. Lamento reconocerlo.

La voz de Byrd denotaba la preocupación.

—Tampoco yo tengo buenas noticias de los tres grupos que ya están allí, capitán, y que tratan de montar la base Little America IV para cuando llegue el portaaviones. Están siendo atacados por tierra y por aire. Nos enfrentamos a algo que parece ser superior a nuestras armas convencionales.

Ante un breve silencio del almirante Byrd, Patrick intervino de forma clara:

—¿Cuáles son sus órdenes, almirante?

La voz de Byrd volvió a sonar con fuerza.

—Ustedes están en un sector que el operativo no atacará por ahora y su misión en la Base 211 ya ha terminado. Deberán dirigirse a nuestra latitud hasta reunirse con el USS Philippine Sea en la Isla de Scott, frente al Mar de Roos.

Kenneth desplegó el mapa rápidamente al oír el destino indicado. Era un viaje larguísimo y que representaba dar la vuelta a medio continente antártico.

—Nos tomará algún tiempo, almirante Byrd, pero hacia allí iremos a la máxima velocidad.

—Lo sé, pero manténgame informado de su ruta hasta allí, capitán Malone. Ahora debo dejarle ¡Buena suerte!

La conexión se cortó.

Kenneth y Reith ya estaban trabajando sobre el mapa y la ruta más conveniente para llegar allí lo antes posible.

—Mira Patrick —indicó Kenneth inclinándose sobre el mapa con Reith a su lado—, hemos analizado el destino que nos piden y la mejor ruta que hemos calculado es que regresemos por donde hemos venido, es decir hacia el norte —sus palabras quedaban rubricadas sobre la carta—. Es el camino más corto, pero hemos de volver a cruzar el Mar de Weddell, hacia el Cabo de Hornos, luego virar la Península de Trinidad, aquí. Borear la península cerca de la Isla Decepción y la base inglesa que destruimos. Esta vez iremos por mar abierto hasta la Isla de Pedro I en el Mar de Bellinghausen, donde se halla el Grupo Este. Seguiremos a buena distancia de la costa, pasaremos frente al Mar de Amundsen y de nuevo nos alejaremos más de la costa en línea recta hasta la Isla de Scott en la latitud 70°. Aquí.

Mientras Kenneth mostraba la ruta, la voz de Stan White sonó en el interfono:

—Capitán, vamos a poner los motores en marcha.

Tras varios intentos, a las 5.17 am, los motores volvieron a rugir como si nada hubiese pasado. Los tubos de escape lanzaron un humo de un profundo color negro, mezclado con restos de agua y aceite. Con el calor que ya comenzaban a despedir, pronto la humedad desaparecería de toda la sala de motores. También eran necesarios los motores diesel para cargar las baterías que habían quedado muy agotadas. Parecía que todo volvía a la normalidad.

—Bien, señores, ¡en marcha! —Patrick pudo por fin dar la orden que más ansiaba en aquel momento.

Toda la tripulación estaba en sus puestos y el doctor ya había restablecido el orden entre sus enfermos y dormía plácidamente, mientras Allan Perkins hacía guardia, pues uno de ellos estaba muy grave y se temía lo peor.

También Eric Jones dormía tras ayudar al médico y a los mecánicos. Todos debían de estar disponibles en cualquier lugar del submarino.

Capítulo 20

PRISIONEROS DEL IMPERIO ANTÁRTICO

Los motores llevaban sin dificultad la enorme nave submarina en su nuevo periplo por el mar antártico, pero esta vez en claro zafarrancho de combate ya que podían ser atacados en cualquier momento. Patrick tenía claro que navegarían en inmersión en cuanto fuese posible, pero aún requería más tiempo de carga todo el conjunto de baterías eléctricas. Fueron dejando atrás los icebergs y la dificultad que entrañaba navegar entre ellos. A medida que se adentraban en mar abierto y dejaban la Isla Berkner detrás, el tiempo iba mejorando también. Pronto el cielo azul apareció en todo su esplendor y aunque la temperatura era fría, apetecía estar en la torre.

Sin embargo todos temían que aquel buen tiempo permitiese el vuelo de naves enemigas y por ello John «bullet» y Eric Jones permanecían atentos a cualquier detalle que apareciese en la pantalla. Mientras viraban la Península de Trinidad y dejaban atrás el Mar de Weddell, el sistema eléctrico estaba a su máxima carga, por lo que Patrick dio la orden de inmersión con snorkel en superficie y así aprovechar la potencia de los motores diesel. Reith reportó que el armamento de ataque y defensa con que contaba el U-2193 en aquel momento era de un torpedo LUT de guía automática, dos minas marinas y munición en las dos torres por un total de unos 170 proyectiles, lo que no dejaba mucho lugar para los ataques y deberían economizar los disparos. La cantidad de gas-oil de los tanques del submarino permitía ir hasta la Isla de Scott y a partir de ese momento quedaría un 25% de combustible, según los cálculos de Reith. Quedaba claro que una vez se reuniesen con el USS Philippine Sea, deberían recargar los tanques de combustible. Pero hasta allí no tendrían que preocuparse. Reith también había calculado que en el peor de los casos, ese 25% de combustible les permitiría llegar holgadamente a las costas chilenas del sur, en la Patagonia. Entraron en contacto con el USS Philippine Sea, que ya había llegado a la Isla de Scott. El almirante Byrd no indicó ningún problema, quizás con la intención de no alarmarles y ordenó nuevos contactos radiofónicos a medida que fuesen acercándose. Por su parte, él iba a iniciar una exploración aérea con los aviones pesados R4D, que necesitaban la ayuda de cohetes bajo las alas JATO (jet-assisted take-off bottles), para poder despegar del portaaviones con el impulso suficiente. Era un despegue muy arriesgado, que sólo se había intentado antes desde el portaaviones Hornet, durante la segunda Guerra Mundial al mando de Doolittle, en una operación de bombardeo simbólico sobre Japón, tras Pearl Harbour. Además, para complicar más las cosas, Byrd deseaba aterrizar en la base Little America IV que todavía no estaba en construcción.

El submarino respondía correctamente en inmersión y la reparación aguantaba también bien. Patrick se preguntaba si en una inmersión muy profunda, la fisura reparada aguantaría la presión. Prefería suponer que sí. Recordaba que en una ocasión su submarino, el USS Monitor, también fue reparado de forma similar y aguantó. También era verdad que el USS Monitor no podía bajar tan profundamente como el U-2193, y las presiones cambiaban mucho. Pasaron cerca de la Isla Decepción donde la base inglesa había sido atacada y destruida. Patrick no quiso mirar. No le gustaba recordar aquel incidente y opinaba que siempre lo llevaría en su conciencia, al igual que el barco HMS Brighton, hundido cerca de Gibraltar. Ahora todo aquello le parecía distante en el tiempo y habían pasado dos meses únicamente. En ese momento el doctor Philip L. Hill le informó de la muerte del comando que estaba muy grave. Tras embalsamar el cadáver y en una discreta ceremonia en superficie, el cuerpo fue arrojado al mar antártico

donde reposaría para siempre. Las pertenencias personales serían enviadas a su familia cuando fuese posible.

Ya estaban llegando al Mar de Bellinghausen y la Isla de Pedro I, zona de actuación del Grupo Este y que contaba con el Portahidroaviones USS Pine Island, el destructor USS Brownson y el petrolero y buque de aprovisionamiento USS Canisteo.

Desde luego y a través de periscopio no se veía nada que fuesen buenas noticias, ya que se observaban densas columnas de humo cerca de la costa y que parecían presagiar que quizás alguno de los barcos del Grupo Este había sido alcanzado. Kenneth dijo que podía tratarse del destructor USS Brownson haciendo una pantalla de humo para proteger al convoy en su aproximación a la costa. En el fondo, no estaban tranquilos y la imagen no permitía entrar en más detalles. Patrick no lo dijo y aceptó la explicación de Kenneth, pero había logrado ver varios discos volantes sobre la zona del humo, pero prefirió no decir nada a sus hombres para no crear un ambiente de temor. Les necesitaba a todos al máximo. Tenía que seguir su marcha sin más complicaciones, no podían ayudar al Grupo Este.

Tras dos semanas de navegación, el Mar de Ross apareció ante ellos. Ahora su derrota les alejó de la costa en más de 500 millas, en dirección a la Isla de Scott. La conexión por radio con el USS Philippine Sea seguía sin problemas, pero se detectaba en los comentarios y el tono que las cosas no iban bien. El Grupo Este había perdido el petrolero USS Canisteo, con lo que el aprovisionamiento para el grupo se complicaba enormemente. También el destructor USS Brownson había sido alcanzado y se mantenía a flote casi de milagro, pero con serios daños. El Grupo Central había comenzado la instalación de la base Little America IV con muchas dificultades tanto climatológicas, como militares.

—Capitán Malone, ¿a qué distancia se encuentra usted de la Isla de Scott? —preguntó el almirante Byrd tras una pausa.

—Estamos ya a unas 130 millas, almirante —respondió Patrick rápidamente, leyendo el dato que le había suministrado Reith—. Estaremos allí en la madrugada de mañana, señor.

—De acuerdo. Me imagino que querrá repostar y recargar de provisiones su submarino.

—Así es, almirante. También tengo varios heridos que necesitan asistencia médica en una instalación más adecuada y amplia.

—Conforme. Les esperamos.

En la madrugada del día siguiente y ya en superficie, tuvieron el primer contacto visual con el moderno portaaviones. El día era grisáceo, pero el mar estaba en calma con un viento frío pero suave y una visibilidad bastante aceptable. Desde la torre emitieron un mensaje en código morse con uno de los potentes focos, avisando de su presencia allí. La distancia era de unas 4 millas y se iba acortando rápidamente. El portaaviones estaba alejado de la costa de la Isla de Scott, ya que no podía fondear más cerca. Patrick, en su camarote, estaba contento de que su misión ya hubiese terminado y ahora ya se encontraba bajo la protección de la potente nave de guerra. Habría que planificar el regreso a los Estados Unidos, pero antes y desde el portaaviones trataría de ponerse en contacto con el vice-almirante Clark. No habían vuelto a tener contacto desde que estaba en aguas antárticas. Ahora vendría un periodo muy pesado de redacción de informes y responder a miles de preguntas sobre lo que había pasado en todo momento. Pero estarían en casa y Betty volvería a estar con él.

Se levantó para dejar un documento en una de las estanterías. No pudo. Una fuerte sacudida le hizo perder el equilibrio y casi cayó al suelo. Pensó que habían chocado contra algo. Salió rápidamente de su estancia.

—¿Qué sucede?! —los hombres que estaban en el puente también habían sufrido la sacudida desconocida. Le miraron con cara de sorpresa. Tampoco sabían nada. En aquel momento, Kenneth se asomó por la escotilla que daba a la torre.

—¡Patrick, sube inmediatamente! ¡Estamos perdidos!

Llegar hasta la torre fue muy difícil, porque las sacudidas seguían. De repente cesaron y una calma absoluta llenó todo. Patrick llegó en ese momento al exterior de la torre, donde los demás tenían los rostros fuera de sí por el horror.

—¿Qué pasa, Kenneth?

Antes de que le respondiese, lo primero que llamó la atención de Patrick, fue que el portaaviones USS Philippine Sea, estaba debajo de ellos.

—Eso es imposible —pensó con toda lógica.

Alzó la vista y descubrió con horror que dos discos volantes alemanes habían sacado el U-2193 del agua, y lo transportaban por el aire hacia el interior del continente antártico a una enorme velocidad. Debía ser un sistema electromagnético muy potente, porque los discos no tocaban al submarino, por lo que éste parecía volar debajo de ellos. Aquello era inconcebible e iba más allá de cualquier imaginación. No podían hacer nada. No podían imaginarse a donde los llevaban, pero no podía ser nada bueno. Ellos habían destruido el puerto de la Base 211 y por eso los habían capturado limpiamente en cuanto había sido posible y delante de las narices del almirante Byrd y el USS Philippine Sea.

El increíble vuelo siguió durante un buen rato, siendo imposible permanecer en la torre, debido al viento gélido y la velocidad que había aumentado enormemente. Patrick no podía explicarse cómo era posible aquello.

—¿Qué pasará ahora, capitán? —preguntó Reith, mirando a los demás que, lógicamente, pensaban lo mismo.

—No tengo ni idea, Reith. Pero puedo imaginarme que nos llevan a una de sus bases aéreas, donde seguramente nos reuniremos con el resto de prisioneros. Estoy convencido de que Blankfort no consiguió su objetivo, tras asaltar el primer disco. También creo que nos someterán a interrogatorios.

Tras estas palabras, todos siguieron en silencio pensando que lo que había dicho Patrick tenía sentido. Sólo cabía esperar.

—Creo que la velocidad está disminuyendo —dijo Kenneth mirando hacia arriba.

—Sí, es verdad. Vamos a la torre —concluyó Patrick. Volvieron a abrigarse para el inclemente tiempo y salieron al exterior. Efectivamente, la velocidad era mucho menor, aunque la vista frente a ellos no indicaba ninguna pista de aterrizaje, sino una planicie inmensa de hielo. ¿A dónde se dirigían? De repente, una entrada de forma rectangular fue abriéndose hacia el norte y mostrando la entrada a una base subterránea.

—¡No puede ser que quieran entrar con el submarino! —exclamó incrédulo Patrick.

—Sí lo van a hacer, capitán —dijo con absoluta seguridad Böse.

Efectivamente, el vuelo de los discos y su presa no indicaba otra cosa. Fueron encarando la entrada, cuya inmensa cubierta estaba casi en vertical mostrando unos brazos hidráulicos titánicos, y entraron tras una maniobra digna de aparecer en los anales de la aviación. El submarino fue posado suavemente sobre unos soportes en el suelo de un inmenso hangar subterráneo de dimensiones colosales. Los dos discos aterrizaron también con suavidad y con absoluto silencio. No emitían ningún tipo de humo de escape. La

cubierta se cerró tras haber entrado todo el grupo.

Los minutos pasaban lentamente en el interior del submarino.

—¿Qué hacemos, capitán? —inquirió John «bullet», que desde que el submarino inició el vuelo había perdido toda capacidad de comunicación con el exterior.

—No tenemos más remedio que salir de aquí y rendirnos. Vamos a ver qué sucede después. ¿Estáis preparados?

Con cierta amargura asintieron a las palabras de Patrick. Los dos alemanes, Reith y Böse, estaban muy tensos ante la situación. El doctor Philip L Hill apareció en aquel instante.

—De momento, los enfermos tendrán que seguir aquí, capitán. No podemos moverlos fácilmente.

Patrick accedió.

—Es cierto. Creo que usted, doctor, debería quedarse por el momento a bordo. Ya explicaremos la situación ahí fuera. Hasta luego.

La comitiva se puso en marcha y por la puerta lateral de la torreta salieron al exterior. La visión que tenían delante de ellos los sobrecogió. Estaban en una base aérea subterránea de dimensiones más allá de la razón, donde unos 20 discos volantes de diferentes formas y tamaños aparecían en perfecto orden y cientos de personas de diferentes especialidades les observaban desde fuera. Se podían distinguir fácilmente soldados, mecánicos, ingenieros, etc., con diferentes uniformes y monos de trabajo de colores llamativos. Se veían instalaciones de todo tipo e incluso un edificio de control, con un amplio ventanal de observación. Lo que parecían ser dos oficiales, les indicaron que bajasen a través de una escalerilla que habían colocado en un lateral del casco. Ver el submarino en aquellas condiciones era increíble. Patrick, mientras bajaba, se fijó que el casco necesitaba un repaso. Parecía mentira en qué pequeños detalles podía fijarse un hombre incluso en situaciones que le superaban ampliamente.

Todo el grupo llegó al suelo, con sus uniformes americanos y se pusieron en dos filas en posición de firmes, con Patrick delante de ellos. Los dos oficiales se acercaron hasta él.

—Capitán Patrick Malone, ¿verdad? —preguntó uno de ellos, con claro acento alemán. Era un elegante y frío oficial con el uniforme SS antártico.

Patrick asintió.

—Soy el capitán de submarinos Patrick Malone, de los Estados Unidos de Norteamérica y esta es mi tripulación. ¿Podría usted identificarse, oficial?

El alemán sonrió.

—No se preocupe por eso ahora, capitán. Resulta curioso ver una tripulación americana en un submarino alemán. ¿Cómo es posible? —preguntó con cierta sorna—. Según su Convención de Ginebra, que se supone ustedes cumplen escrupulosamente, este tipo de acciones están absolutamente prohibidas y los que las utilizan pueden ser fusilados sin contemplaciones.

Patrick aguantó la mirada del frío oficial alemán.

—También ustedes han perdido la guerra, Alemania se rindió incondicionalmente y por lo tanto ustedes son rebeldes ¿Qué es toda esta instalación? ¿Qué pretenden hacer con todas estas armas? El submarino en el que hemos navegado estaba siendo probado por la Marina de los Estados Unidos para ver el alcance de las innovaciones que incorpora. Era un submarino de una potencia inexistente.

El alemán sonrió.

—Y por eso ustedes han hundido barcos ingleses en Gibraltar y en Sudáfrica, y también han atacado la base de Isla Decepción. Supongo que sus amigos ingleses saben toda la historia ¿verdad? También han

atacado la Base 211. Curiosa forma de probar una nave del enemigo...

Patrick no demostró ninguna emoción al saber todo eso, que indicaba un profundo conocimiento de todo el viaje por parte de los alemanes. El oficial extrajo unas fotos que llevaba en una pequeña carpeta de piel. Hablando en alemán se dirigió a Reith y a Böse.

—¡Vaya a quienes tenemos aquí! U-Boot Offizier Wolfgang Reith y el U-Boot Offizier Georg Böse, de la tripulación original del U-2193.

Patrick se interpuso entre el alemán y sus dos compañeros.

—Estos hombres son ciudadanos y militares de los Estados Unidos y por lo tanto bajo la jurisdicción de ese país. No puede hacerles nada.

Reith y Böse permanecían en silencio pues su situación podía ser considerada como mínimo delicada en esos momentos. El oficial alemán sonrió.

—¿Ah, no? —sacó su pistola y disparó a los dos alemanes que cayeron muertos al instante.

—¿Y qué piensa hacer ahora, capitán Malone?

Los dos cadáveres quedaron sobre el cemento de la base aérea alemana de forma terrible y en medio de un gran charco de sangre que iba aumentando.

—Sólo eran dos traidores que han vendido a su patria y no merecían otra cosa.

Un gran silencio siguió a esta tremenda escena. Patrick no pudo contenerse y se abalanzó sobre el alemán, que le esquivó y le golpeó con su arma en la cabeza. Patrick cayó desvanecido, junto a los dos cadáveres.

No sabía cuanto tiempo había pasado, pero se levantó con un terrible dolor de cabeza. Se pasó la mano junto a su oreja izquierda y notó el golpe que había recibido del oficial alemán. Fue mirando lo que había a su alrededor. Estaba en una pequeña habitación, totalmente espartana, en la que había un catre, una mesa y una silla. Un pequeño lavabo se podía ver a la izquierda. Se levantó y se enjuagó la cara. No había espejo, por lo que no podía adivinar que aspecto tenía. Pensó en sus hombres y en la desgraciada e injusta muerte de los dos alemanes. Aquello había sido terrible. Se oía el ruido de un sistema de ventilación que suministraba aire a la pequeña estancia. La puerta no tenía paño de apertura, por lo que adivinó que debía de ser corredera y activada desde fuera. Pensó en ese momento en el doctor Philip L. Hill y sus enfermos a bordo ¿qué les habría pasado?

Pasó un rato y nada sucedió. Comenzaba a estar inquieto. Como mínimo quería saber si sus hombres estaban bien, pero no había nadie por allí, ni se oía ningún ruido especial. Le habían quitado su reloj y su arma. Sólo podía esperar. De repente, con un sonido suave, la puerta se deslizó y apareció frente a él, el oficial alemán que ya conocía, tristemente. Iba con dos soldados fuertemente armados.

—Capitán Malone, acompáñeme.

No podía hacer otra cosa que obedecerle en aquellas circunstancias. Salieron a un amplio pasillo, con puerta a ambos lados y consignas por las paredes, escritas con letras góticas. El color interno de la instalación por donde caminaban era como amarillento-ocre, que daba una cierta sensación de calor en aquel continente helado. La temperatura era muy buena. Pasaron frente a un retrato del Führer y el de un general SS, que Patrick no supo identificar en aquel momento. El grupo seguía a buen paso, pasando frente a varias instalaciones científicas y técnicas, donde pudo ver a equipos de gente trabajando en máquinas y artilugios más allá de su comprensión. No recibió ninguna explicación de todo aquello que pasaba frente a sus ojos. Tampoco la podía esperar de alguien frío e implacable como aquel oficial de

las SS. Se iban cruzando con personal de todo tipo que caminaba tranquilamente sin hacer caso de aquel prisionero.

De repente recordó que el general SS de la fotografía era el Dr. Hans Kammler, responsable de todo aquello, según decían los informes secretos militares. Desde luego tenía algo que ver, pensó. Se detuvieron frente a la puerta de un ascensor. El ascensor, del tipo montacargas industrial, cargó a todo el grupo y se puso en marcha en sentido descendente. A través del enrejado de protección, Patrick pudo ver que la instalación seguía muchos metros por debajo de la base aérea. Volvía a verse personal militar y científico trabajando sobre lo que parecían aviones de forma geométrica y de color oscuro. No podía entender esos diseños. Más al fondo de la enorme instalación, pudo vislumbrar un cañón del Dr. Zippermeyer con su característica forma de L. Parecía que lo estaban probando ya que a intervalos regulares lanzaba una llamarada inmensa hacia arriba, por lo que dedujo que debía de haber una abertura a cielo abierto. El montacargas siguió bajando muchos metros más, hasta que la pared de piedra dura hizo desaparecer las sorprendentes instalaciones. La pared no parecía tener fin y, tras más de diez minutos interminables, de repente apareció frente al montacargas lo que parecía ser una «ciudad», muy ordenada, con sus casas, sus calles, vehículos muy pequeños que no hacían ruido y gente que paseaba tranquilamente. ¡Incluso había niños jugando! También igual que en la Base 211, estaba perfectamente iluminada. No podía creer lo que estaba viendo. Aquello debía de estar a medio kilómetro de profundidad, según calculó. Era increíble pues también era una cavidad inmensa. El montacargas se detuvo con un ruido seco y la puerta enrejada se abrió a ambos lados. El grupo salió y se dirigió a lo que parecía el edificio principal de aquella «ciudad». Unos guardias en la puerta les permitió el paso. De nuevo, las fotos del Führer y del general Kammler estaban en lugar destacado. El emblema antártico con el mapamundi al revés coronaba la estancia a donde fue llevado Patrick. Le hicieron sentar en una mesa, como esperando a alguien. El silencio con sus guardianes era total.

Una puerta se abrió y apareció el general Dr. Hans Kammler. Tenía buen aspecto, aunque su cara afilada, huesuda y sus ojos de mirada aguileña daban a entender que Patrick se hallaba frente a alguien fuera de lo común. Su uniforme impecable apareció bajo el abrigo de cuero que se quitó tras entrar.

—Buenos días, capitán Malone. Soy el general Hans Kammler de las SS y responsable del imperio antártico que acaba de conocer.

Su inglés era muy bueno. Se sentó tras la mesa. Patrick hizo un tímido movimiento de cabeza a modo de saludo. Kammler continuó:

—Se preguntará qué hace usted aquí. Nosotros nos preguntamos lo mismo ¿qué hace usted en la Antártida?

Kammler calló esperando la respuesta de aquel capitán de submarino americano.

—General Kammler, usted sabe por qué estoy aquí y toda la fuerza operativa de mi país que está en la superficie. Estábamos al corriente de su presencia militar en este continente y ese es un riesgo que el mundo libre no puede soportar.

—¡El mundo libre, dice, capitán Malone! —Kammler interrumpió—. Lo tenía por alguien más inteligente. El mundo libre, como usted lo llama, está en manos de la judería internacional y del sionismo en particular. En su país o cualquier otro, observe quién tiene la propiedad de los grandes medios de comunicación que crean opinión, de la gran banca, de la finanza, Hollywood, el teatro, de las piedras preciosas, del petróleo, etc. Hasta el arte y la ciencia siguen criterios determinados. Está todo en manos de los judíos y de su mano armada, la masonería. Su país, los Estados Unidos dan la carne de cañón para

los intereses judíos ¿o no se da cuenta? Usted mismo en su misión ha llevado a dos grupos de comandos judíos. ¿No le llamaron la atención los nombres que tenían: Jericó y Levítico? Fue una concesión, un «divertimento», una «boutade». Todos los comandos usaban nombres falsos, occidentalizados, «gentiles». Estaba usted entrenando a la futura fuerza militar y secreta del futuro estado de Israel, auténticos terroristas, que según los informes que tengo, no tardará en tener su propio estado en Oriente Medio. Esa será la base de muchos problemas en el futuro, no tenga dudas, capitán.

Patrick recordó los nombres de los dos grupos, pero no lo había visto bajo esa óptica. Sí que recordaba el profundo odio de Blankfort. ¿Sería ese su nombre? Por Reith y Böse.

—Los dos comandos han caído y los prisioneros han sido eliminados tras un exhaustivo interrogatorio. No queda nadie, ni tan siquiera los comandos heridos a bordo del submarino. Nosotros y el imperio antártico que estamos desarrollando aquí y en los Andes chilenos y argentinos, somos la última barrera ante la esclavitud que representa el sionismo y que nuestro Führer caído en Berlín supo ver con clarividencia única y prepararnos para la gran prueba final. Ahora no fallaremos.

—¿Pero que está usted diciendo general? —Patrick estaba fuera de sí—. Es imposible que usted crea esa superchería.

Kammler sonrió.

—El llamado Ralph Blankfort jamás fue comando americano, ni intervino en el Pacífico como usted ha creído hasta ahora. Le presentaron una hoja de servicios falsa, capitán. Él le hizo el juego.

Patrick intervino.

—No sé cómo sabe todo eso, pero el superior que me la hizo llegar es de mi máxima confianza.

—¿El vice-almirante Clark, se refiere? —Kammler sonrió de nuevo.

Patrick afirmó con la cabeza.

—Debe saber, que aparte de haber sido su suegro —Patrick puso cara de sorpresa al saber que Kammler sabía un detalle así—, se llama Moshe Yisah, es hijo de un rabino de Nueva York y está ayudando al futuro estado de Israel con todas sus fuerzas. Siempre adaptan sus nombres al país en el que residen. Usted ha sido utilizado para sus fines y la idea del comando era capturar el máximo posible de material técnico alemán. Como sabrá, el llamado Blankfort capturó uno de nuestros discos, con la pretensión de entrar en nuestra base y tomar como botín para el futuro Israel todo aquello de interés científico que hubiese en la base. Así estaba acordado con el resto de la fuerza americana y bajo el máximo secreto evidentemente. Lamentablemente, falló en su misión y murió. Capitán Malone, ésta es una lucha despiadada. No podemos tener compasión de los traidores, ni de un enemigo como el sionismo —Kammler miró fijamente a Patrick, como analizando su rostro.

Patrick estaba destrozado. No podía entender nada. Su cabeza era un lío descomunal. Si era verdad, aquello le superaba. No podía creer que el vice-almirante Clark le hubiese utilizado a él y a sus hombres de esa manera. ¿Realmente se llamaba Moshe Yisah? Lo conocía desde hacía años, también a su hija que había sido su esposa. Nunca le hablaron los dos de que fuesen judíos ¿Por qué no se lo había dicho, por lo menos, durante los preparativos de la misión? A él no le hubiese importado y quizás hubiese entendido muchas cosas, que no había logrado entender hasta ese momento. ¿El almirante Byrd sabía todo esto? Aunque parte de lo que decía Kammler parecía estar bien sustentado por los hechos, él no podía creer algo así.

—¿Dónde están mis hombres, general Kammler? Necesito saber que están bien —balbuceó con una

mezcla de rabia, impotencia e incredulidad, tratando de cambiar de tema—. Compréndalo.

Kammler asintió con la cabeza e hizo una señal a uno de sus ayudantes que había estado presente. Éste se retiró y habló por teléfono con alguien en alemán. Patrick no podía entender lo que decía.

Kammler se incorporó.

—Puedo decirle, capitán Malone, que no tengo nada contra usted. Ni siquiera el hecho de que utilizase nuestro U-2193 es importante para mí. Ha utilizado un submarino de una potencia rendida oficialmente. Usted es un soldado y ha actuado bien en todo momento y dentro del código militar. Ha cumplido su misión hasta donde ha podido y seguramente más allá de sus posibilidades en muchos momentos. Sólo puede tener mi admiración por ello.

Patrick estaba sorprendido por las palabras del general Kammler y no sabía si era aquello el presagio de algo malo, que podía venir a continuación.

—Ahora le ruego que acompañe a mi ayudante. Volveremos a vernos. Hasta pronto, capitán Malone.

El ayudante abrió la puerta del despacho del general Kammler y de nuevo acompañado por los guardias armados y el oficial SS, siguieron su camino hacia otro edificio más hacia el interior de la ciudad. Vio pasar a un grupo de niños dirigidos por una profesora, que les iba mostrando las flores de un jardín. Era una escena surrealista, en una instalación militar subterránea en el Polo Sur. Los niños lo miraron con curiosidad y se escucharon algunas risitas, pero no le dieron más importancia. Tenían buen aspecto, pensó Patrick. La profesora les hizo seguir el camino, como si nada sucediese.

Estaban frente a un edificio ubicado bajo un enorme techo de roca que sobresalía muchos metros en horizontal. Era sin duda algún tipo de presidio, ya que toda la parte superior de roca viva endurecía el aspecto general. Las ventanas eran muy pequeñas, casi troneras de bunker. De nuevo la guardia del edificio les franqueó el paso sin problemas. Una vez dentro, todo cambiaba y parecía una edificación confortable y bien iluminada. Casi no parecía una cárcel.

—No es una cárcel, capitán Malone —comentó de repente el oficial SS, que parecía adivinar lo que Patrick pensaba—. Es un lugar de retiro, para encontrarse a uno mismo. A veces va bien ¿sabe?

Patrick sonrió levemente, ante el eufemismo que acaba de escuchar, pero no le dio más importancia. Le hicieron esperar en un patio interior y pronto aparecieron sus hombres que fueron saliendo por una pequeña puerta. Todos estaban bien, pero su comportamiento era extraño. Aunque lo reconocían, no actuaban igual que otras veces. Kenneth, su segundo, parecía ausente. Les faltaba alegría. Parecía que habían sufrido algún tipo de terapia psicológica. Allan Perkins, el cocinero, se puso a llorar desconsoladamente al escuchar la voz de Patrick que les iba saludando. Allan se desmayó y Patrick lo recogió rápidamente del suelo. Los demás, curiosamente, se limitaron a mirar. Mientras le pasaba un pañuelo por su frente para eliminar el sudor, observó en un lado de su cabeza tras la oreja izquierda, que llevaba implantada una pequeña cajita que no supo adivinar que era. Vio que todos los demás también llevaban el mismo implante que Allen. Sin duda se trataba de una manipulación que afectaba al comportamiento y a la psicología de sus compañeros. Patrick se pasó la mano por sus oídos, pero no lo llevaba. Aquello le horrorizó ya que era convertir a un ser humano en una figura sin vida, sin brío y totalmente dependiente.

No podía soportar aquella situación. Kammler le había dicho que eran soldados y por lo tanto habían cumplido todos con su deber. Podrían ser prisioneros, pero sin represalias de ningún tipo. Era inmoral lo que habían hecho con sus hombres. Quería hablar con él inmediatamente. Solicitó volver a ver al general, pero le fue denegado. Le hicieron regresar a la habitación en la que había despertado tras el golpe que

había recibido en la cabeza. Tras un viaje interminable y de nuevo allí solo, comenzó a pensar en la situación que había y de qué manera podría él escapar de esa base. Desechando el huir a pie, pensó que sólo había dos formas, en uno de los discos o bien en un vehículo terrestre. El disco, aunque más rápido, podía ser muy difícil de controlar adecuadamente y necesitaría un piloto. El vehículo terrestre era más sencillo, y seguramente él podría conducirlo, pero tardaría más en huir y podía ser alcanzado y neutralizado rápidamente. Pronto volvió a la realidad y se dio cuenta de que seguía en esa especie de celda y por el momento sin ninguna esperanza. La puerta se abrió y un soldado le dejó una bandeja con comida. Había un trozo de queso o algo parecido y una especie de carne muy rojiza que no supo identificar. El postre parecía un alga, pero dulce. Era todo muy extraño, pero tenía hambre y no tardó en dar buena cuenta de aquel menú tan especial. Pensó en por qué a él no le habían colocado el implante, como a sus compañeros. Desconocía la respuesta, pero quizás era una cuestión de tiempo que también se lo implantasen. Desde luego, no le apetecía esa posibilidad. No tenía reloj y no sabía si era de día o noche. Estaba cansado y se echó en la cama. No tardó en quedarse dormido.

Capítulo 21

LA CAVERNA DE LAS MARAVILLAS

Una voz femenina lo despertó. Era una enfermera. Estaba acompañada por un soldado SS.

—Capitán Malone, debe levantarse ahora, ducharse y cambiarse de ropa. Aquí tiene ropa nueva.

Venga conmigo, por favor.

Patrick estaba como atontado por esa súbita presencia junto a su cama.

—¿Qué hora es?

La enfermera sonrió.

—No se preocupe por la hora, capitán. Haga lo que le digo. Se sentirá mejor.

Patrick no tenía otra opción que obedecer. Se sentó en el borde de la cama ¿Por qué le levantaban de esa manera? ¿Le iban a implantar la cajita que llevaban sus compañeros? Intentaría aprovechar la situación para fijarse en una posible vía de escape. La enfermera le indicó que la acompañase. Patrick se fijó en el emblema que llevaba la enfermera en el cuello y que era el símbolo del imperio antártico. Salieron de la estancia y se dirigieron no lejos de allí a unos baños, donde bajo la vigilancia del soldado, Patrick se duchó. Tras la ducha, se puso la ropa que le habían entregado y que era una especie de mono de trabajo de color amarillo y con el omnipresente símbolo antártico sobre el pecho a la derecha. Dos bolsillos a cada lado de la cintura remataban el conjunto, que se cerraba con una cremallera. Era comfortable.

Una vez hubo terminado el aseo, la enfermera le acompañó a una cantina donde pudo desayunar en compañía de otras personas que parecían trabajar allí y que no eran prisioneros, según dedujo. Vió en un reloj de esfera de 24 horas, que eran las 7.30 de la mañana. El desayuno era un tazón de leche, aunque no pudo determinar si era de vaca, y unos bollos con mantequilla o algo parecido. Todos comían lo mismo en aquel lugar. La verdad es que sentía hambre y por ello no le preocupó el posible origen de los alimentos. En aquel momento aparecieron dos soldados y otro oficial SS.

—Debe acompañarnos, capitán Malone.

Patrick se levantó y fue conducido hasta una sala, donde un espejo presidía la estancia. Le hicieron sentar frente a una mesa. Patrick tuvo claro que le iban a interrogar. Imaginó a sus hombres en el mismo trance antes de sufrir el implante. El espejo seguramente era falso y por ello pensó que le filmarían y grabarían durante el interrogatorio. La estancia también era espartana.

Se abrió la puerta y apareció el general Kammler acompañado de dos oficiales SS, que portaban sendas carpetas. Se sentaron frente a él tras ponerse cómodos.

—Buenos días, capitán Malone ¿Ha dormido bien?

—Perfectamente, general —contestó Patrick—. De todas maneras, ayer intenté hablar con usted tras ver a mis hombres y no se me permitió. ¿Qué le han hecho a mi tripulación? Han sufrido algún tipo de manipulación mental-psicológica que les impide ser quienes son. Eso está prohibido por la Convención de Ginebra.

El general Kammler abrió una carpeta.

—No es ni más ni menos que una medida de seguridad, que impide que el prisionero piense y actúe de forma contraria a nuestros intereses. Están mejor así, no corren riesgos innecesarios y nosotros estamos más tranquilos. Para su tranquilidad, he de decirle que pueden ser «normalizados» de nuevo. No

se preocupe. Ahora, si me permite, quiero presentarle a nuestro oficial médico, el doctor Hans Gnädig y el Flugleutnant de la Luftflotte 1 Horst Pahl. He querido que me acompañasen en esta conversación que tendré con usted.

—¿Es una conversación o un interrogatorio, general? —dijo Patrick con cierta sorna.

Kammler sonrió.

—He de decirle, capitán Malone, que me cae usted bien. Le respeto. De verdad se lo digo. Pero también es verdad que usted nos ha causado algunos problemas y pertenece y lucha para una potencia enemiga. Por ello, entenderá que hemos de saber algunas cosas relacionadas con su misión. Pero no pretendo utilizar con usted sistemas que le obliguen a hablar, ni medicamentos especiales. Creo que es mejor para todos una conversación relajada, fluida y completa. Como caballeros.

Patrick permanecía serio ante las palabras de Kammler.

—No estoy obligado a ir más allá de mi nombre, graduación y cuerpo al que pertenezco. Eso lo sabe usted, general —respondió secamente.

—Técnicamente y según su Convención de Ginebra, así es. Pero sé que no está usted en situación de exigir nada y sí de colaborar con nosotros en una información que ya no tiene más valor militar.

—¿Cómo dice, general? —interrumpió Patrick al oír esta última afirmación.

—Usted sabe que en la superficie hay tres grupos de combate que están atacando sus posiciones. La información que tengo, podría alterar algo ese plan de ataque y ser considerada alta traición —Kammler le acercó a Patrick una de las carpetas donde aparecían fotos—. Creo que está usted equivocado. Todo ha terminado para los agresores. Somos nosotros los que llevamos la iniciativa y podrá ver en esas fotos, los daños que ya hemos causado a sus fuerzas.

Las fotos mostraban varios barcos alcanzados, con columnas de humo debidas a los impactos recibidos, aviones derribados y vehículos blindados destruidos. Patrick reconoció algunos de los barcos. Aquello era un golpe muy duro para el orgullo americano.

—Quiero mostrarle algo, capitán, que aclarará sus ideas —dijo Kammler.

La luz de la sala fue bajando de intensidad y el espejo se convirtió en una pantalla de cine, que empezó a mostrar imágenes. La película en un color extraordinario estaba rodada desde uno de los discos y mostraba cómo atacaba, junto a otras naves, al Grupo Este. El USS Canisteo explotó en medio de una gran bola de fuego. Patrick recordaba haber visto a través del periscopio parte de ese ataque. Otras imágenes mostraban como derribaban varios aviones y vuelos rasantes sobre lo que debía ser la base Little America IV. Las tropas de tierra y sus vehículos blindados también sufrían el feroz ataque de los discos voladores.

Era descorazonador ver todo aquello. Las imágenes se detuvieron y la luz volvió a subir en intensidad.

—Puedo decirle, capitán, que hemos capturado al almirante Byrd durante uno de los vuelos que efectuaba de reconocimiento.

La cara de Patrick no dejaba lugar a dudas sobre la sorpresa que le causaba aquella noticia.

—Dos de nuestros discos atraparon su avión de hélice en pleno vuelo y, al igual que el U-2193, fue transportado a otra de nuestras bases aéreas. Ya ha sido puesto en libertad con el resto de su tripulación y le hemos dado un mensaje claro sobre nuestro imperio antártico y nuestros planes.

Patrick estaba abrumado por el aluvión de novedades que estaba recibiendo.

—Vea esto, capitán Malone —de nuevo las luces atenuaron su intensidad y el espejo volvió a emitir

imágenes. Nuevamente habían sido tomadas desde un disco en vuelo y se veía claramente un DC3 en su versión militarizada R4D, volando sobre la inmensidad antártica. El disco pasaba sobre el avión y podía verse otro disco algo más abajo. El avión llegaba a detener sus motores en vuelo, pero seguía flotando y manejado a distancia por las increíbles naves alemanas. Era el avión del almirante Byrd.

Las imágenes mostraban como el avión del almirante era conducido hasta una base subterránea y el avión era depositado allí. Los dos discos aterrizaron junto a él. Poco después la tripulación salió del DC3 y se oyeron los comentarios asombrados de la situación que estaban viviendo. El almirante Byrd fue separado de los demás y conducido a un ascensor similar al que Patrick había subido, y fue llevado a otras dependencias. Allí podía verse como era recibido por varios militares, entre ellos el general Kammler. Era curioso observar como Byrd no estaba asustado ni asombrado por aquella situación extraordinaria, ni por lo que le iban explicando sus captores. Cualquiera hubiera jurado que le resultaba familiar todo aquello. Byrd hacía preguntas de todo tipo y los alemanes contestaban sin problemas a todas ellas.

Luego le mostraron las instalaciones y los últimos artefactos bélicos que tenían. Byrd parecía muy interesado por todo aquello, pero en el fondo era una amenaza para los intereses americanos. Efectivamente y como había dicho Kammler, Byrd fue avisado de que no debían volver por allí y que si volvían utilizarían aquel arsenal no sólo de forma más terrible que contra la Operación Highjump, sino que llegarían hasta las ciudades americanas sin ningún problema y rápidamente. El resultado desastroso de la Operación Highjump debía servir de aviso para futuros intentos por parte americana. Byrd mostraba un semblante preocupado mientras oía aquellas amenazas, basadas en un potencial militar fuera de toda duda. Estaba junto a uno de los discos y tocaba el material del que estaba hecho. No había nada igual en los Estados Unidos.

Luego la filmación mostraba como regresaba con su tripulación en el enorme hangar, su avión era puesto en vuelo con ayuda de los discos y seguía su viaje de regreso hasta la base Little America IV. Los discos le siguieron a distancia hasta que aterrizó. La filmación terminaba en este punto. De nuevo las luces subieron su intensidad.

—En este momento, principios de febrero de 1947, toda la Operación Highjump está saliendo de la Antártida y regresando a los Estados Unidos. No han pasado de las 8 semanas en la zona y han sufrido pérdidas enormes. El portaaviones USS Philippine Sea, que fue el último en llegar, ya ha partido de la zona antes que los demás y los aviones se han quedado en tierra para siempre. También han abandonado los vehículos y mucho material de todo tipo —indicó Horst Pahl, el teniente de vuelo de la Luftflotte 1.

Mientras el teniente pronunciaba esas palabras, el espejo se convirtió en una imagen de la Antártida, donde unas flechas indicaban, a tiempo real, la situación de los barcos en su viaje de regreso a los Estados Unidos. Lo más curioso es que era una imagen filmada, como de una cámara que estuviese en el espacio. ¡Pero eso era imposible! Ningún país tenía una nave en órbita en el espacio ¿Cómo podían filmar algo así y transmitirlo directamente a tiempo real? Patrick estaba absolutamente desolado. De repente fue consciente que no podía huir de la Antártida, que los barcos se iban y les dejaban allí a él y a sus compañeros. Era el final. Kammler le miraba fijamente. Era consciente de que aquel capitán americano de submarinos estaba hundido.

—Capitán Malone... —Patrick levantó la vista pesadamente hacia el general Krammler—. No tengo intención de retenerle aquí a usted y a sus hombres. Para nosotros ustedes son más un problema que una

solución. Puede creerme. Sé que lo que ha visto hoy aquí ha podido cambiar su percepción de las cosas. Habrá visto que el nivel técnico de que disfrutamos y desarrollamos continuamente, está muy por encima de lo que han soñado sus científicos en los Estados Unidos. Siempre hemos estado por delante de ustedes, incluso durante la pasada guerra. Ustedes no son una verdadera amenaza para nosotros. Ustedes son más útiles explicando lo terrible que es todo esto y la pérdida de tiempo que representa atacarnos.

Patrick recobró algo de aliento.

—Nosotros no permitiremos que una instalación como la de ustedes siga en funcionamiento por mucho tiempo. Sigue siendo una amenaza para los países libres y democráticos. Estoy seguro que todo el trabajo que desarrollan aquí tiene un fin. No creo que todo esto empiece y acabe aquí, ya que entonces no tendría ningún sentido el esfuerzo ¿Qué quieren hacer exactamente, general? ¿Para qué todo este esfuerzo?

—Este esfuerzo, capitán —comenzó Kammler—, tiene sentido cuando se pertenece a una élite inquebrantable como la nuestra. Siempre hemos sabido que teníamos la razón cuando nuestro movimiento empezó en 1923 en la Feldherrnhalle de Munich y luchó, con nuestro Führer a la cabeza, por la defensa de los valores europeos ante las hordas asiáticas, el sionismo internacional y la sociedad multisanguínea como la de su país. En ese titánico esfuerzo, Berlín cayó y nuestro Führer también. Esos acontecimientos extraordinarios nos han enseñado que la nueva conquista ya no será tanto militar, como intentó ser, sino que será de convencimiento y fe.

Patrick miraba al general Kammler mientras exponía sus razonamientos.

—Nosotros —continuó Krammler—, los miembros de las SS, tenemos tres reglas inamovibles: La primera es que nuestro honor es nuestra fidelidad. Así lo expresamos en la hebilla de nuestros cinturones. La segunda es que somos las Schutz Staffel y de ahí nuestro emblema SS. Pero lo que muchos no saben es que el nombre SS, para un círculo de la élite en nuestra formación quiere decir Schwarze Sonne o Sol Negro y eso es algo que va más allá de su comprensión, capitán Malone. Hablamos de una nueva forma de entender el mundo, la ciencia, el espíritu y el ser humano en su conjunto. La sección de Investigación y Desarrollo, que yo dirigí durante la guerra y luego aquí en la Antártida, está formada por los mejores científicos que pueda imaginar. Hemos buscado, encontrado y desarrollado ciencias perdidas en el tiempo, ciencias muy diferentes de lo que llamamos «física judía» y su teoría de la relatividad. Nuestra ciencia «aria» está en línea con los «campos de torsión» que afectan a la gravedad y al tiempo, la polarización vorticular, el principio de incertidumbre en conexión con la mecánica cuántica y su predicción matemática del flujo de energía aspirada o energía del punto cero. Sabemos de los «agujeros negros» en el espacio, su extraordinaria energía y cómo funcionan. Estamos trabajando en un proyecto que llamamos «Realidad Predeterminada» y que conjuga los principios que antes le he mencionado. Es algo extraordinario.

Para Patrick aquella explicación no significaba nada coherente o que él pudiese aplicar en su estilo de vida. No entendía el sentido de aquellos principios que intentaba explicar el general Kammler. Éste se daba cuenta de que Patrick no entendía todo aquello.

—Capitán Malone, lo que le estoy tratando de explicar le ha costado la vida a mucha gente y tanto sus compatriotas, como los sionistas, darían los dedos de una mano por conocer todos estos principios — Patrick reconoció su incapacidad para poder seguir al general.

—Debe entender, general Kammler, que yo soy un soldado y me limito a obedecer las órdenes de mis superiores. Lo que usted me está tratando de explicar va más allá de lo que yo puedo entender o de mis

competencias. No soy un científico o un técnico. Como soldado, no entré en disquisiciones de por qué se ha tomado una decisión u otra. Ése no es mi trabajo. Sin duda tengo una opinión personal de las cosas, pero no es válida en mi trabajo militar.

Kammler movió la cabeza afirmativamente tras las palabras de Patrick.

—Ése es el problema de los norteamericanos y su sentido práctico de la vida. Son comodones y conformistas y no van más allá de lo que entienden. Usted, capitán, es el resultado clásico de ese estilo de vida y formación que reciben. Es una lástima, ya que le tengo en buena estima.

Kammler parecía sincero en esta última afirmación. Patrick creyó llegado el momento de intentar una jugada.

—Lamento no estar a la altura de su ciencia, general Kammler, pero no he sido instruido para ello como usted ha dicho muy claramente. Soy consciente de mi situación aquí y la de mis hombres, por los cuales estoy seriamente preocupado. Estamos absolutamente solos. Ellos dependen de mí y sus familias les esperan en los Estados Unidos. Libérenos donde crea oportuno y nosotros no entraremos en más detalles ante nuestros superiores. Como soldados que somos todos los aquí presentes, le doy mi palabra de honor de militar que así será y respondo de mis hombres ante usted.

—Acepto, capitán Malone —dijo Kammler, con la aprobación de sus dos ayudantes—, creo en lo que dice, pero debe entender que antes deseo conocer algunos detalles de la Operación Highjump. Es el trueque que le pido por su propuesta ¿Le parece bien el trato?

Patrick aprobó la propuesta de Kammler, pero amplió su petición de información sobre las instalaciones antárticas y las armas que allí tenían. También deseaba que sus hombres no supiesen que él le había dado esa información. Kammler también aprobó este punto con una sonrisa. Patrick pasó a relatar cómo se había desarrollado la preparación y puesta en marcha de la Operación Highjump y la misión secreta tipo «Caballo de Troya» que él realizaría con el U-2193 en la Base 211, totalmente alejada de los tres grupos de asalto, aunque del conocimiento de la plana mayor de la Marina de los Estados Unidos, incluyendo a su presidente Harry Truman. Los ayudantes de Kammler le iban haciendo preguntas que ampliaban la explicación, tomaban algunas notas y parecían corroborar algunos datos en los informes que tenían en sus carpetas. Tras más de tres horas, Patrick terminó su relato, donde explicó pormenorizadamente todos los detalles del viaje desde su salida de Norfolk, hasta la llegada a la Base 211 y el intento de reunirse con el almirante Byrd a bordo del USS Philippine Sea antes de que fuesen capturados con el submarino.

Kammler parecía satisfecho con la explicación. Prácticamente no había hecho preguntas limitándose a escuchar el relato.

—Le diré lo que haremos, capitán Malone. Mientras usted hablaba, he pensado que «normalizaremos» a sus hombres. Durante esa fase que puede tardar unas horas, le mostraré algunas de nuestras armas. Luego y con una de nuestras naves, le llevaremos a usted y a su equipo a un lugar en Chile, desde el cual ustedes podrán seguir su camino libremente hasta su país. ¿Qué le parece?

Patrick sonrió y sin dudar replicó:

—Creo que es un buen trato, general. Lo acepto y se lo agradezco.

—Patrick tuvo la sensación de que se había quitado un peso de encima y sobre todo sus hombres serían liberados y podrían regresar todos a los Estados Unidos.

Kammler llamó por teléfono.

—Sus hombres van a ser «normalizados» inmediatamente —dijo tras colgar.

Curioso eufemismo, pensó Patrick, pero Kammler comenzaba a cumplir su palabra.

—Creo que antes deberíamos comer algo, ¿no le parece, capitán?

Entraron en la cantina donde recibieron cada uno de ellos, a través de una ventanilla que daba a la cocina, una bandeja con aquella comida extraña.

Patrick no pudo reprimirse.

—¿Qué estamos comiendo exactamente, general?

Kammler, comprendiendo la pregunta, fue señalando cada uno de los platos.

—Nuestra dieta está formada por comida hecha con materia prima antártica. Este primer plato es una sopa de pescado, el filete es carne de pingüino emperador y el postre son algas endulzadas por nuestro «chef» —sonrió—. Tenemos un menú muy variado. Todos los platos son nutritivos y nos aportan todo lo necesario en estas latitudes. Puede usted comerlo con absoluta tranquilidad.

Patrick no tuvo reparos en comer aquellas especialidades exóticas para él. Tenían buen sabor. Incluso la carne de pingüino recordaba en algo a la del pollo.

—Ahora nuestros técnicos y biólogos están trabajando una cerveza sobre la base de algas. Creo que estará muy bien. ¡No siempre desarrollan armas!

Todos rieron la ocurrencia. Patrick se sentía extraño sentado en aquella base alemana antártica, comiendo aquella comida diferente y compartiendo mesa con uno de los hombres más buscados por su país ¡Incluso riendo con sus ocurrencias! Aquello era surrealista, pensó. Pero tampoco tenía más opción y, si aquel comportamiento servía para poder salir de allí lo más rápido posible, estaría bien hecho. Siguió comiendo dentro de un ambiente relajado. Tenía que ser pragmático.

Tras el postre, Kammler le invitó a acompañarle a las instalaciones científicas subterráneas, por debajo del hangar general. Ya las había visto a través del montacargas, pero ahora podría entrar en algunos detalles. Le llamó la atención ver algunos científicos japoneses entre los cientos de alemanes que había en esa área que estaban visitando.

—No se sorprenda, capitán Malone. Son científicos nucleares japoneses que desean seguir su trabajo y reconstruir el imperio del Sol Naciente. Pudieron escapar de las garras norteamericanas.

Patrick se sorprendió por el comentario de Kammler y se lo hizo saber. Éste sonrió.

—Japón también tuvo muy adelantada su investigación nuclear y con ayuda nuestra llegaron a fabricar en el complejo atómico de Konan, junto a Manchuria, la bomba que hicieron estallar en Corea el 12 de agosto de 1945. La llamaron «Genzai Bakudan» y el técnico que mandaba el equipo era Yoshio Nishina, compañero de Niels Bohr, que está aquí con nosotros. Él estuvo en Hiroshima tras la explosión de su bomba «Little Boy», para medir los efectos. Supongo, capitán Malone, que sabe que la habían capturado ustedes como botín de guerra en Ohrduf. Era una bomba atómica alemana, igual que «Fat Man» sobre Nagasaki, que fue capturada en Innsbruck.

Patrick no daba crédito a lo que oía.

Efectivamente, Yoshio Nishina fue colega de Niels Bohr, el reputado científico atómico. La explosión atómica japonesa en Corea llenó de consternación a la inteligencia americana, que siempre había considerado que Japón sólo había desarrollado estudios teóricos sobre el átomo y que no «tenía el talento, ni los recursos para fabricar la bomba». Es posible que le faltasen los recursos, pero no los talentos de reputados físicos japoneses, que comprendían a la perfección los principios físicos de la

energía atómica aplicados a una bomba. Por ello, tras la explosión, los servicios de inteligencia americanos se afanaron en buscar y destruir los ciclotrones que los japoneses habían podido utilizar para fabricar el material radioactivo. Se dice que encontraron cinco aunque según otras fuentes, la cifra de ciclotrones secretos hallados era de once.

La explosión de «Genzai Bakudan» el 12 de agosto de 1945, sólo seis días después de la explosión sobre Hiroshima, tres días después de la bomba de Nagasaki y cinco días antes de la rendición del Japón, fue algo extraordinario. La bomba fue transportada desde el complejo atómico en la región de Konan, hasta una bahía y la idea de la prueba era ver el efecto de una bomba atómica sobre una flota de barcos. Puede imaginarse fácilmente la tensión de los técnicos en el montaje final de la bomba, con las tropas soviéticas en Manchuria y avanzando, las bombas de Hiroshima y Nagasaki que ya habían estallado y la sensación de falta de tiempo. Antes del amanecer, los técnicos y científicos colocaron la bomba sobre un barco en la bahía de la región de Konan. Alejados de la costa fueron anclados barcos de todo tipo. Los observadores estaban a casi 30 kilómetros de distancia y la espera se hizo eterna para todos. En el momento en que el sol asomaba por el este, hubo como un fogonazo de luz que precedió al clásico hongo atómico que subió hacia el cielo de forma rápida y con un estruendo atronador. Cuando el efecto pasó, los barcos habían desaparecido. Unos días después, Japón se rendía incondicionalmente.

La visita siguió tras las sorprendentes palabras del general Kammler. Las salas eran muy grandes y estaban divididas en función del trabajo o investigación que estaban llevando a cabo.

—Para nosotros, capitán Malone —indicó de repente Kammler—, la energía atómica es algo del pasado y creemos que demasiado peligrosa como para poder ser un arma efectiva. Los efectos posteriores son demasiado negativos.

Llegaron ante una puerta que ponía «ARTILLERIE».

—No se crea todo lo que pone en las puertas, capitán —sonrió Kammler—, acompáñeme.

Esta sala era mucho más grande que la anterior y presidiendo la misma estaba uno de los cañones «Turbulenzgewehr» del doctor Zippermeyer, con su clásica forma de “L” invertida.

—Aunque este cañón ha sido utilizado con éxito contra la Operación Highjump, ya está superado técnicamente. El almirante Byrd ha tenido mucha suerte.

Fueron rodeando la inmensa pieza de artillería, que tenía un aspecto amenazador. Patrick intentó imaginarse cómo podían introducir y sacar de allí aquel monstruo. No veía ninguna salida aparente.

El grupo llegó ante una puerta blindada, que un guardia abrió inmediatamente a la llegada del grupo. Era un bunker de unos 70 metros de largo, por unos 25 de ancho. El techo llegaba a alcanzar los 8 ó 10 metros, aunque Patrick no estaba seguro. Desde luego era muy alto. Imaginó por un momento el espesor de las paredes, pero no tenía ni idea. El grupo se veía pequeño en aquella inmensa sala acorazada. Kammler se acercó a un aparato que Patrick no pudo adivinar qué podía ser.

—Capitán Malone, este aparato que comenzamos a trabajar en Alemania en Ludwigshafen y que en julio de 1943 llevamos hasta la Universidad de Heidelberg, fue desarrollado por la IG Farben y se trata de un «Rayo Mortal». Lo hemos mejorado de forma espectacular sobre los primeros prototipos. Nos sentimos muy orgullosos de él.

Aunque algo descreído, Patrick miraba con curiosidad el aparato, que según le explicaba el Flugleutnant de la Luftflotte 1 Horts Pahl, estaba formado por un reflector parabólico de cuarzo y politrón de un centímetro de espesor, con un espacio tras la parábola con diversos aparatos eléctricos de control. Un circuito eléctrico cubría todo el perímetro del bunker. Un generador y un transformador remataban la

instalación. A lo lejos se veían unos soportes para los objetos a desintegrar, motivo de las diferentes pruebas. A un lado del bunker había una cabina blindada de observación para los técnicos.

Este «Rayo Mortal», en su primera versión, apareció citado en un informe de la Inteligencia americana desclasificado en 1998, y que describía los experimentos efectuados con este cañón de rayos parabólico. En resumen, el informe decía: «Los experimentos contaban con un enorme y elaborado ingenio para aplastar átomos y cuyas principales características eran 4 «Spruehpole» (terminales positivas) y una «Fangpol» (terminal negativa), cada una de unos 6 metros de altura. Cuando se disparaba y se liberaban los protones, estos convergían a través de un tubo de cuarzo hacia las terminales positivas o «Spruehpole», desde las cuales eran disparados hacia un objeto colocado a 800 metros de distancia, sobre una plancha de cuarzo. El resultado era la completa desintegración del objeto».

«El primero de dichos experimentos de este tipo se efectuó entre diciembre de 1943 y enero de 1944. Un cubo de 10 centímetros de acero, grado ST0012, fue desintegrado en 1/4 de segundo. El objetivo del segundo experimento fue agua, que estaba en un tubo de cuarzo, de forma que todo el tubo recibiese la descarga del rayo. El agua desapareció en dos décimas de segundo».

«Pero el experimento más espectacular fue llevado a cabo a principios de abril de 1944, utilizando 75 ratas en un intento de hacerlas desaparecer. El experimento fue fotografiado desde varios ángulos con las cámaras de observación ubicadas en diversas partes de la instalación y dirigidas eléctricamente desde la torre de pruebas. No hubo rastro de humo, fuego o cenizas sobre la plancha metálica donde estaban situadas las ratas. La explicación a esta aparente violación de las leyes de la física es que las ratas fueron reducidas a gas, que fue absorbido por la plancha metálica donde estaban situadas».

«De acuerdo a la información de la que disponemos, nos es posible afirmar que el principio técnico de este rayo puede ser adaptado para uso militar en menos de dos años. De todas maneras, el aparato actual es extremadamente complicado y difícil de mover con facilidad».

—¿Quiere ver una prueba, capitán? —ofreció Kammler.

—¡Naturalmente, general Kammler! —contestó inmediatamente Patrick.

Todo el grupo se dirigió a la cabina blindada para seguir el experimento sin problemas. En aquel momento entraron dos soldados que colocaron con una pluma para levantar pesos una plancha metálica de acero sobre un soporte de hormigón. Luego trajeron tres más siguiendo el mismo sistema y las colocaron una a continuación de la otra y muy juntas. Casi formaban una sola pieza compactada.

—Es de uno de los barcos de la Operación Highjump hundidos en nuestros ataques —explicó Pahl—, la plancha de acero tiene ahora más de 50 centímetros de espesor.

A través de un micrófono, se ordenó a los soldados accionar el cañón parabólico. Rápidamente accionaron los diferentes mandos y a una velocidad impensable y sin ruido, una especie de tubo de luz alcanzó a la plancha que fue atravesada sin ningún problema. El orificio era de unos 40 centímetros, suficiente para causar graves daños en cualquier nave, avión, carro de combate o fortaleza de hormigón. Por los bordes del orificio se veía el metal fundido que colgaba como lágrimas.

—Podíamos haber perforado lo que hubiésemos querido, con cualquier espesor o material. No hay nada que se resista a este rayo —explicó satisfecho Pahl—. Además puede ser usado con los artilleros, allí mismo, sin causarles ningún daño, a diferencia de los primeros prototipos.

Todos salieron y felicitaron a los soldados por su trabajo.

—Pero, oficial Pahl —preguntó Patrick, ante la curiosidad de todo el grupo alemán—, este cañón

necesita una fuente de energía enorme. Aquí en este bunker están preparados para ello, pero en campo abierto ¿cómo piensan hacerlo?

Kammler le hizo una señal a Pahl.

—Acompáñeme, capitán Malone —dijo Pahl.

Entraron en una sala contigua, mucho más pequeña donde varios científicos trabajaban sobre diversos aparatos. Un inmenso arco voltaico, que subía y bajaba a impulsos, presidía la estancia. Se levantaron y se cuadraron al ver entrar a los visitantes. Alguien desconectó el llamativo arco.

—¿Ve esta especie de batería, capitán? —Pahl le mostró lo que parecía una batería de coche—, ofrece la suficiente energía para 100 disparos como el que ha visto y es recargable.

Luego en una de las esquinas de la sala había lo que parecía un baúl de grandes dimensiones, con ruedas y unos soportes laterales plegados.

—El cañón va plegado dentro de este baúl blindado, que en menos de 30 segundos está abierto y listo para disparar, gracias a un sistema de resortes simple y muy ingenioso que hemos desarrollado. El conjunto lleva dos baterías como la que le he enseñado. Una ya va instalada y conectada con seguro de tiro, y la otra de recambio en un soporte a mano. El cañón puede llevarse en un vehículo y ubicar donde interese. 200 disparos mortales esperan a nuestro enemigo.

Kammler sonreía ante las explicaciones de su oficial.

Patrick vio que su pregunta tenía una respuesta que no admitía dudas. Aquello era tecnología muy avanzada, que seguramente estaba por encima de la de su país. De todas maneras, no se daba por vencido.

—Pero, señores, ¿dónde tienen la metalurgia para los materiales con los que trabajan? Y más importante aún, ¿cual es la energía que mueve todo esto?

Kammler intervino ante la pregunta.

—Su pregunta está muy bien formulada y tiene todo el sentido, capitán, pero, sobre la primera, sólo puedo decirle que la parte más delicada de cualquier material se hace aquí, en otra base subterránea. La otra parte, en unos países del exterior.

Patrick pensó en Chile, Argentina y Sudáfrica, como posibles países candidatos, pero ni lo sabía exactamente, ni le ampliaron la información.

—En cuanto a la energía, Alemania siempre trató de estar libre de cualquier dependencia energética. No sólo buscábamos una energía limpia, sino que se apartase de los circuitos financieros de origen del crudo, control y pago en manos sionistas. Trabajamos con aparatos de generación de energía que se basan en lo que llamamos «Energía de Punto Cero» y cuyo origen son en parte debidos a un brillante investigador de origen checo, Nikola Tesla. Nosotros lo hemos mejorado hasta límites insospechados para el mismo Tesla y le puedo decir que funciona perfectamente y sin residuos. Para nosotros fue muy importante la ayuda del ingeniero naval e inventor Hans Kohler y cuyo origen fue buscar un sistema de propulsión inagotable para barcos y submarinos. El Dr. Schumann, que colaboró en todo este proyecto, fue capturado por su país al final de guerra y trasladado al mismo bajo la Operación Paperclip. No voy a mostrarle nuestra instalación de energía ya que le dije que le mostraría parte de nuestras armas modernas y esa instalación se aparta de ese criterio. Entiéndalo...

Patrick aceptó la situación y desde luego no podía quejarse.

En 1978 el gobierno británico desclasificó un informe del B.I.O.S. (British Intelligence Objectives Sub-Committee), referenciado como reporte final nº 1043, ítem nº 31, agosto de 1946, que hablaba de dos

curiosos circuitos desarrollados por el ingeniero naval e inventor Hans Kohler y titulado «El invento de Hans Kohler en relación a una posible nueva fuente de energía». El informe británico exponía diversas pruebas y hallazgos llevados a cabo por la Universidad de Berlín en el periodo de entreguerras y bajo los auspicios del Dr. Schumann, descubridor de la llamada «Resonancia de la Tierra de Schumann». Una simple observación del aparato desarrollado sobre la base de las investigaciones de Kohler explica el inmediato interés de la Marina Alemana, que lo clasificó rápidamente, como secreto. La marina lo vio como una fuente silenciosa e ilimitada de energía para submarinos. La construcción hexagonal de las bobinas, los imanes y los dos sub-circuitos rotatorios demuestran que funciona sin ninguna fuente de energía. El ingeniero Kohler y el Dr. Schumann sabían cómo trasladar energía aparentemente de ningún sitio y hacer funcionar este circuito ilimitadamente, sin consumo externo y limpio.

Hay muchas teorías de hasta donde pudieron llegar los alemanes con este principio científico aplicado a diversos campos, algunas de ellas muy sugestivas. Pero es incluso más importante saber hasta dónde llegaron los británicos, tras los más de 25 años después de la guerra que dispusieron y seguramente trabajaron sin molestia alguna y en secreto, toda esta información hasta su desclasificación pública. No se sabe, ni se comenta. El gobierno británico no ha ido más allá de la simple desclasificación de la documentación alemana y los comentarios añadidos por los propios técnicos ingleses. Como último punto de interés y con relación a los avances en el campo eléctrico y de circuitos, es que el Dr. Schumann estuvo involucrado en el desarrollo secreto sobre «baterías» y «generadores de potencia eléctrica» hasta 1943, logrando avances asombrosos y futuristas en ese campo.

Mientras caminaban por uno de los pasillos en dirección a otra sección científica, y comprobando la buena disposición del general Kammler y sus acólitos, Patrick se atrevió a preguntar sobre el origen de todo aquello.

—General Kammler, ¿cómo es posible que Alemania lograra construir todo este complejo antártico sin problemas y en secreto y, perdóneme la pregunta, pero ¿cómo pudo huir usted de Europa hasta aquí? Me resulta increíble, general.

Kammler miraba al suelo mientras avanzaba, como buscando una respuesta a la pregunta. Sólo se oía el ruido de las botas.

—No voy a entrar en detalles, puesto que la historia es muy larga, capitán Malone, pero desde mucho antes de la guerra, Alemania siempre tuvo un interés muy grande por la Antártida. Nos interesaba por muchos aspectos, desde el geográfico hasta el de materias primas que aquí se encuentran. Siempre lo tuvimos claro que era una zona que cumplía muchos de nuestros principios, incluso filosóficos.

Llegaron hasta una puerta sin rotular, que uno de los oficiales abrió para todo el grupo. Frente a ellos, un montacargas esperaba con la puerta abierta. Otro enrejado junto al montacargas al que iba a subir, indicaba la existencia de un segundo ascensor. Un soldado estaba dentro, haciendo las funciones de ascensorista para el grupo. Cerró la puerta metálica cuando todos subieron e inició su camino en sentido descendente, a una velocidad superior a un montacargas convencional. Unas luces a cien metros una de la otra iluminaban el angosto pozo por el cual se deslizaba el montacargas.

—Como le iba diciendo, capitán, no nos resultó difícil encontrar la zona más adecuada para nuestros planes, tras intensos trabajos de topografía y mediciones de todo tipo tanto en superficie, como bajo tierra. En Alemania y por culpa de los bombardeos que sufrimos durante buena parte de la guerra, nos especializamos en trabajos de perforación en todo tipo de terrenos y con maquinaria totalmente nueva,

para construir refugios y fábricas inmensas subterráneas. El desarrollo de maquinaria de perforación nos ahorra el uso de ingentes cantidades de prisioneros, que había que alimentar y alojar. Aquí hemos utilizado esas máquinas.

Patrick retomó el hilo de su última pregunta.

—Y ¿cómo fue su llegada hasta aquí?

—Puede imaginarse que difícil, capitán, pero lo cierto es que hay países en todo el mundo que colaboraron con nosotros o sostienen nuestras ideas y, que a pesar de lo que sucedió en Europa, siguen ayudando a cualquier refugiado político de nuestra causa. Yo aproveché esa estructura que me permitió salir de Europa y llegar hasta aquí.

El general Kammler no entraba en más detalles ni, como esperaba Patrick, le decía qué países eran. De nuevo, la sombra de Sudamérica, Sudáfrica e incluso España apareció en la mente de Patrick.

Mientras tanto, el montacargas seguía bajando, sobre la pared pelada que parecía de granito y sin pasar por zonas de trabajo. Daba la sensación de que iban a un sitio muy diferente. Un montacargas en ascenso con lo que parecía personal técnico, se cruzó con el que bajaba muy rápidamente.

—A la Antártida y durante toda la guerra, pudimos traer esa maquinaria que nos resultó de gran valor y absolutamente necesaria para nuestros planes.

—¿A qué distancia bajamos, general? —preguntó Patrick mirando a su alrededor.

—1.377 metros desde la base subterránea en la que estábamos. 1.461 metros desde la superficie —contestó secamente Kammler. Las cifras impresionaban—. Esas profundidades no están mal, capitán —añadió Kammler con orgullo—, pero las hemos superado ampliamente en otras perforaciones y otras cavernas que ya hemos estudiado. Hemos llegado a un lago subterráneo inmenso, de casi 300 kilómetros de largo y unos 50 de ancho. Es un lugar extraordinario y muy profundo. Es una cápsula del tiempo terrestre. Nos está sirviendo para experimentos muy interesantes, ya que nadie lo había pisado en millones de años.

De repente, desde el montacargas apareció una visión de difícil olvido. La caverna que fue apareciendo desde sus pies, tal como iban bajando, era de unas dimensiones sobrecogedoras que dejaba pálidas a las que Patrick conocía hasta ese momento. Unos focos inmensos iluminaban una parte de la gruta, que parecía perderse hacia el infinito. Un número indeterminado de técnicos se movían frente a lo que parecía un gusano metálico también muy grande, de unos 50 metros de largo y 5 de alto, con tracción por cadenas. Llegaron al final del recorrido, el montacargas se detuvo y se abrieron las puertas. Patrick no sabía cuánto tiempo había pasado en el descenso, pero se le había antojado corto a pesar de la profundidad indicada por el general. Un grupo de aquellos técnicos se acercó al general Kammler y le mostraron algunos detalles sobre un plano topográfico. Kammler hizo unos comentarios que Patrick no entendió. El general volvió con el grupo, que esperaba a poca distancia del montacargas, mientras, Patrick miraba la ciclópea estancia.

—Va usted a ver, capitán, cómo funciona nuestra tuneladora —le indicó Kammler.

—Pero, general —preguntó Patrick con cierto sentido común—, esta caverna de forma natural y muy amplia, ya está perforada ¿por qué no seguir su trayectoria y ahorrarse el trabajo?

Kammler señaló hacia la profunda negrura a su izquierda, que se perdía en el infinito.

—Ya hemos investigado esa caverna. Hemos llegado hasta el final y conduce al mar. Puede interesarnos para otros fines en el futuro. No para éste que estamos desarrollando.

Solicitó el mapa topográfico que los técnicos le habían mostrado previamente.

—Mire, capitán, nosotros estamos aquí al sur de la llamada Península de Trinidad —señaló un punto al este de Neuschwabenland—, y nuestros detectores han localizado una gruta natural a este nivel que conduce a través de un túnel increíble hasta la Tierra de Fuego, en Chile. Es decir, la Antártida está conectada con Sudamérica a través de cómo mínimo un túnel natural y creemos que puede haber más. Eso nos permitiría crear lo que podríamos llamar una autopista de conexión para vehículos y personas. La temperatura, como podrá comprobar es agradable por todo el sistema geotérmico subterráneo de la Antártida.

Patrick nunca hubiese imaginado algo así. Eran objetivos de una grandiosidad fuera de cualquier imaginación normal, aunque podía tener sentido para aquellos alemanes allí abajo. Kammler continuó:

—Ahora sígame —luego indicó algo a sus oficiales, que confirmaron con la cabeza.

Uno de los técnicos se acercó al grupo, diciéndole algo al general.

—Sus hombres ya están «normalizados» y le esperan arriba.

La noticia llenó de alegría a Patrick, aunque en aquel momento, la visita seguía todavía. Llegaron hasta donde estaba la inmensa tuneladora, que parecía un gusano de color aluminio bruñido. En el lateral estaba rotulado el nombre «Friedrichs des Großen».

—Así la llamamos, capitán. No se rinde jamás, como Federico el Grande.

Kammler sonrió, mientras le indicaba a Patrick que le siguiese. Llegaron hasta la cabeza de la tuneladora, y Kammler le explicó que la máquina utilizaba un cañón parabólico como el que habían visto arriba para abrirse paso entre la roca, fundiéndola. Una especie de discos metálicos giratorios con dientes estaban ubicados en todo el perímetro de la cabeza de la máquina y comían y enviaban hacia atrás toda la roca que iban eliminando y dejaban ya limpio todo el nuevo túnel. Las paredes del túnel, a medida que la máquina iba avanzando y debido al calor generado, quedaban cristalizadas, con lo que no necesitaban más manipulación. Era un acabado perfecto. La máquina tenía una especie de vagoneta al final para acumular toda la roca y desechos que la máquina podía generar.

Entraron en la cabina de la máquina que estaba situada en la mitad de la misma. Dentro podían trabajar tres personas con diferentes cometidos. De hecho, uno era el conductor, otro manejaba el cañón parabólico y el último los residuos. Un sistema de aire acondicionado y purificador ambiental permitía a los operarios trabajar en las mejores condiciones posibles dentro de la máquina. Mientras miraban los diferentes mandos, los tres operarios entraron en la cabina y se instalaron en sus puestos. El conductor activó una pantalla de televisión que permitía ver la parte frontal. La pantalla mostraba una especie de diana con los grados e inclinación de la máquina, para que el conductor pudiese ajustar la marcha, siguiendo unas coordenadas específicas. Otra pantalla pequeña permitía ver la parte trasera de la máquina. Todos los demás prepararon sus mandos y una sirena exterior comenzó a sonar, avisando de que la máquina se ponía en marcha. Con un sonido que sorprendió a Patrick por su suavidad, la máquina inició su andadura hacia la roca viva.

—Agárrese, capitán. Vamos a ir de pie —indicó Kammler.

El sonido del rayo perforando y fundiendo la roca y los discos rascando las paredes que iban formándose dominaba la situación. De todas maneras, la insonorización interior era buena. Tampoco se movía tanto como imaginaba al principio. Patrick reconoció que aquella máquina sin aire acondicionado hubiese sido como un horno, ya que algo de calor se notaba. Las imágenes de la pantalla frontal, con iluminación externa, mostraban la roca en toda su crudeza y como sorprendentemente se fundía frente a la

máquina.

Avanzaron unos 100 metros y Kammler ordenó parar y regresar al punto de partida.

—¿Qué le ha parecido, capitán Malone? —preguntó con orgullo el general.

—Impresionante, general. Jamás había visto algo igual. Le agradezco su confianza.

Salieron y Kammler le mostró el acabado de la pared del túnel recién formado. Estaba cristalizado y durísimo. Se podían ver algunos fósiles marinos en la roca, al fondo.

—Creo que en Neuschwabenland, tenemos la mejor colección de fósiles del mundo —dijo Kammler—. Tenemos restos de animales que no están catalogados en los libros científicos. E incluso pruebas de la presencia prehistórica de una civilización muy avanzada, que vivió en la Antártida, cuando estaba libre de hielo y la latitud era diferente. Era mucho más cálida y sin hielo. Cuando llegue el momento, compartiremos con el mundo todos estos secretos.

—Es fascinante, general Kammler —dijo Patrick—. ¿Cuál es la distancia que la tuneladora debe recorrer para alcanzar la cueva que han descubierto?

Kammler miró la máquina, que iniciaba de nuevo su trabajo.

—No es mucho, capitán. Alrededor de 35 kilómetros. Es una distancia pequeña en la Antártida. Aquí todo es de medida titánica. Si nuestros cálculos son correctos, el túnel natural al que tendremos acceso puede llegar a los 3 mil kilómetros de longitud, ya que llega hasta los Andes del Sur.

Kammler se encaminó a una instalación desde donde se dirigían las obras de perforación. El resto del grupo permaneció a la espera. Tras un rato, en el que Patrick siguió observando aquel lugar fascinante sin restricciones, el general regresó y dio por concluida la visita.

—Supongo que tendrá ganas de ver a sus hombres, capitán Malone.

—Sin duda alguna, general. Agradezco su cortesía por permitirme ver todo esto. Imagino que no es habitual.

Mientras entraban en el montacargas de nuevo, Kammler contestó:

—Desde luego es usted la primera persona fuera de nuestra organización, que ha visto una pequeña parte de nuestra capacidad. Queda mucho más, pero esto es suficiente para usted. Tenemos grandes proyectos, adelantos técnicos y sorpresas que queremos compartir con el mundo, pero antes deberán cambiar muchas cosas. Me gustan los hombres de primera línea, que luchan por un ideal. Tienen todo mi respeto. Yo le considero a usted de esa clase de soldados y sé que respetará la palabra dada, como yo la he respetado y lo haré hasta que estén todos en Chile. Luego el mundo seguirá su camino y quizás en el futuro volvamos a vernos en circunstancias diferentes o mejores para todos.

El montacargas inició su trayecto hasta la base subterránea. Sin más contratiempos llegaron hasta allí. Tras pasar por diferentes secciones y áreas de trabajo, Patrick se reunió con sus hombres que le esperaban en la cantina, comiendo uno de aquellos menús exóticos. Todos llevaban los monos identificativos de trabajo. Patrick se alegró de ver a todos y está vez sí que eran quienes siempre habían sido. Volvían a ser sus compañeros de fatigas. Todos se levantaron y saludaron efusivamente a su capitán.

—Creíamos que estabas muerto —dijo Kenneth—. Te golpearon después de que mataron a Reith y Böse, y ya no supimos más de ti. Nosotros hemos estado confinados en una cárcel, pero todo es borroso. Estamos muy contentos de que estés con nosotros y con buen aspecto.

—Escuche, capitán —interrumpió John «bullet»—, qué es esta mierda que nos dan para comer.

Patrick se rió de la pregunta de su compañero.

—Puedes comerlo tranquilamente, John. Es comida antártica y está compuesta por pescado, carne de león marino, pingüino emperador y algas. Aunque lo varían con frecuencia para romper la monotonía.

Todos miraban con curiosidad sus platos y algunos ponían cara de asco al saber el origen de la comida.

—No hay otra cosa aquí —concluyó resignado Patrick, ante esas caras de asco.

—¿Y tú donde has estado, Patrick? —preguntó Kenneth, que era una curiosidad obligada que todos sus hombres compartían.

—Cuando desperté también fui interrogado y permanecí en una celda solo. He sabido por ellos que la Operación Highjump ha sido cancelada y todos están regresando a los Estados Unidos.

Esta noticia causó alarma entre todo el equipo de submarinistas.

—¿Y ahora qué, Patrick? ¿Qué será de nosotros? ¿Sabes algo más?

—He podido negociar con el general Kammler, que dirige la instalación antártica, para que seamos llevados a un país neutral y desde allí a los Estados Unidos.

Caras de resignación y alegría aparecieron tras estas palabras.

—Al menos volveremos —dijo sonriendo Allan Perkins, el cocinero.

Mientras todos comentaban la buena noticia, Kenneth quiso hablar en un aparte con Patrick.

—Imagino que esa buena solución habrá tenido un coste, ¿verdad Patrick?

—¿Tú que crees, Kenneth? —respondió Patrick, mirando fijamente a Kenneth.

—Sí —contestó éste.

—Puedes seguir creyéndolo, Kenneth. Todo tiene un precio y vosotros sois lo más importante para mí cuando estamos de servicio. De todas maneras, quédate tranquilo, no es grave ni importante. Yo se hablar hasta un cierto punto. Pero no puedes ni imaginarte lo que me han mostrado y qué clase de enemigos son en caso de conflicto generalizado. Es mejor que nos vayamos de aquí lo antes posible, créeme.

Kenneth conocía a Patrick y sabía que sobre ese asunto ya no se volvería a hablar. Seguramente tenía razón y era mejor aprovechar la oportunidad para salir de allí enseguida y sin mirar atrás.

Varios soldados SS, acompañados por el primer oficial que habían conocido y que había abatido a Reith y Böse, entraron en el comedor de la cantina y les obligaron a acompañarles a unos vestidores.

—Vuelvan a ponerse sus uniformes. Aquí los tienen limpios e identificados. Dejen los monos sobre aquella repisa.

Con sorpresa por la eficacia germana, iniciaron el cambio de ropa. Efectivamente cada prenda llevaba una tarjeta identificativa de su propietario. Excepto las armas junto a su ropa, cada uno encontró una cajita con sus pertenencias personales de bolsillo. Todo estaba etiquetado a la perfección. Cuando terminaron, bajo la atenta mirada de los soldados SS, el oficial les indicó que lo acompañasen. Los catorce submarinistas llegaron al hangar subterráneo de los discos y los hicieron esperar debajo de uno de los más grandes. Unas esferas inmensas se veían debajo del disco, pero no podían imaginar de qué se trataba. En aquel momento llegó el general Kammler, acompañado de varios oficiales.

—Bien, capitán Malone, es el momento de la despedida. Nuestro disco les llevará hasta Chile, cerca de Santiago, desde donde podrán contactar con la embajada americana y ser trasladados a su país sin problemas.

Estrechó la mano de Patrick y saludo militarmente con dos dedos en su gorra al resto del grupo. Luego, mientras iban subiendo por una escalerilla central que daba a la escotilla de acceso en el vientre

del disco, Kammler hizo entrega a Patrick de un pequeño paquete.

—No lo abra hasta llegar a Chile. Es una orden.

—Muy bien, general —contestó Patrick, sin saber de qué se trataba y añadió—: Gracias por haber cumplido con su palabra. Le estamos todos muy agradecidos.

Patrick estrechó de nuevo la mano del general Kammler e inició la subida por la escalerilla hasta desaparecer en el interior del disco.

Capítulo 22

CHILE

El viaje en el disco fue una experiencia extraordinaria. No podían dar crédito a estar dentro de una nave voladora como aquella y rumbo hacia su libertad. Kenneth pensó que Patrick había hecho muy bien. Durante todo el vuelo, estuvieron acomodados en unos asientos anatómicos tras los dos pilotos. Unas pantallas les permitían ver a la perfección el exterior, e iban informando de las distancias, velocidad, altura, rumbo, velocidad del viento, presión atmosférica y otros datos que no supieron identificar. Un suave zumbido era el único ruido que se oía a bordo. En menos de dos horas estaban en las cercanías de Santiago de Chile, con la inmensa cordillera andina a sus espaldas. Ya era de noche. El disco se aproximó a tierra suavemente, aterrizando en una pequeña y discreta planicie al norte de la ciudad, a unos 5 kilómetros del centro.

El grupo desembarcó sin problemas y aprovechando la oscuridad de la noche, se pusieron en camino hacia la capital chilena. El disco desapareció en silencio y a alta velocidad. Pronto no era otra cosa que un punto en el cielo, como una estrella más. Patrick desenvolvió el paquete que le había entregado el general Kammler. Era la pistola Luger del capitán Lippsmacher que él llevó durante toda la aventura antártica. Estaba descargada, pero perfectamente engrasada. La verdad es que con todo lo que había pasado, no había vuelto a pensar en ella. Kenneth sonrió al verla y le enseñó uno de los escudos bordados antárticos que había logrado arrancar mientras se cambiaban de ropa. Se pusieron a reír por la situación.

Llegaron al borde de una carretera con poco tráfico, pero que llevaba sin duda a la capital. Mientras lograban detener a un camión para que les llevase y hablaban con el conductor, una patrulla de carreteras se detuvo. Los uniformes americanos sorprendieron a los patrulleros chilenos. Kenneth tenía algunos conocimientos de español y solicitó a los policías que querían llegar hasta la embajada americana en Santiago. Les explicó que eran militares que se habían extraviado en unas maniobras secretas. Se hizo entender y la patrulla solicitó una furgoneta para llevar a todos aquellos hombres. Al poco rato la furgoneta llegó. Todos se acomodaron en su interior y arrancaron al poco tiempo. Desde allí había una vista magnífica de Santiago con sus luces nocturnas. Parecía una ciudad llena de vida.

—¡Tengo ganas de una cerveza! —dijo de repente John «bullet».

—¡Y yo, una hamburguesa con mucha cebolla! —agregó Wiggins.

—Calma a todos —cortó Patrick—. Primero solucionemos nuestra situación en la embajada. Además no llevamos dinero encima y a quié no nos van regalar nada. A mí también me apetecen muchas de las cosas que comentáis, pero ahora mismo hay otras prioridades. Ya llegará el momento de celebrarlo.

La furgoneta policial, acompañada por el coche patrulla, entró en la ciudad que ofrecía un tráfico más que notable. Tras pasar por calles y avenidas, se detuvo ante un palacete de tipo colonial español muy bonito y con una verja de entrada imponente «American Embassy» rezaba un cartel junto a la puerta. El mástil de la bandera se veía más al fondo, pero al ser de noche ya había sido arriada, como era preceptivo. Un soldado de guardia, tras la verja, miró con curiosidad y sorpresa al grupo que bajaba de la furgoneta policial. Patrick se dirigió hacia él tras agradecer a los policías su inestimable ayuda.

—Soy el capitán de submarinos de los Estados Unidos, Patrick Malone y esos hombres pertenecen a mi tripulación. Queremos ver al embajador de nuestro país.

El soldado estaba abrumado ante aquella súbita presencia en una embajada habitualmente tranquila y sin sobresaltos. Chile era un buen destino. Todo el cuerpo de guardia acudió a la verja al escuchar que el soldado hablaba con un grupo.

—Buenas noches, ¿qué sucede soldado?

El guardia indicó lo que le había explicado Patrick, el cual comenzaba a perder la paciencia por tanta burocracia militar. El militar recién llegado miró al grupo, sin poder entender su presencia allí.

—Sargento, ya le he indicado al guardia quienes somos y nuestro interés por ver al embajador ahora mismo. Nuestra presencia en Chile es secreta ¿me comprende?

—Un momento...

El sargento, a través de un teléfono en la garita habló con el edificio central informando de la sorprendente visita. Las luces del edificio se encendieron y desde el teléfono se dio la orden de dar acceso al grupo. Dentro del jardín se podían ver varios coches aparcados y se oía el ruido de varias personas cenando en la parte trasera del edificio, donde también se veía iluminación.

El embajador apareció en aquel momento.

—Disculpen las molestias, pero tengo una cena con un grupo de empresarios chilenos y americanos. No sabía que un grupo de la Marina vendría aquí esta noche. Soy el embajador Roger C. Whitehill ¿En qué puedo ayudarles, capitán?

Patrick comprendía la situación del embajador.

—Rogamos disculpe nuestra presencia aquí y ahora, embajador, pero no ha sido posible de otra manera. Soy el capitán de submarinos Patrick Malone y estos hombres son miembros de la tripulación de mi submarino —Patrick le mostró sus credenciales—. Estamos en una misión secreta y debemos volver a Norfolk lo antes posible.

El embajador miró a Patrick.

—Pero, ¿de donde salen ustedes? ¿No lo entiendo, capitán?

—Sólo puedo decirle que formábamos parte del contingente enviado a la Antártida, bajo el nombre Operación Highjump y bajo las órdenes directas del almirante Byrd y el vicealmirante Vincent Clark en Norfolk, Virginia.

El embajador se quedó un momento pensativo.

—El submarino Sennet se halla en el puerto militar cerca de Viña del Mar y está siendo reparado de los daños que sufrió con los témpanos de hielo en la Antártida, y usted no es el capitán del Sennet. Él se llama Joe Isinghour y se encuentra a bordo mientras es arreglado. ¿De qué submarino es usted capitán? Además su tripulación es escasa ¿dónde están los demás?

Patrick entendía las preguntas, pero aquello podía complicarse.

—Tengo el USS Monitor a mis órdenes en los Estados Unidos, embajador. Pero en la Operación Highjump he tenido a mi mando a otra nave submarina. Pero eso es alto secreto y no puedo decírselo, señor.

El embajador asintió con la cabeza.

—Ya veo. Entonces comprenderá, capitán Malone, que debo ponerme en contacto con Norfolk y verificar lo que me está diciendo.

Patrick asintió a lo que sugería el embajador. Éste avisó al sargento, que se acercó rápidamente.

—Sargento, llame a Norfolk inmediatamente a través de la línea de alta seguridad e informe el vice-

almirante Clark de la presencia en la embajada americana de Santiago de Chile del capitán Malone y varios miembros de su tripulación. Que le indique alguna contraseña que sólo el capitán Malone sea capaz de contestar y que nos diga qué debemos hacer con estos hombres.

Luego giró hacia Patrick.

—Ahora me tienen que disculpar. Yo debo volver con mis invitados. Ya me informarán inmediatamente de qué ha dicho Norfolk y nos volveremos a ver.

Tomaron asiento en los bancos del jardín de la embajada, mientras se procedía a verificar la información con la base de Norfolk. La temperatura era fresca, pero agradable. De hecho era verano en esas latitudes, por lo que no resultaba desagradable el estar allí sentados.

—No entiendo por qué nos tratan así. Está clarísimo que somos americanos y tenemos un problema. Deben ayudarnos ahora mismo —John «bullet» estaba cabreado por la situación.

—Y yo tengo hambre —dijo Wiggins.

—Parecéis niños —dijo Kenneth—. ¿Qué haríais vosotros con catorce tíos uniformados que se presentan en vuestra embajada de noche y que salen de la nada, explicando una historia sin pies ni cabeza?

Patrick sonrió.

—Ahora se aclarará todo y podremos salir de aquí y volver a casa.

El sargento regresó con varios guardias fuertemente armados.

—Cachéenles y quítenles cualquier arma que lleven.

—¿Qué sucede, sargento? —preguntó Patrick tras apartar las manos de un guardia que pretendía cachearle.

—No se resista. No sabemos quienes son, pero van a ir al calabozo ahora mismo.

El embajador llegó en ese momento.

—Parece que hay problemas, capitán Malone o como se llame usted. El vicealmirante Clark afirma no conocerles, pero cree que forman parte de un comando nazi que opera en Argentina y que ahora están aquí en Chile. Mañana saldrán en un vuelo militar hacia Norfolk custodiados.

En aquel momento, uno de los guardias entregó la pistola Luger de Patrick al embajador.

—Está descargada. El resto no portan armas, señor —dijo escuetamente con una sonrisa.

—Curiosa pistola, capitán. Esto empieza a encajar. Creo que será complicado explicar su procedencia. ¿O quizás muy fácil? ¡Enciérrenlos!

Todo el grupo fue llevado a unos sótanos habilitados como calabozo para emergencias.

—Ahora sí que estamos bien. Y tu pistola ha sido definitiva, Patrick —dijo Kenneth.

—Ahora no tiene más importancia y seguro que se arreglará cuando llegemos a Norfolk. Pero, esa pistola me la diste tú e insististe en ello, ¿recuerdas?

Se les entregaron unas mantas y pasaron la noche sin cena y durmiendo en el suelo. Fue una experiencia desoladora.

A las siete de la mañana fueron despertados y llevados esposados hasta un autobús de la embajada en dirección al aeropuerto de Santiago. Allí un avión militar los esperaba. El autobús llegó hasta la escalerilla del avión. Iba a ser un vuelo muy largo con diferentes escalas en varios países hasta llegar a Norfolk, con lo que había que estar tranquilos, relajarse e intentar disfrutar del viaje. En Norfolk todo se solucionaría. Efectivamente, el vuelo hizo un primera escala en Buenos Aires, de allí paró nuevamente en Río de Janeiro, luego en Bogotá, más tarde en Santiago de Cuba y por fin entró en territorio

norteamericano. El viaje dio mucho tiempo para pensar y Patrick tenía la cabeza hecha un lío por las muchas cosas que habían pasado y lo que había podido ver. Pensó en los compañeros caídos Blaufen, Reith, Böse. Habían sido compañeros excelentes. Vinieron a su mente algunas imágenes de ellos. Ya sólo eran parte de su memoria. Todos descansarían para siempre en el continente helado. Era una tumba terrible. ¿Cómo era posible que desde Norfolk el vicealmirante Clark hubiese dicho algo así? ¿Quizás era una estratagema para sacarles de Chile rápidamente y volver a la vida normal en los Estados Unidos, sin más contratiempos? Seguramente era eso. Tenía ganas de ver a Betty. Intentó dormirse cuando el avión volaba sobre el Golfo de México. ¡Un momento! Esa no era la ruta a Norfolk. El avión estaba entrando en el continente, pero rumbo oeste. ¿Qué significaba aquello? Sus hombres, expertos en rumbos, también se habían dado cuenta de la dirección que tomaba el avión. Patrick preguntó a los soldados de guardia hacia donde se dirigían, pero no le contestaron. Aquello no le gustaba.

El avión sobrevoló Nueva Orleáns y siguió con rumbo oeste. ¿Quizás iba hacia San Diego? Sólo se veía tierra por debajo de ellos. Ya de noche el avión fue perdiendo altura con intención aparente de tomar tierra. Patrick calculó que debían de estar en Colorado, aunque no estaba seguro. ¿Y por qué allí? Efectivamente el avión aterrizó en una base militar no lejos de Denver, en Colorado. Allí, un autobús militar con los cristales tintados les recogió y, tras un viaje de más de dos horas por carretera de montaña, llegaron a una imponente entrada a una base subterránea, justo antes de amanecer. Era la entrada a un refugio atómico militar. Pronto los hicieron bajar y los pusieron en fila. Estaban muy cansados tras el agotador vuelo, pero mantuvieron la posición de firmes con orgullo. Un MP se acercó hasta el grupo e indicó que le siguiesen. A pesar de estar esposados, iban fuertemente vigilados. Los hicieron entrar en una sala y esperar. Había unos bancos junto a las paredes en todo el perímetro de la sala. Ellos se sentaron y esperaron. Patrick no tenía ninguna duda de que eran observados, pero no podía ver de qué manera.

Casi dos horas después se abrió la puerta y apareció un MP.

—Capitán Malone, acompáñeme.

Todos miraron a Patrick que se despidió de sus compañeros hasta más tarde. Fue llevado a un despacho y sentado en una silla frente a una mesa espartana y otra silla al otro lado. Al poco, el vicealmirante Clark apareció en el despacho.

—Vincent, por fin ¿Qué está pasando? ¿Por qué estamos aquí?

Clark se sentó en la silla.

—Todo a su tiempo, Patrick. Todo a su tiempo. Me alegro de que estés aquí de nuevo —le dio un apretón de manos—. Ahora es importante que me expliques que ha sucedido, pero con todos los detalles y sobre todo dentro de la base alemana. Espero que no hayáis hablado con alguien sobre todo este asunto.

Patrick negó la pregunta y notó una cierta frialdad en el trato con su exsuegro. Parecía otro. Quizás había habido problemas en Norfolk durante la Operación Highjump y ahora Clark no estaba en sus mejores momentos. Sin pérdida de tiempo y con ganas de solucionarlo todo, pero sobre todo pensando en sus hombres, Patrick comenzó el relato.

Evidentemente su experiencia en la base subterránea con el general Kammler recibió el máximo interés por parte de Clark, sobre todo en los detalles técnicos y las armas futuristas de las que disponían. Le sorprendió saber que estaban trabajando un túnel hasta los Andes y los sistemas de perforación que utilizaban. También estuvo muy interesado en la batalla que hubo en la Base 211 y la garantía de que

estaría fuera de servicio durante un tiempo. También se interesó por el comando al mando de Blankfort y la suerte corrida. Patrick le confirmó la pérdida de todos sus miembros y que Blankfort había sido de los primeros en caer. Le confirmó que la capacidad alemana de ataque, sobre todo aérea, estaba intacta. Eso eran malas noticias, según dijo Clark. Luego entraron en más detalles, pero Patrick ya estaba cansado y quería saber qué estaba pasando y por qué se les trataba como enemigos o traidores.

—Mis hombres están agotados. Tú y yo llevamos aquí casi tres horas. Aún no se por qué se nos trata así, Vincent. Nos gustaría a todos regresar a casa.

El vicealmirante Clark se recostó sobre su silla.

—Eso no será posible por ahora, Patrick. Lo que allí habéis visto os convierte en objetivos sensibles para nuestros intereses y sobre todo para el de nuestros enemigos. Sabéis demasiadas cosas y por eso os fuimos a buscar a Chile inmediatamente. No podéis ir por el mundo como personas cualesquiera. Sois muy valiosos.

—Vincent, yo soy militar como tú. No tengo tu larga experiencia, pero entiendo el idioma militar y lo que estás diciendo. Honestamente no creo que sea ése el problema. Mi equipo y yo podemos saber cosas, pero no son tan relevantes como me quieres hacer creer. Me parece que me quieres ocultar qué sucede en realidad.

Patrick se acercó a la mesa hacia Clark, como queriendo decir algo secreto o que no podía ser oído por cualquiera:

—¿Cómo te llamas, Vincent? —Clark puso cara de sorpresa ante esa pregunta a bocajarro y fuera de su guión.

—¿Qué pregunta es esa, Patrick? Lo sabes perfectamente. Me conoces muy bien...

—Por lo menos, eso creía —dijo Patrick con cierta amargura en la voz—. El general Kammler me dijo que tu nombre era Moshe Yisah y que trabajabas para los intereses sionistas del futuro estado de Israel en Oriente Medio.

—Veo que tuviste cierta intimidad informativa con el general Kammler... —dijo Clark, mientras se recostaba en su silla, mirando la mesa.

—Eso no es todo, Vincent —siguió Patrick—. Siempre me llamaron la atención los nombres de los grupos de ataque de Blankfort: Jericó y Levítico. Ahora no tengo dudas de que eran comandos sionistas a la búsqueda de la última tecnología militar alemana, para su posterior uso en la construcción de Israel contra sus enemigos. Tampoco tengo dudas de que Blankfort no era el nombre real de ese jefe de comandos y entiendo su odio desahogado hacia mis tripulantes alemanes.

Sin decir nada y mirando la mesa fijamente, el vicealmirante Clark afirmaba con la cabeza lo que Patrick iba exponiendo. Patrick calló. Su cabeza trataba de buscar explicaciones, respuestas. Todo un mundo se derrumbaba ante él. Siguió:

—¿Por qué se ha hecho la Operación Highjump? ¿Cuál era el objetivo real? ¿Por qué nos hemos jugado la vida mis hombres y yo?

Las preguntas martilleaban la estancia.

—Patrick, la información que estás solicitando es muy peligrosa. Gente muy poderosa está detrás. Créeme, no sabes donde te metes. No te incumbe todo eso. Olvídalo —Clark se adelantó mirando a Patrick y en sus ojos se adivinaba que todavía sentía algo por quien había sido su yerno—. Mira, Patrick, Highjump ha sido un fracaso tremendo. Ningún objetivo se ha cumplido. Nos hemos ido con el rabo entre las piernas y con serias pérdidas. En este momento los barcos están regresando a sus bases, pero aún no

han llegado. Con lo que Byrd y sus hombres se enfrentaron en la superficie antártica supera cualquier pesadilla, tú lo sabes muy bien. Ha sido horroroso. El presidente Truman está pidiendo a gritos que hallemos una explicación pública aceptable a lo que ha sucedido en la Antártida. Nuestro orgullo nacional está en peligro. Cuando los barcos lleguen habrá que tener una buena explicación que oculte el fracaso y sobre todo lo que había allí abajo.

Clark se puso en pie y anduvo unos pasos por la pequeña habitación.

—Quiero que sepas que estamos preparando una explicación que comenzará ahora en 1947 sobre esas naves alemanas que habéis visto y cuyo origen debe ser absolutamente desconocido para los ciudadanos. Y la explicación será extraterrestre. Vamos a montar una gran historia para el consumo público que hablará de la posibilidad de que la Tierra esté siendo visitada por seres de otros mundos a partir de ahora. Tenemos un equipo de personas que hablarán sobre supuestos encuentros con naves extraterrestres y seres de otros mundos. Tenemos ya el nombre para las naves: «platillos volantes». ¿Qué te parece? ¿Te imaginas, Patrick? —Clark sonreía—. Es una idea sensacional. Hollywood ya tiene las órdenes secretas para iniciar varias películas sobre el tema. Los gerifaltes de los medios de comunicación ya están en ello y preparan artículos increíbles y fotos debidamente trucadas. Es un trabajo altamente profesional. Presupuesto ilimitado. La fuerza aérea tiene previsto crear un incidente en julio de este mismo año en una de sus bases en Nuevo México. La confusión será inmensa y nos beneficiará. Vamos a hacerlo a lo grande, Patrick. Será la gran historia de la segunda parte del siglo XX. No podemos admitir que los alemanes siguen operativos y muy por encima de nosotros técnicamente. Ese régimen fue demoníaco en todo y lo será para siempre. Debe ser enterrado. Nuestro pueblo americano no está preparado para ello, ni debe estarlo jamás para algo positivo de la Alemania de Hitler.

Clark se sentó.

Alguien llamó a la puerta. Un instante después entró un ordenanza con café para los dos, mientras Patrick escuchaba mudo esa historia fantástica que le estaba relatando Clark y que comenzaría a propagarse en ese mismo año. El vicealmirante sirvió los cafés y siguió con su explicación, mientras Patrick sorbía su café.

—Byrd ya nos está dando problemas. Ha hecho una entrevista para el diario chileno «El Mercurio» de fecha 5 de marzo de 1947 a bordo del Mount Olympus en pleno regreso, que sólo plantea dudas. Ha hecho además declaraciones fantasiosas que han calentado las mentes de muchos periodistas, sobre lugares que dice que ha visitado en la Antártida. Empezamos a recibir demasiadas preguntas incómodas, Patrick. Por otro lado, Forrestal también está en contra de todo este montaje que te he explicado. Cree más sensato preparar a la opinión pública sobre la posibilidad de un ataque alemán con esas naves. ¡Está loco! Eso sería un desastre descomunal.

Patrick recobró la compostura por un instante, tras intentar digerir la historia.

—Esto que explicas será un bluff espectacular, Vincent. Si se descubre dejará a nuestro gobierno en una situación muy delicada, tras haber manipulado a la opinión pública. Creo que es una equivocación obrar así, la verdad, Vincent.

—Ves Patrick, ése es el problema. Estamos ante una razón de estado. América es más importante que tú o yo. América seguirá y nosotros habremos desaparecido. Tu situación y la de tus hombres son muy delicadas debido a ese problema y esos remilgos. Byrd es mucho Byrd para la opinión pública, Forrestal es el Secretario de la Marina y por lo tanto un «pez gordo» en la burocracia de nuestro país y uno de los

hombres del presidente, pero tus hombres y tú no existen. Jamás habéis estado allí y por lo tanto no podéis hablar de ello. Podríais llegar a ser un problema si habláis y rompéis nuestro férreo control de la opinión pública a través de los medios públicos y privados.

—¿Pero qué me estás diciendo, Vincent? Eso suena a amenaza incluso para nuestra integridad física. ¡Eso no te lo to...!

Le costó hablar. Intentó levantarse, pero sus piernas le pesaban terriblemente. Su cabeza comenzó a dar vueltas y cayó junto a la silla. No podía moverse. El café, pensó. Dos asistentes entraron en el despacho y recogieron el cuerpo inerte del capitán Malone.

—Llévenlo a la sala de operaciones —dijo secamente el vicealmirante Clark—. No perdamos más tiempo.

Patrick veía y oía a su alrededor, mientras le llevaban con la camilla al quirófano. Las luces del techo pasaban rápidamente ante su vista.

—Los demás ya han sido neutralizados, vicealmirante. Sólo quedaba el capitán Malone.

Aunque no podía verle, Patrick oyó la voz del Clark que se hallaba situado a los pies de la camilla, mientras avanzaban. Hablaba con mucha seguridad.

—Excelente. Serán «normalizados» cuando lo estimemos necesario.

Mientras empezaba a entenderlo todo, una mascarilla de anestesia dejó inconsciente a Patrick.

EPÍLOGO

A principios de febrero de 1947, llegó hasta los barcos que salían de la Antártida el rompehielos USS «Burton Island», que había hecho un rápido viaje desde San Diego hasta la posición de encuentro con la flota antártica que comenzaba su camino de regreso. El barco entregó suministros y correo para los nerviosos hombres a bordo de los barcos. Más tarde, y siguiendo otra ruta, el rompehielos USS «Northwind» remolcó al USS «Merrick» hasta Nueva Zelanda, para ser reparado de los daños sufridos en la lucha. Le acompañó el USS «Yancey», por si tenían problemas y también para aprovechar su estancia en Nueva Zelanda y revisar el casco con diversos daños. A pesar de las reparaciones por espacio de un mes, cuando el USS «Merrick» llegó a los Estados Unidos fue dado de baja del servicio inmediatamente. Mientras tanto, el USS «Mount Olympus» permaneció en la zona de Scott Island como radio estación con Byrd en Little America IV, mientras los barcos iban agrupándose al norte de la Antártida, cerca del Cabo de Hornos. El 22 de febrero desde el USS «Mount Olympus» y en una rápida operación, fueron evacuados a pesar de negarse a ello, el almirante Byrd y los últimos hombres que permanecían en Little America 4. También pudo rescatarse película, material de interés y efectos personales. Los aviones R4D fueron «limpiados» interiormente de todo equipo secreto o confidencial y abandonados para siempre. También quedaron para siempre las tiendas de campaña, vehículos blindados y suministros de todo tipo. Por toda esta rápida acción, Creuzen fue condecorado al poco de su regreso a los Estados Unidos.

El 4 de marzo la flota ya encaraba el Océano Pacífico en dirección norte, desde varios puntos en el sur. Fue un viaje durísimo hasta que pudieron llegar las costas chilenas, pues numerosas tormentas y mares enfurecidos les acompañaron durante buena parte de la travesía. La situación era especialmente difícil en los barcos rompehielos porque su estructura estaba concebida para mares tranquilos y travesías más cortas. El balanceo era brutal, e incluso los más experimentados marineros sufrieron las consecuencias.

La llegada de los barcos a los puertos de destino en los Estados Unidos estuvo rodeada de una muy bien orquestada operación de relaciones públicas y agasajos. El USS «Philippine Sea» que fue el último en llegar y el primero en marcharse de la Antártida, fue recibido en Quonset Point a mediados de febrero, con una gran fanfarria de sirenas de barcos a lo largo de su recorrido de entrada a la base. Los rompehielos llegaron a la costa oeste a finales de marzo. El USS «Burton Island» lo hizo en San Pedro, mientras el USS «Northwind» llegó hasta Seattle. A mediados de abril, el USS «Mount Olympus», con Byrd y Creuzen a bordo, subía por el río Potomac hacia la Naval Gun Factory en Washington. Una guardia de gala de la US Navy y una banda de música acompañaban la llegada del barco. El almirante Byrd esperaba la presencia del presidente Truman, pero no estaba. Sí que estaba para recibir al «héroe antártico» el Secretario de la Marina James Forrestal, que en el fondo era el «jefe» de Byrd. Allí y estático estaba uno de los futuros arquitectos de la política de la llamada «Guerra Fría», mientras la tripulación con Byrd a la cabeza, bajaban del barco. El antiguo abogado de Wall Street y duro antagonista del comunismo y de la política de la Unión Soviética trataba de mostrarse interesado y divertido por la presencia de los inevitables pingüinos antárticos que le fueron mostrados. Pero esta vez, Forrestal no pudo evitar ese tremendo, intenso y frío temperamento que le destrozaría en dos años y le convertiría en otra persona.

Cuando las ceremonias terminaron, los burócratas regresaron a sus despachos, los almirantes, capitanes y científicos volvieron a sus casas, los marineros con sus familias o hacia los bares de mala reputación de la calle 14. Sólo entonces, cuando el gentío había desaparecido, se descubrió que tres de los pingüinos también habían desaparecido con rumbo desconocido. La Operación Highjump había terminado.

Es de reseñar que mientras el grueso de la Operación Highjump regresaba a los puertos de destino en California y en Virginia, el almirante Byrd hizo unas declaraciones muy extrañas que daban que pensar. La entrevista se llevó a cabo en el buque insignia Mount Olympus y fue realizada por el periodista Lee Van Atta y publicadas en el diario «El Mercurio» de Santiago de Chile, el 5 de marzo de 1947. El artículo se titulaba «A bordo del Mount Olympus en alta mar». En la entrevista, se dice textualmente: «El almirante Byrd ha declarado hoy que es imperativo para los Estados Unidos de América el iniciar medidas de defensa inmediatas contra las regiones polares hostiles. El almirante no quiere asustar a nadie, pero es una verdad amarga que en el caso de una nueva guerra, el continente norteamericano sería atacado por objetos volantes, que pueden volar de un polo al otro a velocidades increíbles».



El almirante Byrd a bordo de uno de los R4D, durante un vuelo sobre la Antártida

El almirante Byrd repitió todos estos puntos más tarde, y aclaró que eran consecuencia de su

conocimiento y experiencia personal en los dos polos terrestres, en una conferencia que se celebró bajo los auspicios del International News Service. Una vez en los Estados Unidos, el almirante Byrd fue hospitalizado y no le fue permitido realizar ninguna conferencia de prensa nunca más. En marzo de 1955, se llevó a cabo la Operación Deepfreeze bajo su mando, también al continente antártico, donde parece que se usaron tres bombas atómicas. Murió en Boston en 1957 y hay versiones para todos los gustos sobre su muerte.



La suerte que corrió el Secretario de la Marina James Forrestal es todavía más enigmática. Al poco tiempo de llevarse a cabo la Operación Highjump, comenzó a mostrar comportamientos extraños y fue perdiendo la confianza del presidente Harry Truman. Algo había cambiado su forma de ser. Incluso comenzó a «hablar» sobre cosas no demasiado convenientes para el gobierno de los Estados Unidos. Llegó a citar la existencia de una base subterránea alemana en la Antártida. Fue ingresado en el Hospital Naval de Bethesda, Maryland, y le fue prohibido recibir visitas, incluso de su familia. Al entrar en el hospital dijo que «no esperaba salir vivo de allí». En una decisión incomprensible para un paciente con angustia y con ganas de suicidarse, el médico de Forrestal recibió la orden de ingresarlo en una suite de la zona VIP del piso 16. Se dice que se suicidó intentando ahorcarse con su sabana atada a un radiador y saltando al exterior. La sábana falló y cayó desde el piso 16, aunque no está demostrado que así sucediese. Se dice que fue «ayudado». Fue en la madrugada del 22 de mayo de 1949. ¿Qué sabía Forrestal para que su carácter cambiase tanto en poco tiempo y tomar semejante decisión? ¿Qué angustia le podía mortificar? ¿Por qué su muerte fue oportuna? ¿A quién podía beneficiar? Interrogantes que siguen abiertos hoy en día y que permanecen sin ser solucionados.

Uno de los descubrimientos más fascinantes durante la Operación Highjump fue el llamado «Bunger»s Oasis». El 30 de enero de 1947, uno de los vuelos de reconocimiento efectuados desde el Currituk por uno de los aviones Martin Mariner PBM al mando del teniente David E. Bunger salió en un vuelo rutinario de control, con dirección al sur de la Antártida. Cuando llegó a la costa, el teniente Bunger tomó rumbo hacia el oeste. Mientras volaban sobre una aburrida planicie helada, uno de los miembros de la tripulación señaló excitadamente una mancha negra inmensa en medio de aquella llanura blanca. A medida que iban aproximándose, no podían dar crédito a sus ojos. Tal como lo describió Bunger por la radio «estaban frente a una tierra de lagos azules y verdes, montañas marrones con vegetación, en medio de la llanura blanca de hielo». Bunger hizo un vuelo de inspección alrededor de la zona y luego regresó a su barco. Varios días después y cuando el tiempo lo permitió, Bunger y sus hombres regresaron a su «oasis». En esta ocasión y debido a volar en un hidroavión, encontraron un lago lo suficientemente grande para amerizar. El avión se detuvo en aquel lago increíble. El agua era cálida y los hombres llegaron a introducir sus brazos hasta los codos. El agua era algo salada.



El Secretario de la Marina, James Forrestal, da la bienvenida al almirante Byrd a su llegada al Washington Navy Yard, a bordo del «Mount Olympus», el 14/4/1947. El almirante tiene entre sus manos al pingüino «Rockhopper», traído de la Antártida. Forrestal no parece muy interesado.



Kenneth Arnold mostrando un dibujo del diseño del tipo de nave que vio en formación sobre el Monte Rainier. Obsérvese que no era con forma redonda o de platillo, sino triangular.

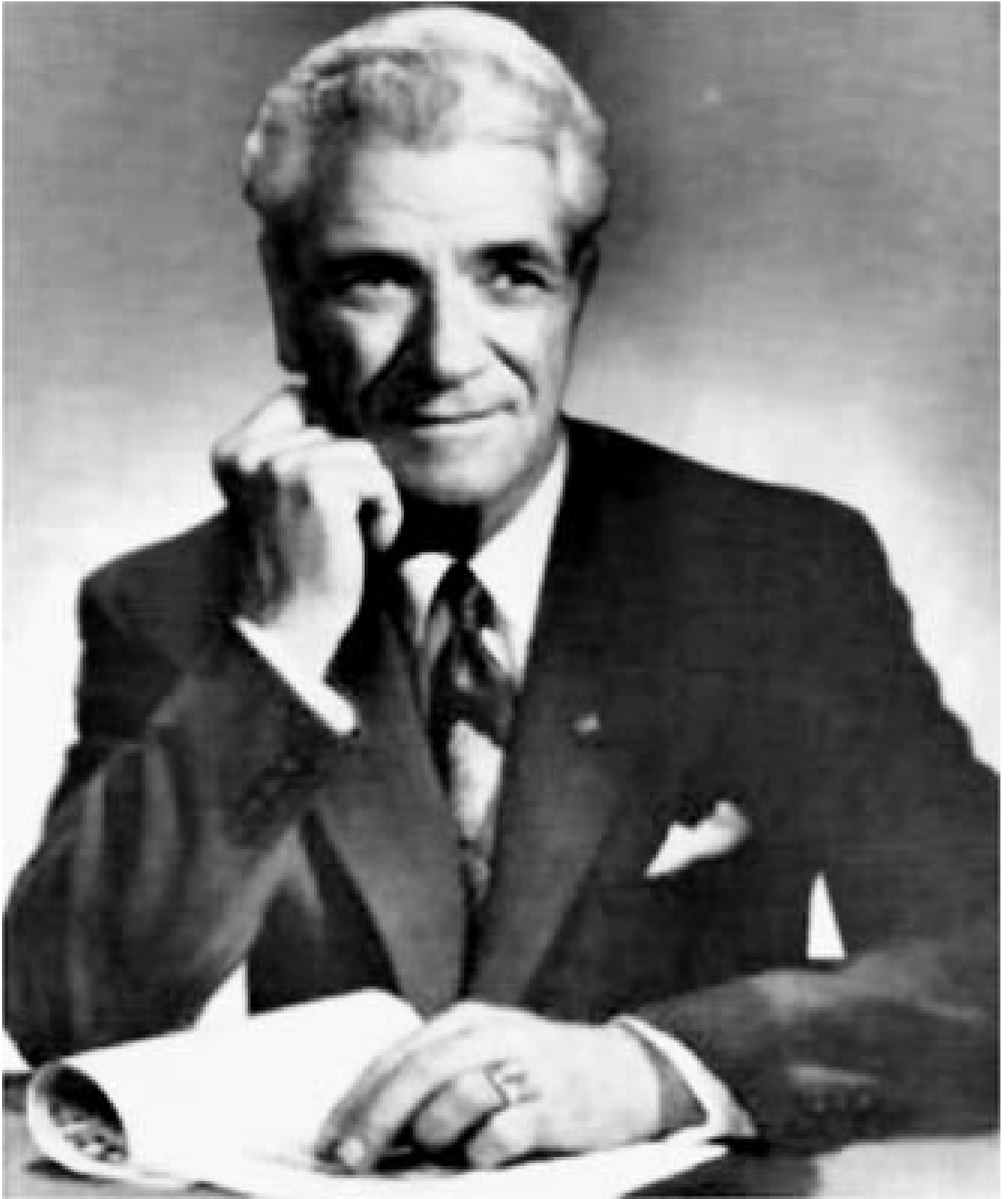
En el lago había algas de diferentes colores rojo, azul y verde que le daban a los diferentes lagos de la zona sus característicos colores. Los pilotos parecía «que habían ido desde el siglo XX, hasta una tierra de miles de años en el pasado, cuando la tierra comenzaba a emerger de los hielos». Byrd lo

describió como «el descubrimiento más importante y de interés público, de toda la expedición». Paul Siple se quejó del interés desmesurado que el descubrimiento tuvo y el eco que recibió en los medios de comunicación, que lo trataban como un auténtico Shangri-La. Le llamaban el «Bunger Oasis». En la película «The Secret Land» se puede ver como el avión del teniente Bunger ameriza sobre el lago, pero la filmación se detiene en ese instante y pasa a otra secuencia diferente ¿habían filmado algo fuera de lo común? ¿Algo que no podía ser de dominio público? Es interesante reseñar que este descubrimiento es importante por dos razones, la primera es que los lagos interiores y cálidos estaban conectados a los océanos de alrededor y por ello podían ser lugares hasta donde los U-Boot podían llegar sin dificultad. Y por otro, cuando se cartografió Neuschwabenland, varios de estos lagos fueron descubiertos e investigados en profundidad, como posible zona de refugio.

Todos los datos sobre la Operación Highjump están hasta el día de hoy todavía clasificados para el público. Es desconcertante que eso sea así pues, teóricamente, no hay nada que ocultar, ni pasó nada fuera de lo común. Y sobre todo, cuando Forrestal, Nimitz e incluso Byrd llegaron a decir que la operación había sido un gran éxito y se habían alcanzado todos los objetivos previstos. O ¿sí sucedió algo fuera de lo común y los Estados Unidos creen que esa información puede ser perjudicial para su seguridad nacional? ¿Qué puede ser peligroso en el siglo XXI sobre la Operación Highjump? No parece tener sentido después de 60 años de aquellos acontecimientos. ¿Se hundiría una historia oficial bien preparada y bien montada hacia la opinión pública? ¿Tendrían que reconocer situaciones y acontecimientos borrados de la historia oficial? ¿A quién beneficia que esto siga así?

Es curioso comprobar como la aparición oficial del fenómeno OVNI empezó a mediados de 1947 en los Estados Unidos. Fue el piloto civil Kenneth Arnold el primero en avistar una formación de 9 naves desconocidas junto al Monte Rainer, en el estado de Washington, el 27 de junio de 1947. Arnold les dio el nombre de «Flying Saucers» o «Platillos Volantes», nombre que hizo fortuna en el mundo OVNI.

El 3 de julio de 1947, en las cercanías de Roswell y de su base aérea, en Corona, estado de Nuevo México se produjo el supuesto accidente de un platillo volante y la captura de sus moribundos tripulantes. Según dice la leyenda, los cadáveres de los supuestos extraterrestes fueron llevados al Hospital Militar de Roswell y más tarde en avión a la Base de Forth Worth y luego a Dayton, Ohio, para realizar las autopsias. Este asunto aún colea en la actualidad y seguramente es de los que más confusión ha creado en la opinión pública que cree que la fuerza aérea oculta algo extraterrestre. Ha sido uno de los mejores bluffs en toda la historia OVNI.



George Adamsky, uno de los promotores de la leyenda UFO

El 27 de julio de 1952, una oleada de avistamientos OVNI se produjo sobre la capital Washington y

su aeropuerto. Los OVNIS realizaron maniobras increíbles sobre la ciudad a altísimas velocidades y trataron de ser interceptados por los cazas. La población pudo seguir la presencia de las extrañas naves y sus vuelos ¿Qué naves eran? ¿De donde venían?

En los 50 apareció un personaje llamado George Adamsky que decía haber contactado con los tripulantes de un «platillo volante» el 20 de noviembre de 1952. La nave que decía haber visto interiormente y volado en ella, era idéntica a los Haunebau alemanes. Durante los años 50, Adamsky ya era famoso en el mundo entero; siendo invitado en 1959 por la Reina Juliana de Holanda para escuchar sus relatos, y recibido por el papa Juan XXIII en 1963, otorgándole La Medalla del Vaticano. El 23 de abril de 1965 falleció y fue sepultado en el Cementerio de Arlington, que es un cementerio reservado para los héroes de guerra norteamericanos o grandes personajes. ¿Por qué? ¿Quién era George Adamsky? ¿Servía a alguien?

Y los misterios siguen, mucho después de acabada la II Guerra Mundial. Otra área desconcertante y que ha provocado numerosos comentarios es la de los incidentes con submarinos «fantasma» o con U-Boots alemanes directamente, muy posteriormente a la finalización de la guerra. Un informe de la agencia «France Press» fechado el 25 de septiembre de 1946 hablaba sobre los continuos rumores de avistamientos de submarinos alemanes en la región de Tierra del Fuego, entre el extremo sur del continente americano y el norte de la Antártida. Ese mismo año, la revista francesa «France Soir» destacó en un artículo el encuentro con un U-Boot, casi un año y medio después del final de la guerra, con el ballenero islandés «Juliana» en la región antártica cerca de las Islas Malvinas. El barco estaba operando en esas aguas, bajo el mando del capitán Hekla, cuando un enorme submarino alemán apareció en la superficie y ondeó la bandera oficial alemana del III Reich. Desde el submarino se envió un grupo de marineros, ante la atónita tripulación del «Juliana», que cuando llegaron hasta él solicitaron parte de su producto recién pescado. Se solicitó de forma autoritaria y cualquier resistencia hubiese sido fatal.

El oficial alemán hablaba un inglés fluido y pagó por el pescado en dólares americanos y entregó una cantidad adicional de 10 dólares para cada miembro de la tripulación del «Juliana». Mientras el pescado se trasladaba al submarino, el alemán informó al capitán Hekla la posición exacta de un banco de ballenas. Más tarde el «Juliana» llegó hasta la zona indicada y efectivamente había una gran zona de pesca de ballenas.

Tras la caída del presidente argentino Perón y la llegada del nuevo gobierno hizo que la actitud de las fuerzas armadas argentinas comenzase a ser hostil frente los sumergibles fantasmas. Mientras Perón estuvo en el poder había un cierto «consentimiento» hacia esas naves. Todo eso cambió y en febrero de 1957, los barcos y la aviación militar argentina hostigaron a un sumergible fantasma que apareció en Río de la Plata. La persecución duró cinco días, pero el navío intruso consiguió escapar ileso. Los submarinos fantasmas siguieron navegando por los mares del planeta, produciendo en ocasiones hechos similares al que sucedió el 30 de enero de 1960 en Golfo Nuevo (Argentina) donde la Armada Estadounidense y Argentina durante cerca de un mes fracasaron en el intento de cercar y hundir un submarino del tipo XXI. El 25 de febrero 1960, la Marina anunció la suspensión definitiva de la búsqueda del submarino no identificado detectado en el golfo. También de forma especial en las costas de Noruega y Suecia los submarinos «fantasma» han hecho su aparición en diversas ocasiones. Los medios de comunicación de estos países cubrieron los infructuosos esfuerzos militares realizados para hundirlos. Por lo tanto, no resulta extraño que estas naves aparezcan en los libros de ufología y no en los de historia. Cualquier gobierno, antes de reconocer su impotencia ante ellas y en muchos casos no

descubrir su verdadero origen, prefiere que el público hable de «hombres del espacio» o de «aparatos extraterrestres» o UFOS «bajo el agua». Es un gran negocio.

Los mares próximos a la Antártida siempre han estado llenos de misterios. Uno de los episodios más increíbles sucedió el 22 de septiembre de 1979, cerca de la Isla de Bouvetøya, a medio camino entre Sudáfrica y la Antártida. Una explosión nuclear tuvo lugar entre la Isla de Bouvetøya la Isla Príncipe Eduardo. Nadie ha reivindicado la responsabilidad de dicha prueba hasta ahora, pero la sospechas apuntaban a África del Sur, Israel e incluso Taiwan. La prueba fue detectada por un satélite en órbita y la nube radioactiva fue detectada más tarde sobre el territorio antártico que pertenece actualmente a Australia. ¿Cómo es posible hacer estallar un ingenio nuclear de forma secreta y que no haya reivindicación por parte de algún país? ¿Cómo es posible que los servicios secretos de las grandes potencias no hubiesen detectado un movimiento como ese en plena «Guerra Fría»?

Un hecho más, envuelto en el misterio, fue la extraordinaria serie de fotos tomadas por la British Antarctic Survey durante una expedición de carácter científico a la Antártida en 1966. Los científicos observaron una curiosa formación de nubes que les llamaron la atención ya que desafiaban los conceptos tradicionales. Mientras realizaban una serie de fotos, de repente un rayo negro surgió de una de las nubes, impactando angularmente sobre el terreno helado y levantando una cortina de nieve. El rayo rebotó y se perdió en la distancia. Nadie ha podido explicar qué fue aquello, ni siquiera los propios científicos de la expedición pues aquel fenómeno superaba sus conocimientos físicos. ¿Qué fue aquello? ¿Quizás fue alguien usando un rayo de energía negativa? ¿Quién pudo ser?



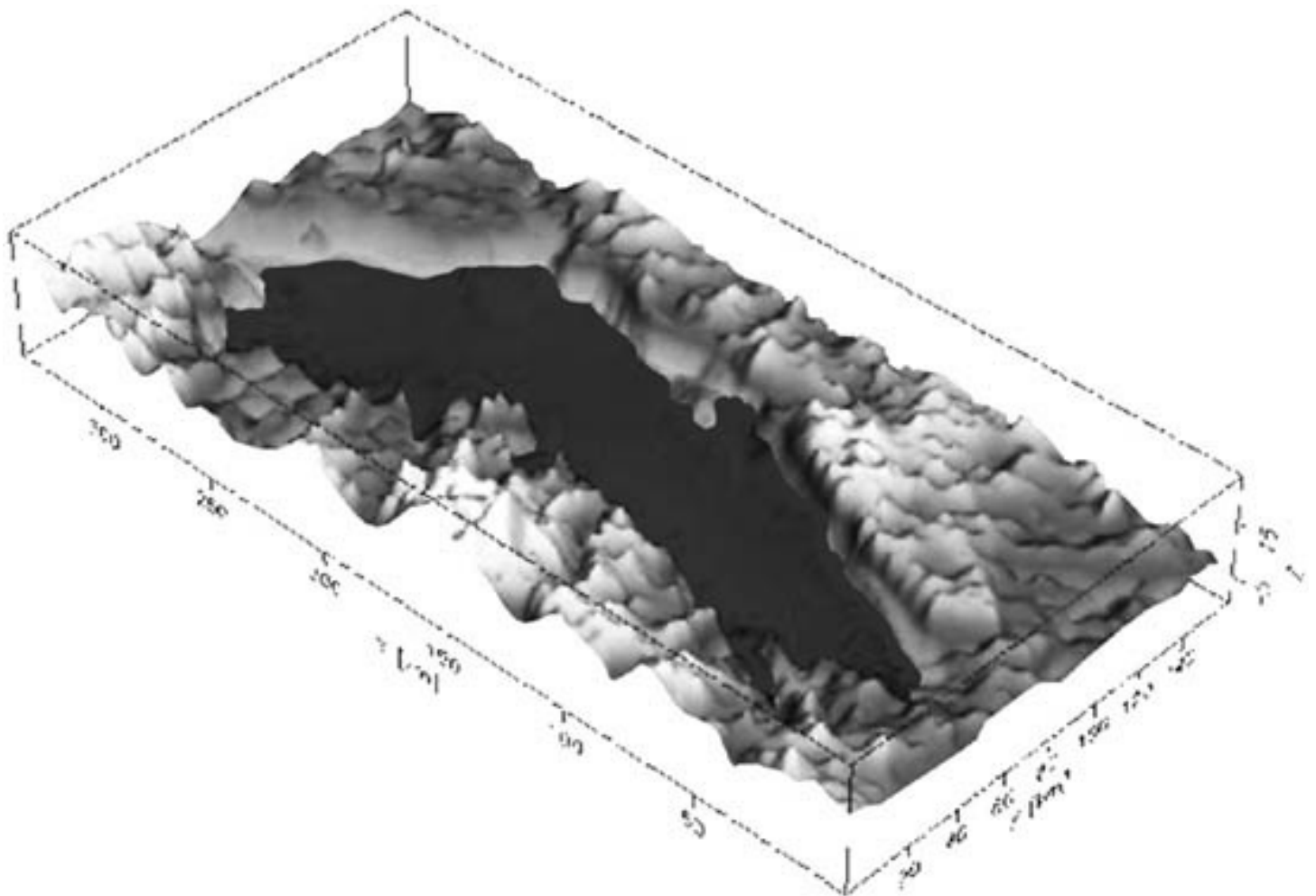
Una de las fotos realizada por la British Antarctic Survey a un «Rayo Negro»

Pero la Antártida y sus mares no sólo ha sido lugar de hechos inexplicables e inexplicados, disputas geográficas, negocios, pesca, etc., también ha sido lugar de descubrimientos asombrosos. Además de que la ciencia va confirmando la existencia de cavernas naturales muy grandes y profundas, en 1996, la base rusa Vostok descubrió un enorme lago debajo de los hielos de la Antártida Oriental, que ha sorprendido a los científicos de todo el mundo. Para su localización utilizó un radio-eco de 60 MHz con capacidad para penetrar en el hielo que confirmó la existencia del lago y cuyos primeros datos fueron: 250 kilómetros de largo, 40 kilómetros de ancho y una profundidad estimada de 400 metros. Se cree que es de agua dulce y contiene 50 veces más oxígeno que un lago normal. De hecho, el lago Vostok está considerado como una cápsula del tiempo con millones de años encerrados en él.

Increíblemente, y a pesar de estar a casi 4 mil metros por debajo del hielo, no estaba congelado. Su ubicación era 76.2° Sur 102° Este y 78.4° Sur 108° Este y estaba situado sobre un complejo de rocas de

la edad precámbrica, que constituyen el Cratón o área geológicamente estable. En mayo de 2005 se localizó una isla en medio del lago. Al margen del Vostok, los científicos tienen localizados unos 76 lagos subglaciales más pequeños. Más allá de la curiosidad inicial que puede despertar el hallazgo, el lago Vostok representa una región única para la investigación científica ya que podría corresponder a un hábitat terrestre extremo y aún no descrito que puede contener nuevas formas de vida, relicticas o fósiles, aún no conocidas y contener el registro sedimentario de las condiciones climáticas existentes durante el inicio de la glaciación en la Antártida.

El lago Vostok podría estar en una zona tectónicamente activa, lo cual modificaría sustancialmente nuestro conocimiento acerca de la geología de la Antártida Oriental y convertirse en una zona única para desarrollar y experimentar nuevas tecnologías con vistas a ser aplicadas en la exploración de Europa, la luna de Júpiter que se presume contiene un profundo océano por debajo de una capa de hielo. También el lago puede ser tomado como una muestra para conocer y analizar las condiciones existentes en la Tierra durante las extensas glaciaciones neoproterozoicas, de 750 a 543 millones de años atrás, un momento durante el cual se especula que pudo haberse producido una importante radiación de metazoarios previo a la Fauna de Ediacara. Se conoce con este nombre a una asociación de organismos marinos primitivos, posiblemente multicelulares, metazoarios, que habitaron en los mares primigenios hace unos 600 millones de años.



El lago Vostok en un dibujo hecho por ordenador a partir de los datos existentes

La extensión del área del lago ha sido estimada a partir de la topografía anormalmente plana de la superficie del hielo sobre el mismo. El manto de hielo es 10 veces más plano sobre el lago que en sus alrededores. De esta manera y utilizando las capacidades en altimetría radar e interferometría del satélite ERS-I se ha estimado que el lago Vostok se extiende por 280 Km en dirección Norte-Sur y entre 50 y 60 Km en la dirección Este-Oeste. Si bien la pendiente de la superficie del hielo inclina suavemente hacia el Sur, el flujo del hielo ha sido estimado entre 3,7 y 2,2 metros por año hacia el Este, bajando desde la prominente elevación que se conoce como Ridge B-C.

Estudios sísmicos han demostrado que la profundidad del lago varía desde aproximadamente 670 m en el extremo norte del mismo, pasando por 500 m en un punto situado debajo de la Base Vostok en donde la capa de hielo alcanza los 3.750 m, hasta pocas decenas de metros (10 a 30) en el sector norte del mismo, donde el espesor de hielo es de 4.150 metros. Así mismo, estos estudios, junto con nuevos experimentos y datos gravimétricos, permiten estimar que el lago oculta hasta 4-5 Km de sedimentos acumulados en su parte central y unos 90-300 m de los mismos debajo de la Base Vostok. Utilizando un altímetro láser, un radar para penetrar el hielo, y mediciones gravimétricas tomadas desde un avión que volaba sobre el lago, los profesores y científicos Studinger, Robin Bell de Lamont-Doherty y Anahita Tikku, entonces de la Universidad de Tokio, estiman que el lago Vostok contiene aproximadamente 5.400 kilómetros cúbicos de agua. Estas mediciones indican también que el lago está dividido en dos sub-cuencas distintas, separadas por una estrecha cordillera. El agua sobre la cordillera es relativamente llana, unos 200 metros, si se la compara con el resto del lago, donde las profundidades varían desde unos 400 metros en la cuenca septentrional hasta unos 800 metros en la austral. La Fundación Nacional de Ciencia (NSF) apoyó la investigación. La disposición de las dos cuencas, su separación, y las características del agua pueden, todas ellas, concluir los científicos, tener implicaciones para la circulación del agua dentro del lago.

Es posible, por ejemplo, que si el agua del lago fuera dulce, el agua descongelada se hundiera hasta el fondo de la cuenca, limitando el intercambio de aguas entre las dos cuencas. Un equipo de científicos que investigó recientemente los niveles de gases disueltos en el remoto lago antártico descubrió que las concentraciones de gas en el agua del mismo eran mucho mayores que las esperadas, alcanzando los 2,5 litros de nitrógeno y oxígeno por kilogramo de agua. De acuerdo a los científicos, esta alta proporción de gases atrapados debajo del hielo causará un «burbujeo» gaseoso cuando el agua sea liberada. A pesar de la limitada información disponible, se especula que el lago ocupa una depresión estructural formada en una zona de fracturamiento y su origen podría ser similar al de los lagos Baikal en Rusia y Malawi en África. Esta interpretación se basa fundamentalmente en la naturaleza estrecha y alargada del lago y su extensión total. De ser correcta esta hipótesis, el lago podría contener una espesa secuencia sedimentaria, elevado flujo calórico y posiblemente géiseres.

El hielo que cubre al lago ha sido perforado en las cercanías de la base rusa Vostok llegando a una profundidad de 3.623 metros. Esta perforación comenzó en 1989, mucho antes que se confirmara la existencia del lago y se detuvo a unos 120 m sobre la interfase hielo-agua temiéndose la contaminación del lago. El testigo de hielo es el más largo jamás recuperado. Los tres mil metros superiores del testigo documentan el clima mundial de los últimos 400 mil años, incluyendo ciclos climáticos correspondientes a cuatro edades de hielo. Entre los 3.300 y 3.538 m de profundidad el testigo muestra perturbaciones

propias de la dinámica del manto de hielo. Debajo de esta capa de hielo perturbado, es decir por debajo de los 3.538 m, el hielo muestra un notable cambio en sus propiedades. Éste presenta largos cristales, muy baja conductividad eléctrica y bajo contenido de gases todo lo cual hace suponer que se trata de hielo formado por congelación del agua del lago.

En la mayor parte del testigo de hielo hay microorganismos, los cuales están presentes aún a grandes profundidades. Se sabe de la presencia de microorganismos procariotas, incluyendo bacterias junto con microalgas y hongos en distintos tipos ubicados a profundidades de hasta 2.750 m que equivalen a 240 mil años en el pasado. También se registró polen de plantas superiores y polvo de diferentes orígenes lo cual lleva a pensar en un largo transporte subaéreo más que el crecimiento en la propia zona de estos organismos. La investigación sugiere también que los organismos que viven en el lago Vostok pueden haber desarrollado adaptaciones especiales, tales como altas concentraciones de enzimas protectoras, a los efectos de poder sobrevivir en el ambiente rico en oxígeno del lago. Tales mecanismos defensivos pueden también proteger la vida del lago Vostok de los radicales de oxígeno, los peligrosos subproductos de la disociación del oxígeno que causan daños celulares y en el ADN de animales y plantas. Este proceso puede ser similar al de los organismos que los científicos teorizan que puedan alguna vez haber vivido en la luna de Júpiter, Europa, cuya capa de hielo y atmósfera se supone que contienen oxígeno y radicales producidos por radiación.

Las grandes dimensiones del lago Vostok sugieren que pudo haber permanecido en estado líquido durante toda su historia, aún durante los cambios de volumen ocurridos en la superficie de hielo antártico y por ende haber ofrecido oportunidades poco comunes para el desarrollo y mantenimiento de la vida. Basándose en estudios sobre los campos de temperatura y presión se estima que muchos de los gases disueltos en el agua pueden estar ahora estratificados por densidad como hidratos. Este ambiente geoquímico singular constituye un desafío único para la ciencia y brinda una oportunidad extraordinaria de descubrir nuevas formas de vida. La dinámica del agua, fusión y congelación que ocurren alternadamente en diferentes zonas de la interfase agua-hielo, precipitación de gas hidratos en la base y acreción del hielo en el tope, proponen condiciones extremas que desafían a los modelos existentes. Una prolongada preservación de microorganismos podría ser la característica común de muchos lagos subglaciales y por lo tanto, es posible la existencia de vida en el lago Vostok. Los microorganismos han estado sobre la Tierra por lo menos durante 3.700 millones de años desarrollando una increíble diversidad bioquímica, morfológica y fisiológica. Las condiciones que se suponen existen en el lago Vostok no son tan severas como para que la vida microbiana sea imposible y estas formas podrían haber quedado aisladas al menos durante 500 mil o un millón de años.

La vida original podría haber provenido de la roca o sedimentos depositados previos a la cobertura glacial o bien haber sido transportadas en la base de la masa de hielo. Sin embargo, el prolongado aislamiento de fuentes externas de carbono y energía solar, aunque se puede especular acerca de alguna fuente de energía geotérmica, junto con las extremas condiciones físico-químicas que se sospechan para las aguas, podrían haber impedido el desarrollo y/o preservación de ecosistemas funcionales en este lago subglacial. De forma general, este tipo de lagos estarían dentro de los hábitats más oligotróficos, es decir baja cantidad de nutrientes y bajo número de organismos, del planeta. El origen del lago es una incógnita en sí misma y los desafíos a la ciencia no son menores a los tecnológicos. Las herramientas para poder penetrar el lago y llegar hasta los sedimentos del fondo y aún el mismo sustrato rocoso, sin contaminar el

ambiente y sin introducir ningún elemento que pueda afectar el descubrimiento de nuevas formas de vida, marcan una frontera a la tecnología del Hombre en los inicios del Siglo XXI. El desarrollo de técnicas de esterilización, muestreo y detección de vida, a cargo de la NASA servirá para su implementación en futuras misiones espaciales que busquen vida en otros planetas y satélites de nuestro Sistema Solar. Por todo ello, el lago Vostok es considerado un lugar excepcional por su elevado potencial de desarrollar investigaciones científicas y aplicación de nuevas tecnologías.

Esto es lo que nos dice la ciencia basado en muchas conjeturas, pero ¿nos explicarán la verdad de lo que allí hay, cuando baje el primer grupo de exploración?

Berlín-Sitges, septiembre 2006

BIBLIOGRAFÍA

- BERGMANN, O. *Deutsche Flugscheiben und U-Boote überwachen die Weltmeere.*
- BERTRAND, Kenneth J. *Americans in Antartica, 1775-1948.*
- BYRD, Richard E. *Little America.*
- . *Alone.*
- . *Skyward.*
- . *Discovery, the Story of the Second Byrd Antartic Expedition.*
- CAMERON, Ian. *Antartica, the Last Continent.*
- CHAPMAN, Walker. *Antartic Conquest, the Great Explorers in Their Own Words.*
- FRIEDRICH, Christof. *Secret Nazi Polar Expeditions.*
- HARBISON, W.A. *Projekt UFO-The Case for Man-Made Flying Saucers.* Boxtree, London.
- HEADLAND, R.K. *Chronological List of Antarctic Expeditions and Related Historical Events.* Cambridge University Press.
- HOOPES, Townsend; KNOPF, Douglas. *Driven Patriot: The Life and Times of James Forrestal.* 1992.
- IRVING, David. *The Virus House.*
- LANDING, Wilhelm. *Wolfzeit um Thule.*
- . *Götzen gegen Thule.*
- . *Rebellen fur Thule.*
- LUSAR, Rudolf. *German Secret Weapons of the Second World War .* Philosophical Library, New York.
- MILLS, Walter. *The Forrestal Diaries.* Viking Press, 1951.
- READER'S Digest. *Antartica.* Capricorn Press, London 1985.
- REDFERN, Nicholas. *The FBI Files.* Pocket Books, London.
- ROGOW, Arnold. *James Forrestal, A Study of Personality, Politics and Policy.* Mac Millan, 1963.
- SCHÖN, Heinz; Bonus Verlag. *Mythos Neu-Schwabenland. Für Hitler am Südpol.*
- SIMPSON, Cornell. *The Death of James Forrestal.* Western Islands Publishers, 1966.
- SIPLE, Paul, Dr. *90° South.*
- STEPHENS, Henry. *UFOS and the III Reich,* Henry Stephens.
- TERZISKI, Vladimir. *Close Encounters of the Kugelblitz Kind.*
- THOMAS, Henry. *The White Continent.*
- UDO HOLEY, Jan. *Unternehmen Aldebaran.*
- VESCO, Renato. *Intercept UFO.* Grove Press, New York.



FELIPE BOTAYA, Felipe Botaya (Londres, 1953): Tras haber prestado servicio en conocidas multinacionales y trabajado en Inglaterra y Oriente Medio, desde hace varios años Felipe Botaya es profesor y conferenciante en varias universidades y prestigiosas escuelas de negocio tanto en España como en el extranjero. Es autor de varios libros relacionados con la empresa. Su inquietud por temas históricos poco conocidos relacionados con la II Guerra Mundial le ha llevado a investigar el proyecto nuclear nazi desde una nueva perspectiva que plasmó en Operación Hagen, fruto de años de investigación en Alemania y España.

Con Antártida, 1947 nos introduce de lleno en el mismo contexto histórico, la II Guerra Mundial, investigando lo que sucedió con la Operación Highjump. La mayor ofensiva militar llevada a cabo por Estados Unidos contra una supuesta base militar alemana en la Antártida, algo que sin duda, sorprenderá a muchos lectores por la verosimilitud de los acontecimientos y de los personajes.